BREVE HISTORIA del...

IMPERIO OTOMANO

Eladio Romero e Iván Romero

Descubra la historia del *terror de la cristiandad*, el sucesor islámico de los antiguos imperios clásicos, que extendió su dominio desde Hungría hasta Irán. El esplendor de su cultura y artes, la lucha del Solimán I el Magnífico contra el Imperio Hispánico, los Jóvenes Turcos y el genocidio armenio, la batalla de Gallipoli y su desintegración en 1922

Conozca la historia de un imperio musulmán que duró aproximadamente desde 1299 hasta 1922 y que durante su mayor extensión territorial abarcó tres continentes, los territorios entre el sureste de Europa, Asia occidental y África del Norte. Un imperio que asombró al Occidente cristiano al conquistar Constantinopla, cuyo máximo esplendor se produjo en el siglo XVI, con una enorme importancia e influencia en la historia del mundo y que ha jugado un papel vital en la historia, la

cultura y la mentalidad de Europa.

Breve historia del Imperio otomano le mostrará la formación, expansión y consolidación del Imperio otomano hasta su disolución después de la Primera Guerra Mundial. La historia de un pueblo nómada que vivía en las estepas de Asia Central, dividido en varias tribus unidas por una lengua común, que tuvieron que emigrar hacia el oeste debido a las presiones de los mongoles; además, la obra analiza cuestiones fundamentales como el papel de la mujer, las artes, la figura del sultán

o la organización administrativa. Eladio Romero e Iván Romero le guiarán en una lectura amena, rigurosa y magníficamente documentada, para descubrir uno de los imperios más duraderos en la historia del mundo.

Eladio Romero & Iván Romero

Breve historia del Imperio Otomano

Breve historia: Civilizaciones - 31

ePub r1.0

FLeCos 18.08.2018

Título original: *Breve historia del Imperio Otomano*
Eladio Romero & Iván Romero, 2017

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

Dedicado a Chapinete,
gato de raza calicó de natural
simpático y cariñoso,
aunque también tirando a
holgazán.

Introducción

El Imperio otomano duró aproximadamente desde 1299 hasta 1922, y durante su mayor extensión territorial abarcó tres continentes, desde Hungría al norte hasta Adén al sur, y desde Argelia al oeste hasta la frontera iraní al este, aunque su centro de poder se encontraba en la región de la actual Turquía. A través del Estado vasallo del kanato de Crimea, el poder otomano también se expandió por Ucrania y por el sur de Rusia. Su nombre deriva de su fundador, el guerrero musulmán turco Osmán (o Utmán I Gazi), quien

estableció la dinastía que rigió el imperio durante su historia (llamada dinastía otomana u osmanlí).

Hablaremos, pues, de un imperio que ya no existe, desaparecido como muchos otros. Tampoco existe ningún pueblo ni ningún lugar denominado «otomano». Ni siquiera podemos hablar de un idioma otomano vivo (en su momento escrito en grafía árabe), aunque el turco derive de él. Tan sólo algunos catedráticos pueden entender su poesía, escrita en una lengua rica en aportaciones persas y árabes. Sin embargo, en su momento de esplendor constituyó un imperio que se enfrentó a otros imperios como el bizantino, el

hispánico, el austriaco, el ruso o el británico, ante los que acabó cediendo a pesar de alcanzar éxitos como la conquista de Constantinopla en 1453 o de importantes capitales como Belgrado o Budapest, y de amenazar durante dos siglos las costas del Mediterráneo occidental. Acabó apoderándose asimismo de las ciudades santas musulmanas de La Meca y Medina, y sus sultanes, descendientes de los beyes de Anatolia, llegaron a ostentar el título de califas.

Llegado el siglo XIX, comenzó la ruina. El imperio cayó tan bajo que, para poder sobrevivir ante las acometidas de los zares, tuvo que solicitar la ayuda de

potencias infieles como Gran Bretaña o Francia en la guerra de Crimea (la primera contienda donde hubo presencia informativa de la prensa). De hecho, el zar Nicolás I llegó a definir este imperio como el «enfermo de Europa». La Primera Guerra Mundial constituyó la puntilla y el origen de su disolución, aunque de sus cenizas surgiría la república nacionalista de Turquía, que todavía hoy mantiene una viva presencia en el escenario internacional.

Cronología del Imperio otomano, de 1260 a 1923

1261-1300 Fundación de los principados (*beyliatos*) turcos de Menteşe, Aydin, Saruhan, Karesi y Osmanlí (u Otomano) en Anatolia occidental.

h. 1290-1324 Osmán I.

1324-1362 Orhan I.

1326 Conquista de Bursa (Prusa)

por los otomanos.

1331 Conquista de Nicea (Iznik).

1335 Caída del Imperio mongol en Persia.

1352 Inicio de la conquista otomana de Tracia.

1354 Ankara y Galípoli son ocupadas por los otomanos.

1361 Conquista de Adrianópolis (Edirne).

1362-1389 Murad I.

1363-1365 Expansión otomana en el sur de Bulgaria y en Tracia.

1371-1373 Victoria otomana de Chermanon. Bizancio y los dirigentes balcánicos reconocen la soberanía de los otomanos.

1385 Conquista de Sofía.

1389 Victoria otomana de Kosovo Polje sobre una coalición de Estados balcánicos. En ella muere el sultán Murad.

1389-1402 Bayaceto I, llamado Yildirim.

1389-1392 Conquista de pequeños principados de Anatolia.

1396 Batalla de Nicópolis.

1398 Conquista del principado búlgaro de Vidin.

1402 Batalla de Ankara. Colapso del imperio de Bayaceto I al caer prisionero de Tamerlán.

1403-1413 Guerra civil entre los hijos de Bayaceto I por el control del sultanato.

1413-1421 Mehmed I.

1421/1444-

1446/1451 Murad II.

1423-1430 Guerra otomano-veneciana por Tesalónica.

1425 Los otomanos se anexionan Esmirna (Izmir) y reconquistan Anatolia occidental.

1439 Anexión otomana de Serbia.

1443 János Hunyadi invade los Balcanes.

1444 Resurge el despotado serbio. Batalla de Varna.

1448 Segunda batalla de Kosovo Polje.

1451-1481 Mehmed II llamado Fatih.

1453 Constantinopla es

conquistada por los otomanos.

1459 Conquista de Serbia y de Morea.

1461 Conquista del Imperio de Trebizonda.

1463-1479 Guerra con Venecia.

1468 Conquista definitiva del principado de Karaman (Anatolia centromeridional).

1473 Batalla de Otlukbeli. Derrota de los turcomanos.

1475 Conquista de las colonias

genovesas de Crimea.

1481-1512 Bayaceto II.

1483 El príncipe Djem, pretendiente al trono, huye a Rodas.

1485-1491 Guerra contra los mamelucos de Egipto.

1499-1503 Guerra con Venecia. Conquista de Lepanto, Coron y Modon.

1512-1520 Selim I.

1514 Selim vence al sah Ismaíl en Çaldiran. Breve conquista de Tabriz.

1516-1517 Conquista otomana de Siria y Egipto. Fin del sultanato de los mamelucos. La Meca y Medina pasan a ser ciudades otomanas.

1517 Batalla de Ridaniyya. Conquista de Egipto. Sumisión del jerife de La Meca. Selim I pasa a ser considerado califa de los musulmanes.

1520-1566 Solimán I llamado Kanunî.

1521 Los otomanos conquistan Belgrado.

1522 Conquista de Rodas.

1526 Batalla de Mohács. Hungría se convierte en un Estado vasallo de los otomanos.

1529 Asedio de Viena.

1534 Conquista de Tabriz y Bagdad.

1537-1540 Guerra con Venecia.

1538 Asedio de Diu en la India.

1541 Anexión de Hungría.

1543 Asedio de Niza por las tropas franco-otomanas.

1551 Conquista de Trípoli.

1553-1555 Guerra con Persia.

1565 Asedio de Malta.

1566-1574 Selim II.

1569 Capitulaciones francesas. Primera campaña otomana contra Rusia. Asedio de Astracán.

1570 Uluj Alí toma Túnez. Expedición contra Chipre. Caída de Nicosia.

1571 Batalla de Lepanto.

1573 Paz con Venecia y con el emperador.

1574 Definitiva conquista de

Túnez.

1574-1595 Murad III.

1578-1590 Guerra con Persia. Anexión de Azerbaiyán.

1580 Capitulaciones inglesas.

1589 Revuelta de los jenízaros en Estambul.

1591-1592 Nuevas insurrecciones de los jenízaros.

1593-1606 Guerra con los Habsburgo en Hungría.

1595-1603 Mehmed III.

1596 Insurrecciones Celali en Anatolia.

1603-1639 Guerras persas.

1603-1617 Ahmed I.

1606 Paz de Zsitva-Török con los Habsburgo.

1609 Sometimiento de los Celali en Anatolia.

1612 Extensión de las capitulaciones a los holandeses.

1613-1635 Rebelión de Manoğlu Fahreddin.

1618 Paz con Persia. Retirada otomana de Azerbaiyán.

1618-1622 Osmán II.

1621 Invasión de Polonia.

1622 Asesinato de Osmán II.

1617/1618-

1622/1623 Mustafá I.

1623-1640 Murad IV.

1623 Conquista de Bagdad por el sah Abbas.

1624-1628 Rebelión en Asia Menor. Anarquía en Estambul.

1632 Murad asume el control absoluto del gobierno.

1635 Asedio de Ereván.

1624-1637 Ataques cosacos en la costa del mar Negro.

1624-1639 Guerra con Persia. Caída de Bagdad.

1637 Los cosacos conquistan Azov (Azak).

1638 Los otomanos recuperan Bagdad.

1640-1648 Ibrahím I.

1640 Azov es recuperada por los otomanos.

1645-1669 Guerra con Venecia. Invasión de Creta. Asedio de Candia.

1648-1656 Bloqueo veneciano en los Dardanelos.

1648 El sultán es depuesto y asesinado.

1648-1687 Mehmed IV.

1648-1651 Kösem, madre del joven sultán, toma el control del poder.

1649-1651 Dominio de los jenízaros sobre Estambul y de los pachás Celali en las provincias asiáticas.

1651-1655 Caos en Estambul. Se mantiene el bloqueo veneciano.

1656 Mehmed Köprülü es nombrado gran visir con poderes dictatoriales.

1656-1659 El gobierno central restablece el control sobre los jenízaros y sobre las provincias.

1657 Venecia suspende el bloqueo.

1658-1659 Los otomanos recuperan el dominio de Transilvania y de Valaquia.

1661-1676 Gran visirato de Ahmed Köprülü Fazil.

1663 Guerra con los Habsburgo.

1664 Batalla de San Gotardo. Paz de Vasvar.

1669 Caída de Candia. Paz con Venecia.

1672-1676 Conflicto con Polonia. Anexión de Kaminiec a Podolia. Tratado de Zuravno.

1676-1683 Gran visirato de Kara Mustafá.

1677-1681 Disputas con Rusia por Ucrania.

1681 Ofensiva francesa contra Quíos. Paz de Radzin.

1683 Asedio de Viena.

1684 Se funda la Liga Santa, constituida por el emperador, el rey de Polonia y Venecia, para oponerse a los otomanos.

1686 Caída de Buda. Rusia se integra en la coalición. Los venecianos en Morea.

1687 Segunda batalla de Mohács. Ofensiva veneciana en Grecia. Destrucción del Partenón. Insurrección militar. Mehmed IV es depuesto.

1687-1691 Solimán II.

1688 Caída de Bagdad.

1689 Los austriacos en Kosovo. Los rusos atacan Crimea.

1689-1691 Gran visirato de Mustafá Köprülü Fazil. Reformas fiscales.

1690 Los otomanos recuperan Belgrado, tomándola a los austriacos.

1691-1695 Ahmed II.

1691 Batalla de Slankamen. Muere Mustafá Köprülü Fazil.

1695-1703 Mustafá II.

1695 Caída de Azov.

1696 Contrataque otomano en Hungría.

1697 Derrota otomana en Zenta.

1698-1702 Gran visirato de Hüseyin Köprülü.

1699 Tratado de Carlowitz.

1700 Paz con Rusia.

1703 Revuelta militar. Deposición de Mustafá II.

1703-1730 Ahmed III. Período Tulipán.

1705 Inicio de la autonomía de Túnez.

1709 El rey Carlos XII de Suecia se refugia en territorio otomano.

1711 Batalla de Prut. Victoria de los otomanos sobre Pedro I de Rusia. Revuelta en El Cairo. Realineamiento de los mamelucos. Supremacía de los Shihabi en Monte de Líbano.

1713 Tratado de paz con Rusia. Los otomanos recuperan Azov. Carlos XII regresa a Suecia. Inicio del dominio fanariota en el Patriarcado.

1714-1718 Guerra con Venecia. Reconquista de Morea.

1716 Guerra con Austria.

1717 Caída de Belgrado.

1718-1730 Gran visirato del pachá Ibrahím.

1718 Tratado de paz de Passarowitz con Austria y Venecia. Recuperación de Morea. Cesión de grande parte de Serbia y de Valaquia a Austria.

1720 Reconquista del Peloponeso, antes ocupado por los venecianos.

1723-1727 Guerra con Persia, ocupación otomana de Azerbaiyán y de Hamadán.

1730 Revuelta de Patrona Halil. Ahmed III es destronado. Fin del período Tulipán.

1730-1736 Contrataque de Persia. Pérdida de Azerbaiyán y de Persia occidental.

1730-1754 Mahmud I.

1736-1736 Guerra con Rusia y Austria.

1739 Tratado de paz con Austria y Rusia. Belgrado es reconquistada.

1740 Pacto de defensa con Suecia.

1743-1746 Guerra con Persia.

1754-1757 Osmán III.

1757-1774 Mustafá III.

1768-1774 Guerra contra Rusia. Revuelta de Ali Bey Al-Kabir en Egipto.

1770 La flota rusa en el mar Egeo. Los otomanos son derrotados en el Danubio.

1771 Rusia invade Crimea.

1774-1789 Abdul Hamid I.

1774 Tratado de Küçük Kaynarca. Independencia de Crimea y

de las regiones imperiales de la costa norte del mar Negro.

1783 Los rusos se anexionan el kanato de Crimea.

1787 Guerra con Rusia.

1788 Suecia declara la guerra a Rusia.

1788-1822 Alí Pachá de Tepelena, en rebeldía contra el sultán, controla durante unos años gran parte de los Balcanes occidentales.

1789-1807 Selim III.

1791 Institución del cuerpo militar del Nuevo Orden.

1792 Tratado de Jassy.

1798 Napoleón invade Egipto.

1804 Revuelta de los serbios.

1805-1848 Mehmed Alí, gobernador de Egipto.

1807 El programa de reformas de Selim, paralizado por una revuelta de los jenízaros que provoca la destitución del sultán.

1807-1808 Mustafá IV.

1808-1839 Mahmud II.

1808 Carta de Alianza (en turco, *Sened'i İttifak*). El gran visir Alemdar Mustafá Pachá intenta con este documento regular las relaciones del poder central con las provincias.

1811 Mehmed Alí ordena aniquilar a los mamelucos que quedan en Egipto.

1812 Tratado de Bucarest.

1821-1830 Guerra de independencia de Grecia.

1826 Abolición del cuerpo de los jenízaros.

1828-1829 Guerra ruso-otomana.

1830 Reconocimiento de Serbia como principado autónomo.

1831 Las tropas del gobernador rebelde de Egipto Mehmed Alí llegan a Anatolia occidental.

1832 Batalla de Konya. Derrota otomana ante las tropas egipcias.

1833 Tratado de Hünkiar-Iskelesi con Rusia.

1838 Convención angloturca.

1839 Batalla de Nezib.

1839-1861 Abdülmecid I.

1839 El edicto imperial de Gülhane establece el sistema del Tanzimat. Derrota otomana de Nizip.

1853-1856 Guerra de Crimea.

1856 Nuevo edicto imperial del Tanzimat.

1856 Tratado de París.

1861-1876 Abdülaziz.

1875 Bancarrota imperial.

1876 Primera constitución otomana.

1876-1909 Abdul Hamid II.

1877 Suspensión de la constitución.

1878 Congreso de Berlín. Bulgaria, principado autónomo.

1881 Se constituye la administración de la deuda pública.

1885 Ocupación de Bulgaria y Rumelia oriental.

1896-1897 Rebelión de Creta. Guerra con Grecia.

1908 Revolución de los Jóvenes Turcos. De nuevo en vigor la constitución de 1876.

1909 Destitución de Abdul Hamid

II.

1909-1918 Mehmed V.

1911 Guerra con Italia.

1912-1913 Guerras Balcánicas.

1914 Comienza la Primera Guerra Mundial.

1915 Batalla de Galípoli.

1916 Acuerdo Sykes-Picot para la partición del Imperio otomano entre Francia y Gran Bretaña.

1918-1922 Mehmed VI.

1919-1922 Ofensiva griega en Anatolia.

1920 Tratado de Sèvres. Se establecen los mandatos de Francia sobre Siria y Líbano y de Gran Bretaña sobre Irak y Palestina.

1922 Huida del sultán Mehmed VI. Abolición del sultanato.

1923 Se proclama la República de Turquía.

1

Los orígenes

LOS TURCOS

Los turcos hicieron su aparición en la historia en la región de Asia Central. Se trataba de tribus de pastores nómadas que frecuentemente se dedicaban a realizar incursiones contra sus vecinos, aunque también fueron capaces de crear potentes confederaciones e incluso vencer a imperios como el chino. Pronto

hordas turcas, llegadas de las profundidades del continente asiático, acudieron en el siglo VII a Oriente Medio, en aquel tiempo sacudido por las predicaciones del profeta Mahoma. Las relaciones entre los pueblos turcos y el islam no se harán esperar. El primer contacto entre ellos se documentó en el año 751, cuando un jefe turco de nombre Tashkent murió a manos de los chinos. Su hijo, para vengarlo, solicitó ayuda a las poblaciones árabes y a la tribu turca de los karluk (que habitaba en Asia Central). Gracias a su apoyo logró derrotar a sus enemigos, una victoria que llevó al Asia Central a abrirse gradualmente al islam, en lugar de

gravitar solamente en torno a la órbita china.

En el siglo IX, un contingente de soldados turcos, mercenarios o esclavos, se encontraban al servicio de los califas abasíes y sus vasallos, introduciendo en los ambientes árabe e iraní elementos de su civilización, cultura y vieja religión. Un primer grupo de tropas turcas ya aparece presente en la corte de Harun al-Rashid, el califa contemporáneo de Carlomagno, a menudo mencionado en los cuentos de *Las mil y una noches*. Algún tiempo después, en el 835, el califa al-Mutasim construyó la ciudad de Samarra (sobre el Tigris, en el actual Irak), con la

intención de mantener separadas a estas tropas de los ciudadanos de Bagdad, la capital imperial. En este mismo lugar también se levantó una pequeña *Kaaba*, a fin de evitar que los soldados se alejaran de sus barrios para cumplir con la peregrinación a La Meca. Es decir, que a pesar de ser todos musulmanes, estos individuos no podían mantener contacto con la población árabe. Los califas incluso acostumbraban a comprar también mujeres turcas para entregárselas como esposas.

La costumbre de rodearse de esclavos dedicados al oficio de las armas alcanzó su máximo exponente durante el reinado de los mamelucos en

Egipto (1250-1517). En ocasiones, hasta los mismos sultanes procedían de sus filas, y la sucesión, más que de padres a hijos, a menudo tuvo lugar entre amo y un sirviente manipulado. El primer período mameluco, que concluyó alrededor de 1380, fue el de los esclavos turcos, aunque en los años siguientes los soberanos surgieron de entre los soldados de etnia circasiana.

Durante el siglo XI, las tribus turcas de Asia Central llegaron a la península de Anatolia. Entre las más fuertes, o acaso más afortunadas, encontramos a la de los selyúcidas, que se convirtieron al islam sin demasiadas dificultades. También lograron crear un vasto estado

independiente. En 1071, en la batalla de Manzikert (Malâzgird), al este de Anatolia, junto al lago Van, alcanzaron una gran victoria sobre el ejército bizantino, iniciando un imparable avance. Posteriormente, los selyúcidas intentaron integrar y absorber a las tribus turcomanas de la llamada estirpe *oğuz*, que se encontraban en las fronteras de sus posesiones. Con el término «turcomanos» se denomina, genéricamente, a todos los turcos convertidos al islam, los cuales habían comenzado a moverse hacia el oeste, sobre todo después de la invasión de los mongoles de los años veinte del siglo XIII. El reconocimiento de la autoridad

de los mongoles por los selyúcidas no pudo detener a aquellos temibles guerreros que, tras la victoriosa batalla del desfiladero de Köse Dağ (entre las ciudades turcas de Erzincan y Gümüşhane), acaecida en 1243, invadieron Anatolia, de forma que la agresividad de las tribus turcas, frenada hacia el este, aumentó notablemente en dirección oeste.

En su declive, el estado selyúcida, dividido y decadente, dejó un amplio espacio al elemento turcomano, que poco a poco acabó muy reforzado. Una circunstancia que condujo a la aparición de una serie de entidades estatales, llamadas *beylik* (de donde deriva la

palabra *beyliato*, principado gobernado por un bey), que acabaron dominando la región. Después de enfrentarse a selyúcidas y mongoles, estos principados, inquietos y deseosos de botín, comenzaron a chocar entre sí. Los más poderosos buscaban ampliar sus territorios a expensas de los más débiles, para luego volverse a fraccionar. Se trataba de estados patrimoniales, pertenecientes a la dinastía que los gobernaba. Anatolia se convirtió así en un conjunto de principados regionales reagrupados, algunos de ellos establecidos en el oeste, aunque sin enfrentarse de momento a Bizancio. Canalizando su

dinamismo en esa dirección encontramos el ansia de tesoros y el ideal misionero de la llamada *gaza*, la guerra hecha en nombre del islam. Un sinfín de ataques relámpago y a la vez de rápidas retiradas, a pesar de carecer de un plan estratégico integral, empezaron a amenazar al Imperio bizantino, por aquel entonces inmerso en un momento de debilidad. Las tropas griegas se vieron desbordadas en numerosas ocasiones por los ejércitos turcos, que unidos a menudo como verdaderos forajidos, lograron abrir definitivamente el camino hacia el oeste. Los principados turcomanos tomaron parte activa en los enfrentamientos y en

las alianzas y contraalianzas que se hacían y deshacían con suma rapidez, en una región donde ejercían su poder tanto bizantinos como genoveses, venecianos, el papado, varios estados latinos como Chipre o Rodas y los principados de las islas egeas.

OSMÁN I (1302-1324) Y SU ESTIRPE

En la segunda mitad del siglo XIII, la propagación de los ideales de la *gaza* entre los principados turcomanos occidentales alcanzó su clímax. El

avance por una parte de la dinastía mongola de los Il-khanidi hacia Siria y por el otro los ataques de los cruzados contra Egipto, Siria y Anatolia, parecieron encerrar momentáneamente a los estados musulmanes en un espacio cada vez más reducido. La situación comenzó a cambiar con la victoria del sultán mameluco Baybars sobre los mongoles en Aynicâlût (‘Ayn Ğâlût, Palestina) en 1260, que fue seguida por la conquista de Acre a los cristianos (1291) y la conversión del Il-khanida Gazân al islam el 19 de junio de 1295.

Al finalizar el siglo, un soberano turcomano reinaba en la localidad de Söğüd (Anatolia noroccidental,

antiguamente conocida como Frigia) y la región circundante, al norte de la provincia bizantina de Dorileo (actual Eskişehir), próxima a la frontera bizantina que corría a lo largo del valle del río Sangarios (actual Sakarya). Su nombre era Gazi Osmán (en árabe, Utmân). Su padre se llamaba Ertoğrul, que en turco viene a significar "halcón macho", un jefe de tribu instalado en la comarca de la actual Ankara. Osmán fue el héroe epónimo de la dinastía, el verdadero creador del poder de su estirpe y fundador de un estado destinado a durar hasta comienzos del siglo XX.

Aunque encarnando los ideales de

los combatientes gazi, Osmán entabló lazos de amistad con nobles cristianos de la región, en primer lugar con el llamado Köse Mihal («Michele Glaber» o Miguel el Imberbe), gobernador griego del castillo de Harmankaya (noroeste de Anatolia), que se convirtió en uno de sus más cercanos colaboradores. Su política se basó, por un lado, en combatir con las armas a sus oponentes, y por otro en ayudar, apoyar y defender a las poblaciones subyugadas, independientemente de la fe que profesaran. De esta forma, demostró ser un gobernante más justo y menos odioso que sus precedentes. La posibilidad de disfrutar de la paz y la seguridad,

aunque fuera bajo un emir turcomano, constituyó un indudable atractivo para los habitantes de las zonas periféricas del Imperio bizantino, acostumbrados a la codicia de los funcionarios locales y a la falta de acción de un Gobierno central distante. Por todo ello, el nuevo señor fue recibido con los brazos abiertos.

Viendo crecer su poder, Osmán fue empujado a intentar incorporar a sus dominios los principados vecinos, al objeto de aumentar sus territorios y recursos humanos con vistas a ulteriores conquistas. Aplicó para ello la misma política de seguridad y de justicia con los estados incorporados, a cuyos

dirigentes les permitió conservar sus tierras y posesiones a cambio de prestaciones militares. De esta forma, Osmán fue capaz de ampliar sin demasiadas dificultades su territorio y el número de sus soldados. Y a todo ello se añadieron las adquisiciones territoriales obtenidas por razones de parentesco, o mediante verdaderas operaciones de compraventa, consideradas como favores realizados a algunos príncipes vecinos enfrentados a problemas financieros. Una política exterior prudente, la administración paternalista, exitosas campañas militares y el uso racional del ideal de la *gaza* para galvanizar los ánimos, todo

ello combinado con una buena dosis de pragmatismo, favorecieron, por tanto, la primera expansión otomana.

La vida de Osmán aparece envuelta en un aura de leyenda, creada especialmente en el siglo XV cuando sus descendientes, una vez conquistada la capital imperial de Constantinopla, quisieron dar lustre a sus orígenes. Sin embargo, pocos son los datos documentados que conservamos. De su época queda una moneda con la leyenda «acuñada por Osmán, hijo de Ertoğrul» y poco más. Su sucesor, Orhan, no era hijo único: un documento de 1324, con el que se fundaba una institución pía (*vakf*), también cita a Çoban, Hamîd,

Melik, Pazarlu, a su hija Fatma Hatun y a Mal Hatun, hija de Ömer Bey, probablemente la esposa de Osmán. Varias crónicas mencionan a otro hijo, Alí, también identificado como Alaeddin, considerado el primer legislador otomano. La historia de la amistad de Osmán con el gobernador bizantino de Belokeme (actual Bilecik) y la traición de este último, que trataría de matarlo durante su banquete de bodas, probablemente no sea más que una leyenda. Osmán habría logrado evitar el ataque gracias al aviso de su amigo Köse Mihal y, por ello, se habría presentado a la ceremonia seguido de un séquito armado oculto bajo ropas de

mujer, que le habría protegido en todo momento, dando incluso muerte a su enemigo. Una historia fantástica que, sin embargo, proporciona detalles sobre el medio pastoril del que procedía Osmán, sobre sus primeros colaboradores, entre los que se encontraban también griegos que se convirtieron rápidamente al islam y, por último, sobre el repentino cambio de posición de las autoridades bizantinas, primero a favor de quien consideraban sólo un cabecilla de pastores y más tarde atemorizadas ante el poder que este iba alcanzando.

Retrato idealizado de Osmán que se conserva en la biblioteca-museo de Topkapi, Estambul.

Nada sabemos tampoco sobre el aspecto del fundador de la dinastía otomana. Acaso podamos pensar que no era de elevada estatura, una suposición que se basa en el apodo que se le atribuye de Osmančík, es decir, el Pequeño Osmán, recogido por Ibn Battuta, el viajero bereber que en 1331 visitó a su hijo Orhan.

Más allá de la leyenda, Osmán apareció en la historia el 27 de julio de 1302, cuando derrotó a los bizantinos en la batalla de Bafea, estableciéndose como uno de los señores más poderosos de la región. En la primavera de ese año, el río Sangarios se desbordó y cambió de rumbo, convirtiendo en

inútiles las defensas organizadas allí por los bizantinos. Para los hombres de Osmán resultó, por tanto, bastante sencillo superar sus rápidos y entrar en la región de Bitinia. En los años siguientes, los invasores turcos pudieron también alcanzar las costas del mar de Mármara. Tierras y aldeas pasaron rápidamente a manos otomanas y, finalmente, el 6 de abril de 1326 cayó también la ciudad de Bursa (la antigua Prusa, luego también llamada Brusa), a salvo hasta ese momento y ahora conquistada tras ser reducida por hambre. El año de esta victoria probablemente coincidió con el de la muerte del gran rey, quien, no obstante,

había abdicado dos años atrás en favor de su hijo Orhan. Tanto Osmán como su sucesor dejarían sus tumbas en dicha localidad.

Tumba de Osmán en Bursa, objeto de una remodelación llevada a cabo en 1863.

De Tanğri a Alá

Cuando llegaron a Anatolia, los otomanos ya habían abandonado el chamanismo de sus orígenes para aceptar oficialmente el islam. La transición de la idea de un solo dios, Tanğri, a Alá, resultó bastante sencilla para los turcos. El dios-cielo antiguamente venerado fue fácilmente asimilado a Alá porque ya poseía su característica principal, es decir, la singularidad. Los diversos espíritus y las almas de los muertos que poblaban la antigua religión chamánica, sin embargo, fueron asimilados bien como

santones venerables, bien, y aún con mayor facilidad, a los *ğinn*, los genios del fuego que también habitaban en el mundo islámico. El *kut*, la fortuna real que pertenecía sólo al soberano, se transformó en la gracia de Alá. El nuevo credo concedió a la antigua civilización turca, dedicada principalmente a la guerra, una base ideológica para seguir asaltando y librando guerras contra los vecinos infieles. El único problema era el de los alimentos. Las reglas islámicas prescriben consumir únicamente animales sacrificados a los que se les ha extraído toda su sangre. En contraste, los turcos siempre habían considerado que los animales debían ser estrangulados

para poder aprovechar todo su rojo líquido vital, evitando que este se derramara sobre la tierra. Sólo de esta forma se evitaba que sus descendientes no fueran destruidos por otros que desearan ocupar su puesto. Incluso cuando había que cazar animales y se los mataba con armas que derramaban sangre, a continuación era necesario realizar una serie de rituales para aplacar a las poderosas fuerzas arcanas que podían perjudicarles.

Aunque la aceptación y expansión del islam entre los turcos fue rápida, la nueva religión constituyó, al menos al principio, un elemento cultural incorporado de forma superficial,

empleado para integrarse en una nueva realidad, y no un profundo sentimiento religioso extendido entre las capas populares. Muchas de las viejas costumbres se mantuvieron, como se observa todavía en algunas obras literarias. Por ejemplo, en casi todas las páginas de la primera versión de la historia de José y la mujer de Putifar (en árabe *Yusuf* y *Zuleika*), datada en el siglo XIII, o en el *Kitab-i Dede Korkut*, compuesto entre los siglos XIV y XV y redactado definitivamente en el XVI. En ambas obras se observan vestigios del antiguo chamanismo, elementos simbólicos como las montañas, el agua, los árboles, los antepasados míticos o

incluso hechos que sólo pueden explicarse en un entorno no del todo islamizado. Los mismos fundadores del movimiento sufí (de carácter extremadamente espiritual), que florecieron con mucha más fuerza en el ambiente turco que en el árabe, acudieron en gran manera a la tradición preislámica. Entre ellos debemos al menos recordar a Haci Baktaş, el fundador de la hermandad de los *bektasi*, a la que se unieron en masa los jenízaros, la élite del ejército otomano. El místico Baktaş, nacido en el siglo XIII en el norte de Persia, fue uno de los primeros en usar el turco como lengua literaria.

Durante muchos años fue casi un *topos* historiográfico considerar a los primeros otomanos como guerreros que combatían animados en su lucha por extender la fe en el islam. De acuerdo con esta teoría, expuesta por el gran orientalista austriaco Paul Wittek en los años treinta del siglo XX, el Imperio otomano nació exclusivamente para propagar la fe musulmana. Sólo a finales de los años setenta, después de la muerte de este distinguido académico, padre y maestro de los otomanólogos de su época, algunos estudiosos o sus alumnos comenzaron a mirar con ojos críticos esta teoría, poniendo ahora el énfasis en el pragmatismo de los

primeros otomanos, como hizo el profesor de Harvard turco, Cemal Kafadar, o haciendo hincapié en la supervivencia de los antiguos elementos de la civilización nómada, como el profesor de la universidad de Michigan, Rudi P. Lindner. Incluso en los estudios presentados en Europa y América comenzaron entonces a aceptarse argumentos ya expuestos durante décadas por algunos historiadores turcos como Mehmed Fuad Köprülü. Osmán y Orhan se habrían visto obligados a actuar, pues, no sólo por la fe en la nueva religión, sino sobre todo por mero pragmatismo y las contingencias políticas de cada momento. Ciertamente

las fuentes otomanas más antiguas alabaron la lealtad al islam del primer soberano, aunque esto se deba probablemente más a razones laudatorias o políticas, ligadas al momento en el que estos autores escribieron, que a una auténtica realidad.

Observando los acontecimientos históricos de aquel tiempo, se constata la persistencia de elementos extraños al mundo musulmán, arraigados en el entorno turco. Ante todo, destacamos la importancia concedida en la civilización otomana al elemento femenino. En el mundo turco-mongol, las mujeres realizaban una tarea relevante y precisa:

en una sociedad nómada no podían ser recluidas, y entre sus funciones se encontraban la de participar activamente en el gobierno de la casa y, si eran esposas de los soberanos, intervenir incluso en asuntos de estado. Una de las ceremonias con las que se entronizaba a los antiguos kanes incluía su elevación simbólica hacia el cielo sobre una alfombra de fieltro en compañía de su esposa principal. El viajero Ibn Battuta se sorprendió al observar cómo un kan mongol se levantaba cuando sus mujeres, sin velo, entraban en la tienda para participar en la reunión que allí se estaba celebrando. En el documento antes mencionado de 1324, junto a los

nombres de los hijos de Osmán, se incluyen los de su hija Fatma Hatun y el de su probable esposa Mal Hatun. Parece evidente, pues, que en el mundo turco-otomano las mujeres de la casa imperial detentaron un papel muy importante, diferente del que generalmente se les atribuía en los imperios árabe-islámicos. Debido a su proximidad al soberano, disfrutaron de una nobleza manifiesta, y su tarea consistía generalmente en ser las guardianas de la dinastía e incluso en la de detentar el poder cuando el trono quedaba en manos de niños o herederos marcadamente incompetentes.

Otro elemento significativo del

Imperio otomano fue la existencia, junto con las leyes religiosas, es decir, la *sharia*, de una legislación principesca denominada *kanun*. Aunque la palabra es de origen griego, tal costumbre derivó del derecho a legislar de los antiguos kanes. Famoso fue, por ejemplo, el *yasak*, es decir, la ley escrita dictada por Gengis Kan. En teoría, se suponía que el *kanun* abordaba aquellos campos de actuación no incluidos en la *sharia*, pero en la práctica, respetando no obstante la forma, regulaba gran parte de la legislación estatal. Durante siglos fueron redactados varios libros de derecho (los *kanun-name*), y según la leyenda,

Alaeddin, hijo de Osmán, habría sido el primer legislador otomano. Incluso Mehmed II, el conquistador de Constantinopla, produjo una importante colección de leyes, mientras que al más destacado sultán del siglo XVI, el conocido en Europa como Solimán el Magnífico, todavía hoy se le llama en Turquía Kanunî Süleyman, es decir, Solimán el Legislador.

Entre los primeros compañeros de Osmán no se encontraban solamente hombres de su tribu o de otros grupos turcomanos, sino también muchos griegos que abandonaron en ocasiones una posición prominente en el ámbito bizantino para rendir homenaje al

afortunado conquistador. El vínculo con el que Osmán se unió a estos compañeros no era el de pertenecer a la misma fe (es decir, la *umma*), sino la hermandad de sangre (la denominada *anda*), una antigua costumbre nómada en la que el intercambio de sangre venía a crear un vínculo de raza común. Aún hoy día el verbo «jurar» se expresa en turco con las palabras *and içmek*, que vienen a significar, literalmente, "beber el juramento". Tal uso, extendido sobre todo en el mundo militar, fue luego exportado por los ejércitos otomanos a sus nuevos dominios conquistados, dando origen así al *pobratimstvo*, la hermandad de sangre generalizada ya en

el siglo XVII en el área balcánica.

Para los otomanos, el poder constituía un asunto de familia, donde todos los varones de la dinastía se consideraban posibles herederos del título. Por este motivo, la muerte del soberano podía dar lugar a luchas fraticidas, con consecuencias terribles para la unidad del estado. Una posibilidad que a mediados del siglo XV impulsó a Mehmed II a establecer una drástica medida, consistente en que el sultán que llegaba al trono debía inmediatamente ejecutar a sus hermanos. Esta práctica se llevó a cabo con cierto rigor hasta finales del siglo XVI, cuando la muerte de hasta diecinueve príncipes

sacudió incluso a la propia población de Estambul, que criticó severamente al soberano Mehmed III por ordenar semejante matanza. Cuando su hijo Ahmed I llegó al trono en 1603, siendo todavía un niño, no quiso por ello aplicar la cruel norma, librando así de la muerte a su hermano el pequeño príncipe Mustafá, quien precisamente acabaría sucediéndole. No obstante, príncipes posteriores e incluso sultanes seguirían siendo asesinados, aunque la ley fratricida ya no sería aplicada con el rigor anterior. Durante la mayor parte del siglo XVII se prefirió emplear un método más sutil, encerrando en una cárcel dorada a los varones de la

familia imperial y alejándolos de cualquier medio que les permitiera socavar el poder mediante la fuerza. Ello explicaría la falta de equilibrio mental mostrado por algunos gobernantes otomanos de este siglo, probablemente derivada de años y años de espera pasados en la cárcel, viviendo entre la esperanza de ver llegar al gran visir para anunciarles su ascenso al trono, o bien el miedo a la aparición del ejecutor.

La muerte de príncipes o de otras personas prominentes debía producirse de una forma honorable, es decir, sin derramamiento de sangre, para no debilitar a la estirpe perdiendo su fuerza

entre la tierra. Por lo general se recurrió a la estrangulación, posiblemente con la cuerda de un arco. Este fue el final reservado no sólo a innumerables descendientes de Osmán, sino también a los funcionarios o grandes visires, siguiendo una costumbre todavía aplicada a finales del siglo XVII. Así, por ejemplo, Kara Mustafá, comandante supremo imperial en 1683, al fracasar en el asedio de Viena, acabó ejecutado por su incompetencia militar. Sólo después de ser estrangulado se le cortó también la cabeza. A principios del siglo XVII hubo quien prefirió rechazar la «honorable muerte» por estrangulación, solicitando a la vez la

gracia de ser decapitado. Un comportamiento que puede ser considerado como un síntoma del abandono de las antiguas creencias y una mayor adhesión al islam. De hecho, en ese mismo momento se asiste, desde un punto de vista político, a una convergencia de intereses entre los militares, es decir, los *siphioğlan* y los jenízaros, y los hombres de la ley y la religión (los ulemas), en oposición al partido del harén imperial. Fue entonces cuando, por vez primera, un poderoso grupo fuertemente islamizado pasó a desempeñar una función determinante en la política otomana, hasta ahora siempre cuidadosa a la hora de separar los

intereses del príncipe de los religiosos.

No es, pues, casualidad que las sangrientas antiguas tradiciones, hasta ahora aceptadas, o al menos toleradas, comenzaran a ser abandonadas a lo largo del siglo XVI. Antes, las cosas funcionaban de otro modo. Por ejemplo, a principios del siglo XVI, el sultán Bayaceto II bebía en una taza confeccionada con el cráneo de un príncipe persa derrotado a la que se le había añadido una cubierta de oro. El mismo sultán, al igual que su sucesor Selim I, envió en varias ocasiones a soberanos aliados, junto con el anuncio de sus victorias, algunas cabezas de enemigos muertos. Una de estas llegaría

a Venecia en 1516, aunque el embajador Mustafá, al final de la audiencia, se encontró en el palacio del dux con el macabro regalo en la mano porque nadie había querido recibirlo. En ese momento, se limitó a depositarlo en el umbral de la sala. Cabe destacar que la decapitación podía constituir una muerte honorable para los árabes, no así para turcos y mongoles, quienes, como hemos visto, la consideraban una manera de eliminar definitivamente al enemigo y a sus descendientes. Crónicas y miniaturas otomanas recogen historias sobre pirámides hechas con las cabezas de los soldados muertos en el campo de batalla. Por último, beber la sangre del

enemigo usando su mismo cráneo como copa constituía un antiguo gesto ritual, con el que el vencedor tomaba posesión del poder del enemigo derrotado.

Torre de las cabezas cortadas de

Niš (Serbia), levantada por los otomanos tras la derrota de los independentistas serbios en 1809. Para levantarla se emplearon las cabezas de hasta 952 enemigos muertos.

Incluso en la arquitectura se conservaron numerosos elementos de esa arcana simbología. El hábito de construir mausoleos para recordar a sus gobernantes constituye más una costumbre turca que una del mundo árabe-islámico. En la primera sepultura de Solimán, hijo de Orhan, en la localidad de Bolayir, construida en 1357, todavía aparecían elementos de la antigua religión. El infortunado príncipe,

muerto al caer de su caballo, fue enterrado junto al animal. A continuación, sus compañeros cubrieron la tumba con un montón de piedras formando una pequeña montaña que enlazaba de forma simbólica la tierra con el cielo. El edificio actual fue construido en tiempos de Murad I, un gobernante de finales del siglo XIV.

El mismo palacio imperial querido por los gobernantes otomanos en Estambul, el llamado Topkapi, oculta diversos significados simbólicos. En particular su estructura, marcada por la presencia de tres grandes puertas que conducen gradualmente hacia el corazón del edificio, que constituye la residencia

del gobernante. La primera es la Puerta Imperial, en cuyas paredes externas aparecen nichos en su tiempo utilizados para exponer las cabezas de los enemigos. Después del primer patio, y a través de una segunda puerta, se accede a un jardín en su momento repleto de animales y plantas de diversas especies, a modo de paraíso terrenal. La tercera puerta, llamada de la Felicidad, se construyó a imitación del acceso a una tienda de campaña, y se convirtió en un lugar dedicado a impartir justicia. Además, encontramos la parte más secreta del palacio: los apartamentos del sultán y el harén, habitados por sus mujeres, y donde no se aplicaba la ley

vigente en el resto del imperio. No es casualidad que la residencia imperial fuera llamada durante siglos la Sublime Puerta, un título que también se empleó para denominar al conjunto del estado otomano desde finales del siglo XVIII. Con el concepto Sublime Puerta se hacía referencia en concreto a la puerta de acceso a las dependencias del gran visir, el personaje que llevaba las riendas del Gobierno en nombre del sultán, y que se encontraba próxima a Topkapi.

Puerta Imperial del palacio de Topkapi en Estambul.

Modelo del Palacio de Topkapi,
Estambul.

El simbolismo relacionado con la puerta de la tienda, extendido a las

puertas de Topkapi, deriva de la tradición turco-mongola, como bien experimentó el compañero del misionero franciscano Guillermo de Rubruk. Este famoso viajero flamenco viajó a la corte del gran kan mongol de Karakorum a mediados del siglo XIII. Durante el viaje, uno de sus acompañantes estuvo a punto de ser asesinado simplemente por haber pisoteado el umbral de acceso a la tienda de un kan. Este era un punto sagrado donde se impartía justicia, custodiado por espíritus muy especiales. Aquí, el soberano ejercía su condición de juez. Pisarlo o tocar las cuerdas que lo sostenían constituía un crimen

castigado con la muerte. La puerta de la Felicidad de Topkapi fue construida, pues, a imitación de ese arquetipo, y muchos acontecimientos destacados de la historia otomana se desarrollaron a la sombra de sus columnas. No sólo ejecuciones de algún gran visir, sino también reuniones entre sultanes y rebeldes, como aconteció en 1603, cuando Mehmed III se vio obligado por sus tropas y los ulemas a presenciar la decapitación de sus dos esclavos más leales, Osmán, jefe de los eunucos negros, y Gazanfer Ağa, el jefe de los eunucos blancos, de origen veneciano. Sus cabezas rodaron hasta los propios pies del sultán.

ORHAN I (1324-1362) Y MURAD I(1362-1389), EL INICIO DEL AVANCE OTOMANO

El reinado de Orhan I vio una continua ampliación de las tierras de los otomanos, que establecieron una cabeza de puente en Europa y comenzaron a intervenir en las luchas entre los diferentes pretendientes al trono bizantino, en los emiratos turcomanos, en las repúblicas italianas de Génova y Venecia y en los principados de Bulgaria y Serbia. Nicea (Iznik, en turco) se rindió en 1331, y poco después cayó Nicomedia. Antes de 1345, Orhan

logró anexionarse todo el emirato de Karasi (noroeste de Anatolia) aprovechando también las luchas intestinas que lo sacudían. Con ello alcanzó la costa sur de los Dardanelos, asegurándose una base para futuras expediciones al otro lado del estrecho. No existe todavía un consenso claro sobre las fechas de estas primeras conquistas otomanas, ya que la cronología en las fuentes turcas sólo queda aclarada a partir del reinado de Mehmed II, mientras que las fuentes griegas son a menudo muy inexactas. Por ello se hace necesario, cuando es posible, recurrir a los documentos venecianos o serbios, teniendo siempre

presente que pueden darse propuestas de datación distintas de las aceptadas por la mayoría de los estudiosos.

Alrededor de 1344, Orhan intervino en las luchas por el poder que se vivían en Bizancio apoyando a Juan VI Cantacuceno, quien gracias a aquel logró el trono, ofreciendo como recompensa a su hija Teodora para que se casara con Orhan (1346). Más importante que una esposa fue la obtención de manos de su aliado de la fortaleza de Çimpe, situada en la península de Galípoli, lo que le permitió poner así un pie firme y estable en suelo europeo. En 1352, Orhan envió tropas a Europa para que combatieran al lado del

basileus (el emperador bizantino), cuyos aliados genoveses se encargaron de transportarlas en sus barcos. Más o menos en ese mismo año su hijo Solimán capturó Ankara, que después se perdió y no sería reconquistada definitivamente hasta 1403. En 1354, el mismo Solimán se apoderó sin demasiados problemas de Galípoli, aprovechando que un terremoto había derribado sus murallas y que su población, asustada, se había refugiado en los alrededores. De esta forma, el príncipe pudo argumentar que nada le había quitado al *basileus*, sino que simplemente había tomado posesión de una ciudad abandonada. La localidad fue nuevamente fortificada, con objeto

de facilitar futuras incursiones hacia Europa.

La ocupación de Galípoli (Gelibolu, en turco moderno) marcó el inicio del avance otomano hacia el continente europeo. Aquí, con el beneplácito de los bizantinos, se creó una colonia para evitar tener que transportar tropas constantemente cuando tuvieran que luchar en Rumelia, nombre que viene a significar, en turco, "la segunda Roma" (Rumeli), empleado para denominar las tierras griegas. Es probable que fuera en este momento cuando tomó cuerpo una leyenda de origen turco-bizantino que se extendió ampliamente a principios del siglo XV, y que situaba al oeste de las

tierras otomanas la llamada Manzana Roja o Manzana de Oro (*Kizil Elma*), es decir, la mítica tierra que un día habría de ser conquistada por los ejércitos otomanos. «Nos reuniremos de nuevo en la Manzana Roja», se convirtió en la frase empleada por el gobernante para despedir a sus jenízaros en el momento de partir hacia la guerra. Una Manzana Roja que al principio fue identificada con la ciudad imperial de Constantinopla, según algunos, a causa de la cúpula dorada de una de sus iglesias, y según otros por la estatua ecuestre de Justiniano sosteniendo un orbe de oro en su mano simbolizando el poder. Precisamente, según la tradición,

aquí sería colgada en 1453 la cabeza del último emperador bizantino, Constantino XI Paleólogo, tras la caída de la ciudad, un trofeo posteriormente embalsamado y conservado por el sultán Mehmed II. Tras la desaparición del Imperio bizantino, la Manzana Roja sería identificada con Roma, la capital de los papas. Sin embargo, el sueño de conquistar la capital pontificia no pudo cumplirse, y cuando los nuevos intereses geoestratégicos de los otomanos cambiaron de dirección, la nueva Manzana Roja pasó a ser Viena, la capital imperial de los Habsburgo, bajo cuyos muros el poder turco se estrelló fatalmente en 1683.

El príncipe Solimán, en quien tantas esperanzas había puestas, falleció en 1357. Ese mismo año, otro hijo de Orhan, Halil, fue capturado por los piratas de Focea, y para liberarlo su padre tuvo que recurrir al nuevo emperador de Bizancio, Juan V Paleólogo, que logró rescatarlo e incluso, para fortalecer la alianza, concedió al joven príncipe en matrimonio una princesa bizantina. Entre 1359 y 1367, el nuevo gobernante Murad I, hijo y sucesor de Orhan, entró en Adrianópolis (en turco, Edirne), la capital de Tracia. La fecha de este acontecimiento es todavía incierta, dándose la posibilidad de que la ciudad

hubiera sido conquistada, perdida y posteriormente reconquistada a lo largo de esos años, como sucedió con otras localidades. Una fuente veneciana indica que en el año 1360 Murad ya gobernaba el estado turco, aunque la mayoría de los estudiosos parecen de acuerdo en afirmar que Orhan murió en 1362, año en que también se establece la conquista de aquella ciudad. Dando crédito a las fuentes venecianas, puede afirmarse que, al igual que lo hizo su padre, Orhan se habría retirado del Gobierno en su vejez para entregar el trono a su hijo.

La Sublime Puerta de Estambul, junto a Topkapi. La obra actual data de 1843.

Murad I sucedió a Orhan logrando imponerse sobre su hermano Halil, gobernador de Nicea, sobre quien los bizantinos, que habían colaborado en el pasado con él, habían puesto sus esperanzas. El avance otomano continuó por Anatolia en detrimento de los principados turcomanos, y también por Rumelia, donde había hecho acto de presencia el conde Amadeo VI de Saboya en teoría para liberar Tierra Santa, aunque en realidad con la pretensión de defender de los estados latinos del Egeo y las posesiones venecianas, así como para apoyar los supuestos derechos de su familia a la corona de Bizancio contra las

pretensiones de Juan II Paleólogo, marqués de Monferrato. Durante los primeros tiempos del reinado de Murad I, entre 1369 y 1371, se produjo el viaje a Italia del *basileus* Juan V Paleólogo, en un intento de ganar apoyos contra la amenaza otomana. Vuelto a su patria sin la esperada ayuda, a pesar de una profesión pública de su fe católica, el emperador bizantino se vio obligado a buscar un acuerdo con Murad. Poco después, en 1373, su hijo Andrónico se alió con Savci, el hijo del gobernante otomano, en un intento de apartar del poder a sus respectivos progenitores, aunque ambos jóvenes fueron derrotados. Savci falleció en el empeño,

mientras que Andrónico, casi ciego, aún se mantuvo como un posible peligro para su padre y su hermano Manuel, que había sido asociado al trono. El asunto fue considerado por Murad como una conspiración contra él mismo urdida por el propio *basileus*. Un hijo de Savci, conocido como Murad el Ciego, se refugió en Hungría, donde se casó con una cristiana y tuvo dos herederos, Orhan y Davud, destinados a reaparecer como pretendientes al trono en la primera mitad del siguiente siglo.

Bajo Murad continuaron las ganancias territoriales, a expensas de los principados turcomanos, que fueron desapareciendo uno tras otro, de los

bizantinos siempre perturbados por las luchas internas, de los venecianos, cuyos barcos estaban presentes en los mares de Levante, de los serbios, de los búlgaros y de los bosnios. Después de la paz firmada con el zar de Bulgaria Iván Sisman, cuya hermana Tamara pasó a integrarse en el harén de Murad (1371), una alianza entre serbios y bosnios desencadenó la guerra. El 15 de junio de 1389, ambos ejércitos se enfrentaron en Kosovo Polje, es decir, el Campo de los Mirlos en idioma serbio, un lugar que se haría famoso también en enfrentamientos posteriores. La victoria fue para los otomanos, aunque Murad I acabó alevosamente asesinado en el mismo

campo de batalla por un noble serbio que había solicitado entrevistarse con él y que, según la tradición serbia, se llamaba Miloš Obilić. El príncipe Lazar de Serbia, que había sido hecho prisionero, fue ejecutado y su reino quedó en manos de su hijo Stefan, aunque bajo la tutela de su madre Milica, quien prefirió hábilmente un acuerdo diplomático con los otomanos en lugar de alcanzarlo con el rey de Hungría Segismundo de Luxemburgo (1387-1437). Mileva Olivera, la hija del fallecido Lazar, entró por ello en el harén del nuevo soberano.

Primeros dominios otomanos
(en oscuro, posesiones de
Osmán a su muerte en 1326).

El recuerdo de la trágica muerte de Murad se perpetuó durante siglos en el ceremonial del Imperio otomano. Desde ese momento, cada extranjero que llegaba a visitar al gobernante, aunque

se tratara del embajador de algún gran rey, era sujetado de los brazos por dos guardianes para evitar un atentado similar.

MURAD I, CREADOR DE UN EJÉRCITO MODERNO

Durante el reinado de Murad I, el avance otomano en Rumelia se realizó en tres direcciones. La primera siguió el trayecto de la histórica vía romana llamada Egnatia, que llegaba a través de Serres (Grecia), Monastir y Ohrid (ambas en la actual Macedonia) hasta

Albania. La segunda se inició en Tesalia hasta alcanzar la ciudad de Tesalónica. La tercera partió de Constantinopla y se dirigió directamente a Belgrado. Gracias a que se controlaron estas importantes rutas de tránsito, los otomanos fueron capaces de penetrar profundamente en las áreas circundantes, aprovechando la desintegración política que se vivía en toda la región balcánica.

Los éxitos de Murad, tanto en Rumelia como en Anatolia, se debieron en especial a los cambios que tuvieron lugar en el ejército y la administración. Bajo su mandato, las tropas integradas esencialmente por rapiñadores a caballo, buenas para acciones en las que

se requerían movimientos rápidos, pero inadaptadas a las batallas campales, los largos asedios o las tácticas sofisticadas, fueron sustituidas por un ejército más moderno. Aparecieron así dos cuerpos cuyo origen se remonta a esta época: los jenízaros (del turco *yeniçeri*, que significa "nuevas tropas") y los *sipahis* (palabra persa que significa "jinetes"). Los primeros se crearon al inicio del reinado, después de la toma de Adrianópolis, y constituyeron las primeras unidades permanentes de infantería surgidas en Europa, y de entre las primeras en utilizar las armas de fuego con regularidad. Representaban una tropa de élite, pagada con un salario

efectivo regular, a cuyos miembros se les exigía la soltería y que vivían en cuarteles especiales, dedicados de por vida a la defensa del estado y del soberano. Elegidos en un principio entre los prisioneros de guerra, pronto su reclutamiento se realizó mediante la práctica de la *devşirme*, la leva obligatoria de muchachos procedentes de los Balcanes y, aunque en menor grado, también de Anatolia, llevada a cabo al principio de formar regular, luego cada vez más esporádicamente y, por fin, suprimida tras la última leva acaecida en 1705. Continuando con una práctica ya empleada por los bizantinos, los otomanos impusieron a los

campesinos cristianos la entrega, por lo general cada siete años, de un hijo por familia. En un primer momento, los jóvenes así obtenidos eran empleados casi exclusivamente para engrosar el cuerpo de jenízaros, aunque con el tiempo se comenzó a utilizar a los mejor dotados como pajes o servidores en el palacio imperial, donde también recibían una educación más esmerada y lograban ocupar cargos de alto rango en el ejército y en la administración pública. Los únicos musulmanes sometidos a este tipo de prestación fueron los habitantes de Bosnia, una región conquistada en 1463 y cuya población se convirtió en masa al islam.

La tradición afirmaba que, en este caso, la leva no constituía una imposición, sino un privilegio solicitado por los mismos bosnios, al considerar que la *devşirme* abría a los afectados enormes posibilidades para alcanzar las más altas funciones del estado.

También los *sipahis* se organizaron probablemente en tiempos de Murad I, retomando un método ya empleado en las primeras tierras conquistadas. Se trataba de una caballería provincial, a la que el soberano concedía las rentas de ciertas tierras (*timar*) a cambio del servicio militar. El *timar*, en ocasiones, se ha comparado con los feudos de la Europa medieval, aunque conviene tener

presentes ciertas diferencias básicas entre ambos modelos caballerescos. A diferencia de lo que ocurrió en Occidente, en el mundo otomano las tierras continuaban perteneciendo al soberano, y retornaban a este en cuanto fallecía o se retiraba el concesionario del *timar*. Este tampoco gozaba del derecho a administrar justicia, aunque sí el de cobrar ciertos impuestos. Por último, los campesinos del *timar* sólo estaban obligados a pagar dichos impuestos, aunque eran libres para abandonar en cualquier momento la tierra que trabajaban.

Batalla de Kosovo (1389). Óleo del pintor serbio Adam Stefanović, realizado en 1870, que se conserva en el Museo Nacional de Belgrado. En el centro domina la escena el príncipe serbio Lazar.

Otro elemento que favoreció el ascenso de los otomanos fue su pragmatismo en la organización del

estado. Por una parte, aceptaron los derechos de las dinastías sometidas, que realizaban el correspondiente acto de sumisión integrándose en el nuevo orden. Poco a poco, se fue formando una estructura administrativa centralizada donde los viejos privilegios y gravámenes, a menudo inicuos, eran sustituidos por reglas fiscales más simples. También se implantó una política dirigida a la protección de los campesinos, que eran libres de mantener o establecer una religión distinta de la de sus nuevos gobernantes.

2

La consolidación del Imperio

LOS ORÍGENES DEL IMPERIO, EL BEY BUSCA ESPOSA

El Imperio otomano es el gran desconocido de la historiografía eurocéntrica, a pesar de que durante cerca de seis siglos los occidentales se enfrentaron a él o manipularon este

inmenso estado que, en el momento de su máxima expansión, se extendía desde las fronteras de Marruecos a las de Irán, y desde las montañas de Yemen hasta los Balcanes. La misma idea de Cercano Oriente llegó a incluir las regiones balcánicas sujetas a los sultanes, para extender y englobar todas aquellas regiones que en algún momento de su historia fueron otomanas. Por el contrario, Oriente Medio es un término que nació en el siglo XIX en el entorno militar británico para indicar el mando responsable de las operaciones desde el río Nilo hasta el Oxus, actual Amur Daria, en Turkmenistán, quedando por ello excluidos el Magreb y el

Mediterráneo occidental.

Todo el siglo XIV se vio afectado por un continuo avance de las tropas otomanas, tanto hacia el oeste como hacia el este. En este período, el principal oponente fue el Imperio bizantino, todavía capaz de infundir temor, a pesar de encontrarse en una fase de declive y con grandes problemas económicos. El gran sueño de los primeros gobernantes otomanos, además de las ganancias territoriales, solía ser también el de casarse con alguna princesa, de modo que pudieran situarse al mismo nivel que los grandes reyes a los que combatían. Si Osmán se casó con Mal Hatun, hija de un *şeyh*, es decir,

un miembro destacado del grupo religioso islámico, su hijo Orhan recibió de su padre como esposa a Nilüfer, una dama capturada por los otomanos cuando había sido prometida al gobernador bizantino de Belokeme Bilecik. En 1346, Orhan se casó también con Teodora, hija de Juan IV Cantacuceno, y unos diez años después su hijo Halil se casó, asimismo, con una princesa bizantina de la familia Paleólogo. Bayaceto I, sin embargo, se unió a la princesa serbia Mileva Olivera; su hijo Solimán lo hizo con otra princesa de la familia de los Paleólogos y su nieto Murad II trajo a su harén a una princesa turca del Karaman (centro-sur

de Anatolia) y a Mara, hija del déspota serbio Đurađ Branković, quien acabó jugando el papel de mediador en las relaciones diplomáticas entre Mehmed II y los estados europeos. El conquistador de Constantinopla, a su vez, se casó con otra princesa de Anatolia, Sitt Hatun de Zulkadroğlu y, finalmente, a principios del siglo XVI, Selim I contrajo matrimonio con la hija del kan de los tártaros, siendo el último caso de un sultán otomano que se uniera a una princesa. A partir de entonces, y siguiendo una tradición derivada de los antiguos califas abasíes, todos los sultanes fueron hijos de esclavas y no de mujeres libres. El recuerdo de aquel

último matrimonio tártaro quizá pudiera estar relacionado con la ley que preveía, en caso de extinguirse la dinastía otomana, que el heredero al trono debía ser el kan de Crimea, del linaje de Gengis Kan. Tras la conquista de Egipto (1517), y sólo como tercera posibilidad, ante la falta de un heredero el sucesor habría sido el jerife de La Meca.

BAYACETO I (1389-1402) NO TIENE RIVAL

El primer acto de Bayaceto, no en vano conocido con el apodo de *Yildirim* (el

Rayo) por sus decisiones improvisadas y fulgurantes, fue el de eliminar a su hermano Yakub para seguir siendo el único titular del poder. Aún a finales del siglo XIV, el estado otomano era considerado en muchos sentidos una posesión familiar. Hasta ese momento, el trono pasaba directamente de padres a hijos y nietos, aunque tíos, hermanos y otros hijos detentaban destacados puestos políticos y militares. El mismo Bayaceto, antes de ascender al trono, había sido gobernador del Germiyan, provincia del centro de Anatolia. Al igual que en otros estados islámicos, entre los otomanos la norma no establecía la sucesión obligatoria para

el mayor de los hijos. Al fallecer el soberano, todo el linaje masculino podía aspirar al trono. Con la expansión del estado, cualquier miembro de la familia real que no hubiese querido permanecer fiel al nuevo soberano podía contar con funcionarios y facciones favorables a él, incluida la tropa que hubiere dirigido eventualmente. De este modo, el fratricidio cometido por Bayaceto se explica por el deseo de deshacerse inmediatamente de un posible rival que podía socavar un poder apenas alcanzado.

Bayaceto no sólo fue el primer gobernante otomano que logró unificar la mayor parte de Anatolia, sino también

el primero cuya personalidad salió de las brumas de la leyenda para entrar en la historia propiamente dicha. Las fuentes turcas y bizantinas incluso llegan a ponerse de acuerdo sobre algunos rasgos particulares, como su amor inmoderado por el vino y el oro, su actitud licenciosa y sus habilidades como estratega.

El Imperio otomano al final del reinado de Bayaceto I.

Los primeros años del reinado de Bayaceto I estuvieron ya marcados por una serie de eventos favorables. Fue capaz de sofocar rápidamente los disturbios surgidos en Anatolia,

provocados por la extendida noticia de que su padre había sido asesinado. El Karaman se vio obligado a aceptar al nuevo señor, los *beyliatos* de Saruhan y Aydin fueron completamente conquistados y el territorio de Menteşe debilitado. Además, el avance por Rumelia permitió la anexión de Tesalia, mientras Tesalónica, perdida en 1387, fue ocupada de nuevo en 1394. En ese año se inició el asedio de Constantinopla. No era esta la primera ocasión en que la capital imperial era sitiada por un ejército musulmán. Ya había habido precedentes en tiempos de los califas omeyas (674-678 y 717-718). En esta ocasión, el bloqueo otomano se

prolongó durante cerca de siete años, aunque pudo ser contrarrestado por el apoyo recibido por los bizantinos de parte de los venecianos. Desde comienzos de siglo, el *basileus*, agotadas las finanzas imperiales, había desmantelado su flota a causa de su elevado coste, por lo que fueron los barcos de Venecia los encargados de abastecer la capital. No obstante, el temor ante una eventual caída de Bizancio en manos otomanas empujó a muchos hombres de letras a abandonar la ciudad imperial. El teólogo Demetrio Kydonès y otros literatos huyeron a Italia, llevando con ellos diversas muestras de la cultura griega, que

representarían un acicate importante para el nacimiento del humanismo.

En 1395 aconteció un hecho que, a menudo, se considera de menor importancia en el marco de la expansión territorial otomana del momento. Nos referimos a la adopción del título de sultán por parte de Bayaceto. Fue él mismo quien solicitó tal dignidad, enviando para ello una delegación al califa abasí títere de Egipto al-Mutawakkil I, que lo nombró sultán de Rûm (*Rûm* era la palabra árabe que venía a significar "romano"). Hasta este momento, los gobernantes otomanos empleaban solamente el título de emires, es decir, jefes militares o príncipes. La

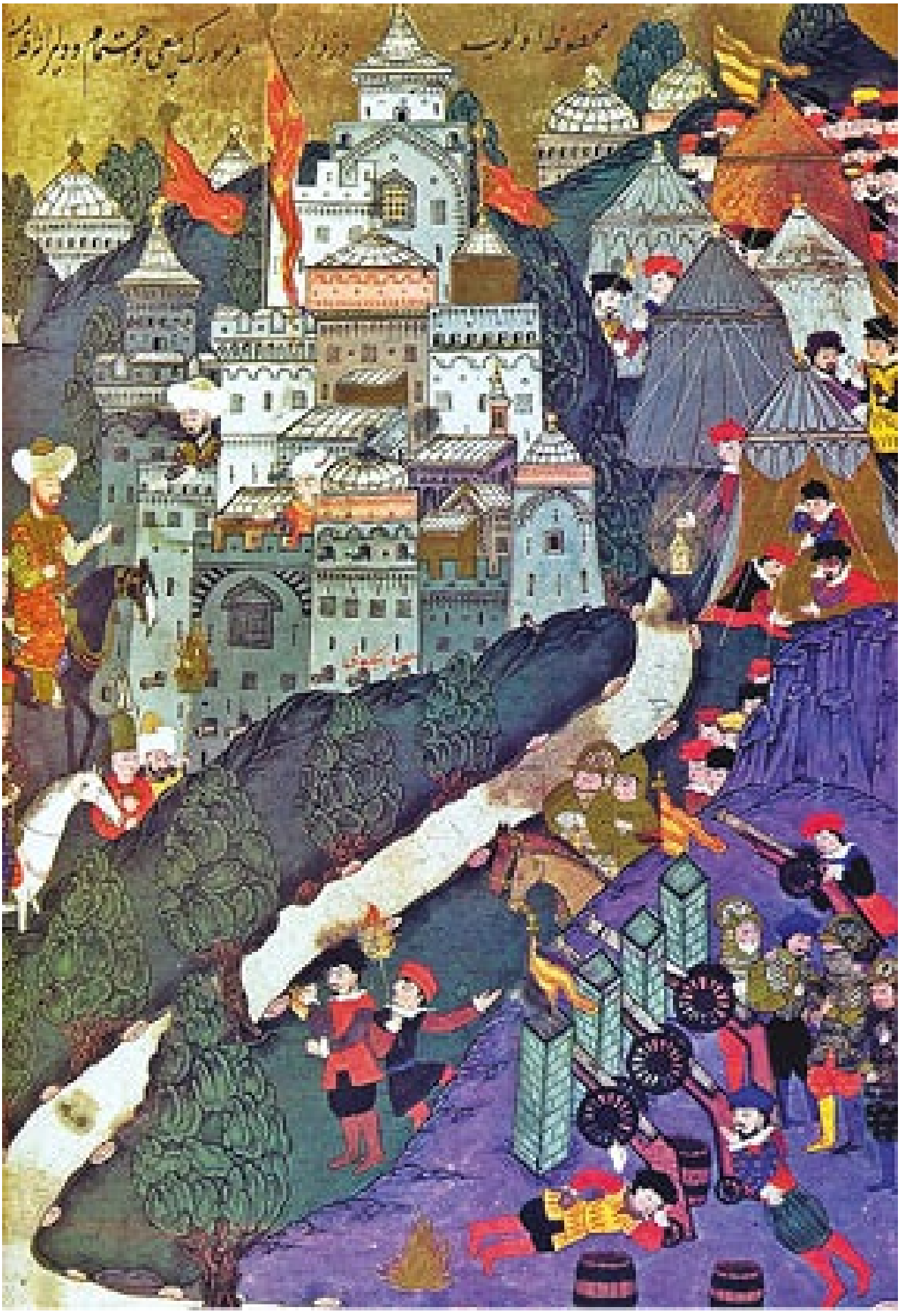
palabra «sultán», sin embargo, estaba relacionada con el concepto de autoridad y gobierno. Atribuida a ministros o gobernadores, en el siglo XI fue adoptada como el título principal de la dinastía turca, llamada de los Grandes Selyúcidas. A partir de este momento, el término implicaba una nueva aspiración, la de gobernar sobre un imperio universal. Si en el islam existía un único jefe religioso, el califa, también debía existir un único dirigente político y militar, es decir, el sultán. Con la decadencia de los selyúcidas a finales del siglo XIII, el título vivió un proceso de devaluación que terminó cuando lo asumieron los otomanos, que le

devolvieron su antigua gloria al reunir bajo su control casi todas las tierras del mundo islámico.

El establecimiento de la supremacía otomana sobre Serbia, la destrucción del reino de Bulgaria, cuyo zar, Iván Sracimir, fue estrangulado por orden de Bayaceto, así como la invasión de Valaquia, empujaron al rey Segismundo de Hungría a promover la formación de una gran liga cristiana. Sus aliados fueron los bizantinos, la república de Venecia y un ejército de cruzados formado por caballeros franceses, ingleses, alemanes y flamencos, atraídos por el proyecto aventurero. Entre estos, los más numerosos fueron los

borgoñones, encabezados por el conde Juan de Nevers, hijo del duque de Borgoña, quien más tarde fue apodado Sin Miedo. El 25 de septiembre de 1396, en Nicópolis, una ciudad danubiana de Bulgaria, este ejército se enfrentó con el de Bayaceto y el de su aliado Stefan Lazarević de Serbia. Los caballeros occidentales, pesadamente armados, no estaban preparados para hacer frente a la caballería ligera otomana. Amantes de la pompa y de los placeres, confiaban en una marcha triunfal subestimando a sus oponentes. Les engañaron muy fácilmente con la clásica táctica de fingir la huida del enemigo y enseguida se vieron rodeados

y derrotados. La orden de Bayaceto fue la de matar a todos los soldados y dejar vivas únicamente a las personalidades destacadas, a fin de obtener suculentos rescates. En especial, las brillantes y doradas armaduras de los caballeros borgoñones, que demostraban una riqueza que podía explotarse con facilidad. Durante su cautiverio, algunos de estos nobles pudieron conocer mejor a los otomanos e incluso llegaron a apreciarlos. Se iniciaron así unas cordiales relaciones franco-otomanas, que tanto peso alcanzaron en las centurias siguientes, sobre todo en el siglo XVI.



Batalla de Nicópolis (1396). Miniatura turca del siglo XVI que se conserva en el Museo del Palacio de Topkapi (Estambul).

La lejanía del sultán, empeñado en la campaña europea, provocó que en 1397 el emir del Karaman, Alaeddin (1362/1363-1397), intentara sustraerse a la dominación otomana. La respuesta fue rápida y terrible. Konya, la principal ciudad de la provincia, fue conquistada y Alaeddin ejecutado. Su viuda, hermana de Bayaceto, se encargó de que las puertas de la ciudad de Larende se abrieran al ejército de su hermano. En el mismo año, mientras se mantenía el bloqueo sobre Constantinopla, el sultán

levantó en el lado asiático del Bósforo el castillo de Anadolu Hisari. Otras fortificaciones se levantaron cerca del barrio genovés de Pera, situado junto a la capital imperial. La caída de esta parecía cada vez más próxima. En 1399, el *basileus* Manuel II se dirigió a Venecia, Roma, París y Londres con la esperanza de recibir ayuda, mientras que Bayaceto ponía sus ojos en los últimos principados turcomanos que habían logrado conservar aún cierta independencia. A su vez, los habitantes de la ciudad de Sivas, en el centro-este de Anatolia, apelaron a los otomanos en 1398, después de que su soberano, el *kadi* Burjanedín, hubiera sido derrotado

por otro gobernante turcomano de nombre Osmán y apodado *Kara Yülük* (la Sanguijuela Negra).

TIMUR Y LA BATALLA DE ANKARA (1402)

Sin embargo, la ayuda que tanto necesitaban los griegos para liberarse de las acometidas otomanas no llegó de Occidente, sino del este. En ese mismo año de 1398, a sus sesenta y dos años, el gran emir turco-mongol Timur (apodado Lenk el Cojo, más conocido como Tamerlán), decidió abandonar la paz que

disfrutaba desde hacía unos años en su residencia dorada de Samarcanda para emprender junto a sus hombres una nueva aventura, cuyo objetivo era ocupar algunas regiones de la India. Después de un año de combates, matanzas y robos, se volvieron hacia el Irán occidental, donde el comportamiento demente de su hijo había alentado las aspiraciones del sultán otomano. Los antiguos príncipes reinantes de Anatolia, los beyes de Aydin, Saruhan, Menteşe y Germiyan, junto con el basileus, los venecianos y genoveses (que temían por sus negocios comerciales), y el lejano príncipe occidental Carlos VI de Francia,

protector de Génova, incitaban al sultán a seguir la senda de la guerra. El príncipe de Şirvan, el actual Azerbaiyán, a su vez, para congraciarse con el gran conquistador Tamerlán, le llevó, siguiendo la costumbre tártaro-mongola, nueve veces nueve regalos, a saber, nueve espadas, arcos, tiendas de campaña, toldos, tazas, piezas de tela, yeguas, esclavas y, finalmente, nueve esclavos entre los que se encontraba él mismo. Tamerlán se mostró en un primer momento prudente, interesado en conocer la verdadera fuerza de su enemigo otomano, el único que parecía en condiciones de vencerlo. Bayaceto también se mostró vacilante, aconsejado

por el visir Candarli Alí, partidario asimismo de una política de prudencia. Por fin, Tamerlán inició en 1400 una campaña de saqueo en Sivas, al este de Anatolia. Como era habitual, allí por donde pasó su ejército se levantaron torres formadas por cabezas humanas intercaladas con piedras, en una suerte de macabro *opus reticulatum*.

Bayaceto intentó hacer un acuerdo con los cristianos encargando a la madre de su hijo Solimán, cuyo nombre se desconoce, que alcanzara la paz con los enviados bizantinos, genoveses y venecianos. Ante la hospitalidad dispensada a sus enemigos, Tamerlán, superando ya cualquier duda, encontró

por fin la excusa para iniciar la guerra contra el sultán otomano. El 28 de julio de 1402 en Çukurova, cerca de Ankara, se libró la batalla decisiva. Uno tras otro, los diversos contingentes fueron abandonando a su suerte al sultán. Los mongoles y los turcomanos que combatían con Bayaceto fueron los primeros en pasarse al lado de Tamerlán, para combatir junto a sus compañeros. Las tropas europeas guiadas por Solimán Çelebi (el hijo de Bayaceto) y el gran visir huyeron, al igual que lo hicieron los guerreros a Amasya, dirigidos por el príncipe Mehmed. Finalmente, incluso los serbios del *knez* (príncipe) Stefan

Lazarević abandonaron el campo de batalla. Llegada la noche, Bayaceto se encontró sólo, protegido únicamente por un puñado de fieles jenízaros. Cercado por el ejército de Tamerlán, fue capturado, aunque recibiría un trato bastante correcto. Murió durante su cautiverio poco después, el 9 de marzo de 1403, en la ciudad turca de Akşehir, al parecer de una embolia. Su cuerpo fue enterrado con los honores debidos a un gran gobernante en Bursa.

La aventura de Tamerlán, coronada con la derrota de Bayaceto, dejó una impronta en la cultura europea que vio en el vencedor a un aliado llegado del profundo Oriente capaz de combatir

eficazmente al poderoso enemigo otomano. Se comenzó así a fabular sobre el trágico final de un gran líder turco derrotado. Entre todos los acontecimientos de la historia de Turquía que han proporcionado inspiración a tragedias, óperas y *ballets*, la historia de Bayaceto logró un destacado lugar de honor. Así lo recogieron artistas como el dramaturgo inglés del siglo XVI Christopher Marlowe, el asimismo dramaturgo francés Nicolas Pradon (1676), los músicos Alessandro Scarlatti (1706), Georg Friedrich Händel (1724) y Antonio Vivaldi (1735). El pintor italiano Antonio Guardi, en sus

turqueries dieciochescas, representó a Bayaceto enjaulado. La leyenda que se extendió por Europa nos muestra al sultán preso en una jaula de hierro, obligado a contemplar las fiestas de Tamerlán, en las que su esposa tenía que servir, desnuda, como esclava. Incapaz de soportar la desesperación que le inundaba, acabó por quitarse la vida.

El sultán Bayaceto I apresado por

Tamerlán. Manuscrito alemán en papel de mediados del siglo XVI. Galería Sotheby's.

Después de la batalla de Ankara, Tamerlán devolvió su poder a los antiguos emires del Germiyan, Saruhan, Aydin, Menteşe y Karaman, restaurando sus estados. Y después de derrotar a Bayaceto, quien, a pesar de todo, era un correligionario que se vanagloriaba del título de *gazi*, el gran emir Tamerlán consideró oportuno dar testimonio de su fe islámica y se lanzó de inmediato contra la ciudad cristiana de Esmirna, perteneciente a los caballeros de Rodas. Los otomanos nunca habían logrado

conquistarla ya quese situaba en una zona marítima abierta al Mediterráneo, con un gran puerto que le permitía recibir víveres y ayuda. Los caballeros de Tamerlán no eran muy expertos en la guerra marítima, como tampoco lo habían sido hasta el momento los ejércitos otomanos. Por tanto, para tomar la ciudad se tuvo que construir una gran máquina de madera cubierta con pieles para poder superar los muros. La burla inicial de los sitiados pronto se convirtió en desesperación cuando comprendieron que no lograrían destruir semejante armatoste. Esmirna cayó, pues, el 2 de diciembre de 1402, y las cabezas de sus habitantes fueron

lanzadas hacia las naves de los que huían. De esta forma, Tamerlán ya podía afirmar que había conquistado toda Anatolia, por lo que pudo regresar a Samarcanda como vencedor por decimonovena vez. Bayaceto falleció durante el viaje. Tamerlán, el viejo guerrero, aún preparaba una campaña soñada durante muchos años contra la lejana China cuando murió el 19 de enero de 1405.

SOLIMÁN ÇELEBI Y SUS HERMANOS (1402-1413)

La batalla de Ankara se perdió, y el ejército otomano superviviente huyó. Solimán Çelebi (en turco, Solimán el Caballero), encargado de custodiar el tesoro de su padre, escapó hacia Occidente confiando en encontrar protección en tierras europeas. Llegó a los Dardanelos, y mediante naves turcas, o acaso genovesas, pudo cruzar las aguas del estrecho y ponerse a salvo. En febrero de 1403, Solimán, quien se jactaba de ejercer como emir e incluso había obtenido un diploma de investidura del propio Tamerlán, compró la paz a los gobernantes de la región. El emperador bizantino recuperó Tesalónica. Los venecianos, genoveses,

el duque de Naxos y Stefan Lazarević lograron algunas concesiones menores, mientras que los caballeros hospitalarios asentaron definitivamente su dominio sobre Rodas.

El príncipe Solimán era el hijo mayor del fallecido Bayaceto. Sus hermanos eran Mustafá, desaparecido durante la batalla de Ankara; Isa, que optó por instalarse en Bursa, la antigua capital; Musa, capturado junto a su padre por las tropas mongolas y puesto en libertad por Tamerlán, que lo aceptó como vasallo concediéndole un diploma y los símbolos de esta nueva relación (un hábito de honor, un cinturón, una espada y un carcaj con piedras

preciosas). También estaban Mehmed, trasladado a un lugar seguro, lejos del campo de batalla, por su tutor Bayaceto Pachá, y ahora instalado en Amasya, al noreste de Ankara, y, por último, el pequeño Kasim y su hermana Fátima, que se encontraban como rehenes en la corte bizantina.

Solimán era, por tanto, el mejor colocado de los hermanos a la hora de heredar el maltrecho poder de su padre. El príncipe Mehmed se encontraba combatiendo contra varios jefes tribales, aunque también soñaba con la reconstitución del imperio paterno. Con este objetivo, se enfrentó también con su hermano Isa, quien no pudo resistírsele y

en 1403 huyó hacia el Karaman. No se volvió a saber de él. Mehmed, en cambio, comenzó a utilizar el título de Señor de Asia. Por su parte, Solimán, reforzada su posición en Europa, en 1406 cruzó de nuevo el estrecho buscando contrarrestar las artimañas de su hermano. Una vez en Anatolia, recuperó la ciudad de Ankara, sin olvidar, no obstante, la política balcánica. De hecho, en 1409 consiguió el control sobre los tres principados serbios de la región, gobernados por Stefan Lazarević, su hermano Vlk y Đurađ Branković.

El siguiente paso de Mehmed tuvo un alcance político: apoyar, o incluso

incitar, al príncipe Musa a atacar a Solimán por la retaguardia, partiendo de Valaquia, para orquestar una acción en tenaza destinada a neutralizar a su hermano. Musa, un fanático duro y austero, esperaba construir su propio imperio en Europa contando con el apoyo de su suegro Mircea, voivoda valaco, es decir, señor de Valaquia, y de otras potencias de la región. El príncipe Solimán, desde Edirne, subestimó la fuerza del enemigo y sus seguidores lo abandonaron muy pronto debido a su impopularidad. El 17 de febrero de 1411 murió violentamente, aunque los historiadores todavía dudan sobre si su fallecimiento acaeció durante su huida o

ya en cautividad, asesinado por orden expresa de su hermano.

Una vez conquistado el poder, Musa continuó luchando para consolidarlo. Se volvió contra Bizancio, que levantó contra él a Orhan, el joven hijo de Solimán, destinado a una rápida derrota. Luego mató al serbio Vlk, que había desertado de su lado, aunque esta acción tuvo como consecuencia que el déspota serbio Stefan, hermano de Vlk, se pasara al bando de Segismundo de Hungría y Đurađ Branković. Su principal enemigo, sin embargo, fue su hermano Mehmed, a cuyo lado luchaba ya el poderoso Çandarli Ibrahím Pachá. Este pertenecía a una antigua familia turca muy

influyente en la corte otomana, que siempre había mantenido buenas relaciones con la corte bizantina, y que podía moverse sin problemas en el difícil y complicado juego diplomático tejido entre Bizancio, Venecia, los caballeros hospitalarios y los diversos príncipes genoveses, venecianos, griegos y eslavos del Egeo y los Balcanes. Incluso también mantenía contactos con las más alejadas cortes de Roma, Francia, Borgoña y Hungría. Aunque victorioso en algunas batallas, Musa fue abandonado poco a poco por sus aliados. El encuentro decisivo con su hermano se produjo el 5 de julio de 1413 al norte de Sofía. Derrotado y

capturado, finalmente fue estrangulado por orden de Mehmed, ahora el nuevo y único sultán.

Las luchas que tuvieron lugar entre finales del siglo XIV y los primeros años del XV pusieron de relieve un elemento que comenzó a tener importancia desde este momento para solucionar los conflictos. Nos referimos a la presencia en el ejército otomano de las tropas llamadas *akinci*. Se trataba de bandas de salteadores, enroladas en las mismas tierras asignadas a los miembros de lo que ya podría denominarse aristocracia. Integraban esta clase social la mayoría de los descendientes de los compañeros más próximos a Osmán, aquellos que se

habían vinculado a él mediante un juramento sellado con el intercambio de sangre. Estos personajes, además de alcanzar posiciones destacadas en el estado, también habían obtenido grandes propiedades en las provincias europeas que poco a poco se iban conquistando. Unas provincias que ahora eran conocidas como los Balcanes (del turco *balkan*, que significa "montaña"). Estos nobles eran conocidos como *uc bey*, los señores de la frontera, y su obligación principal era la de servir al sultán con las armas, empleando para ello, cuando fuera necesario, a los campesinos a su servicio. Así nacieron las bandas *akinci*, en turco, "los merodeadores",

caballeros entre los que había tanto musulmanes como cristianos, convocados sobre todo en los momentos en que se organizaban incursiones contra los nuevos territorios pretendidos por el sultán. Dichas incursiones eran una forma de conocer mejor el terreno y, a la vez, de distraer al enemigo mientras el grueso del ejército atacaba en otra parte. Los integrantes de estas bandas no recibían una paga regular, aunque podían quedarse con todo el botín que pudieran recoger, fueran tesoros o esclavos, y por eso, muy a menudo, acudían a la llamada de las armas con dos o tres caballos. Una vez llegados al objetivo, los *akinci* se dividían en escuadras de diez

hombres dirigidas por un jefe y se dispersaban para reunirse por la noche después de quemar las aldeas atacadas. Una forma de lucha que en realidad era una reminiscencia de las tácticas empleadas entre las antiguas poblaciones nómadas. De hecho, estos cuerpos desaparecieron en el siglo XVI, cuando las nuevas armas de fuego impusieron una táctica y una estrategia diferentes.

Akinci otomanos en la batalla de Mohács de 1526. Miniatura turca del *Libro de Solimán*, obra de mediados del siglo XVI cuyo original se conserva en el museo de Topkapi (Estambul).

MEHMED I (1413-1421), QUINTO SEÑOR DE LA DINASTÍA

La historiografía otomana siempre consideró a los hijos de Bayaceto, mientras pelearon por el trono, sólo como caballeros o príncipes (es decir, *çelebi*), no como verdaderos soberanos. Con la muerte de Musa, sin embargo, el

estado finalmente quedó en manos de Mehmed, el quinto señor de la dinastía y el primero con ese nombre.

Sin embargo, la desaparición de los tres pretendientes no permitió alcanzar la paz. Mehmed I trató de demostrar su buena voluntad hacia los bizantinos, el déspota de Serbia, los señores de Morea y Valaquia y hacia la misma Polonia. Al mismo tiempo, no obstante, se vio obligado a entrar en conflicto con diversos y agresivos enemigos. El primero de ellos en aparecer fue su hermano Mustafá, que había sido trasladado a Asia Central por las tropas de Tamerlán, y que fue recordado por el apodo de *Düzme*, el Impostor, ya que no

se le consideraba descendiente de Bayaceto, afirmación que los historiadores actuales no comparten. De momento, su intento de conquistar el trono fracasó y el príncipe fue capturado por los bizantinos, que acordaron con su hermano mantenerlo prisionero a cambio de una generosa compensación. Parecido resultado obtuvieron tres revueltas de base popular, dos en la zona asiática del imperio y otra en la europea. La primera, surgida en la región del Egeo, fue encabezada por Bürklüce Mustafá, quien predicaba la pobreza, la posesión comunal de los bienes y la hermandad entre gentes de diferentes religiones. Otra, fomentada

por un judío convertido llamado Torlak Kemal Ku, estalló en la provincia de Saruhan, en Anatolia occidental. La tercera golpeó la Dobruca, o Dobruja, en la costa rumana, y el Deli-Orman, región fronteriza con la Rumelia del mar Negro, siendo su inspirador *şeyh* Bedreddin. Era este un místico que ya había servido al príncipe Musa y que se autoproclamó *mahdi*, una suerte de anhelado mesías destinado a reformar el islam. Derrotado, fue ahorcado en Serres (Grecia) en 1420, aunque sus ideas constituyeron durante dos siglos fuente de inspiración para la propagación de una secta de seguidores en su región de origen.

Al mismo tiempo, el sultán tuvo que hacer frente a varios príncipes turcomanos que habían recuperado el poder después de la batalla de Ankara. Nos referimos a los gobernadores de Karaman, Saruhan, Aydin y los İsfendyaroğlu de Sinope. El más aguerrido fue, sin embargo, Cunayd, convertido en señor de Esmirna tras el regreso de Tamerlán a sus bases. En el Egeo, Mehmed I, probablemente inspirado por los genoveses, siempre enemigos del *Comune Veneciarum*, comenzó a instigar una serie de ataques contra las bases venecianas. Tal vez a causa de un malentendido, el 29 de mayo de 1416 la flota veneciana chocó con la

del sultán en las aguas de Galípoli. Çali Bey, el primer almirante otomano cuyo nombre conocemos, fue severamente batido. A continuación, los venecianos se dedicaron con bastante lentitud a preparar las negociaciones destinadas a finalizar el conflicto, que culminaron tres años después, el 6 de noviembre de 1419, con un acuerdo de paz. Según se estipuló, quedaba reconocido un trato recíproco en las ciudades y puertos de ambos estados para sus respectivos comerciantes. Se trata de la primera prueba documental de la existencia de súbditos del sultán que, por razones comerciales, viajaban a tierras cristianas.

Mientras tanto, los otomanos avanzaron por Albania, donde en 1417 fue conquistada Vlora, su primer puerto del Adriático, y luego Gjirokastra. En Bosnia tomaron el relevo a los angevinos en la lucha contra el monarca húngaro. En 1419 pasaron el Danubio y alcanzaron un año más tarde el oeste de Transilvania. En el mismo 1420 conquistaron, en Asia, la ciudad de Samsun, llegando así a tocar en aquella zona la costa del mar Negro. Sin embargo, al año siguiente Mehmed I murió a causa de una hemiplejia provocada por una caída del caballo. Fue sucedido por su hijo Murad II, con quien el estado otomano se consolidó y

se expandió aún más.

Durante la época de Mehmed I, colmada de guerras, alianzas, batallas y replanteamientos políticos, cobraron un destacado papel las grandes familias anatólicas y las dinastías locales de los Balcanes. La firmeza del estado dependía, sin embargo, no de aliados susceptibles de cometer traición, sino de una administración y de un ejército centralizados y eficientes, instituciones ambas basadas en los *kul* ("esclavos"), es decir, los individuos reclutados mediante el sistema de la *devşirme* o capturados en guerras o incursiones, criados en la corte y considerados parte integral de la gran familia que tenía al

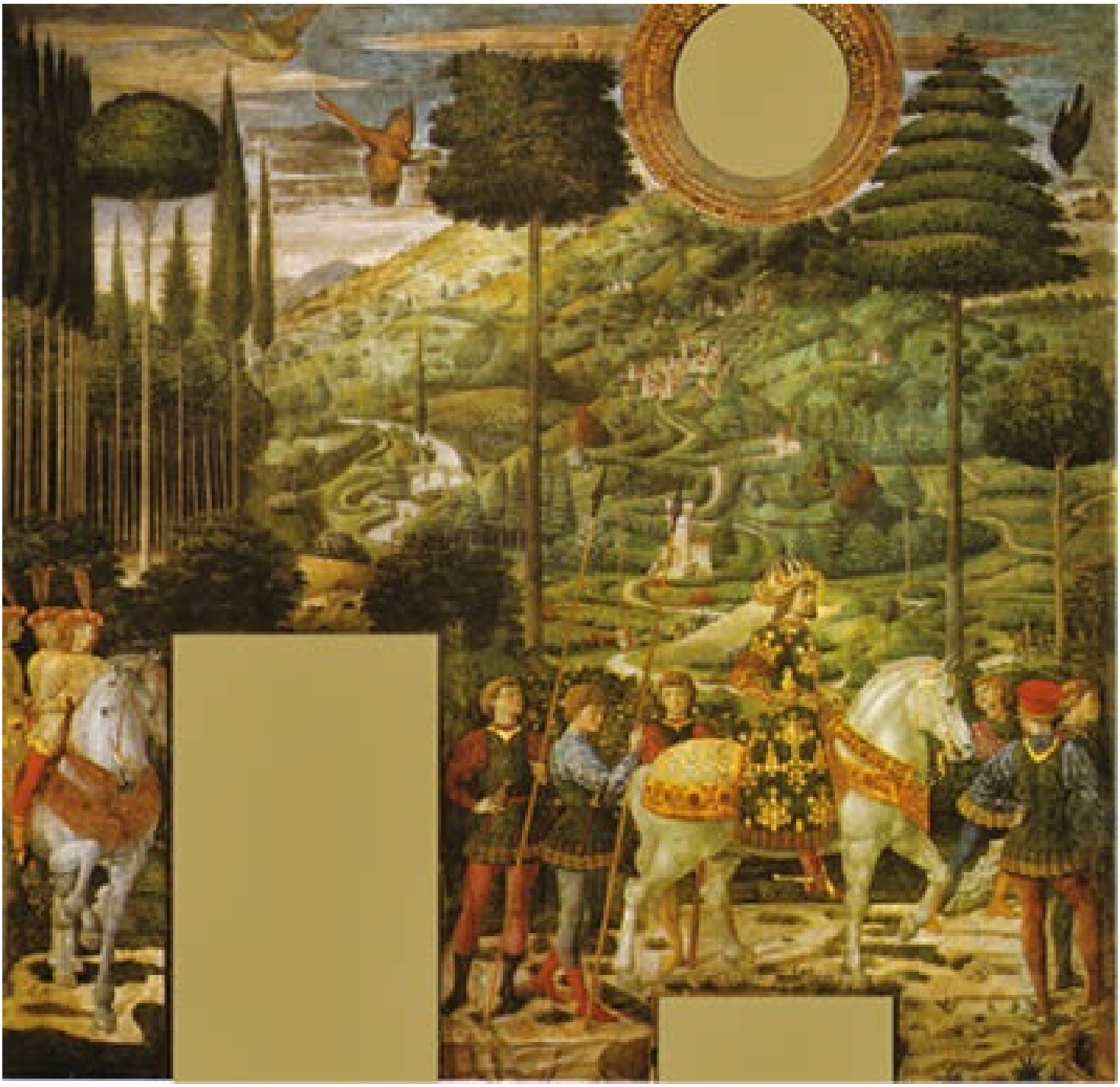
sultán como su patriarca y padre de familia. En este período, los elementos turco y musulmán conservaron todavía destacadas posiciones en el Gobierno central y periférico, proporcionando tanto estudiosos expertos en la religión y la ley como cuadros dirigentes. Sin embargo, bajo Mehmed I, el sistema de *kul*, que se había ido formando durante el siglo XIV, alcanzó su plena madurez, y se mantuvo casi sin cambios hasta el final del siglo XVI, proporcionando los altos funcionarios del estado que, sobre todo en los primeros tiempos, fueron escogidos de acuerdo con sus méritos.

MURAD II (1421-1451), 25 AÑOS DE GUERRA

Con la subida al trono del nuevo soberano se reanudaron las luchas dinásticas. Los bizantinos liberaron a su tío *Düzme* Mustafá, hasta entonces custodiado en Tesalónica. Murad II fue capaz de derrotarlo con la ayuda de Mehmed Mihaloğlu, quien tenía un gran ascendiente entre las tropas de *akinci*, de Seyyid Buhari, llamado Emir Sultán, un hombre santo venerado por las masas, y los genoveses de Focea Nuova, costa anatólica al norte de Esmirna, que le alquilaron sus naves. El

comportamiento bizantino fue inmediatamente castigado poniendo de nuevo cerco a la capital imperial (1422), aunque de momento sus muros permanecieron infranqueables. Mientras tanto, se lanzó contra Murad II a un nuevo aspirante al trono, en esta ocasión su hermano Mustafá, rápida y definitivamente derrotado. A finales de 1424 se selló la paz con los bizantinos, aunque su emperador Juan VIII Paleólogo viajó más tarde, otra vez, a Europa para solicitar infructuosamente ayuda. El *basileus* llegó a participar en el concilio de Florencia de 1439, donde se aceptaron las proposiciones papales en materia de fe y la reunión de ambas

iglesias (la católica y la ortodoxa).



Juan VIII Paleólogo a caballo.
Detalle del fresco sobre el
cortejo de los Reyes Magos,

pintado por Benozzo Gozzoli en
el palacio Medici de Florencia
entre 1459-1461.

Durante la época de Murad II, los otomanos siguieron avanzando tanto hacia el este como hacia el oeste. La crisis dinástica de los primeros años permitió a los principados de Anatolia intentar recuperar cierto grado de independencia. Sin embargo, uno tras otro fueron cayendo en poder del Imperio otomano como consecuencia de sus derrotas militares (İsfendyaroğlu de Sinope), de alianzas matrimoniales (el Karaman) e incluso por transmisión hereditaria (Germiyan). Finalmente, también fue capturado y decapitado

Cunayd, el emir de Aydin y Esmirna, que había logrado hasta ahora sobrevivir en el difícil equilibrio político de la región. Algunos de los principados, como el Karaman o el área de Kastamonu, se sometieron como tributarios, mientras que otros lo fueron bajo la administración directa otomana, como Aydin, Menteşe y Teke (1427) y la región boscosa de Canik, en el mar Negro, entre Trebisonda y Samsun (1428), necesaria para la flota que se estaba construyendo.

Al igual que su padre, Murad II tuvo que enfrentarse a la flota veneciana, todavía potente y temida en las aguas de Levante. La oportunidad para una

confrontación surgió cuando el sultán, después de sus éxitos precedentes, volvió sus ojos hacia Tesalónica. Al año siguiente, al verse perdida, la ciudad griega proclamó su sumisión a Venecia, en un último y desesperado intento por resistir. Los otomanos iniciaron entonces un largo asedio que duró seis años, durante los cuales el poder de sus fuerzas en tierra se vio contrarrestado por la superioridad marítima veneciana. Al final, no obstante, Murad entró victorioso en Tesalónica. Eliminado así el motivo de discordia, pudo alcanzarse la paz en 1430. En el Egeo fueron a su vez desapareciendo, bajo los golpes de los ejércitos otomanos, incluso los

diversos despotados que salpicaban dicho mar. Después de Tesalónica fue tomada inmediatamente Giannina (región del Epiro), aprovechando la crisis dinástica que siguió a la muerte del déspota local Carlos I Tocco (1429), mientras que Atenas se convirtió en ciudad vasalla del sultán. En 1451, cuando Murad II falleció, los otomanos se habían establecido firmemente en el territorio griego, siendo sus tributarios los principados de Atenas y Morea, varias islas bizantinas, las Espóradas del norte, Lemnos e Imbros. Los venecianos todavía conservaban varias bases que iban de Corfú a Navarino, Modón, Argos, Nauplia y Negroponte,

mientras que los genoveses poseían Samos, Quíos, Lesbos y Focea. También los caballeros de San Juan mantenían todavía su independencia en el sudeste de Samos y el ducado del archipiélago de Naxos (en manos de la familia Crispo), lo mismo que otras islas sujetas a una docena de familias patricias que gobernaban bajo la protección de Venecia.

La paz con la Serenísima dejó abierta a los otomanos la vía que los conducía a Albania y al Adriático, una región que, sin embargo, se mostró más difícil de dominar de lo que se esperaba. Sus montañas constituían el terreno ideal para las emboscadas y los

ataques llevados a cabo por pequeños contingentes, a la vez que representaban grandes dificultades para un gran ejército regular. La rebelión de la población albanesa, formada por orgullosos montañeses, tuvo como primer dirigente a Juan Castriota, y más tarde a su hijo Jorge (muerto en 1468), el famoso héroe albanés apodado Skanderbeg (palabra que deriva del turco *Iskender bey*), que en su juventud había estado como rehén en Estambul.

Mientras tanto, los húngaros deseaban extender su influencia en Serbia y Valaquia. En 1425, Segismundo de Hungría comenzó a enviar sus tropas al sur. Al mismo tiempo, Stefan

Lazarević, déspota de Serbia que siempre había sido un fiel vasallo de los otomanos, empezó a mostrarse menos fiable y a adoptar una actitud provocativa hacia el sultán. A su muerte, acaecida en 1427, Murad II reivindicó sus propios derechos sobre la región frente al heredero designado Đurađ Branković, apelando al matrimonio que su abuelo Bayaceto I había contraído con la princesa serbia Olivera, hermana del difunto déspota. Segismundo de Hungría intervino en aquella difícil coyuntura ocupando Belgrado, aunque en 1428 se vio obligado a firmar la paz y a renunciar a sus proyectos hegemónicos, una vez que sus aliados se fueron

pasando a los otomanos. Mara, hija de Đurađ Branković, reconocido ahora como déspota vasallo de los otomanos, entró en el harén del sultán. Poco después, el nuevo voivoda de Valaquia de nombre Vlad —conocido como Drakul en cuanto miembro de la Orden del Dragón, una organización fundada en 1408 por el rey Segismundo para combatir a turcos y herejes—, envió como rehenes a Estambul a sus dos hijos, Radu, llamado el Hermoso, y Vlad, que sería conocido, posteriormente, como Drácula. Con la muerte de Segismundo (1437), que fue seguida por la de su heredero Alberto II de Habsburgo (1439) y a continuación

por una severa crisis dinástica, la lucha estalló de nuevo por la posesión de la región. Tras la captura en 1439 de Semendria, (hoy llamada Smederevo) en Serbia por los soldados del sultán, Đurađ Branković huyó a Hungría, mientras que sus dos hijos fueron cegados.

Esta victoria representó para los otomanos la culminación de años de guerra y la conclusión de un período muy fructífero. Inmediatamente después se reanudó la lucha antiotomana, organizada ahora con éxito especialmente por János Hunyadi, de noble familia transilvana, quien durante veinte años fue el principal animador de

la resistencia. En estos mismos años, varias potencias occidentales comenzaron a ponerse de acuerdo para llevar ayuda a Bizancio, cuya situación era cada día más crítica. Los círculos humanistas, muy activos en este tiempo, especialmente en Italia, presionaban en ese sentido y encontraron firme apoyo en el papa veneciano Eugenio IV Condulmer (1431-1447). Un ferviente partidario de la cruzada, el cardenal Giuliano Cesarini, fue enviado a la corte de Vladislao III Jagellón, rey de Polonia (1434-1444) y Hungría (1440), para incitarlo a hacer la guerra contra los otomanos. Mientras tanto, colaborando con uno de los pretendientes al trono

bizantino, el sultán puso de nuevo sitio a Constantinopla, aunque una serie de reveses militares le llevó en 1442 a retirarse y suscribir una nueva paz con los griegos.

Al año siguiente, las tropas lideradas por Vladislao Jagellón y János Hunyadi penetraron profundamente en territorio otomano. Una empresa que no dio lugar a cambios significativos en las fronteras, aunque sí provocó la explosión de las diferencias entre los *uc bey* y los *kul*, en quienes el sultán había encontrado el más valioso apoyo, tanto militar como político. Los líderes locales se veían ahora suplantados por una nueva categoría de conversos,

considerados más leales por el sultán, y a quienes había comenzado a confiar los más altos cargos del estado. Los beyes, a su vez, seguros ahora de poder transmitir sus bienes a sus herederos, seguían a menudo una política exclusivamente movida por el interés personal, especialmente en los momentos de crisis dinástica. En los años treinta, cuando acaecieron los primeros reveses militares, habían mantenido una actitud ambigua, alternando el temor al poder de los enemigos con una aquiescencia demasiado sospechosa. En los momentos de guerra, pues, surgió la desconfianza del sultán hacia ellos. La

tensión creada entre el partido de los conversos y el de los beyes fue una de las razones que empujó a los otomanos a buscar un acuerdo con los cristianos. En el campo contrario se alcanzó un pacto con el déspota de Serbia, que en ese momento se sentía más seguro como aliado del sultán, su yerno, que con los húngaros. El 15 de agosto de 1444, Baltaoğlu, el enviado otomano, fue testigo en la ciudad húngara de Szeged del acuerdo de paz entre Vladislao, János Hunyadi y Đurađ Branković. No obstante, en dicha ciudad se respiraban ya aires de guerra. Once días antes, el 4 de agosto, el rey polaco había jurado por la Santísima Trinidad, la Virgen, los

ángeles y los santos que pasaría el Danubio el 1 de septiembre y expulsaría a los turcos al otro lado del mar, a pesar de los acuerdos suscritos o de los que en adelante pudieran suscribirse.

En el mismo año, en Anatolia, otra paz iba a poner fin al enfrentamiento entre el sultán y el principado de Karaman, que había intentado mediante la sublevación alcanzar una nueva independencia. Después de la consolidación de sus dominios tanto en las fronteras de Europa como en las de Asia, Murad II decidió de repente abdicar en favor de su joven hijo Mehmed. Todavía no están claras las razones de tal gesto. Algunos

historiadores apuntan a motivos derivados de los contrastes políticos habidos con los beyes, aunque también pudieron darse razones personales, como el fallecimiento de su amado hijo Alaeddin, en quien había depositado muchas esperanzas. En Europa, sin embargo, la situación pronto pasó a ser extremadamente grave desde que comenzó la campaña emprendida por el rey Vladislao, a pesar de la retirada cautelosa de Branković, de la actitud incierta del voivoda Vlad Drakul, quien sólo envió unas pocas tropas, y del retraso de la llegada de Skanderberg desde Albania. Mientras tanto, los mandos militares otomanos se estaban

demostrando incapaces de hacerse cargo de la situación, como así le ocurría al joven hijo de Murad. Finalmente, el sultán cedió a los ruegos de los beyes y el gran visir olvidó su decisión de abdicar y pasó a Europa con sus tropas en naves «francas», probablemente genovesas. El 9 de noviembre tuvo lugar en Varna (Bulgaria) una importante batalla. El rey Vladislao, excitado por el fragor de la batalla, se encontró en cierto momento rodeado por los jenízaros, que le dieron muerte. Su cuerpo fue decapitado, y la cabeza izada en una pica como una advertencia a los cristianos que seguían luchando. En el encuentro también murió el cardenal

Cesarini, animador de la cruzada, así como numerosos beyes. La victoria del ejército del sultán resultó, no obstante, abrumadora, permitiendo que los Balcanes quedaran firmemente en manos otomanas.

Batalla de Varna. Obra del pintor polaco Jan Matejko, realizada en 1879 y que se conserva en el

Museo de Bellas Artes de Budapest.

Murad, sin embargo, no recuperó inmediatamente el trono, sino que mantuvo en él durante dos años a Mehmed. Mientras tanto, los bizantinos apoyaron a un nuevo pretendiente llamado Davud, como lo habían hecho poco antes de la batalla de Varna con su hermano Orhan, otro príncipe otomano. Además, el contraste entre los que en la corte demandaban una política más agresiva, incluyendo al mismo Mehmed y su fiel visir Zağanos, y los que propugnaban la paz, dirigidos por el gran visir Çandali Halil Pachá,

motivaba que la política otomana del momento resultara ciertamente tensa. En este contexto se deben entender la sentencia de muerte a la que fue condenado un derviche, enemigo del *müfti* y del gran visir, aunque protegido por el joven sultán, y la revuelta de los jenízaros a quienes se les había negado, tal vez buscando sus protestas, el pago de su salario. Las demandas urgentes del gran visir y, a la vez, del mismo Mehmed, empujaron a Murad a retomar el poder, obligando al príncipe a regresar junto a sus seguidores como gobernador de Manisa, provincia de la Anatolia centro occidental.

El primer acto de la nueva etapa de

Murad II fue la ratificación de la paz que acababa de firmar con Venecia (1446). Asegurada la neutralidad de esta república, el sultán dirigió sus tropas contra Constantino, el déspota de Morea, quien muy pronto fue obligado a reconocer el dominio otomano (1447), y más tarde contra Skanderbeg, que seguía dirigiendo la resistencia en Albania. Mientras tanto, János Hunyadi, regente de Hungría desde 1446, reanudó la guerra con la intención de expulsar a los turcos de Europa. Para ello contaba con organizar un ataque combinado en el que participaría el dirigente albanés. De esta forma, entre el 18 y el 19 de octubre de 1448, de nuevo en el campo de batalla

de Kosovo Polje, se produjo otra batalla decisiva. Murad II venció, y los húngaros tuvieron que retirarse. La guerra por la sumisión de Albania continuó sin que se produjeran cambios destacables, hasta que el 2 de febrero de 1451 Murad falleció afectado por una parálisis.

3

Constantinopla y Europa

Mehmed II (1451-1481) y la conquista de Constantinopla

Cuando finalmente ascendió al trono, Mehmed II tenía diecinueve años. Se encontró con un estado floreciente, bien organizado y en paz con los países vecinos. Los otomanos se encontraban

ahora firmemente establecidos en los Balcanes y en Rumelia, el antiguo poder de Bizancio había quedado reducido a un espectro de lo que fue, Serbia estaba sometida, la pequeña república dálmata de Ragusa había acordado pagar un tributo anual, mientras que Valaquia y Hungría veían bloqueadas sus aspiraciones territoriales. Lo mismo ocurría en los principados de Anatolia, y los *uc bey* habían podido ser encuadrados en las filas del imperio. La personalidad del joven sultán, sin embargo, era muy opuesta a la de su padre, el cual siempre prefería la paz a la guerra. Indomable y autoritario, aunque dotado de una cultura relevante y

no demasiado restringida, representaba el modelo de aquellos príncipes renacentistas en los que la virtud y la fortuna supieron mezclarse armoniosamente.

BELLINI, Gentile. *Retrato de Mehmed II el Conquistador*

(1480). The National Gallery, Londres. Bellini había viajado a Constantinopla entre 1479-1481 en calidad de emisario de la república veneciana, de forma que pudo retratar al sultán por encargo de este.

El primer acto del nuevo soberano fue deshacerse de los parientes que podían competir por el poder: su hermano menor Ahmed, nieto del emir de Kastamonu, fue condenado a muerte, mientras que sus primos Orhan y Davud *çelebi*, hijos de Murad el Ciego y a la vez nietos del desventurado Savci, desaparecieron rápidamente de la escena. El *basileus* bizantino se encargó

de la vigilancia del primero a cambio de una cuota anual, mientras que el segundo, huido ya al reino de Nápoles, terminó sus días convertido al cristianismo en Sacile (región de Friuli, Italia), en cuyo *duomo* se conserva su lápida sepulcral (1454). El sultán tuvo, no obstante, que mostrar una mayor docilidad ante el gran visir Çandali Halil Pachá, todavía demasiado poderoso como para enfrentarse directamente a él. Halil pertenecía al grupo de los ulemas, contrarios a la política agresiva de Mehmed y su círculo de militares y conversos. Esta actitud de cautela inicial hizo que el nuevo sultán fuera subestimado por

algunos, y de hecho, el mismo *basileus* Constantino XI Paleólogo no le tenía demasiada consideración. El humanista italiano Francesco Filelfo llegó a describirlo en una carta enviada al rey de Francia como un chico estúpido e inepto, dedicado únicamente al vino y los placeres.

Los jenízaros, que durante el interregno habían sido manipulados con cierta facilidad por el gran visir, fueron apaciguados mediante una donación. Fue la primera ocasión en que se hizo entrega del «regalo por el glorioso advenimiento», tal como se la denominó. A partir de entonces, tales donaciones acompañaron al ascenso al trono del

nuevo sultán, en ocasiones con trágicos resultados para las finanzas del estado. También se llevó a cabo una corta y exitosa campaña contra Karaman, región que, tras la muerte de Murad, había intentado escapar de la influencia otomana, mientras se confirmaron treguas con Hungría y Venecia, cuya flota de guerra era todavía muy superior a la del sultán.

Una vez consolidado su trono, Mehmed II comenzó a preparar minuciosamente la conquista de la capital imperial, un objetivo largamente buscado. A tal fin, encargó a su fiel Zağanos Pachá construir el castillo de Hisari Rumeli (1452), en la parte

europea del Bósforo, enfrente del Anadolu Hisari mandado levantar por Bayaceto. Un especialista húngaro llamado Urban fue comisionado para fundir una enorme pieza de artillería, destinada a derribar los muros de la ciudad. También fue desplegada la flota, que tradicionalmente se colocaba bajo las órdenes del *sanjak* (gobernador) de Galípoli, con el fin de cercar Constantinopla por mar. El 6 de abril de 1453, finalmente, comenzó el asedio. Algo menos de dos meses después, en los que se produjeron numerosos ataques y contrataques, la situación de los bizantinos era ya desesperada. El 24 de mayo, el sultán proclamó el asalto

final para el día 29, anunciando además mediante juramento el saqueo de la ciudad. Ni siquiera las tres naves genovesas alquiladas por el papa, cargadas de trigo, que habían podido atracar en el puerto, lograron salvar a los asediados, como tampoco impidió la derrota la traición del gran visir Çandarli Halil Pachá, quien a cambio de oro mantenía informados a los griegos de los planes otomanos. Halil sería ejecutado poco después de la toma de Constantinopla. Iniciado el asalto final, Constantino XI murió durante la batalla junto a numerosos «francos», es decir, venecianos, genoveses, catalanes, e incluso el príncipe Orhan, que combatía

a su lado. Algunos barcos latinos lograron cortar la cadena que cerraba el puerto y huyeron, llevando a Europa la noticia de la derrota.

Después de tres días de saqueo, tal como establecía el derecho de conquista, Mehmed II entró en la capital imperial montado en su caballo blanco, con el que también accedió a la basílica de Santa Sofía. A partir de entonces sería conocido como *Fatih* ("conquistador"), y la vieja Constantinopla, la antigua Bizancio, pasaría a ser denominada Estambul, un nombre de origen popular y que deriva del las palabras griegas *eis tìn pòlin* ("en la ciudad"), empleado ya para

indicar el centro donde la gente de los alrededores solía reunirse. Los otomanos se apropiaron del topónimo, aunque conservaron el nombre áulico de Kostantiniye, y a la vez jugando con las palabras para convertir aquel en Islambol, la ciudad donde el islam pasaba a tener una gran presencia. La capital igualmente fue llamada Pera, que en griego significa «más allá» o «al otro lado», y que hacía referencia a un suburbio de la colonia genovesa de Gálata situado al norte, más allá del Cuerno de Oro. Todos aquellos que el 1 de junio se rindieron al conquistador obtuvieron, a cambio, paz y libertad de comercio.

BENJAMIN-CONSTANT, Jean-Joseph. *Entrada de Mehmed II en Constantinopla, 1453* (1876). Museo de los Agustinos de Toulouse, Francia. Después de cincuenta y tres días de sangrienta lucha, Mehmed hizo su entrada triunfal en la capital bizantina vitoreado frenéticamente por sus soldados. En el camino de Santa Sofía hacia el palacio imperial,

preguntó con insistencia por
Constantino XI Paleólogo. Dos
hombres le mostraron una cabeza
que algunos griegos habían
identificado como la de su señor.

La noticia de tan terrible pérdida pronto se extendió por Europa, causando desconcierto y preocupación. En años anteriores, las desesperadas peticiones de ayuda del *basileus* habían caído en saco roto, pero la caída de la ciudad imperial tuvo una enorme resonancia, tanto en el mundo cristiano como en el islámico. En el primero se tuvo la sensación de vivir un punto de inflexión en la historia del mundo, al haberse perdido un destacado baluarte avanzado

en la lucha contra el infiel. En el segundo, en cambio, se percibió la conquista como el cumplimiento de las profecías escatológicas que el mismo profeta Mahoma había soñado cuando afirmó que un califa, portador de su mismo nombre, se convertiría en el campeón del islam conquistando Constantinopla. El gobernante otomano no gozaba de dicho título, que sí sería empleado por sus lejanos sucesores, aunque su nombre era Mehmed, la voz turca que designaba a Muhammad (castellanizado, Mahoma). La victoria en la capital y la conquista del Imperio bizantino representaban para los otomanos unos acontecimientos de gran

valor estratégico y psicológico. Por un lado, su imperio podría ahora asentarse y extenderse sin interferencias por Asia y Europa. Por otro, su soberano podía compararse, sin caer en el ridículo, con los grandes conquistadores del este y del oeste, presentándose incluso como heredero por derecho de conquista de las glorias de la antigua Roma. A los antiguos títulos de kan y sultán, pertenecientes a la tradición turca e islámica, podía añadir ahora el de emperador (empleando el término persa de *padişah*), superando así a los soberanos que reinaban en Europa.

En el ínterin, sin embargo, una mujer llamada Zoe Paleóloga, luego conocida

como Sofía, sobrina de Constantino XI y última heredera de la dinastía bizantina, había marchado a Roma, donde el papa Enea Silvio Piccolomini, Pío II, la empujó en 1472 a casarse con el gran príncipe de Moscú Iván III, quien desde 1463 era el soberano de toda Rusia. Pero en lugar de atraer a su marido a la causa católica, sin embargo, lo que hizo la princesa fue animarlo a mostrar sus firmes pretensiones imperiales. En 1498, Iván III fue coronado zar (título derivado de la palabra «césar») de toda Rusia, siguiendo el rito bizantino. El águila bicéfala bizantina fue a continuación adoptada en su escudo heráldico, y Moscú pasó a considerase

la Tercera Roma. Los cristianos ortodoxos de las áreas del este comenzaron, a partir de entonces, a gravitar cada vez más en torno a la órbita rusa, una circunstancia que siglos más tarde traería importantes consecuencias para el Imperio otomano.

En el ámbito de la política interna, la conquista de Estambul determinó la victoria del partido de la guerra, dirigido por Zağanos Pachá, y, como hemos adelantado ya, el final del gran visir Çandarli Halil Pachá, quien, acusado de connivencia con el enemigo, fue ejecutado en julio del año 1453. El monje Georgios Escolario Gennadios, un ferviente enemigo de cualquier unión

con la iglesia de Roma, fue reconocido patriarca de la comunidad ortodoxa. Preservando la estructura jerárquica de la Iglesia y dotándola de privilegios fiscales y administración interna propia, el soberano se anticipó a cualquier reclamación, o bien oposición, de la nación griega (la denominada *Rum milleti*).

Después de los primeros momentos de la conquista, en los que muchos habitantes fueron asesinados o esclavizados, la ciudad revivió, repoblada con gentes procedentes de todas las provincias del imperio. Muchos griegos, funcionarios del pasado Gobierno, se mantuvieron en las

filas de la nueva administración otomana, cada vez más compleja y por lo tanto necesitada de personas con experiencia. Varias iglesias se convirtieron en mezquitas, incluyendo la hermosa Santa Sofía, cuya inmensa cúpula representaría años más tarde un reto para Sinan, el gran arquitecto de Solimán el Magnífico, quien tuvo que realizar tareas de refuerzo en toda la estructura del edificio. La residencia imperial de Blanquerna, situada en el Cuerno de Oro, fue abandonada a la ruina, aunque se construyeron otros edificios. En primer lugar, un palacio en el centro de la ciudad, conocido entonces como el Viejo Serrallo, y luego

otro, el Topkapi (literalmente, «palacio de la puerta de los cañones», por estar ubicado cerca de una puerta con ese nombre), sobre la lengua de tierra situada entre el Cuerno de Oro y el mar de Mármara. La tumba de Abu Ayyub, un compañero del Profeta que murió durante el primer ataque islámico a la ciudad (674), y que se encontró milagrosamente durante el asedio, se convirtió no sólo en un lugar venerado, sino también en uno de los centros de la liturgia cívica otomana al transformarse en la denominada mezquita de Eyüp Sultán. Este era un lugar que los sultanes solían visitar antes de partir hacia la guerra y donde, desde el siglo XVI en

adelante, ceñían su espada en el momento de subir al trono, acto convertido en todo un símbolo de la toma del poder.

Mezquita de Eyüp Sultán en Estambul. Contiene la tumba de Abu Ayyub, compañero de

Mahoma que falleció en el 674 de disentería durante el asedio de Constantinopla. Fue construida en 1458, aunque remodelada en la primera mitad del siglo XIX.

Otras conquistas de Mehmed II

La caída de Constantinopla no detuvo el avance otomano, a pesar de que diversos gobernantes corrieron a imitar el comportamiento de Venecia y acordaron inmediatamente una nueva paz con el Conquistador (1454). Mehmed II se volvió contra Serbia (1454 y 1455),

buscando apropiarse de las minas de plata de Novo Brdo. En 1456 asedió sin éxito Belgrado. Aprovechando que ese mismo año falleció Đurađ Branković, en 1458 realizó algunos avances y logró hacer del Danubio parte de su frontera con Hungría. En el Egeo lanzó su flota buscando acabar, sobre todo, con las colonias genovesas de Focea Vieja y Nueva, en la costa de Anatolia (1455), y controlar así sus ricas minas de alumbre, producto utilizado entonces en la tenería. En 1456 se presentó a su vez ante los muros de Eno, en Tracia. Dorino Gattiluso, señor de algunas islas egeas, tuvo que someterse al sultán, entregando sus codiciadas minas de sal

junto con las islas de Samotracia, Imbros y Lemnos. A continuación, aprovechando las luchas dinásticas surgidas tras la muerte del duque Nerio Acciaiuoli II, los ejércitos del sultán ocuparon Atenas. Hacia 1460, la mayor parte del Peloponeso se encontraba ahora bajo control directo otomano, siendo las venecianas las únicas colonias que resistían. Mehmed II, animado por sus éxitos, volvió luego su mirada hacia el mar Negro. Su primera presa fue la colonia genovesa de Amasra (1459). Después de tomar Sinope (1461), territorio de los İsfendyaroğlu, que a cambio recibieron tierras en la región interior de Bursa, el

sultán se lanzó de nuevo hacia el imperio griego de Trebisonda, que cayó en 1461. Al año siguiente fortificó los Dardanelos con dos castillos destinados a controlar el paso entre el Mediterráneo y el mar Negro.

En 1462, Mehmed II se dirigió hacia Valaquia para castigar al voivoda rebelde Vlad III, conocido como el Empalador (*Tepes*). Años antes, el sultán le había colocado en el trono, manteniéndolo como vasallo a pesar del sadismo con el que el voivoda trataba a sus subordinados. Con el tiempo, Vlad se acercó al rey de Hungría Matías Corvino, penetrando con sus soldados en territorio otomano y empleando la

violencia contra los funcionarios del sultán. Así, Hamza Pachá y Yunus Bey —un griego llamado Katavolenos que era secretario particular del soberano— acabaron empalados, tras haberles cortado las manos y los pies, mientras que otro embajador que no quiso quitarse el turbante ante el voivoda fue devuelto con la prenda clavada al cráneo. En 1462, el ejército otomano entró en Valaquia. Dos cronistas bizantinos llamados Dukas y Chalkokandyles contarían que el mismo Mehmet no pudo reprimir su disgusto al contemplar, poco después de haber superado la ciudad de Targovişte, todo un bosque en el que se encontraron

veinte mil cadáveres de turcos y búlgaros empalados, y que se extendía a lo largo de media hora de camino. El palo más alto había sido reservado para Hamza Pachá, gobernador de Vidin, vestido con traje de ceremonia. El ejército del voivoda, a pesar de todo, resultó fácilmente destruido y el país confiado a su hermano Radu el Hermoso, un príncipe afeminado y lujurioso que, encontrándose como rehén en la corte otomana, había gozado de las simpatías de Mehmed II. Vlad fue apresado por los húngaros, que lo mantuvieron cautivo aunque a salvo en Buda, gozando de una tranquila prisión y casándose durante ese tiempo, hasta que

en 1474 regresó por tercera vez a Valaquia como gobernante. Murió dos años después en un confuso incidente combatiendo contra los turcos, pero el recuerdo de su crueldad no se desvaneció, sino que permaneció en la memoria popular, y tras mezclarse leyenda y literatura (recordemos las obras sobre vampiros sedientos de sangre escritas por el inglés John William Polidori en 1816 y el irlandés Bram Stoker en 1897), surgió de nuevo convertido en la figura mítica de Drácula.

Wie facht ſich an gar ein grauſſem

liche erſchrockenliche hyſtorien von dem wilden wütrich. Dracole wayde. Wie er die leüt geſpiſt hat. vnd gepraten, vnd mit den haübtern yn einem keſſel geſoten. vñ wie er die leüt geſchunden hat vñ zerhacken laſſen als ein kraut. Item er hat auch den müterñ ire kind gepratē vnd ſy habēs müſſen ſelber eſſen. Vnd vil andere erſchrockenliche ding die in diſſem Tractat geſchriben ſtend. Vnd in welchem land er geregiret hat.

Vlad Tepes cenando ante sus enemigos empalados. Imagen de la Crónica Brodoc, biografía alemana sobre el príncipe valaco publicada poco después de su muerte. Las crónicas de la época afirman que Vlad, entre 1456 y 1462, ordenó ejecutar a más de 60 000 personas por empalamiento y otros métodos de tortura. Dotaba a algunos de estos empalamientos multitudinarios de formas geométricas, y sentía fascinación por crear bosques de «picas humanas».

En torno a 1466, el sultán había conquistado Serbia, Bosnia y Herzegovina, llevando así su frontera

con Hungría hasta el río Sava. Mientras tanto, en 1463, después de un incidente trivial que se produjo en la frontera cerca de Argos, en Morea, Venecia le declaró la guerra. El conflicto, destinado a durar hasta 1479, no fue sólo marítimo, sino que también tuvo una destacada vertiente internacional. Los venecianos intentaron llegar a un acuerdo no sólo con el rey de Hungría, el papa y el duque de Borgoña, sino también con el señor de los Ak Koyonlu (los Ovejas Blancas), potente federación turcomana de la Anatolia oriental, de forma que se unieron contra los otomanos tanto Oriente como Occidente. Diversos lazos de sangre unían entonces

a países bien distantes geográficamente. Así, Uzun Hasan, gobernante de los Ak Koyonlu, estaba casado con Despina Hatun, de los Comnenos de Trebisonda, que a su vez era tía de Petronila Crispo, esposa del noble veneciano Pietro Zeno. La alianza, sin embargo, no tuvo el resultado deseado, a pesar de que Uzun Hasan se mostró como enemigo del sultán ya en 1464, cuando intervino en la lucha dinástica que se desarrolló entonces en el vecino principado del Karaman. Después de tomar esta región (1468-1469, 1471-1472 y, finalmente, en 1474), Mehmed II entró en contacto directo con el señor de los Ak Koyonlu, el cual pronto fue derrotado y obligado a

aceptar la paz (1473). Los otomanos lograron así establecer firmemente su dominio en las tierras al oeste del Éufrates. La guerra con Venecia continuó a pesar de la retirada, uno tras otro, de sus aliados. La isla de Negroponte (hoy Eubea), que los venecianos dominaban desde hacía 265 años, se perdió, y el comandante de su fortaleza, Paolo Erizzo, acabó cortado en dos por orden del sultán (1470). Más tarde, las tropas otomanas sufrieron una derrota en Moldavia (1475), aunque ese mismo año su flota corrió en ayuda del kan tártaro de Crimea y conquistó las ciudades genovesas de Caffa y Tana (1475). Al año siguiente, varias fortalezas húngaras

fueron también atacadas. Entre 1477 y 1478 se completó la conquista de Albania, una década después de la muerte de Skanderbeg, su principal defensor. Esto también condujo a la caída de la ciudad veneciana de Scutari (1479), asimismo en Albania. Durante esta guerra también se llevarían a cabo las primeras incursiones otomanas contra las tierras vénetas de la región del Friuli. Ya en 1469, las tropas *akinci* llegaron hasta Gorizia, llevándose a cabo nuevos ataques entre 1471 y 1478, mientras que el grueso del ejército arremetía contra las fortalezas venecianas del *Stato da Mar* (los dominios marinos de la Serenísima). Al

año siguiente, Venecia, incapaz de resistir al sultán sólo con su fuerza, se vio obligada a firmar la paz.

No obstante, la sed de conquista de Mehmed II no se calmó. Su mirada estaba ahora posada sobre Italia y sus epígonos de la primera Roma, la auténtica, la morada del pontífice cristiano. En sus posesiones, el sultán se hacía pasar ya por un nuevo Alejandro, el antiguo conquistador macedonio cuya leyenda se generalizó y aceptó durante siglos en el mundo islámico. Como un manifiesto imperial en su enfrentamiento con Europa puede considerarse el retrato que el sultán encargó al pintor veneciano Gentile Bellini, enviado con

tal propósito a Estambul por los venecianos. Mehmed II se destaca, envuelto en un espacio oscuro, bajo un trabajado arco; en los laterales seis coronas, tres a la derecha y tres a la izquierda, flotan en el fondo, mientras que una séptima aparece bordada y rodeada de incrustaciones de piedras en la alfombra que se cierne sobre el umbral de ese arco. El propósito de este retrato, elemento extraño en la cultura islámica, era, sin duda, el de colocar al sultán en el mismo nivel que el de otros tantos príncipes europeos, aunque el simbolismo elegido fuera imperial y otomano. Mehmed II aparece aquí como el séptimo monarca de su estirpe,

inmóvil y alejado en un espacio celeste, oscuro y silencioso, entre un portal y un umbral que en el mundo turco representaban la soberanía y la justicia.

En 1479, Gedik Ahmed Pachá, alto funcionario y almirante otomano, conquistó las islas jónicas de Leuca, Cefalonia y Zante, hasta entonces pertenecientes a Leonardo Tocco, cuya esposa era nieta del rey de Nápoles Fernando I de Aragón. Al año siguiente, las tropas otomanas desembarcaron en Italia, concretamente en Otranto, precisamente en las tierras de dicho rey. Poco después fue también atacada la isla de Rodas, que pertenecía a la orden de los Hospitalarios de San Juan,

probablemente pensando que su conquista permitiría ofrecer una mayor seguridad y firmeza a la prevista expedición contra los dominios mamelucos de Siria y Egipto. De hecho, en 1481 el ejército había iniciado ya los preparativos contra este reino cuando, repentinamente, Mehmed II falleció el 3 de mayo a los cuarenta y nueve años, tras sufrir un fuerte dolor abdominal. Para algunos, la causa de su muerte fue un medicamento equivocado prescrito por su médico Yakup, que acabó asesinado por los jenízaros, aunque la mayoría de las opiniones considera que todo fue obra de su hijo Bayaceto, quien habría ordenado el envenenamiento de

su padre. La muerte del sultán también marcó el final del dominio otomano en Italia. Otranto se perdió y los pocos turcos que quedaron allí obtuvieron permiso para regresar a su patria.

LA CONQUISTA OTOMANA DE OTRANTO

La invasión otomana de Otranto en el verano de 1480 y la consiguiente guerra que estalló entre el ejército encabezado por el gobernador de Valona Gedik Ahmed y el del monarca napolitano fue uno de los acontecimientos más dramáticos que el sur de Italia vivió en las últimas décadas del siglo XV. La llegada a Apulia de los otomanos

representó el momento en el que, por primera vez, el Mezzogiorno, el sur de Italia, tuvo que enfrentarse directamente con la voluntad imperialista otomana que, al menos a partir de la caída de Constantinopla de 1453, representaba para el mundo cristiano una constante amenaza. Además de amedrentar a Occidente, la invasión turca constituyó una clara señal de la crisis del reinado de Fernando I de Aragón (hijo bastardo de Alfonso V) y, a la vez, de la profunda fragmentación de los estados italianos, incapaces de lograr la unidad política y militar necesaria para oponerse a los otomanos.

La invasión de Otranto fue, pues, consecuencia de la agresiva política

imperialista de Mehmed II (1451-1481), quien, después de la conquista de Constantinopla, continuaba su ambicioso plan de expansión hacia el oeste. Otranto, además, ubicada en el punto más oriental de la península italiana, representaba la puerta natural para atacar a la cristiandad; sin embargo, el esfuerzo otomano no produjo un resultado satisfactorio, pues ya en septiembre de 1481 los aragoneses reconquistarían la ciudad.

Las operaciones bélicas tuvieron su comienzo en mayo de 1480, cuando el ejército turco se concentró en Vlorë (Albania), punto de partida para dirigirse hacia la ribera italiana del Adriático. La principal razón que estimuló el proyecto de conquista otomana fue, aparte del poder de

atracción de las grandes riquezas de la península, el conocimiento de la tensión que en aquel entonces caracterizaba las relaciones políticas y diplomáticas entre los estados italianos. Además, en la primavera de 1480 los otomanos se percataron de que podían aprovechar la escasez de milicias y de recursos económicos de los aragoneses: a este respecto, hay que recordar que a partir de junio de 1478 Fernando de Aragón estaba comprometido en la guerra que se había desencadenado en Toscana después de la célebre *Congiura dei Pazzi*, en la que había muerto asesinado Juliano de Médici, hermano de Lorenzo el Magnífico. Al empezar el conflicto, Fernando había dejado a su hijo Alfonso, duque de Calabria,

el mando del ejército. Cuando, dos años después, los otomanos alcanzaron las riberas de Apulia, el rey de Nápoles ordenó a Alfonso regresar al sur y tomar el mando de la contraofensiva. El apresurado regreso del duque de Calabria marcó el momento en el que los aragoneses tuvieron que renunciar a sus ambiciosos propósitos en Toscana.

Al enterarse de la llegada de los otomanos, Fernando se dio cuenta de que con sólo el ejército aragonés no bastaba para afrontar la reconquista, la única manera de oponerse a los invasores era solicitar la intervención de los estados italianos. Sin embargo, ni Florencia ni Venecia manifestaron interés en enviar ayuda, lo que dio

lugar a las acusaciones de los aragoneses, que achacaron a los Medici y a la Serenísima la responsabilidad de la invasión otomana. En la opinión común, Florencia y Venecia habrían favorecido a Mehmed II en su empresa, pues la llegada de las tropas del sultán habría representado el fin de las ambiciones políticas de Fernando en el centro y norte de la península italiana.

Si Venecia, tras la larga guerra contra los otomanos (1463-1479) y la consiguiente pérdida de su predominio naval en el Mediterráneo y en el Egeo, no podía comprometerse a participar en otras operaciones bélicas, Florencia consideró positivamente la invasión otomana, dado que le permitía

librarse de la presencia aragonesa en Toscana. Sin haber recibido ayuda, Fernando intentó establecer una relación diplomática con sus adversarios. Niccolò Sadoleto fue enviado como embajador a Vlorë con vistas a pactar un acuerdo con el gobernador, pero su tentativa fracasó. Gedik Ahmed no sólo rechazó la propuesta aragonesa, sino que pidió que el rey de Nápoles «desse al Gran signore Turco tutto lo Stato che fu del Principe di Taranto, ch'el non è del signor Re e che non è honesto lo abbia occupato per questa via». En castellano: «Dejase al gran señor Turco todo el Estado que perteneció al príncipe de Tarento y que no pertenece al señor rey, no siendo honesto que lo haya ocupado por estos medios».

Esta ambiciosa reivindicación representaba una clara señal de la convicción de que el principado de Tarento pertenecía a los otomanos en calidad de legítimos herederos del Imperio bizantino. Aparte de los pésimos resultados, la acción diplomática tuvo como indeseada consecuencia el empeoramiento de las relaciones entre los aragoneses y los estados italianos: el duque de Milán, Ludovico el Moro, por ejemplo, acusó al rey de Nápoles de buscar una alianza con los invasores otomanos y de querer «fare il facto suo cum li dinari nostri e de signori fiorentini», «hacer sus negocios con nuestro dinero y el de los señores florentinos».

La incapacidad de los aragoneses para hacer frente a las dificultades,

junto a la cada vez más dramática situación en Otranto, en donde los otomanos diariamente eran responsables de saqueos y todo tipo de violencia, parecían quitar a Fernando cualquier esperanza de recuperar la ciudad. Además, pronto se difundió —no sólo en el reino napolitano, sino también en todo el occidente cristiano— la noticia del martirio de los ochocientos otrantinos que, por no haber querido renegar de su fe, habían sido degollados bárbaramente en el collado de la Minerva por voluntad de Gedik Ahmed.

En el ámbito político, Fernando se convenció de que la única manera de recuperar una alianza con los Medici y Milán era devolver a Florencia los territorios toscanos

de los que él se había apoderado. Un papel fundamental fue el que desempeñó el pontífice Sixto IV, quien, consciente de que la presencia otomana en el *Mezzogiorno* podía convertirse en una amenaza cada vez más peligrosa para Occidente, a través de la bula *Cogimur iubente altissimo* del 8 de abril de 1481 animó a los príncipes cristianos a armarse contra los otomanos. Además, el 17 de diciembre, el pontífice manifestó su voluntad de mandar veinticinco galeras, necesarias para impedir la llegada de otros refuerzos otomanos. Después de haber recibido en Roma la bendición de Sixto IV, las embarcaciones llegaron a Otranto el 23 de julio. Mientras tanto, el 3 de mayo de 1481 falleció

Mehmed II; su primogénito, Bayaceto II, no pudo seguir la misma política imperialista del padre, ya que su más acuciante preocupación era la lucha por el poder contra su hermano Djem. El 10 de septiembre, tras meses de dramáticas batallas, los aragoneses consiguieron recuperar la ciudad de Otranto.

BAYACETO II (1481-1512) Y EL PRÍNCIPE DJEM

Las sospechas permitían suponer que detrás de la muerte de Mehmed se

encontraba su hijo Bayaceto y había diversas razones para llegar a esa conclusión. En primer lugar, las relaciones entre padre e hijo habían sido muy tensas en los últimos tiempos, lo que había empujado a Bayaceto a creer que Mehmed preferiría elevar al trono a su hermano Djem. Incluso se llegó a pensar que el ejército organizado para la siguiente campaña en realidad estaba destinado a actuar en Amasya, la provincia gobernada por Bayaceto. Los caracteres de ambos hermanos no podían ser más diferentes: este último era librepensador y un generoso guerrero, mientras que Djem se mostraba más pacífico, aunque a la vez

intolerante y propenso al misticismo. Estas diferencias, a su vez, tenían una base política. El viejo sultán había llevado a cabo una política inflacionaria destinada a financiar sus conquistas, acuñando una moneda cada vez más devaluada. También había apoyado una reforma de la propiedad de la tierra orquestada por el gran visir Mehmed Pachá Karamani, extremadamente impopular, basada en la expropiación de los bienes privados (*mülk*) pertenecientes a las fundaciones pías (*vakf*), para aumentar las tierras que debían convertirse en *timar*. De esta manera, se había incrementado el número de combatientes en el ejército,

aunque por otro lado se perjudicaron los intereses de los poderosos grupos religiosos, organizados en diversas cofradías. Sólo uno de ellos, el de los *halveti*, se encontraba ligado a Bayaceto. No es casualidad que su primer acto como sultán fuera devolver los bienes confiscados.

A la muerte de Mehmed II, el gran visir trató de mantener en secreto la defunción el mayor tiempo posible y advertir a su protegido Djem. Sin embargo, la noticia corrió de inmediato por Estambul. Los jenízaros, cuyo comandante era yerno de Bayaceto, comenzaron a lanzar rumores para posteriormente sublevarse y matar a

Mehmed Pachá Karamani. Con treinta y un años, el príncipe pudo entonces asegurarse el trono, mientras que su hermano Djem huyó a Egipto. La lucha que estalló entre los hijos del Conquistador fue especialmente amarga, pues junto a estos hechos debemos recordar la pervivencia de la ley del fratricidio establecida por su propio padre, según la cual el heredero que finalmente triunfaba debía eliminar a su rival. Tras peregrinar a La Meca, Djem apareció en Anatolia apoyado por los mamelucos de Egipto. Derrotado también en el campo de batalla, huyó a Rodas, confiando en que los caballeros hospitalarios le protegerían. Un

comportamiento que derivaba de las reglas tribales y de la misma caballería islámica (*fütüvvet*), según las cuales todo enemigo que buscaba refugio debía ser tratado del modo más honorable. Sin embargo, el gran maestre de la isla, Pierre d'Aubusson, acaso menos versado en tales normas de la caballería, aunque sin duda un avezado diplomático, primero trató como huésped al pretendiente. A continuación, y ante las presiones de Bayaceto y una oferta de pago de 40 000 ducados para la manutención, Pierre d'Aubusson ordenó a su sobrino Guy de Blanchefort que escoltara al rehén hasta Francia. Djem fue confinado en Bourganeuf

(región de Limousin), en una torre construida expresamente para él que luego sería conocida como torre Zizim (palabra derivada, según la ortografía de la época, del mismo nombre de Djem). El sultán logró de este modo mantener momentáneamente alejado a su hermano, pero este despertó el interés de diversos monarcas europeos, que vieron en la presencia próxima de Djem una vía de presión ante la expansión otomana. D'Aubusson aprovechó tal interés para convenir con el papa Inocencio VIII la entrega de Djem en Roma a cambio del título de cardenal y legado papal en Asia, así como la donación de los bienes de dos órdenes

militares, disueltas recientemente, y diversos privilegios para la Orden del Hospital. Djem quedó así recluido desde marzo de 1489 en el castillo de Sant'Angelo de Roma. Bayaceto propondría entonces al papa Alejandro VI Borgia «librar a Djem de las angustias de este mundo», prometiendo la colosal suma de trescientos mil ducados, aunque el pontífice dejó sin respuesta semejante «petición». Más tarde, el rey de Francia Carlos VIII se hizo confiar la custodia de Djem ante una hipotética cruzada contra el sultán destinada a Grecia. Djem falleció por fin en Capua en 1495 por causas todavía no aclaradas, siendo una de ellas la de

un posible envenenamiento orquestado por el papa Borgia o bien simplemente una neumonía.

Las vicisitudes del príncipe prisionero musulmán en Europa no sólo protegieron a los países que le dieron cobijo durante cerca de veinte años de los ataques del sultán, sino que contribuyeron al conocimiento del Imperio otomano y a agregarlo en el juego de las grandes potencias europeas. Entre los siglos XV y XVI, la distancia psicológica existente entre los soberanos cristianos y el sultán disminuyó notablemente, precisamente tras los contactos e intercambios diplomáticos basados no sólo en

conflictos o relaciones comerciales. Ya durante el reinado de Mehmed II se había producido una tímida apertura. Por ejemplo, Sigismondo Pandolfo Malatesta, señor de Rímini, había enviado y dedicado a la corte de Estambul, en 1460, una copia del libro *De re militari* de Roberto Valtruvio. A su vez, el comerciante de Ancona Othman Lillo Ferducci encargó a Gian Mario Filelfo un poema latino, el *Amyris* (título que deriva de la palabra «emir»), para regalarlo al Conquistador. Un proyecto que no se llevó a cabo, pues acabó convirtiéndose simplemente en un volumen dedicado a alabar al duque de Milán Galeazzo Maria Sforza.

En 1482, Lorenzo el Magnífico hizo dedicar a Bayaceto una copia de la *Geografía* de Ptolomeo, traducida en verso italiano por Francesco Berlinghieri. En el mismo período, el marqués de Mantua, Francisco II Gonzaga, aproximándose al sultán gracias a la pasión común por los caballos, mantuvo diversos contactos con el embajador otomano Kasim, de forma que un humanista de su corte llamado Robinius Vitellianus llegó a escribir un libro titulado *Libellus de amicitia Francisci Gonzagae et Belzeti Turcorum imperatori*. Otros contactos políticos con los «turcos» también fueron llevados a cabo por Ludovico el

Moro de Milán (1499), siempre en función antiveneciana, y luego por César Borgia (1503) y el rey de Nápoles, a quien Bayaceto llegó a proponer una ayuda militar de 25 000 hombres a cambio de la perdida fortaleza de Otranto.

Las pretensiones de Djem, apoyadas en un primer momento por el sultán de Egipto, tuvieron también como consecuencia la reanudación de las hostilidades entre otomanos y mamelucos, quienes se encontraban ahora limitando con el estado otomano tras la anexión del imperio del Karaman. La guerra estalló en 1485, cuando Bayaceto se decidió a apoyar la causa

de Alâüdevvle, emir de Zulkadr (Anatolia central), amenazado por los mamelucos, y duró hasta 1491 sin que hubiera vencedores ni vencidos, después de que Alâüdevvle cambiara repentinamente el sentido de sus alianzas. Egipto y el imperio salieron del conflicto agotados, aunque la contienda representó para los otomanos un estímulo para reformar su ejército y dotarlo de un mayor número de armas de fuego.

En lo referente al frente europeo, todo parecía tranquilo, si excluimos algunas operaciones en los Balcanes, que tuvieron como consecuencia la anexión de Herzegovina (1483), además

de varios enfrentamientos entre 1484 y 1485 con el voivoda Esteban el Grande de Moldavia. Se organizaron nuevas expediciones contra Hungría (1492), con la vana esperanza de obtener alguna ventaja de la muerte de su rey Matías Corvino, y luego contra Albania, nuevamente rebelde bajo la dirección de Gjon Castriota. Cuando regresaba de esta última campaña, un derviche trató de asesinar a Bayaceto, quien, asustado por el incidente, procuró alejarse cada vez más de sus súbditos.

Los últimos años del reinado de Bayaceto II

La noticia de la muerte de Djem empujó a Bayaceto a intensificar sus ataques en los Balcanes. Haciendo caso omiso de la tregua existente, capturó algunas fortalezas húngaras de Bosnia. A continuación, pasó a apoyar a su antiguo enemigo Esteban el Grande frente al rey polaco Jan I Olbrach, lanzando a sus *akinci* contra Polonia. En 1499 le fue entregado el cuerpo embalsamado de su hermano Djem, hecho que por fin hizo que el sultán se sintiera seguro de la muerte de su rival. Viéndose entonces

libre para lanzarse contra Occidente, de inmediato Bayaceto atacó las posesiones venecianas en el Egeo. La Serenísima, a pesar de temer que algo se estaba preparando, fue tomada por sorpresa ante la rapidez del ataque. En el momento en que este se produjo, acababan de enviar a un diplomático a Estambul para ratificar la paz. Dicho embajador, de nombre Andrea Zancani, resultó hábilmente engañado por los funcionarios del sultán, que emplearon una argucia legal para no aceptar el acuerdo. Según las últimas disposiciones de la cancillería del sultán, cualquier acuerdo no redactado en idioma otomano carecía de validez

jurídica, de forma que la paz acordada, no recogida en ningún documento donde se empleara dicha lengua, quedó invalidada. Informado de todo ello por el comerciante veneciano Andrea Gritti, que residía en Estambul, Zancani tuvo que regresar a su patria sin haber obtenido ningún resultado. Su carrera política concluyó poco después precisamente a causa de la guerra. Desplazado para encargarse de la defensa del Friuli frente a las incursiones de los *akinci*, se encerró en la fortaleza de Gradisca, y cuando sus hombres le incitaron a combatir se limitó a responder: «No deseo que me maten».

Las incursiones llevadas a cabo en el Friuli durante esta guerra, que tuvieron lugar entre el 28 de septiembre y el 5 de octubre de 1499, fueron las últimas y a la vez las más impresionantes de todas las realizadas. Numerosos asaltantes a caballo no sólo superaron los ríos Isonzo y Tagliamento, como ya ocurriera en 1477, sino también el Livenza, llegando a los alrededores de la plaza fortificada de Conegliano. Los fuegos indicadores de su presencia pudieron ser contemplados incluso desde el campanario de San Marcos de Venecia, empujando a numerosos habitantes del campo a refugiarse en la ciudad, presas del pánico. Mientras

tanto, la diplomacia veneciana había logrado poner de su lado al papa y al rey de Hungría, quien llegó a atacar Serbia. Bayaceto tomó a su vez Lepanto, Modon, Coron, Navarino y finalmente Durrës, esta ya en la costa de Albania, mientras que Nauplia y Malvasia resistieron. La flota otomana podía ahora enfrentarse en condiciones de igualdad a la de la Serenísima. Incluso la artillería otomana obtuvo beneficios de este conflicto, pues aprovechó los descubrimientos técnicos de Occidente para incorporarlos a sus fuerzas y emplearlos en el frente oriental. La intervención del papa y de Fernando el Católico de Aragón ayudó finalmente a

Venecia a recuperarse (Gonzalo de Córdoba tomó Cefalonia en 1500 y la cedió a la Serenísima), a pesar del elevado coste del conflicto. Obtenidos los resultados previstos, y cada vez más preocupado por lo que estaba sucediendo en la frontera persa, el sultán finalmente buscó la paz, que se discutió a finales de 1502 y se ratificó al año siguiente.

Entre los siglos XV y XVI, la política excesivamente tibia y relajada aplicada en Anatolia empujó a grupos de nómadas y soldados, que se habían quedado sin empleo, a rebelarse contra la autoridad soberana. Alimentados con una religiosidad heterodoxa, donde el

islam se había fusionado con el chamanismo, los turcomanos, que habían sido ferozmente reprimidos por Mehmed II, se pusieron en manos de predicadores capaces de sacudir a las masas. Así, en el año 1500, el safávida Ismaíl, descendiente de una familia de jeques de Ardabil, junto al mar Caspio, fue capaz de establecer su poder en una amplia zona situada entre Anatolia, Azerbaiyán e Irán, proclamando sus propios vínculos con la divinidad y levantando la bandera del islam chiita. Este jefe, practicante de un sufismo heterodoxo, luego pasado a la corriente herética del chiismo, fue conocido en Europa como Sofi, palabra derivada de *sûfí*, con la

que se denomina a los místicos del islam. Sus seguidores, que llevaban el turbante rojo, fueron llamados por los otomanos *kizilbaş* ("cabezas rojas"). Miles de integrantes de las tribus turcomanas de Anatolia, antes sometidos al sultán, se unieron a ellos, extendiendo la influencia del sah —palabra persa que significa "rey"— Ismaíl en el corazón del imperio. La reacción de Bayaceto fue tímida. La vejez y la enfermedad, combinadas con el deseo de sumirse en la contemplación mística, le instaron a no buscar la guerra con un vecino que, poco a poco, se iba haciendo cada vez más fuerte. Tal situación de incertidumbre se prolongó

durante años.

Hasta que en 1511 la revuelta estalló finalmente en la región de Teke, sudeste de Anatolia, en un área gobernada por uno de los hijos del sultán llamado Korkud. Su promotor fue un predicador vinculado a los safávidas. La victoria sonrió en esta ocasión a los otomanos, pero sólo porque el rebelde perdió la vida tras derrotar al gran visir y su ejército. Una situación que puso de manifiesto las escasas cualidades de mando de los príncipes Korkud y su hermano Ahmed, que quedaron bastante desacreditados después de que el primero abandonara Teke a los rebeldes y el segundo se mostrara incapaz de

hacer frente al enemigo. Queda claro que ni Bayaceto ni dos de sus hijos fueron capaces de controlar la situación. Y lo que es peor, mientras tanto ya se había desatado la lucha entre los posibles herederos al sultanato. El más belicoso de ellos, Selim, tuvo la oportunidad de marchar junto con su suegro Mengli Giray, el kan de Crimea, a Adrianópolis, donde tomó posesión del tesoro imperial. Bayaceto, que apoyaba a su hijo mayor Ahmed, decidió actuar y marchó contra los rebeldes. La batalla tuvo lugar el 3 de agosto de 1511 en Çorlu (al oeste de Estambul), y aunque Selim salió derrotado, logró salvarse gracias a su veloz y legendario

caballo Karabolut (Nube Negra). Este fue, sin embargo, el último acto de fuerza del viejo soberano. Ahmed, que no contaba con el apoyo de los jenízaros pues lo consideraban avaricioso e incompetente, se proclamó sultán y ocupó el Karaman. Pero hasta un sobrino de ambos pretendientes llamado Murad, cuyo padre ya había muerto, apoyado por el sah rebelde Ismaíl, se rebeló contra cualquier autoridad. En marzo de 1512 los jenízaros, que ya habían decidido apoyar a Selim, exasperados por una situación que se hacía cada vez más crítica, optaron por entregarle el trono. Bayaceto tuvo que ceder definitivamente su poder al

príncipe el 24 de abril, entregándole su espada y haciendo que fuera aclamado. El 10 de junio, de camino hacia el exilio, en las proximidades de Adrianópolis, el viejo sultán falleció. Todavía no está aclarado si a causa de la enfermedad que padecía, agravada por los acontecimientos de aquellos días, o por el veneno que se le administró por orden de su hijo. Su cuerpo fue depositado en la mezquita de su mismo nombre que años atrás había mandado construir en Estambul.

Mezquita de Bayaceto en Estambul. También llamada Mezquita de las Palomas. Una leyenda cuenta que Bayaceto II le compró a una pobre viuda una pareja de palomas y las donó luego a la mezquita. La construyó entre 1501 y 1506 el arquitecto Yakup Şah. Fue

edificada siguiendo el esquema de la iglesia de Santa Sofía, con una cúpula central sostenida por cuatro pilares.

SELIM I (1512-1520), INQUEBRANTABLE Y CONQUISTADOR

Cuando ascendió al trono, Selim tenía unos cuarenta años. Su primera preocupación fue deshacerse de todos aquellos que todavía podían aspirar a ocupar el poder. Por ello, ordenó matar no sólo a sus hermanos Ahmed y Korkud, sino también a siete nietos y

hasta a cuatro de sus cinco hijos, dejando con vida solamente a Solimán, el que parecía más dotado para ser su heredero, quitándole así de en medio antes de tiempo a sus posibles oponentes al trono. En segundo lugar, se apresuró a ejercer un férreo control sobre todos aquellos que le habían apoyado en su ascenso al poder. En primer lugar los jenízaros, cuyo mando quedó en manos de personas leales al nuevo sultán. Reorganizó asimismo el sistema de la *devşirme*, a través del cual fueron cubiertos durante siglos los aparatos del estado, excepto los cargos religiosos. La antigua aristocracia turca, que tanto peso había ejercido durante la expansión

otomana temprana, quedó reducida a un grupo de pequeños señores locales, residentes sobre todo en las provincias balcánicas. Ya en los tiempos de Mehmed II, siempre atento a no dejarse suplantar por sus subordinados, había quedado limitado su poder. Posteriormente, el comienzo del reinado de Bayaceto II había perdido mucha de su influencia al haberse puesto del lado del derrotado Djem, aunque no tardó en revalorizarse como elemento de contraposición a los miembros de la *devşirme*. Sin embargo, el apoyo dado al príncipe significó su salida definitiva de los centros de poder. También las tropas *akinci*, en las que se basaba su

fuerza militar, comenzaron a desaparecer al ser remplazadas por los *gönüllü*, voluntarios sin paga, reclutados como soldados irregulares, y que hacían de la guerra y del botín su medio de vida y una forma de hacer carrera. Demostrando buenas cualidades, podían encajar fácilmente en cualquiera de los cuerpos del ejército regular otomano.

SELİM I. (1512-1520)

El sultán Selim I. Grabado aparecido en el libro *Life on the Bosphorus. Doings in the city of the Sultan. Turkey, past and present, including chronicles of the Caliphs from Mahomet to Abdul Hamid II*, de William James Joseph, publicado en 1895. Sus conquistas le convertirían en el más destacado de los gobernantes musulmanes del momento, por lo que popularmente siempre fue recordado como el primer califa otomano legítimo.

Selim, que acabó siendo conocido por el apodo de Yavuz (es decir, el Inquebrantable o el Resuelto), fue un militar capaz. Condujo personalmente a

sus hombres a la guerra, desarrolló un espíritu religioso, aunque sin los extremismos de su padre, fue un buen administrador y también se mostró como una persona culta. Poco inclinado a los placeres, permaneció siempre solitario y reservado. Fue apreciado principalmente por su genio militar, siendo recordado en muchas obras literarias que exaltaron sus conquistas, conocidas como las *Selim name*. Resulta singular la existencia de un poema anónimo italiano en su honor, compuesto antes de su fallecimiento por un veneciano que conocía la cultura otomana. Se trata de una larga composición en octavas, inspirado en el

estilo de Matteo Maria Boiardo, que exalta a Selim como un príncipe del Renacimiento, canta sus hazañas en Anatolia, Irán y Egipto, y ya profetiza un futuro de gloria para su hijo Solimán.

Después de haber reforzado su posición en el trono, el nuevo sultán se volvió hacia el primer enemigo de su imperio: el sah saváfida, quien ya dominaba un vasto estado en el este de Anatolia. Ismaíl, poco interesado en una confrontación directa, comenzó a utilizar la táctica de tierra quemada. Destruyó incluso sus propios campos y cosechas para dificultar el avance de un ejército enemigo que progresaba lejos de sus bases y debía buscar sobre el terreno

sus suministros. Mientras tanto, Selim se dedicaba a enviar mensajes desafiantes y ofensivos a su enemigo, buscando empujarle a la acción. Los consejeros del sah, considerando una muestra de debilidad su estrategia, acabaron forzándole a atacar, de forma que el 23 de agosto de 1514 los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Çaldiran. Los otomanos, equipados con moderna artillería, derrotaron fácilmente a unos enemigos que confiaban todavía en las lanzas y las flechas. Ismaíl consiguió escapar, pero una semana más tarde, el sultán entró triunfante en Tabriz, su capital, restableciendo allí el islam sunita. Sin embargo, y a pesar de su

abrumadora victoria, Selim no había podido eliminar a su enemigo. El ejército otomano, agotado, sin apenas botín y falto de suministros, solicitó regresar a sus bases. Dos fueron las consecuencias principales de esta guerra. En primer lugar, los seguidores de los safávidas acabaron comprendiendo la estrategia de su soberano y mantuvieron sus lazos en torno a Ismaíl, cuya táctica sería utilizada durante siglos por sus sucesores. Del lado otomano, las consecuencias no fueron de carácter político o militar, sino sobre todo culturales: los comerciantes, artesanos e intelectuales del Jorasán o de la lejana

Transoxania, regiones que el sah había incorporado a sus dominios, se vieron ahora obligados a recalar en Estambul. En la capital otomana, las mentes más brillantes del islam oriental colaboraron para sentar las bases del florecimiento de las artes y las ciencias que tanto se desarrollarían en tiempos del gran Solimán, el sucesor de Selim.

En los años siguientes, Ismaíl rechazó reiniciar el conflicto abierto con los otomanos, lo que permitió al sultán someter a las últimas dinastías turcomanas que todavía sobrevivían y que gravitaban en torno a la órbita del estado mameluco. Entre otros resultó derrotado (1515) y muerto Alâüdevvle,

señor de Elbistan, cuya cabeza, convenientemente rellenada, fue entregada por un embajador al dux de Venecia. Un regalo similar también fue enviado al sultán de Egipto, que casi murió de un ataque al corazón a la vista de aquel peculiar presente. Selim tampoco se olvidó de las tribus kurdas sunitas, a las que convirtió en aliadas, haciendo de ellas una fortaleza otomana situada en sus fronteras orientales frente a los vecinos chiitas (1515-1517).

Otro peligro apareció, sin embargo, de forma inesperada en el horizonte del imperio. Se trataba de los portugueses, cuyas naves fueron apareciendo en el océano Índico mostrando unos intereses

que convergían con los del sah, pues apuntaban la intención de cerrar el golfo Pérsico y el mar Rojo y a la vez bloquear el comercio del reino egipcio, un estado objeto de las ambiciones del soberano safávida. Ya bajo Bayaceto, los mamelucos sintieron la necesidad de superar su tradicional aversión por las actividades marineras, solicitando ayuda a los otomanos para construir naves de combate destinadas a enfrentarse al nuevo enemigo llegado desde tan lejos. Hasta entonces, tanto el mar Rojo como el golfo Pérsico y el océano Índico habían sido surcados sólo por comerciantes y piratas locales, pero los portugueses llegaron a este escenario

conociendo muy bien las nuevas tácticas de guerra y un nuevo armamento perfeccionados en las empresas mediterráneas. Los sultanes de Egipto, rodeados ahora de tan poderosos enemigos, no podían sin embargo confiar plenamente en el nuevo sultán otomano, cuya política se fue haciendo cada vez más agresiva.

En medio de esta compleja situación, en junio de 1516 Selim envió una expedición preparada en secreto, de la que eran desconocedores incluso sus más fieles colaboradores. Su propósito tampoco parecía claro, pues su objetivo bien podía ser el Irán safávida, bien el estado de los mamelucos. El sultán era

conocedor del hecho de que para derrotar a un enemigo tan taimado como Ismaíl debía impedir que este se aliara con Egipto. Por ello, primero era necesario derrotar al oponente más débil, y con este fin hizo circular el rumor de que su campaña estaba dirigida contra los persas. Su ejército cruzó a continuación el Éufrates, aunque de inmediato recibió la orden de continuar hacia Alepo. El ejército egipcio se aprestó entonces a combatir, produciéndose la batalla de Marğ Dâbiq (24 de agosto). El sultán egipcio Qânsûh al-Ġawrî (1500-1516) murió, siendo a la vez capturado al-Mutawakkil III, el califa abasí títere que se encontraba a su

lado. Este fue trasladado a Estambul con su familia, y se le obligó a entregar a Selim el título de califa, así como sus símbolos externos (la espada y el manto de Mahoma). Al año siguiente, el sucesor de Qânsûh al-Ġawrî, Tuman Bay, se negó a ser virrey de Egipto bajo la soberanía otomana; el ejército mameluco fue derrotado de nuevo en Raydâniyya (22 de enero, de 1517), y unos meses después, el rey, traicionado por los suyos, fue ahorcado por orden de Selim (13 de abril). El próspero y riquísimo reino de Egipto se integró en el Imperio otomano, y con él Siria, Líbano, Palestina y, sobre todo, Jerusalén y los lugares sagrados de La

Meca y Medina, fuente de legitimidad para cualquier gobernante musulmán.

Armadura de la caballería pesada

mameluca (½ s. XVI). Musée de l'Armé de París. Los mamelucos fueron en su origen una casta de guerreros de origen principalmente turco que sirvieron como soldados para los califas abasíes. Se apoderaron de Egipto en el siglo XIII y tuvieron fama de ser excelentes jinetes.

El sultán regresó a Estambul, en buena medida a instancias de sus propios soldados, cansados de tantas batallas, y se dispuso a consolidar la administración de su estado. Su tarea se vio favorecida por la fortuna, pues dos hermanos piratas nacidos en la isla de Mitilene, musulmanes para las fuentes otomanas, aunque de origen cristiano

según la historiografía europea, llamados Oruç y Hayreddín, habían comenzado a recorrer el Mediterráneo estableciendo un estado propio en la costa norte de África. El primero murió pronto (en 1518), pero el segundo, comprendiendo que por sí sólo sería incapaz de resistir durante mucho tiempo, cedió Argel a los otomanos (1519) a cambio de dos mil jenízaros, suministro de armas y pólvora y el permiso para reclutar marineros en Anatolia para su flota. Tomando así posesión del Mediterráneo central, el Imperio otomano estaba en disposición de oponerse al expansionismo de la Monarquía Hispánica, ahora en manos

de los Habsburgo.

Mientras tanto, una última rebelión tuvo lugar en el este de Anatolia (1519), fomentada en esta ocasión por un predicador safávida llamado Celal, que se autoproclamó *mahdi*. Afortunadamente, fue controlada pronto, aunque el nombre del rebelde se recordó durante dos siglos por los diversos movimientos de revuelta surgidos en esa región, conocidos como las «revueltas Celali». A ello se añadió la aparición de la peste, que pronto comenzó a cosechar numerosas víctimas en el imperio. En el otoño de 1520, Selim dejó Estambul y se dirigió a Adrianópolis, aunque llegado a Çorlu, allí donde nueve años

antes había sido derrotado por su padre Bayaceto, cayó enfermo. Dos bubones le habían aparecido en la espalda, acaso cancerígenos o provocados por la propia peste, por lo que falleció el 21 de septiembre. La noticia se ocultó en un principio, y poco después el único heredero al trono, su hijo Solimán, asumió el poder.

Selim I fue uno de los más destacados conquistadores del mundo islámico. En pocos años duplicó la extensión de su estado, aportó una nueva legitimidad a la dinastía, sentó las bases de su poder en el mar e impulsó un destacado renacimiento cultural en su imperio. Si su abuelo Mehmed II, una

vez conquistada Constantinopla, fue capaz de ostentar el título de «señor de los dos mares y las dos partes del mundo», ahora Selim, al tomar posesión del Hijaz (Arabia), se convirtió en el «servidor de los lugares sagrados de La Meca y Medina», y, por ende, en su protector.

4

El apogeo del Imperio en tiempos de Solimán el Magnífico

KANUNÎ SOLIMÁN: LOS PRIMEROS AÑOS DEL REINADO (1520-1536) Y EL CONFLICTO CONTRA CARLOS V

Solimán ascendió al trono a los veinticinco años en unas condiciones

extremadamente favorables. Nunca antes ni después ningún soberano del linaje de Osmán se encontró en semejante situación: sin parientes contra los que luchar por el trono; con los jenízaros como poderosa herramienta en sus manos; la clase procedente de la *devşirme* todavía integrada por fieles servidores dedicados al bien del estado; sometidas la vieja aristocracia turca y las últimas dinastías y desaparecido el sultanato mameluco. No se percibían peligros en el horizonte, a pesar de que las revueltas fomentadas por los safávidas continuaron. Las finanzas se encontraban en una situación floreciente, puesto que las conquistas de Selim, a

diferencia de las de Mehmed II, habían engrosado las arcas del estado. Estambul constituía el centro de un imperio que ahora agregaba a la mayor parte del islam sunita, relegando a la sombra a Bagdad, la antigua capital califal, así como a Damasco e incluso a la misma Medina, situadas en regiones consideradas ahora periféricas. El estado otomano, el nuevo faro de la civilización islámica, limitaba con dos grandes entidades estatales: al este se encontraban los «herejes» safávidas y al oeste los «infieles» occidentales gobernados por los Habsburgo. Riqueza y poder permitieron, pues, que el imperio de Solimán, a la vez sultán, kan

y *padişah*, alcanzara su máximo esplendor. Lógicamente, en Europa se le reconoció con el título del Grande. Los turcos, en cambio, prefirieron llamarle *Kanunî*, es decir, el Legislador.

Las primeras medidas del joven soberano fueron extremadamente perspicaces. Así, mantuvo en su lugar al gran visir de su padre Piri Mehmed Pachá, concediéndole amplios poderes de decisión. Ofreció a los jenízaros el regalo por el «glorioso advenimiento», es decir, les hizo entrega de ciertas sumas de dinero. Se eliminaron algunas medidas impopulares adoptadas tiempo atrás como el bloqueo del comercio con Persia, que había perjudicado más a los

comerciantes otomanos que a los persas al imponer además tasas por la compra y venta de bienes. Concedió a los artesanos y comerciantes que habían sido obligados a instalarse en Estambul el permiso para regresar a sus lugares de origen, aunque bien es verdad que se les ofrecieron diversos incentivos para retenerlos. Esta conducta prudente y sensata que Solimán había mantenido incluso cuando era sólo príncipe fue interpretada por algunos como un signo de inexperiencia y falta de voluntad. El gobernador de Damasco, un miembro procedente del antiguo poder mameluco que había sido incorporado a la nueva administración, aprovechó el momento

para independizarse, pero el joven sultán, dando prueba de su energía, envió inmediatamente a su ejército y sometió al rebelde. Con esta acción, se presentó ante los suyos como un gobernante justo y clemente, aunque capaz de imponer respeto cuando la situación lo requería.

OSMAN, Nakkaş. *Solimán el Magnífico de joven* (h. 1579). Palacio de Topkapi, Estambul (Turquía). Nakkaş Osman fue el

ilustrador en jefe del Imperio otomano durante la segunda mitad del siglo XVI. No se han podido documentar sus fechas de nacimiento y muerte, pero la mayor parte de su obra se realizó durante el último cuarto del siglo XVI.

A continuación, Solimán se dirigió contra Hungría (1521), marchando por primera vez a la cabeza de sus tropas. La ciudad de Belgrado, clave para penetrar en tierras húngaras, fue sitiada y conquistada. La segunda campaña, en cambio, tuvo un objetivo distinto, Rodas, que ya había sido amenazada por Mehmed II. La isla fue tomada en 1522,

y los caballeros hospitalarios que la controlaban se vieron obligados a abandonarla y trasladarse a Malta. Este cambio de ubicación daría lugar asimismo a un cambio de denominación, pues los viejos caballeros de la Orden de San Juan pasaron a ser conocidos como los caballeros de la Soberana Orden Militar de Malta. Con la excepción de Chipre, por la que los venecianos pagaban tributo como herederos de los antiguos reyes Lusignan, el conjunto del Mediterráneo oriental estaba ahora en manos otomanas. En el mismo año fue anexionado el Dulkadir, en el centro-este de Anatolia. En 1523, Piri Mehmed

Pachá se retiró y fue relevado por un joven epirota coetáneo y favorito del sultán llamado Ibrahím Pachá. El nuevo gran visir adquirió durante doce años un papel destacado en la gobernación del imperio, período considerado como el más espléndido del reinado. El favorito no sólo fue designado al cargo administrativo supremo cuando sólo era todavía tercer visir, contraviniendo la norma establecida del *cursus honorum*, sino que también se casó con la hermana del sultán, convirtiéndose así en *damad* ("yerno") e inaugurando el comienzo de la era de los que, después de alcanzar los más altos cargos en el funcionariado, entraban a su vez en estrecho contacto

con la dinastía. Su primera prueba fue reconquistar Egipto, que se había sublevado bajo la dirección de Ahmed Pachá (1524), precisamente el segundo visir que se había visto superado por alguien inferior en edad y categoría. Ibrahím fue capaz entonces de demostrar su valía al transformar Egipto en una provincia modelo, renovando el arsenal de Suez y asegurando la presencia naval otomana en el mar Rojo, donde comenzaba a sentirse el avance de Portugal.

No obstante, dos revueltas turbaron aquellos años. Una en Anatolia (1520), fomentada por elementos heterodoxos, y otra provocada por los jenízaros (1525),

aunque ambas fueron sofocadas rápidamente. Mientras tanto, el sultán se volvió hacia los dominios de los Habsburgo. Hasta entonces, el independiente reino de Hungría se había mostrado como pequeño baluarte frente al avance otomano, aunque su posición era cada vez más débil tanto por las luchas entre protestantes y católicos como por las ambiciones de algunos de pasar a depender de los Habsburgo. Estos últimos pretendían aprovechar el hecho de que el soberano Lajos II Jagellón (1516-1526) no tenía herederos, aunque se encontraron con la oposición de los que, como János Szapolyai, deseaban mantenerse

independientes. En 1526, Solimán pasó a la acción, tal vez impulsado también por los contactos secretos con el rey de Francia, Francisco I (1515-1547), quien encontró en la apertura de un nuevo frente al este del imperio de los Habsburgo un elemento favorable para su política. Algunos estudiosos han afirmado que la victoria en Mohács (1526), donde la artillería otomana superó fácilmente a la caballería pesada de los Habsburgo, significó la respuesta a la derrota francesa en Pavía (1525).

Mientras que otra rebelión era sofocada rápidamente en Anatolia (1527-1528), surgió el problema de la sucesión del rey Lajos II, muerto en el

campo de batalla de Mohács. En 1528, Solimán confió el trono a János Szapolyai, pero Fernando de Austria, hermano de Carlos V, emperador y monarca de los reinos hispánicos, y de la viuda del rey húngaro, María, se proclamó asimismo rey de Hungría. Al año siguiente, el sultán tomó la ciudad de Buda y sitió Viena (entre el 27 de septiembre y el 16 de octubre de 1529), si bien acabó siendo obligado a retirarse. Hungría quedó dividida entre los dos contendientes, mientras que católicos y protestantes, atemorizados ante la llegada del infiel hasta el corazón de Europa, decidieron firmar una tregua temporal (Dieta de Ratisbona

de 1532). Al año siguiente, Fernando, consciente de que continuar las hostilidades causaba más daños que beneficios en los territorios de los Habsburgo, resolvió aceptar una paz donde se reconocía el gobierno de Szapolyai y el pago de un tributo al sultán por el control permanente de algunas zonas de las tierras húngaras al norte y al oeste.

En este tiempo se produjo también la muerte de Alvise Gritti, hijo natural de Andrea, dux de Venecia, y uno de los más próximos amigos de Ibrahím. Comerciante y banquero, gracias al favor que gozaba en la corte se convirtió en una de las personas más ricas de

Estambul. Junto con el tesorero Iskender *çelebi* y varios nobles venecianos, formó parte de una compañía comercial que fabricó y vendió al sultán una preciosa y celebrada tiara, hecha a imitación de la tiara papal, aunque enriquecida con una corona adicional. Gritti, enviado como plenipotenciario a Hungría, encontró la muerte en 1534 durante una revuelta acaecida en Transilvania. Algunos afirman que intentaba apropiarse del reino expulsando a János Szapolyai. Las disputas inmediatamente posteriores a este suceso no cambiaron la situación, pues Hungría se convirtió en un estado tapón entre los dos grandes imperios,

donde Szapolyai gobernó hasta 1541 como vasallo de los otomanos.

Mientras tanto, se abrió un nuevo frente en el este, cuando en 1524 el sah Ismaíl fue sucedido por su hijo de diez años Tahmasp. En los años siguientes se reavivó la disputa entre los dos imperios, bien por Bagdad, bien por Azerbaiyán, donde los gobernadores locales buscaban aproximarse a los otomanos. En 1533, Ibrahím Pachá fue enviado a conquistar Irak, y durante la campaña le sedujo la idea de organizar una gran expedición contra Persia, una empresa que resultaba complicada. Ya en tiempos de Selim I los problemas de suministro de sus tropas y la distancia

de la capital le habían empujado a retirar el ejército destinado a una campaña similar. El gran visir tampoco preparó una base logística, por lo que una vez alcanzado Azerbaiyán, tuvo que recurrir a la ayuda del sultán. Solimán apareció con un ejército de refuerzo, se aproximó a Tabriz, tomó Bagdad, aunque con considerables pérdidas y, a continuación, tuvo que regresar. El sah había vuelto a emplear la táctica de tierra quemada de su predecesor, evitando cualquier confrontación directa. Tras este revés, la suerte del gran visir rápidamente comenzó a declinar, aunque antes se las arregló para conseguir la cabeza del gran

tesorero Iskender *çelebi*, el principal de sus oponentes.

VENEZIANO, Agostino. *Grabado de Solimán el Magnífico*

(1535). Museo Nacional Húngaro, Hungría. Su casco, encargado en Venecia, mostraba cuatro niveles que simbolizaban el poder imperial, sobrepasando los tres niveles de la tiara papal. Se trata de una muestra atípica de casco para un sultán otomano, que probablemente nunca se utilizó más que cuando recibía a los visitantes, sobre todo a los embajadores, colocándolo a su lado. Estaba coronado por una enorme pluma.

A principios de 1536, los restos del ejército regresaron a Estambul. Dos meses más tarde, en la noche entre el 14 y el 15 de marzo, Ibrahím Pachá fue ejecutado por orden del sultán en el

palacio imperial. Las manchas de sangre de la pared se conservaron durante siglos como advertencia para los nuevos grandes visires. Todavía no están claras las razones de aquella condena. Seguramente fueron la arrogancia y la imprudencia del favorito, quien a menudo dormía en la misma habitación de su señor, y que aumentaban día a día hasta el extremo de añadir al título de *serasker* ("comandante en jefe") el de sultán, un atributo propio de príncipes y demás miembros de la familia imperial (que lo añadían al final de su nombre). Tal comportamiento acabó resultando sospechoso y fue criticado por muchos en la corte. En 1533, tras parlamentar

con los embajadores de Fernando de Habsburgo y Szapolyai, se atribuyó el hecho de haberse convertido en el verdadero árbitro de la paz y de la guerra, en el que repartía reinos y países, en el hombre que podía convertir a un palafrenero en pachá y cuya voluntad prevalecía por encima de la del sultán. Por último, se dice que en los primeros meses de 1536 acordó la paz con el embajador de Francia. Los historiadores aún debaten hoy sobre un extraño texto conservado tanto en versión árabe como en francesa, aunque no otomana, que se estructura como un verdadero tratado en el que las dos partes se colocan al mismo nivel, hecho

inusual para los *ahdname* ("acuerdo de paz") alcanzados en aquella época con las potencias cristianas. Ya en 1569, en el momento de firmar una nueva capitulación, aquel texto sobre el que tanto se rumoreaba fue infructuosamente buscado en los archivos imperiales, incluyendo los documentos elaborados en nombre del sultán. Todo esto nos invita a pensar que el acuerdo de 1536 fue sólo un proyecto nunca ratificado. Probablemente, ante la actitud del gran visir, capaz de tratar con soberanos sin consultar con Solimán, este llegó a temer por su propio trono y decidió actuar en consecuencia. Con la muerte de Ismaíl Pachá, se puso fin al momento

más esplendoroso del Imperio otomano durante el siglo XVI.

El segundo momento del reinado de Solimán el Magnífico (1536-1566): el enfrentamiento con el Imperio hispánico

La tranquilidad en el frente occidental no duró mucho tiempo. En 1538, Szapolyai se aproximó a los Habsburgo prometiendo la cesión de su reino en herencia a cambio de ayuda frente a

posibles ataques otomanos. Ese mismo año se organizó una expedición contra el voivoda de Moldavia, que no había pagado los impuestos acordados. Pocos años después, el rey de Hungría falleció (1540), dejando un hijo aún niño llamado János Zsigmond Szapolyai. En ese momento, Fernando se decidió a reclamar aquello que los acuerdos con el padre habían establecido, mientras que a los ojos de los otomanos la presencia de un niño en el trono húngaro no era garantía suficiente a la hora de defender sus intereses en ese territorio. En 1541, Buda fue sitiada por Fernando, obligando a Solimán a desplazar allí a su ejército y a crear una nueva provincia

otomana precisamente con capital en Buda. El heredero Szapolyai fue nombrado príncipe de Transilvania, actuando su madre como regente bajo la tutela del obispo de Varad, Giorgio Martinuzzi. En este caso, frente al peligro que representaban los imperiales, se optó por abandonar la tradicional política otomana que establecía, en los Balcanes, la administración directa solamente de los territorios más próximos a Estambul, permitiendo una mayor autonomía a las regiones periféricas.

No obstante, el escenario del conflicto se estaba asentando sobre todo en el área mediterránea. En 1535,

Carlos V había capturado Túnez. Para entonces, el cristianísimo rey de Francia consideraba ya al sultán como un posible aliado contra los católicos Habsburgo. En 1537, naves otomanas y francesas atacaron el sur de Italia, entonces bajo dominio hispánico español. El plan, proyectado pero no llevado a cabo, había previsto una operación conjunta consistente en un ataque en el norte por las tropas de Francisco y en el oeste por las de Solimán. En su lugar, estas optaron por asediar la isla veneciana de Corfú, que logró resistir. Al año siguiente, la flota turca capturó diversas posesiones venecianas en el Egeo. A continuación,

se formó una Liga Santa integrada por el papa Pablo III, Carlos V, el archiduque Fernando de Austria y Venecia. En 1538, la flota cruzada sufrió una dura derrota en la bahía de Préveza, en la costa griega. El comandante de las naves cristianas fue entonces el genovés Andrea Doria, a sueldo de Carlos V, de quien se afirma que abandonó demasiado pronto el campo de batalla, tal vez como resultado de secretos acuerdos con Francia. A la cabeza de la flota otomana se encontraba Hayreddín, llamado en Europa Barbarroja (†1547), que en 1534 había alcanzado el grado de gran almirante.

Sitio de Esztergom de 1543. Ilustración del libro otomano *Tārih-i feth-i Şikloş ve Estergon ve Estolnibelgrad* (*Historia de la conquista de Siklós, Esztergom y Székesfehérvar*), publicado hacia 1545 y que se conserva en la biblioteca del palacio de Topkapi (Estambul). Dicha ciudad húngara fue

conquistada temporalmente por las tropas de Solimán el Magnífico en el marco de la campaña contra el reino de Hungría.

EL ASEDIO DE CASTELNUOVO

Una de las acciones más heroicas habidas en la guerra de la Liga Santa contra Solimán fue la resistencia de un tercio español en la plaza de Castelnuovo, nombre italiano de la actual Herceg Novi, ubicada en Montenegro.

Días después de la mencionada batalla de Préveza, el 24 de octubre de 1538, la flota de la Liga apoyaba un desembarco frente a la plaza de tres mil quinientos hombres

integrados en un tercio español. Cuatro días después conquistaban la localidad, de gran valor estratégico como cabeza de puente en la costa dálmata, justo entre las posesiones venecianas de Ragusa (república tributaria de la Serenísima, y que corresponde a la actual ciudad croata de Dubrovnik) y Cattaro (actual Kotor, en Montenegro). Una zona entonces conocida como la Albania veneciana.

La proximidad a estos territorios venecianos, que debía haber constituido un elemento positivo adicional tras la conquista de Castelnuovo, se hizo negativo al reclamar Venecia, en nombre de la Liga, la propiedad de la localidad con el argumento de que estaba en su zona de influencia. Carlos V se

negó a cederla y este hecho, junto con la anterior derrota naval de Préveza, pondría fin a la Liga Santa.

Al tercio desembarcado en Castelnuovo se lo conoció con el nombre de Tercio viejo de Sarmiento, por el nombre de su maestre de campo, el burgalés Francisco de Sarmiento. Estaba formado por un combinado de tropas veteranas españolas procedentes de otros tercios viejos y de otras guarniciones en Italia. Una gran parte de él procedía de los tercios de Niza y Lombardía, este último disuelto por haberse amotinado a principios de 1538 en Italia. La unidad quedó reforzada con ciento cincuenta soldados de caballería ligera y quince artilleros, más un pequeño contingente de

tropas griegas, sumando en total casi cuatro mil hombres. Por último, también desembarcó el capellán genovés de Andrea Doria llamado Jeremías, a quien se nombró obispo de la ciudad, con unas cuarenta personas, entre clérigos y civiles mercaderes.

El objetivo de esta acción era consolidar una cabeza de puente que permitiera el desembarco de un ejército numeroso y potente durante el siguiente verano. Por tanto, y aunque Castelnuovo contaba con fortalezas muy sólidas tanto en la parte alta como rodeando la ciudad, la situación de las tropas, como en cualquier cabeza de puente, era de precariedad defensiva y, ante un ataque de una fuerza terrestre, sólo podría mantenerse con el apoyo de

la flota aliada en tanto no se dispusiese de las necesarias defensas propias.

Sin embargo, las circunstancias ya no favorecían a la guarnición cristiana. Por un lado, Barbarroja controlaba el mar Adriático después de la derrota de la Liga Santa en Préveza, y además contaba con una flota más numerosa, mientras que la Santa Liga estaba tocada de muerte. Venecia, al constatar que los otomanos le arrebataban el control del Adriático —vital para la Serenísima— manifestó su arrepentimiento por formar parte de la alianza, como primer paso para oficializar su abandono, que hizo patente a finales de invierno de 1539. Y, una vez se hubo retirado, pactó por separado la paz con el

turco.

Mientras tanto, Sarmiento aprovechó el parón invernal para fortalecer la posición: acondicionó las defensas de la ciudad, reparó murallas, construyó —o reforzó— baluartes…, buscando no tanto una fortificación permanente, sino sobre todo una cabeza de puente adecuada a lo que en principio se avecinaba.

A su vez, los turcos estaban muy preocupados por la presencia de esa fuerza dentro de su territorio, por lo que decidieron acabar con ella cuanto antes. Durante la parada invernal, el sultán Solimán ordenó a Barbarroja recomponer la flota, rearmarla y tenerla lista para la primavera de 1539. En esa época,

embarcaría diez mil infantes y cuatro mil jenízaros para lanzarlos contra los defensores de Castelnuovo. En total, Barbarroja dispondría de unos veinte mil efectivos para bloquear la ciudad desde el mar. Y a ellos había que sumar las tropas (de inferior calidad) que asediarían y atacarían Castelnuovo por tierra. Estas fuerzas, que totalizaban treinta mil soldados y que estarían también al mando de Barbarroja, las aportaba el gobernador turco de Bosnia, un persa llamado Ulamen.

Al llegar el mes de junio, Barbarroja intentó impedir que las naves genovesas siguieran enviando suministros a Castelnuovo, aunque no logró impedir el almacenamiento de víveres para resistir un largo

asedio. Luego llegó el desembarco de tropas, que se produjo la mañana del 12 de julio. Se presentó ante Castelnuovo una avanzadilla de treinta galeras turcas, de donde desembarcaron mil soldados para hacer aguada, buscar información y esperar al grueso de la flota. Pero antes del mediodía fueron rechazados por tres compañías al mando del vizcaíno Machín de Monguía y la caballería de Lázaro de Corón. Volvieron a intentarlo por la tarde en mayor número, y de nuevo fueron rechazados, dejando trescientos muertos y treinta prisioneros.

El 18 de julio de 1539 llegó el resto de la flota junto a su almirante Barbarroja. A los pocos días, también apareció desde tierra

Ulamen con sus soldados. Para completar el asedio por tierra, se emplazaron cuarenta y cuatro piezas de artillería. Durante todo este tiempo, los españoles no dejaron de acosarlos, causándoles constantes bajas en salidas que buscaban —y lograban— encontrar a los turcos desprevenidos.

Los preparativos del ataque duraron algunos días, pues hasta el 23 de julio no estuvieron organizadas las tres baterías en que se apoyarían los turcos: una en el llamado monte Caballero (dominando toda la comarca); la segunda, en el camino de Castelnuovo a Kotor; y la tercera, en la costa. A partir de entonces, comenzó el asedio propiamente dicho, con bombardeo permanente de las posiciones españolas.

Sarmiento fue instado a su vez a rendirse poco después del 23 de julio, o acaso el mismo día, bajo la promesa de permitirles a él y a sus hombres regresar a salvo a Italia. Sus oficiales, no obstante, le instaron a resistir, por lo que la respuesta del maestre fue la de mostrar su empeño en conservar la plaza hasta la muerte. Barbarroja no se dio por vencido y envió un renegado a Sarmiento para que tratasen juntos la cuestión. Pero Sarmiento ni siquiera lo recibió, dejando dicha tarea a su alférez Garci Méndez, quien volvió a transmitir la negativa a negociar la entrega de la fortaleza. Una idea nuevamente ratificada por todos los oficiales.

Después de esta respuesta,

menudearon las escaramuzas entre uno y otro ejército, en las que los españoles tuvieron siempre la mejor parte. Así, en un encuentro, ochocientos de ellos, la mitad arcabuceros, mataron mil turcos e hirieron otros tantos. El 24 se inició un gran asalto que duró todo el día. Los otomanos se vieron forzados a utilizar simultáneamente artillería e infantería, provocando muchas bajas en sus propias filas. Al día siguiente continuó el ataque, con cerca de seis mil turcos muertos. Los españoles sufrieron también muchas bajas, aunque los heridos útiles siguieron luchando. Tan grave fue el descalabro que Barbarroja prohibió toda escaramuza y decidió batir a los asediados sólo con su poderosa artillería.

El efecto fue demoledor, al hundirse casas y murallas, aunque la resistencia no cedió. Se reparaban los huecos en las fortificaciones, se levantaban los baluartes dañados y se abrían nuevos fosos. Y todo ello acompañado con salidas continuas, que limitaban el avance del enemigo. En una de estas acciones se produjo la muerte de Agi, capitán muy apreciado por Barbarroja. Y Castelnuovo se seguía defendiendo de tal manera que los turcos no habían avanzado apenas cuando se cumplían nueve días del asedio formal. Entonces, el 4 de agosto se produjo el primer intento de asalto general. Los otomanos no lograron entrar y se retiraron con pérdidas muy importantes, causadas principalmente por los arcabuceros.

Pero esa misma noche tres desertores —dos moriscos valencianos y uno portugués— dieron información a Barbarroja sobre los puntos clave a batir.

Así las cosas, el día 5 los turcos dirigieron a estos puntos doce gruesas piezas de artillería. Y en dos días de fuego incesante y bien dirigido abrieron en los muros brechas suficientes para iniciar el asalto. Barbarroja reconoció lo valioso de la información que le habían aportado los desertores, aunque consecuente con sus principios mandó ahorcarlos por haber traicionado a los suyos y olvidado sus obligaciones. Al finalizar el 6 de agosto, la muralla casi había desparecido. Y las bajas llegaban a ser ya demasiado

elevadas. Así, la compañía de doscientos ochenta hombres del alférez Garci Méndez de Sotomayor disponía sólo de doce hombres en condiciones de combatir.

Se sucedieron ininterrumpidamente ataques y contrataques sobre el castillo superior, separado del conjunto fortificado y que cambió de manos seis veces el mismo día 6. Y al final de ese mismo día los turcos lograron colocar su bandera en una torre. La mina que fabricaron los españoles para volarla falló, puesto que una vía de agua la inundó y humedeció la pólvora. Para mayor infortunio, el día 6 tampoco se pudieron emplear los arcabuces —arma decisiva de los sitiados— debido a la fuerte lluvia. Todos los oficiales del castillo habían muerto,

excepto los capitanes Masquefá, Monguía y Haro, más el alférez Galaz.

El 7 de agosto de madrugada, los turcos lograron apoderarse de parte del castillo, aunque a base de hacinar cadáveres en el foso, resultado de sus continuos asaltos. Francisco de Sarmiento resultó herido en el muslo, pero continuó combatiendo al frente de sus tropas. Al fin, cuando quedaban vivos (que no ilesos) menos de seiscientos hombres, el maestre dio la orden de retirada a un segundo castillo, en el barrio inferior de la ciudad. Así lo hicieron, en orden, aunque no pudieron entrar en él porque los habitantes del lugar lo habían tapiado tras buscar allí protección. La situación se hizo desesperada, y

aunque continuó la defensa entre las últimas posiciones, allí terminó su resistencia. El capitán Machín de Monguía, el alférez Millán y Miguel Esteban (genovés y municionero), se descolgaron por una cuerda desde el castillo bajo y descendieron hasta casi alcanzar el mar. Allí fueron apresados y conducidos ante Barbarroja, quien al conocer el éxito de sus armas ordenó que se rindieran a él los cristianos que quedaban. Fueron hechos unos ochocientos prisioneros entre soldados, mercaderes, mujeres y mozos (la mitad de ellos, soldados), y Barbarroja ofreció la libertad al que de entre ellos le llevase la cabeza de Sarmiento. Sin embargo, no fue posible hallarla entre tantos cuerpos muertos. El último

testimonio que se tiene de verle vivo afirmó que, montado en su caballo, se le vio acometer solo al enemigo, con tres flechazos en cara y cabeza.

La resistencia había terminado. Del tercio quedaban alrededor de cuatrocientos soldados vivos, la mayor parte con heridas de diferente consideración. Uno de ellos era el capitán Machín de Monguía, al que Barbarroja llegó a admirar y al parecer le ofreció un puesto destacado entre sus tropas. Pero su respuesta no debió agradarle, porque mandó cortarle la cabeza esa misma noche, al igual que hizo con el obispo y los demás clérigos cristianos. Según parece, el resto acabó cautivo en espera de rescate o de apagarse lentamente en

las cárceles otomanas, sin que se aplicara el castigo de remar en galeras. Más tarde acabarían en Estambul, aunque el 22 de junio de 1545, casi seis años después de esta hazaña, llegaron a Mesina en una galeota unos cautivos fugados de la capital otomana. Entre ellos, veinticinco supervivientes de Castelnuovo de los que se han conservado los nombres: el castellano de la ciudad, Luis de Godoy; el capitán Juanes de Joya; el alférez Juan Milló; el sargento Salazar y los soldados Diego de Quiñones, Martín de Alarcón, Diego de Alarcón, Antonio de Quesada, Andrónico de Espinosa, Domingo de Cádiz, Juan de Andújar, Francisco de Baeza, Juan de Illanes, Juan de Madrid, Juan Catalán, Jaime

Mallorquín, Pedro de Tarragona, Hernán Carrillo, Feliche, Hurtado, Montilla, Cabrera, Villagómez, Mendoza y Andrés. Según contaron, en ese tiempo todavía quedaban en Estambul 195 soldados apresados en Castelnuovo.

En conjunto, los turcos tuvieron entre ocho mil y dieciséis mil muertos, la mitad de ellos jenízaros.

El episodio de Castelnuovo, narrado en su época por poetas e historiadores, ha sido recientemente novelado por Pablo Carnicero Cámara en su relato autoeditado *¡Que vengan cuando quieran!*

Mapa antiguo de Castelnuovo. Se encuentra en el libro de Giovanni Francesco Camocio *Isole famose porti, fortezze, e terre maritime sottoposte alla Ser.ma Sig.ria di Venetia, ad altri Principi Christiani, et al Sig.or Turco, Venice, alla libraria del segno di S. Marco*, publicado en

1574. Como puede observarse, Castelnuovo se situaba a la entrada del golfo de Kotor, entre la república de Ragusa, tributaria de Venecia, y la propia Kotor, posición de la Serenísima en la región. Se trataba, pues, de un enclave de gran valor estratégico que los otomanos no podían dejarse arrebatar.

La guerra con Venecia terminó pronto, en 1540, cuando la república firmó una paz por separado donde renunciaba a Malvasia y Nauplia, en Morea, junto a las islas del Egeo ya conquistadas por Barbarroja. Entre 1541 y 1544 se desarrollaron todavía operaciones navales conjuntas franco-

otomanas, que condujeron al asedio de Niza. La flota de Hayreddín pasó el invierno de 1543-1544 en el puerto de Toulon. Fue esta la última campaña en la que participó el viejo comandante, que en 1544 se retiró de la vida activa para pasar sus últimos años dedicado a obras pías asistido por su joven esposa Flavia (o María) Gaetani, la hija del gobernador de Reggio, a quien había secuestrado en 1543 durante una incursión en las costas italianas, y de la que se enamoró locamente. Con la batalla de Préveza comenzó el período de la denominada talasocracia otomana, que duró hasta la batalla de Lepanto (1571). La potencia de la flota del sultán

permaneció intacta bajo Hayreddín y sus sucesores, destacando entre ellos Turgud *reis*, conocido en Europa como Dragut (muerto en 1565). En 1568, el gran almirante, hasta entonces ostentador del título de *derya beyi* ("bey del mar") o *kapudan-i derya* ("capitán de mar"), pasó a ser denominado *kapudanpaşa* ("capitán pachá").

Un acuerdo entre Carlos V y Francisco I puso fin a la cooperación franco-otomana, que fue seguida en 1547 con la firma de una tregua de cinco años entre Solimán, Fernando y Carlos V. Como en 1533, los Habsburgo habían aceptado pagar tributo por aquella parte del territorio húngaro que todavía estaba

bajo su dominio. En el *ahdname* (acuerdo), Carlos V no aparece como emperador (*padişah*), título reservado únicamente al sultán, sino sólo como «rey de España», un escalón por encima de Francisco I, quien, en los documentos otomanos, era a menudo llamado «rey de la provincia de Francia».

La política de Solimán respecto a los estados occidentales entre la batalla de Mohács en 1526 y la paz de 1547 provocó dos destacadas consecuencias para Europa. En primer lugar, representó un valioso apoyo a Francia en un momento de crisis, colaborando en que el reino se convirtiera en un estado nacional. En segundo lugar, el sultán

contribuyó a la afirmación de los protestantes, desarrollando, en clave anticatólica y antihabsbúrguica, una política destinada a proteger a luteranos y calvinistas, ahora considerados próximos a los musulmanes al destruir las imágenes y enfrentarse al papa de Roma. A modo de ironía del destino, un imperio multiétnico sujeto a un gobernante musulmán acabó apoyando, durante el siglo XVI y gracias a sus directrices políticas, la afirmación de los estados nacionales, sobre todo en el ámbito de la separación entre Estado e Iglesia, ratificada en Europa un siglo más tarde mediante la paz de Westfalia (1648). Al mismo tiempo, tanto para

católicos como para protestantes, el contacto constante con el enemigo «turco», además de resaltar aquellos elementos del islam útiles para un discurso político, ayudó a ofrecer al público lego una gran cantidad de noticias relacionadas con los musulmanes y su religión. No es casualidad que la primera considerada «traducción» del Corán (en realidad un compendio datado en 1143) fuera publicada en latín en 1543 por el escritor suizo Theodor Buchmann, llamado Bibliander, y en italiano en 1547 por el editor véneto Andrea Arrivabene.

Mientras tanto, Carlos V, siguiendo

el ejemplo de la diplomacia veneciana, intentó establecer contactos secretos con el sah safávida. Ya a principios de la década de 1520 había buscado crear cauces de colaboración con el sah Ismaíl. En respuesta, el hijo de este, el sah Tahmasp, le envió una carta al comienzo de su reinado en la que le expresaba su esperanza de unir ambos ejércitos para vencer a los otomanos. De momento, sólo se trataba de primeros contactos, sin llegar a ningún acuerdo efectivo. En realidad, el fin de las hostilidades en el frente occidental permitió a Solimán dirigir su atención hacia su ya tradicional enemigo oriental. A ello fue empujado también por el

hecho de que un hermano del sah Tahmasp se había rebelado contra este, buscando refugio en el sultán. La primera campaña se desarrolló en 1548. Tabris fue nuevamente ocupada y Van, tras un asedio, fue asimismo conquistada. El ejército invernó en Alepo, ciudad que se vio beneficiada por la presencia de numerosos soldados y del propio sultán. Las actividades artesanales vivieron un nuevo impulso y los comerciantes que allí se instalaron recibieron diversas concesiones, de forma que el mercado de Alepo llegó a asumir el papel como centro del comercio internacional que antes había detentado Damasco. Al año siguiente

partió otra expedición contra Georgia, aunque las expectativas otomanas se vieron frustradas cuando el hermano rebelde del sah fue capturado, acabando así la sublevación. La guerra continuó hasta 1555, cuando, por el Tratado de Amasya, Bagdad fue entregada finalmente a los otomanos.

Mientras tanto, el sultán, instado por su amada Hürrem, madre de cinco de sus seis hijos, ordenó la muerte del príncipe Mustafá, hijo de otra mujer. Favorito del ejército y de la corte, era no obstante odiado por la favorita de Solimán y por cuantos la apoyaban, como el gran visir Rustem Pachá, el marido de Mihrimah, la única hija del

sultán. Acusado de conspirar para llegar al poder supremo, Mustafá fue ejecutado en 1553. Hürrem fue, a su vez, la primera favorita en eludir las leyes que regían el harén imperial, y establecían que la mujer que daba un varón al sultán debía marchar junto con el niño y un maestro hasta una provincia lejana para enseñar al príncipe el arte de gobernar. En su lugar, Hürrem permaneció durante años en Estambul, como única amante, compañera y confidente de Solimán, que escribió para ella varios poemas. Es por ello por lo que dicha favorita ejerció un enorme poder, inaugurando un largo período en el que las mujeres pudieron organizar sus propios grupos de poder

para interferir en los asuntos del estado.

A mediados del siglo XVI, los otomanos ya no sólo estaban interesados en Europa y las fronteras con Persia. Otros dos frentes comenzaron a destacar durante esos años. Uno se encontraba en el noreste, hacia Rusia, el otro al sur, hacia el océano Índico. El gran conflicto que mantendrían durante dos siglos los imperios otomano y ruso tuvo sus raíces en este período, cuando se produjeron los avances de Iván el Terrible que le llevaron a anexionarse, entre 1552 y 1555, los kanatos tártaros de Kazán y Astracán. El interés por el océano Índico, a su vez, había llevado a los otomanos en 1525 a crear un cargo

específico para su flota, el de *Hind kaptani* ("Capitán de la India") o *Misir kaptani* ("Capitán de Egipto"), entonces otorgado al famoso viajero Selman Reis. En 1538 se sometió el emir de Basora, abriendo a los otomanos el golfo Pérsico. Dueños ahora de esta salida y del mar Rojo, los sultanes se encontraron en posición de controlar las rutas comerciales que llevaban a la India y por donde circulaban las apreciadas especias. En 1547 Özdemir Pachá conquistó asimismo el Yemen. Los portugueses, asentados en algunos puntos estratégicos como Diu (India) y Ormuz (Irán), se convirtieron en los más firmes opositores de los otomanos en

esas aguas. Dos expediciones enviadas contra dichas ciudades fracasaron: la primera, en 1538, tuvo como objetivo Diu; la segunda derrota, contra Ormuz, se produjo en el marco de una campaña otomana desarrollada en aquella zona entre 1552 y 1554. En este último año la flota turca resultó vencida en la batalla del golfo de Omán, cuando regresaba desde Basora hacia Suez y se responsabilizó al nuevo *Misir kaptani* Seydi Ali Reis, quien no obstante logró el perdón del sultán. Menos suerte había tenido un año antes otro destacado marino otomano, y a su vez afamado geógrafo, llamado Piri Reis, decapitado en Egipto por orden del sultán en 1553

debido a su negativa a participar en una nueva campaña contra los portugueses.

PIRI REIS Y SU MAPA

Haci Ahmed Muhiddin Piri (nacido acaso en Galípoli o en Anatolia central, de donde era su padre, en torno a 1465), más conocido como Piri Reis, fue un almirante, geógrafo y cartógrafo otomano. Se conoce hoy día por sus cartas y mapas recogidos en el *Kitab-i Bahriye* (*Libro de Navegación*), un libro que contiene información detallada sobre la navegación, así como gráficos muy precisos para su tiempo donde se describen los principales puertos y ciudades del Mediterráneo. Su fama como

cartógrafo aumentó cuando una pequeña parte de su primer mapa del mundo (preparado en 1513) fue descubierto en 1929 en el palacio de Topkapi en Estambul. Se trataba del atlas más antiguo de todos los conocidos en la cultura otomana, donde se muestran las costas del nuevo mundo y en el que aparecen ya las de Estados Unidos. De hecho, el mapa más antiguo conservado donde aparecen costas americanas lo había realizado pocos años antes, en 1500, el cartógrafo cántabro Juan de la Cosa. En 1524-1525, Piri Reis elaboró un segundo mapa del mundo con algunas novedades aportadas por los cartógrafos europeos, incluyendo Groenlandia y Norteamérica (con la península de Labrador y Terranova), Florida,

Cuba, Santo Domingo, Jamaica y partes de América Central y del Sur. De acuerdo con el texto que lo acompaña, para realizar este mapa se consultaron unas veinte cartas y mapas extranjeros (árabes, españoles, portugueses, chinos, indios y griegos), incluyendo uno del propio Cristóbal Colón descubierto en un barco apresado en 1501.

El trabajo de Piri fue publicado por primera vez en 1521 y fue revisado, como hemos dicho, en 1524-1525 con información adicional y gráficos de mejor diseño, para ser presentado como un regalo a Solimán I. Esta segunda edición revisada tenía un total de 434 páginas e incluía 290 mapas. Copias de este libro se conservan en tres

bibliotecas en Estambul (la del Palacio de Topkapi, la de la mezquita Nuruosmaniye y la de Solimán), en algunas de las principales bibliotecas de Europa (Bolonia, Viena, Dresde, París, Londres, Oxford), más otra en el Walters Art Museum de Baltimore (Estados Unidos).

Fragmento del primer mapa de Piri Reis (1513), que se conserva en la biblioteca del Palacio de Topkapi

(Estambul).

Se desconoce el lugar y el año exactos del nacimiento de Piri Reis, pero sí que pronto comenzó a realizar actividades corsarias colaborando en torno a 1481 con su tío, el afamado Kemal Reis, un conocido corsario y marino de la época que más tarde se convertiría en almirante de la flota otomana. Durante este período, junto con su tío, participó en muchas campañas contra la Monarquía Hispánica y las repúblicas de Génova y Venecia. Cuando Kemal murió en 1511, debido a que su barco naufragó por culpa de una tormenta mientras se dirigía a Egipto, Piri volvió a Galípoli, donde comenzó a dedicarse a sus estudios sobre

cartografía y navegación.

Antes de 1516 volvemos a verlo en el mar como capitán de barco de la flota otomana. Participó en la conquista otomana de Egipto entre 1516 y 1517. En 1522 colaboró en el asedio de Rodas contra los caballeros de San Juan, y dos años después fue el capitán de la nave que llevó al gran visir PargaliIbrahím Pachá a Egipto.

En 1547, Piri había alcanzado ya el grado de almirante (*reis*), dirigiendo la flota otomana en Egipto y el Índico con sede en Suez. El 26 de febrero de 1548 recapturó Adén a los portugueses, y en 1552 Muscat, que Portugal ocupaba desde 1507, y la estratégica isla de Kish en el golfo Pérsico iraní. Pero luego, tras

haber regresado a Egipto y siendo un anciano de casi noventa años, se negó a apoyar al valí otomano de Basora llamado Kubad Pachá, en el curso de una nueva campaña contra los portugueses en el norte del golfo Pérsico, por lo que fue decapitado en 1553.

Mientras tanto, en el Mediterráneo seguían chocando las naves otomanas con las cristianas. Trípoli fue conquistada en 1551 por Dragut a los caballeros hospitalarios de San Juan. Siete años después, Pialí Pachá, un croata capturado en la batalla de Mohács y convertido al islam, asoló la

isla de Menorca. Frente a la amenaza musulmana, Felipe II de España apeló al papa Pablo IV y a sus aliados católicos para preparar una expedición combinada en 1560 contra Trípoli. La coalición estaba formada por Génova, los reinos hispánicos —con sus fuerzas de Nápoles y Sicilia—, Florencia, los Estados Pontificios y los caballeros de San Juan de Malta. Y aunque las cifras sobre las fuerzas reunidas en las cercanías de Trípoli han sido objeto de muchas exageraciones —posiblemente quince mil hombres, 9000 de ellos españoles —, sí existe cierto consenso sobre el número de barcos congregados: en torno a cincuenta galeras y unas cuarenta

embarcaciones menores. El primer problema surgió cuando los preparativos se alargaron hasta anular el factor sorpresa. Cuando la operación se puso finalmente en marcha, los otomanos prepararon una enorme flota para contratacar. Sancho de Leyva, encargado de las galeras de Sicilia, escribió a Felipe II quejándose de lo que tardaron en ponerse en acción. Giovanni Andrea Doria —asistido por su tío, el célebre Andrea Doria, que murió a los noventa y cuatro años, poco después de los preparativos— se encargó de capitanear la flota reunida en Mesina. Previa parada en Malta a causa del mal tiempo —donde perdieron a dos mil hombres

por enfermedad—, la flota arribó a la costa de Trípoli a finales de febrero de 1560. Allí, la excesiva prudencia de Doria, siempre temeroso de tomar riesgos (en la noche anterior a Lepanto, once años después, fue el único que recomendó evitar el enfrentamiento) causó una desordenada retirada. El grueso de la flota tuvo que refugiarse en la isla de Djerba (Túnez), donde desembarcaron sin oposición. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli y jefe de las fuerzas españolas, ordenó que se levantara un fuerte en el norte de la isla. Dicha fortificación debía estar finalizada en el plazo de varios meses, pero Pialí Pachá, al mando de ochenta y

seis galeras, no estaba interesado en permitirlo. Los otomanos se presentaron el 11 de mayo y en cuestión de horas hundieron más de la mitad de la flota cristiana. Con el viento en contra pocas galeras pudieron escapar al ataque sorpresa, pero entre las privilegiadas estuvieron las embarcaciones de Giovanni Andrea Doria y el duque de Medinaceli, quienes dejaron a su espalda a dos mil hombres atrincherados tras los muros del fuerte.

El Imperio otomano a la muerte de Solimán el Magnífico. A partir de Solimán, puede afirmarse ya que el Imperio otomano era, como algunos historiadores lo han definido, el «imperio de los tres continentes».

Después de tres meses de asedio, la guarnición de Djerba se rindió el 31 de julio de 1560 a un ejército de casi cuarenta mil otomanos. Durante la resistencia extrema vivida por esos dos mil hombres, el maestre de campo Álvaro de Sande encabezó una última salida desesperada días antes de la rendición. Una vez tomados los pozos de agua por los otomanos, nada quedaba por hacer más que rendirse. Los mil soldados que aún sobrevivían en julio fueron aniquilados o, en el mejor de los casos, llevados cautivos a Estambul. Los cadáveres de los muertos fueron empleados para levantar una macabra pirámide de huesos y calaveras

recubiertas con tierra de la playa. Este dantesco monumento a la muerte estuvo visible hasta 1848, cuando el cónsul británico ordenó que los restos fueran trasladados a un cementerio católico. En total, las bajas cristianas sobrepasaron las treinta galeras hundidas, más de diez mil muertos en el transcurso de toda la operación y cinco mil prisioneros. Entre estos, Pialí se llevó a Estambul a los capitanes más destacados: Berenguer de Requesens, Sancho de Leyva, Lope de Figueroa, Sancho Dávila, Rodrigo de Zapata y Álvaro de Sande. No en vano, la mayoría fueron rescatados en poco tiempo, salvo Álvaro de Sande, que fue liberado por el sultán sólo después de la

mediación del rey Carlos IX de Francia, aliado del Imperio otomano, y del pago de sesenta mil escudos de oro. En 1565, sin embargo, el fracaso fue para las tropas del sultán, en esta ocasión ante las murallas de Malta, isla que no lograron ocupar.

Pero las vicisitudes de Solimán, no obstante, debían acabar en Hungría. El hermano del emperador Carlos V, Fernando de Habsburgo, había aprovechado el olvido temporal del sultán por aquella zona para establecer acuerdos diplomáticos con el verdadero dueño de Transilvania, el obispo Martinuzzi, haciéndose prometer en 1549 la corona de aquel territorio. La

conquista otomana de 1551 y 1553 socavó este acuerdo, haciendo muy difícil el paso de los imperiales a Transilvania. En su última campaña, organizada en 1566, Solimán pretendía reforzar su presencia allí conquistando la ciudad de Eger. Aunque enfermo, el sultán se trasladó desde Estambul para conducir una vez más sus tropas, acaso pensando ya en morir entre sus soldados. El 5 o el 6 de septiembre de ese año, cuando se encontraba en su campamento sitiando exitosamente la fortaleza húngara de Szigetvár, falleció.

El asedio de Malta de 1565

Ocho años después de perder Rodas, en 1530, los caballeros hospitalarios de San Juan recibieron de Carlos V la isla de Malta y sus vecinas Gozo y Cominotto. Desde allí, se dedicaron con el mismo ahínco a combatir a los infieles, asaltando naves musulmanas y colaborando en las empresas antiotomanas. En especial, se hizo famoso en estas faenas el caballero Mathurin de Romegas, intrépido corsario que logró buenos botines y numerosos esclavos a principios de la década de 1560.

En 1564, harto de dichos ataques, el sultán Solimán decidió conquistar Malta, con el fin de continuar su expansión por el Mediterráneo cristiano. Era entonces gran maestre de la orden el francés Jean Parisot de La Vallette, quien ya había sufrido cautiverio al caer en manos de los corsarios veintitrés años antes, y también había sido gobernador de Trípoli entre 1546 y 1549. La organización de la flota se efectuó en la propia Estambul, con tan poca discreción que pronto tuvieron noticias de la empresa en Venecia y en Sicilia, donde gobernaba el viejo virrey don García de Toledo. Al saberse que el objetivo de los otomanos era Malta, La

Vallette mandó reforzar las fortificaciones, almacenar alimentos y solicitar ayuda a las potencias cristianas. El propio don García acudió a la isla en compañía de su hijo Federico, en busca de información de primera mano sobre las necesidades de los caballeros. Federico permanecería en Malta durante toda la campaña.

La flota turca, compuesta por unas 190 naves y 38 000 hombres, apareció frente al llamado Gran Puerto, situado al este de la isla y defendido por el norte y por el sur, el 18 de mayo de 1565. Mandaba la tropa Mustafá Pachá, mientras que el puesto de almirante lo detentaba Pialí Pachá. La élite del

ejército invasor estaba constituida por cuatro mil jenízaros. Once días más tarde, llegarían del norte de África otros tres mil hombres al mando de Dragut y del bey de Argel. Para defender la isla, La Vallette contaba con seiscientos caballeros y siete mil soldados, en su mayor parte malteses.

Los otomanos desembarcaron en la bahía de Marsaxlokk, al sur de la isla, avanzando a continuación hacia el norte y pasando por las pequeñas poblaciones de Zejtun y Zabbar; su campamento se instaló en Marsa. Deseosos de fondear la flota en la más segura bahía de Marsamxett, al norte del Gran Puerto, sus primeras acciones se encaminaron a

conquistar el fuerte Sant'Elmo, la posición que defendía el puerto en la zona septentrional. Yuntas de bueyes e hileras de galeotes recorrieron los siete kilómetros que separan Marsaxlokk del monte Sciberras (en el inicio de la península homónima, que culminaba en Sant'Elmo), arrastrando los poderosos cañones de asedio que debían bombardear el mencionado fuerte.

Dragut no estuvo de acuerdo con esta estrategia, pues consideraba necesario ocupar antes toda la isla e incluso conquistar la vecina isla de Gozo, para impedir la llegada de refuerzos; no obstante, su opinión no fue escuchada. Sometido a un cañoneo

implacable y coordinado, el fuerte se convirtió en un volcán en erupción que recibía un promedio de seis mil proyectiles diarios. Por fin, el 3 de junio los turcos organizaron un asalto general a la fortaleza, y cuando los jenízaros llegaron hasta la muralla, fueron recibidos con una lluvia de «fuego griego», una mezcla de combustibles lanzada en tinajas de arcilla o a través de largos tubos metálicos, que les convirtió en antorchas vivientes. A este primer fracaso siguió un segundo siete días después, y en una de estas acciones, Dragut cayó mortalmente herido al recibir el impacto de una bomba procedente del fuerte. Este caería en

manos turcas el 22 de junio, pereciendo casi toda su guarnición (100 caballeros y 600 soldados) y unos ocho mil atacantes. En su afán por vengar tan terribles pérdidas, los turcos lanzaron al mar, en dirección a Birgu (posición de los caballeros al sur del puerto), a los escasos prisioneros capturados crucificados en tablones de madera. Poco después, el día 29, llegaba a la cala maltesa de Kalkara un pequeño refuerzo de seiscientos hombres enviado apresuradamente por don García de Toledo.

Dueños de la península de Sciberras, los turcos pudieron atacar Senglea y Birgu (las posiciones

cristianas en la parte sur del Gran Puerto) tanto desde el mar como desde tierra. La Vallette, que a la sazón contaba ya con setenta y un años, se empeñó heroicamente en la defensa y ordenó algunas salidas que provocaron numerosos muertos entre los sitiadores. A su vez, la caballería maltesa, acuartelada en Mdina (en el interior de la isla), lanzaba esporádicos ataques sobre los sitiadores. Todos estos inconvenientes se incrementaban además con la llegada de la estación calurosa y la falta de agua y de alimentos, lo que comprometía cada vez más la situación de los turcos.

DANTI, Egnazio. *Asedio de Malta de 1565* (1581-1582). Museos Vaticanos, Roma (Italia). Se observa el Gran Puerto, a la derecha de la península de

Sciberras dominada por el fuerte de Sant'Elmo. A la derecha de dicho puerto, otras dos posiciones de los caballeros: las fortalezas de Senglea (abajo) y Birgu (encima). En el ángulo inferior izquierdo del mapa, una vista de La Valetta, la ciudad construida en la península de Sciberras después del asedio para sustituir a Sant'Elmo.

A esto se añadió la noticia de la llegada de ocho mil soldados enviados por don García de Toledo, quien por fin se había decidido a organizar una acción de socorro. El refuerzo desembarcó en la bahía de Mellieha y avanzó de oeste a este en dirección a Mdina. El mando

otomano consideró que el número de los recién llegados era mucho mayor de lo que en realidad era, por lo que decidió levantar el campo y embarcar la tropa. El 8 de septiembre, los sitiadores abandonaban por fin Malta desde las bahías de Mellieha y Saint Paul. Unos siete mil soldados malteses y españoles, más doscientos cincuenta caballeros, habían muerto; a su vez, los turcos habían tenido entre veinte mil y treinta mil bajas. En toda la cristiandad las campanas repicaron a victoria, y las donaciones de los monarcas europeos para reconstruir las defensas de la isla afluyeron con gran generosidad.

LA ORGANIZACIÓN DEL IMPERIO DURANTE EL SIGLO XVI

Durante su reinado, Solimán reorganizó la justicia y la administración aplicando un sistema basado estrictamente en el mérito, con el fin de evitar acciones arbitrarias, confiscaciones y gravámenes injustos, en ocasiones impuestos por sus predecesores. Si su abuelo, vencedor sobre Constantinopla, había sido comparado con el gran Alejandro, el bisnieto fue considerado como el nuevo sabio Salomón, de quien llevaba hasta el mismo nombre, o como el mismo Sol que ilumina la Tierra con sus rayos. La

organización del estado, forjada en tiempos de Murad (1362-1389), alcanzó ahora su máxima eficiencia, aunque encerrara ya los elementos que con el tiempo acabarían provocando su disgregación.

El sultán otomano gobernaba un vasto imperio integrado por territorios muy distintos entre sí: desde los desiertos de Arabia y el interior de África se pasaba a las praderas de Hungría, a los altiplanos de Anatolia, a unas ciudades cargadas de historia como la misma capital, Estambul, o los lugares sagrados de La Meca y Medina, a las montañas del Cáucaso, los Balcanes y el Yemen. Los pueblos que

habitaban este imperio profesaban diversas religiones y pertenecían a grupos étnicos diferentes, de forma que se solía afirmar que lo componían hasta setenta y dos nacionalidades y media (como decían los otomanos) los turcos, tártaros, persas, bereberes, kurdos, griegos, armenios, eslavos, albaneses, rumanos, y muchos otros, incluidos los gitanos. Había pueblos musulmanes, tanto suníes como chiíes, además de animistas y cristianos con sus variantes. En cuanto a la jurisprudencia islámica, la escuela jurídica oficial del imperio era la hanafí, aunque también se desarrollaron otras como la malekí, en las provincias del norte de África.

La soberanía se ejercía de diversas formas, por lo general basadas en la proximidad o lejanía de la capital. Las zonas más cercanas al corazón del estado se dividieron en provincias y regiones sujetas a un mayor y estricto control. En las zonas más remotas funcionaban principados semiindependientes, como los de Valaquia y Moldavia, que, confiados a príncipes cristianos nombrados por el sultán, eran bastante autónomos en lo que a política interna se refiere, aunque tenían que aceptar las directrices de la política exterior marcadas por Estambul. En un principio, se pensó aplicar este principio a las tierras húngaras, pero las

rebeliones y motines incitados por los Habsburgo provocaron la imposición de un control más estricto ejercido a través de los gobernadores. La misma semiindependencia se permitía a la república dálmata de Ragusa, que enviaba tributo anual a Estambul, al kanato de Crimea, cuyo gobernante debía servir con sus tropas en el ejército imperial, y las ciudades de La Meca y Medina, que recibieron protección y dinero a cambio de proporcionar un respaldo religioso al sultán, protector de los caminos de peregrinación y servidor de los lugares sagrados. Finalmente, Albania mantenía dentro del imperio una posición particular, a causa de la

dificultad de controlar a sus habitantes montañeses. El país era considerado propiedad privada del sultán, y por ello logró eludir las obligaciones más estrictas, principalmente relacionadas con los impuestos.

La sociedad estaba dividida en dos clases. La primera era la de los *asker*, soldados y servidores del estado, de religión musulmana, que juraban lealtad al soberano y que conocían y practicaban el complicado entramado de costumbres, conducta y lenguaje que caracterizaba a la etiqueta otomana. La segunda estaba integrada por los *re'aya*, es decir, todos aquellos que producían y sustentaban al estado mediante sus

impuestos, sin tener en cuenta su origen étnico o religión, aunque en los últimos tiempos dicho término se aplicara sólo a los cristianos. Era una distinción puramente jurídica e ideológica, no sociológica, ya que resultaba muy fácil pasar de una clase a otra, sin exclusiones ni siquiera para los recién llegados al islam procedentes de países extranjeros en ocasiones enemigos.

La administración otomana no pretendía ser ni opresiva ni autocrática, aunque estaba condicionada y sujeta a los límites impuestos desde las altas instancias. El control social quedaba confiado a miles de diferentes organizaciones, instituciones y

tradiciones locales que los otomanos intentaron mantener siempre que pudieron. En este campo adquirieron gran importancia los gremios de artesanos, en los que se reunían maestros y aprendices sin tener demasiado en cuenta sus creencias religiosas. Fue sobre todo en el siglo XVI cuando se manifestó de forma más clara el interés otomano en no convertirse en una nación, sino en un imperio multiétnico, en el que las minorías estaban protegidas y podían mantener parte de su legislación e incluso sus propias clases dirigentes. Esto permitió que durante siglos perduraran entidades que se sentían

distintas por su idioma, costumbres, religión e historia. Y fue en estos grupos supervivientes nacionales donde el colonialismo europeo de los siglos XIX y XX encontraría los elementos disolventes destinados a disgregar este imperio.

LA ADMINISTRACIÓN

A la cabeza del estado se encontraba el sultán e inmediatamente por debajo de él el gran visir. En los tiempos de Mehmed II, estos eran meros ejecutores de las órdenes de aquellos, aunque ya durante

su reinado se confió a los grandes visires la presidencia del *divan*, el consejo de estado. Ya con Solimán, el gran visir comenzó a disfrutar de un gran poder, aunque escapaban de su influencia tanto el control interno del palacio imperial (conocido como *enderun*), los jenízaros y su comandante (el *agà*), la clase de los juristas y hombres de religión (los ulemas) y los tesoreros del imperio (*defterdar*). Ellos, al igual que todos los que detentaban puestos elevados (como los visires, gobernadores de provincias o regiones o incluso el gran almirante), podían reclamar el título de pachás.

El *divan* era un consejo de estado al

que se le confiaba la paz, la guerra, el manejo de los asuntos internacionales, la recepción de los embajadores extranjeros y la alta administración; pero también era un tribunal al que todo ciudadano podía apelar y un lugar de justicia donde eran trasladadas las cabezas de los criminales ejecutados. Sin embargo, en cualquier caso la última palabra de estos asuntos la tenía el sultán o, en su ausencia, el gran visir, por lo que el *divan* tenía solamente un papel consultivo y no deliberante. Cuando en la segunda mitad del siglo XVII se pasó de un visirato de ejecución de órdenes a otro de delegación, este ministerio se convirtió en el verdadero

árbitro del estado, por lo que el *divan* quedó recluido en sus aposentos. En la segunda mitad del siglo XVIII, el lugar de residencia del gran visir comenzó a ser llamado la Sublime Puerta, un término que hasta ahora se utilizaba sólo para denominar los muros del palacio de Topkapi. De forma que también el conjunto del Imperio otomano pasó a ser conocido con ese nombre.

En el *divan* imperial se sentaba el gran visir junto a los «visires de la cúpula» (*kubbe vezir*, por la estancia donde se reunían). Estos altos funcionarios no tenían deberes específicos, sino que podían recibir misiones importantes como asumir el

sedar o mando de una campaña de guerra, o bien remplazar al gran visir cuando este se encontraba ausente de la capital (adoptando entonces el título de *kaimakam*). La praxis, no siempre aplicada, establecía que el segundo visir sustituyese al gran visir cuando este era apartado de su cargo. En definitiva, los visires no disfrutaban de demasiado poder, especialmente si los comparamos con los *agà* de los jenízaros o el gran almirante.

La clase de los hombres de la religión y la ley se denominaba *ilmiye*. A su cabeza encontramos al gran muftí de Estambul, también llamado *şeyhülislam*. Este no se sentaba

normalmente en el *divan*, pero en la escala jerárquica seguía al gran visir. De él dependían los nombramientos de todos los cargos religiosos del imperio, y además le informaban de las grandes decisiones políticas para que emitiera su dictamen legal (la *fetva*). Fue en la segunda mitad del siglo XVI cuando estos dictámenes comenzaron a adquirir un significado particular, gracias en especial a la personalidad e inteligencia del *şeyhülislam* Ebussuud Efendi (1545-1574). Sus sucesores empezaron a intervenir cada vez con más fuerza en los asuntos políticos internos y externos del imperio, incluso para ratificar con sus *fetva* las deposiciones y muertes de

sultanes, como sucedió con los asesinatos de Osmán II (1622) y de Ibrahím I (1648). Inferiores en rango a los *şeyhülislam* eran los dos *kazasker* de Anatolia y Rumelia (quienes también controlaban las provincias del norte de África). Les seguían en posición administrativa los *kadi*, jueces locales y a la vez administradores de distrito (*kaza*), las entidades territoriales más pequeñas en las que se dividía el estado.

Las tierras del imperio administradas directamente desde la capital estaban divididas en regiones y provincias. Las primeras se denominaban *beylerbeyilik* (y desde 1590, *eyalet*), gobernadas por un

beylerbeyi. Las segundas se llamaban sanjacatos (*sançak*) y dependían de un sanjaco (*sancakbeyi*). Por debajo de estas se encontraban los distritos dirigidos por el *kadi* local. La administración provincial funcionaba imitando el modelo de mandato del sultán. Cada gobernador poseía su *divan*, una tropa de jenízaros y un tesoro con su tesorero. Su autoridad, sin embargo, se reducía por aquello que ha sido definido como el «sistema de contrapeso». En primer lugar, el cargo era ocupado por un tiempo limitado, por lo general tres años, que se vieron incluso disminuidos cuando se inició, con el gran visir Rüstem (1552-1553 y

1555), la venta de cargos y oficios, práctica que se convirtió en una nueva fuente de ingresos para aquel ministro, que recibía su correspondiente comisión cada vez que cambiaba a un *beylerbeyi* o un sanjaco. En segundo lugar, algunos cargos no debían su ocupación al gobernador. Así, los *kadi* eran, de hecho, elegidos por los *kazasker* residentes en Estambul, mientras que los *agà* —es decir, los jefes de los jenízaros— y el tesorero eran nombrados por el Gobierno central. Por último, el *divan* provincial también tenía como función la deliberación, no sólo la consulta, y en él se sentaban los ulemas y notables locales, a menudo antiguos

detentadores de poder, como los mamelucos en Egipto, que podían hacer oír su voz para defender los intereses de su población.

EL EJÉRCITO Y LA MARINA

El gran sultán Solimán llevó personalmente en trece ocasiones su ejército a la guerra, pasando en campaña cerca de diez años. Fue el último sultán considerado un jefe militar, como lo habían sido su padre Selim I y su abuelo Mehmed II. Sus sucesores inmediatos prefirieron delegar la dirección de las

campañas militares en los altos oficiales del imperio —los *serasker* o *serdar*—, y eran muy raros los casos de monarcas presentes en un campo de batalla, como lo fue Mehmed III, que en 1596 regresó de Hungría pálido y descompuesto por la experiencia vivida.

La ampliación del territorio conquistado en tiempos de Solimán se debió sobre todo a la superioridad militar del Imperio otomano respecto a los demás estados de la época. No sólo disponía de una imponente artillería, capaz de derribar los más sólidos muros, sino que gozaba de una mejor organización y logística. Los ejércitos del sultán infundían terror en sus

enemigos por su ferocidad y forma de combatir, y estaban integrados por varios tipos de soldados. Así, encontramos fuerzas especializadas en tareas como la exploración y el saqueo, entre las que destacaban los *akinci* o los *gönüllü*, voluntarios de diversas religiones que buscaban demostrar su valía y, una vez convertidos al islam, inscribirse en algún cuerpo regular. Luego tenemos a la caballería, con unidades como las de los *sipahioğlan* (literalmente, "hijos de *sipahis*", que no debe confundirse con las tropas provinciales de ese nombre) y los *silâhdar*, que cabalgaban junto al sultán y los *gureba* ("extranjeros") o los

ulufeci, encargados de proteger el tesoro durante las campañas. Las tropas provinciales estaban integradas esencialmente por la caballería *sipahi*. Artilleros y armeros no faltaron junto a aquellos que, en Estambul, debían proteger y mantener el orden en el palacio imperial, es decir, los *bostanci* (literalmente, "jardineros"). Siempre hubo, además, una tropa de jenízaros presta para la lucha, compuesta por hombres completamente fieles al sultán, asimismo integrado en dicho cuerpo.

Miniatura otomana que representa a un *sipahi* del siglo XVII. La palabra *sipahi*, que en

turco significa “caballería de élite”, derivó posteriormente en nuestra castellanizada «cipayo», que sirve para definir a las tropas indígenas empleadas por los británicos en la India.

Cuando se enfrentaban con los ejércitos europeos, algunos de estos cuerpos podían darla impresión de estar desordenados e improvisar, pero esta percepción era completamente irreal. En las posesiones del imperio, todos debían marchar en filas ordenadas y en absoluto silencio, sin abandonar los caminos de tránsito bajo pena de muerte. Sólo una vez llegados al territorio enemigo podían romper filas y saquear. La

formación básica de los más antiguos cuerpos de caballería era la clásica de los guerreros nómadas, con pequeñas unidades de diez hombres más un comandante. La táctica preferida era la falsa fuga, para la que los caballeros eran provistos de una armadura ligera que les hacía más ágiles y rápidos. Armados con un arco reflejo, podían ser letales en la distancia al disparar contra las filas de la infantería, mientras que los caballeros cristianos, armados con armadura pesada, se convertían ante ellos en presas relativamente fáciles.

Durante el siglo XVI, el ejército otomano fue indudablemente superior en el campo logístico a los demás ejércitos

europeos. Sus soldados siempre sabían dónde encontrar comida, que la obtenían en los saqueos de los territorios por los que pasaban, o incluso empleando suministros transportados desde lejos. Los avances hacia Oriente, no obstante, mostraron claramente los límites de la organización logística otomana. Los ejércitos llegaron a donde les permitieron sus suministros, ya que los soberanos persas emplearon frecuentemente la técnica de la tierra quemada a lo largo de la frontera, incendiando los cultivos, los campos y cualquier cosa que pudiera servir como alimento a humanos y animales, para evitar que las tropas otomanas se

abastecieran de las tierras por donde avanzaban.

Los otomanos comenzaron a disponer de una flota sólo después de 1354, año de la conquista de la ciudad de Galípoli. A principios del siglo XV tenían incluso barcos mercantes, aunque en 1453, durante el asedio de Constantinopla, no pudieron bloquear los Dardanelos e impedir la huida de naves cristianas. A finales de ese siglo, la flota fue confiada a antiguos piratas como Kemal Reis, el tío del geógrafo Piri Reis. La renovación de la marina de guerra comenzó en tiempos de Solimán y Hayreddín, que por sus méritos gozaba del privilegio de sentarse en el *divan*.

Después de su muerte, la *türbe* ("tumba") donde reposaba su cuerpo se convirtió en un elemento del ritual cívico, donde los almirantes, antes de partir para la guerra, debían rendir homenaje. Los mayores dirigentes de la armada otomana del siglo XVI fueron los conversos, que habían aprendido su oficio en las filas de piratas del norte de África, aunque no hubiera particulares prevenciones a la hora de entregar el mando a personas de elevada alcurnia. Algunos grandes almirantes eran de ascendencia italiana, como el calabrés Uluç Alí (1571-1587), el único capaz de salvar sus naves en la batalla de Lepanto, el veneciano Venedikli Hasan

Pachá (1588-1591), quien, cuando ejerció como gobernador de Argel (1577-1580), tuvo al cautivo Miguel de Cervantes a su servicio, y finalmente Cigalazade Sinan (gran almirante en dos ocasiones: entre 1591-1595 y entre 1598-1600), hijo de un noble genovés y una mujer de origen turco, quien además fue gran visir en dos ocasiones (1577 y 1596).

Los arsenales cobraron gran importancia. Algunos de ellos se encontraban diseminados en regiones lejanas y otros estaban en Estambul, entre los que destacó el de Kasim Paşa, construido después de 1530, con 110/154 dársenas donde construir las

naves. Fue el esfuerzo combinado de tantos arsenales el que permitió, después de la derrota de Lepanto (1571), crear en seis meses una nueva flota de doscientos cincuenta barcos, de los cuales casi doscientos eran de nueva construcción. Entonces se empleó madera no curada, que en pocos años estaba destinada a deteriorarse, aunque durante ese tiempo el imperio pudo disponer de una fuerza naval. Los trabajadores más cualificados empleados en Estambul fueron utilizados también como carpinteros o albañiles cuando se tenía que intervenir en las residencias imperiales, o como expertos en fuegos artificiales, cuando se

organizaban tales espectáculos durante algunas festividades públicas. Se trataba a menudo de empleados de origen italiano, cuya lengua fue la base del léxico náutico otomano. Los galeotes eran en su mayor parte esclavos, aunque también se encontraban remeros voluntarios, a menudo enrolados no siempre a la fuerza en las tabernas de Estambul mediante el señuelo de un buen sueldo o un generoso botín. La nave de guerra fue generalmente la galera de casco delgado, aunque a principios del siglo XVII el holandés Simone Simonsen (llamado Danzer o Tantzer, o incluso Simon Reis por los turcos) enseñó a los piratas de Berbería

la técnica de construir grandes naves con quilla de profundidad, aptas para la navegación en el océano. Galeones y otros barcos, sin embargo, no eran aptos para navegar por las aguas poco profundas y por las islas del Mediterráneo, por lo que siguieron construyéndose galeras, aunque modificadas, de acuerdo con las nuevas tecnologías. La flota del Mediterráneo podría unirse fácilmente a las naves que navegaban por el mar Negro, formando así una gran escuadra. Había otras flotas en el mar Rojo y, pocos años después de 1579, también en el Caspio, aunque en este caso se tratara de unas cuantas galeotas destinadas a la lucha contra los

piratas locales.

ANÓNIMO. *Batalla de Lepanto* (fin. s. XVI). National Maritime Museum, Londres. La pintura es casi contemporánea a los hechos, aunque ofrece una «interpretación imaginativa» de la batalla. Parece estar basada en un grabado veneciano de Martin Rota fechado en 1572. La historia de esta pintura es

desconocida, excepto que fue adquirida por el museo londinense en 1946 a un comerciante de Londres, que pudo haberla obtenido de una colección privada. Los expertos han sugerido que el artista pertenecería a una escuela austro-flamenca.

En el siglo XVI, por tanto, también en el mar el Imperio otomano era superior a las potencias europeas. En estos años se desencadenó el gran conflicto con la monarquía hispánica, que intentó contrarrestar el avance otomano en el Magreb controlando lugares estratégicos como Túnez, apoyando a los últimos epígonos de dinastías locales y, sobre

todo, enviando a sus propios barcos a recorrer el mar. Durante ese siglo se recuperaron las actividades de la piratería y del corso en el Mediterráneo, un fenómeno endémico en dicho mar interior desde la antigüedad.

Según la terminología occidental, pirata era aquel que, al margen de cualquier ley, atacaba cualquier nave. Corsarios, en cambio, eran los que, tras obtener una carta de patente de corso de algún soberano, se comprometían a luchar sólo con los navíos enemigos de este. En teoría, la definición parece simple y clara, pero en la práctica raramente funcionaba, ya que el trabajo tanto de piratas como corsarios era

básicamente el mismo y, en el momento del asalto, el comandante no siempre controlaba quién era enemigo y quién no lo era. Desde una perspectiva musulmana, con el término «corsario» (*korsan*) se señalaba sólo a aquellos que estaban a sueldo de los cristianos. Los piratas eran más bien los proscritos (en árabe, *harami levend* o *liss al-bahr*). Finalmente, los súbditos otomanos del Magreb que combatían generalmente contra los infieles, llamados «corsarios berberiscos» en Occidente, fueron conocidos en turco como *levend*, tropas irregulares o, por extensión, marineros, y también como *gazi al-bahr* en árabe, ya que la suya no

era una actividad que un príncipe musulmán pudiera apoyar o condenar, sino una *yihad* contra los infieles. Asimismo, puesto que el sultán otomano acostumbraba a llevar a cabo al menos una campaña militar por año, las actividades bélicas de aquellos corsarios podían sustituir a las oficiales del soberano cuando este, por razones políticas o de otro tipo, no pudiera enviar tropas regulares para luchar en campañas terrestres.

A lo largo de la primera mitad del siglo XVI, las naves otomanas recorrían el Mediterráneo aparentemente sin un plan preciso, tomando, en primer lugar, las ciudades e islas menos fortificadas,

y dejando atrás las plazas más equipadas. Esta estrategia, sin embargo, sufrió un duro golpe con el fracasado sitio de Malta (1565). Como hemos visto, la feroz defensa de los caballeros impidió al imperio adquirir una base estratégica vital desde donde se podía controlar el centro del Mediterráneo y luego saltar hacia su parte más occidental, donde los otomanos se encontraban en desventaja. Al año siguiente falleció el gran Solimán, y este hecho, junto con la derrota en Malta, también modificaría la estrategia marítima. Se abandonó el avance irregular, dictado por el surgimiento de alguna oportunidad, y se procedió a una

serie de conquistas sistemáticas de ciertos objetivos en dirección este-oeste. En este contexto debe entenderse no sólo la inmediata captura de la isla genovesa de Chíos, sino las siguientes guerras para hacerse con el control de las islas de Chipre y Creta.

La talasocracia otomana parecía haber terminado con Lepanto (1571), pero esta batalla fue más un golpe afortunado para Occidente que un auténtico problema para los otomanos. El verdadero momento de la detención de la expansión otomana en el Mediterráneo llegó, paradójicamente, con la conquista de Túnez en 1574 a los españoles, tras la que llegó el acuerdo

de tregua prorrogable con la Monarquía Hispánica en 1581. Cansados ambos imperios por un esfuerzo bélico que ya duraba demasiado, decidieron aceptar el *statu quo*. Cabe decir que la monarquía de Felipe II había entrado en quiebra financiera en 1575. En el Mediterráneo, además, comenzaban a aparecer nuevas y agresivas marinas mercantes, como la inglesa o la holandesa, mientras que en el océano Índico la competencia portuguesa resultaba ya imparable.

5

Ideología y sociedad

DEL IMPERIO MULTIÉTNICO A LA NACIÓN TURCA

En relación con los estados europeos de la Edad Moderna, la característica del Imperio otomano que más llama la atención es la de ser, durante siglos, un imperio multiétnico y multinacional. Algunos historiadores se han atrevido a calificarlo como una «Commonwealth

otomana», algo muy distante del estado-nación que en aquellos siglos se iba estructurando en Occidente, y que sólo llegado el siglo XIX se intentó imitar en Estambul. Con las conquistas, se incorporaron poblaciones étnicamente diversas y con diferentes religiones que no se intentaron ni «turquizar» ni islamizar a la fuerza. Esto sucedió tanto por razones económicas, en cuanto que los infieles debían pagar unos impuestos más elevados que los musulmanes, como por motivos de organización estatal, ya que se consideraban más fáciles de gobernar las comunidades con cierto grado de autonomía, en lugar de constituir todas ellas una masa indistinta

de sujetos. Se trata del mismo principio por el que en el imperio se aceptó la existencia de estados soberanos que dependían de él, como Valaquia o Moldavia, sin tratar de convertirlos en regiones sometidas a un oficial del Gobierno central.

No era, por tanto, un estado turco. El Imperio otomano era un estado cosmopolita donde nadie se preocupó de la pureza de la raza o de la religión, sino más bien de las capacidades de cada individuo. En este imperio se hablaban muchos idiomas y los puestos oficiales no estaban reservados a los turcos, cuya lengua era considerada *dil kava*, la lengua vulgar hablada por el pueblo. En

cambio, el idioma otomano se empleaba en la burocracia y se le conocía como la lengua de los «los tres idiomas», ya que se suponía que procedía de la fusión del turco —la lengua de la espada—, el árabe —la lengua de la religión— y el persa, que se utilizaba en la poesía.

Durante la Edad Moderna, en ese estado actuaba un equipo de funcionarios y militares procedentes de diversos grupos étnicos y sociales, todos ellos unidos por un vínculo de lealtad al sultán. La facilidad con que los otomanos aceptaban entre sus filas a personas del más variado origen, siempre que se convirtieran al islam, permitió la formación de una clase

dirigente cosmopolita, que aceptaba la ideología del imperio como el elemento unificador. Todavía durante los siglos XIII y XIV fueron los individuos procedentes de las grandes familias, cuyos jefes habían acompañado al fundador Osmán, los que ocuparon los principales cargos. Fue un momento en el que se puede hablar de la existencia de una verdadera aristocracia. Sin embargo, las guerras de los siglos XV y XVI alejaron para siempre del poder a este grupo, que además a menudo se puso de parte del perdedor en las luchas por el poder que afectaron a ese período. A partir de entonces, los conversos, sobre todo los procedentes

de la *devşirme*, pasaron a ser los personajes cada vez más destacados de la administración central. Durante mucho tiempo, en el imperio funcionó la meritocracia, al menos durante los períodos en que la corrupción no estaba tan extendida como para asignarse cargos sólo a aquellos que pudieran pagar, o bien cuando los grupos de presión eran tan fuertes como para ser capaces de repartirse los puestos más rentables.

LA *DEVŞIRME*

Práctica llevada a cabo por el Gobierno otomano durante los

primeros siglos (XV y XVI), sobre todo en la zona de Europa del Este. Consistía en la entrega de hijos de cristianos al sultán para educarlos en la doctrina del islam, a la vez que se los entrenaba para servir al soberano exclusivamente como soldados o como funcionarios. Esta práctica empezó a desarrollarse, ante todo, para proteger al sultán frente al creciente poder de la vieja aristocracia otomana. El adiestramiento de estos niños era tanto bélico como cultural: caligrafía, teología, literatura, leyes y lenguas. Sólo servían al sultán y debían acompañarlo en sus campañas, cada uno ejerciendo la función para la cual había sido educado. En la imagen, una miniatura otomana de 1558

procedente del libro de Solimán que se encuentra en la biblioteca del Palacio de Topkapi, observamos a esos niños vestidos de rojo que aguardan la lectura del consejero religioso del sultán para ser convertidos al islam.

Durante el apogeo del imperio alcanzó cierta importancia el sistema del *millet*, término que en los tiempos más antiguos designaba a la comunidad religiosa, pero que con el tiempo pasó a referirse a la identidad sociocultural. En general, en los *millet* se permitía utilizar su propio idioma, tener escuelas donde enseñar su propia cultura, autogestión a la hora de recaudar sus impuestos y juzgar en tribunales propios aquellos casos civiles o penales que no implicaran a elementos de otros grupos. Es decir, que estas comunidades, aunque fueran de religiones o etnias distintas a la turca, eran claramente más libres que las de muchas otras existentes en la

Europa occidental. A lo largo del siglo XVIII, sin embargo, se produjo la reagrupación no tanto sobre bases puramente religiosas como sobre aquellas caracterizadas por la uniformidad étnico-religiosa, cuyos dirigentes fueron integrados en la administración. Grandes rabinos y patriarcas ortodoxos se convirtieron en *milletbaşi* ("jefes de *millet*"), con derecho a salir de su casa precedidos de dos colas de caballo, es decir, dos caballos, aunque la terminología otomana se refiriera sólo a sus colas, al igual que los *beylerbeyi*. Poco a poco, estos líderes adquirieron autoridad política y militar sobre sus

subordinados, libres respecto a una autoridad estatal que no quería ocuparse de los asuntos religiosos. Es por ello por lo que entre estos líderes se desarrolló un verdadero apego al imperio que, según la opinión de los ulemas, les hizo ser más reacios a cualquier cambio. Fue sólo con el *hatt-i hümayun* ("decreto imperial") de 1856 que se trató de poner freno a este inmenso poder adquirido por los líderes locales, limitando así las expectativas de cada comunidad. El Gobierno recuperó algunas de las prerrogativas cedidas, reafirmando que todas las personas eran iguales ante la ley ya la hora de cumplir con el servicio militar,

constituyendo además un *millet* musulmán. Para limitar los poderes dictatoriales de los *milletbaşi*, se dictaminó también que cada comunidad debería dotarse de constituciones y consejos electivos específicos. La ley de 1864 sobre la ciudadanía afirmó la idea de un Estado otomano cuyos ciudadanos pasaban a ser, sin distinción alguna, otomanos. Sin embargo, los grupos étnico-religiosos no musulmanes, cuyos miembros podían ahora acceder a la administración pública y a los más altos cargos militares y políticos, continuaron considerándose comunidades separadas, deseosas de proteger sus intereses y los privilegios

adquiridos. Mientras tanto, la progresiva hemorragia de los territorios caucásicos, árabes y balcánicos, y la consiguiente migración de aquellos que no reconocían las nuevas entidades políticas, hizo incrementar socialmente el componente turco y musulmán. La revolución de los Jóvenes Turcos (1908), después de un primer momento de entusiasmo popular, aplicó desde 1912 una estricta política de islamización y la «turquificación» del Estado, pensando ya en una nación como las otras europeas y llamando «turco» a todo el que vivía en Anatolia y profesaba el islam. Al nacionalismo laico y turco —no en el sentido étnico,

sino en el de pertenecer a una entidad estatal— no se llegaría hasta mucho después del final del imperio, proclamada ya la república.

EL SOBERANO, SAGRADO E INVISIBLE

Al frente de este imperio multiétnico se encontraba el sultán, el único que podía presumir de una antigua nobleza como descendiente de Osmán. Las mujeres que habían engendrado a posibles herederos del soberano, precisamente por ello, aunque en la Edad Moderna fueran todas

esclavas o concubinas, de acuerdo con una costumbre que podía remontarse al califato abasí, pasaron también a adquirir el estatus de nobleza. Una forma de dignificar sus lazos con el soberano, quien en estos momentos, por regla general, no podía establecer alianzas matrimoniales con mujeres procedentes de familias de alto rango. Precisamente uno de los motivos de la ruina del joven Osmán II, muerto durante una revuelta en 1622 a la edad de dieciocho años, fue la de haber querido casarse con la hija de un prominente miembro de la clase de los ulemas llamado Akile, quien, al no ser esclava, quedaba lejos del alcance del sultán.

A partir del siglo XVI, el sultán empezó a presumir de nombres altisonantes, práctica también usada por los antiguos califas. Él era «el que otorga las coronas a los reyes en la superficie de la tierra» y «la sombra de Dios en la tierra», una forma de dar testimonio de su superioridad frente a todos los potentados musulmanes. Se concentraban en su persona elementos de soberanía de diferentes orígenes. En primer lugar, se jactó de ser un kan, vocablo de origen nómada usado por los antiguos turcos. Sin embargo, armado pronto con la gracia divina (*inayet*) con la que Alá contribuía a que reinara la armonía sobre la tierra, el soberano

adquirió una consideración más elevada. Títulos islámicos eran también los de emir y sultán, término este último también aplicado a príncipes, princesas, a la *valide*, la madre del sultán reinante, y, finalmente, en el último período a suegros o cuñados, aunque en estos casos fueran añadidos al final de su nombre personal y no al comienzo, como en el caso del soberano.

Tugra o firma del sultán. La *tugra* era la firma ceremonial del sultán, con la que se representaba su realeza. Cada sultán tenía su *tugra* personalizada, a pesar de que en todas se reproduce la misma forma característica de «lámpara

de genio» y ninguna de ellas era exactamente igual. En la imagen, la *tugra* de Solimán el Magnífico.

En 1453, Mehmed II también adquirió, mediante la conquista, la soberanía perteneciente a la antigua Roma, luego trasladada a Constantinopla. A partir de entonces se asiste a una santificación progresiva del conquistador y sus sucesores, de acuerdo con el modelo bizantino. Sus súbditos empezaron a rezar por él, las tumbas y mezquitas de los miembros de la dinastía servían para santificar la ciudad, el palacio imperial se convirtió en una suerte de paraíso terrenal, una

entidad independiente, ajena a las leyes del Estado, en la que funcionaba una jerarquía diferente. El carácter sagrado del sultán fue subrayado por el progresivo aislamiento de su persona en relación con su pueblo. Mehmed II ya había comenzado a negarse a hacer justicia a cualquier persona que lo solicitaba, como en su momento habían hecho sus predecesores. Los gobernantes posteriores pasaron a asistir a las reuniones del *divan* ocultos tras una rejilla, que podía ser cerrada con una cortina, de modo que cualquier persona que se encontrara en la sala no podía saber si detrás de ella se encontraba realmente el sultán, la *valide*

o simplemente no había nadie. Incluso esta costumbre se remonta a los antiguos califas, cuya santidad se acentuaba mediante cortinas o velos que los ocultaban, tal y como también llegó a suceder en el ceremonial hispánico. Una quietud sagrada reinaba, pues, en el palacio. La proximidad del soberano la anunciaba el sonido de las zapatillas de clavos que usaba, y al escucharlo, todo aquel que no se encontraba en su lugar debía alejarse rápidamente. También se elaboró un lenguaje de gestos para no perturbar, aun con simples susurros, el silencio imperial.

A través de los siglos, los descendientes de Osmán también se

apropiaron del título de califa, de modo que cuando se disolvió el reino, primero se abolió el sultanato (1922) y dos años más tarde el califato. El término, originalmente, indicaba la jefatura militar y política del Estado islámico. Con el debilitamiento del poder central y el desmembramiento de su imperio, los califas árabes comenzaron a ejercer sólo una supremacía ideológica sobre emires y sultanes. Cuando los mongoles capturaron Bagdad (1258), se dio por concluido el califato abasí. No obstante, poco después apareció en El Cairo un presunto heredero de la dinastía desaparecida, y sus descendientes llegaron a transmitir la sombra de ese

poder hasta 1517, cuando Selim acabó con el reino mameluco. No está claro que este sultán se apropiara del título de califa, según proclamó una tradición algo más reciente, aunque sí fue utilizado de vez en cuando por poetas y literatos, sobre todo con una intención laudatoria, como es el caso de Lütfi Bey (1554), y también por algún *şeyhülislam* a la hora de emitir su *fetva*, es decir, el dictamen emitido por las autoridades islámicas que adquiría categoría de ley. Así lo hizo, por ejemplo, Ebussuud, a la hora de ratificar la guerra de Chipre (1569).

En la segunda mitad del siglo XVIII, el Imperio otomano afrontó una

devastadora guerra con Rusia, que le dejó en clara desventaja a la hora de negociar. El problema que tuvieron que resolver los ministros de entonces fue conciliar el abandono de la península de Crimea, habitada por los tártaros musulmanes, con la influencia rusa y, al mismo tiempo, cumplir con los dictados de la religión, que no preveía la transferencia de un territorio islámico a los infieles. En cualquier otro punto podría haber surgido una posibilidad de acuerdo excepto en este. La solución fue hallada exhumando el título de califa. Se les concedería la independencia de los tártaros, que pasarían a continuación a la soberanía de Rusia, aunque el sultán,

como siervo de las dos ciudades santas de La Meca y Medina y «jefe de los musulmanes», mantendría una ascendencia religiosa sobre ellos. A su vez, la zarina Catalina II veía reconocido su predominio religioso entre los habitantes ortodoxos del Imperio otomano (Tratado de Küçük Kaynarca, 1774).

Así, el poderío del gobernante otomano sobre todos los musulmanes quedó ratificado en 1774. La atribución al sultán de las prerrogativas religiosas, paralelas a las que fueron asumidas por Catalina II sobre los griegos ortodoxos, significó, sin embargo, desde un punto de vista islámico, una dependencia

política de Estambul, como en efecto lo comprendieron las poblaciones turcas y tártaras directamente involucradas. Así, ya en 1779, con la convención explicativa del Tratado de Küçük Kaynarca, se empezó a distinguir entre la existencia de un califa y la independencia política de un Estado islámico. Finalmente, fue con la siguiente convención del 28 de diciembre de 1783 cuando los rusos impusieron la desaparición definitiva de todos los lazos, políticos o religiosos, entre la Sublime Puerta y los musulmanes que habitaban en Crimea. Sin embargo, desde este momento en adelante, los sultanes comenzaron a usar

con mayor frecuencia el título de califa, a fin de recuperar en un plano religioso todo aquello que iban perdiendo en lo político y en lo territorial. La controversia sobre la legalidad histórica del uso de ese título se hizo particularmente violenta al comienzo del siglo XX. Se convirtió en la opinión común considerar que el Tratado de Küçük Kaynarca había sancionado el hecho de que los gobernantes otomanos pudieran presumir de una autoridad religiosa sobre todos los musulmanes. Fue al historiador Ignatius Mouradgea d'Ohsson (nacido en Pera, Estambul, en 1740), orientalista y diplomático armenio al servicio del Gobierno sueco,

a quien se le atribuyó en Europa la difusión de dicha opinión, que tanto peso adquirió cuando, al crecer el poderío europeo, muchos territorios islámicos vieron al sultán-califa como el baluarte necesario a quien solicitar ayuda.

LA CUESTIÓN DEL DESPOTISMO OTOMANO

El concepto de despotismo define un régimen político en el que la servidumbre de la sociedad camina paralela al poder absoluto del soberano.

Fue desarrollado y fijado en sus aspectos esenciales en *De l'ésprit des lois*, que Charles-Louis de Montesquieu escribió en 1748, aunque sus orígenes se encuentran ya en obras desde Nicolás Maquiavelo en adelante. Estos autores consideraban al sultán otomano como el modelo déspota oriental, rodeado de súbditos que eran todos indistintamente sus esclavos. Como sucede a menudo, la realidad era diferente a como los escritores y artistas la imaginaron, y de hecho, de acuerdo con la ley islámica, el sultán no podía actuar en contra de la *sharia* y debía ajustarse a un modelo de príncipe ideal. A pesar de esto, el derecho de iniciativa (*'örf*) del que

gozaba el soberano le permitió emitir leyes (*kanun*), siempre que estas no entraran en conflicto con la ley religiosa. De hecho, sólo debían intervenir cuando dicha ley resultase insuficiente. El sultán, por tanto, sólo disfrutaba de un poder ligado a su función política. Por ejemplo, constituía la última instancia en todo tipo de juicio e incluso podía romper el ayuno en caso de necesidad para el Estado, pero carecía de cualquier poder en el campo de la *sharia*, reservado expresamente a los muftíes.

Por otra parte, en la práctica, incluso el sultán tuvo que adaptarse a los juegos de las diferentes fuerzas políticas. No

podía emplear más allá de un cierto grado de autocracia si no quería correr el riesgo de poner en marcha un mecanismo de revuelta que también podría ser utilizado en su contra mediante las *fetva* de los *şeyhülislam*. Tal y como ocurrió, por ejemplo, en 1648, cuando Abdurrahim, al ser consultado sobre si estaban permitidas por la ley la renuncia o muerte de un sultán cuando este concedía cargos civiles o militares a personajes indignos, respondió sucintamente: «Si actúan juntos dos califas, matad a uno».

Maquiavelo afirmó en *El Príncipe* que todos los sometidos al sultán eran sus siervos, haciendo a la vez hincapié

en que el rey de Francia era como un *primus inter pares*. Tal vez pudiera encontrarse justificación a semejante afirmación en el hecho de que la mayoría de los miembros del aparato estatal, tanto civiles como militares, eran entonces *kapikulu* ("esclavos de la Puerta"). Con el término *kul* se denominaba tanto a los prisioneros hechos en batalla como a todos aquellos que procedían de la *devşirme*. Sin embargo, no todo el aparato del Estado estaba en sus manos. De hecho, a su influencia escapaban los *sipahis* provinciales, una pequeña parte de la burocracia y toda la clase religioso-jurídica, que provenía de familias

musulmanas.

En contraposición a una Europa donde la nobleza regentaba los Estados y transmitía su propio poder a sus descendientes, en el Imperio otomano, al menos en teoría, funcionaba la meritocracia, y cada uno, contando con sus propias fuerzas, podía aspirar a alcanzar los puestos más altos del aparato estatal. Esta fue una de las razones que llevó a muchos cristianos de clase social baja o media a abandonar su país y abjurar del cristianismo, con la esperanza de mejorar su situación. Por el mismo motivo, muchos que se habían convertido al islam tuvieron incontables dificultades para volver al cristianismo

y adaptarse de nuevo a la rígida y estratificada sociedad europea. La posibilidad de ascenso, sobre todo en los niveles de la administración central, era directamente proporcional a la edad del converso. Sólo los jóvenes podían esperar abrirse camino, a través de la educación y la etiqueta, en un ambiente donde no existían clases determinadas desde el nacimiento. Para convertirse en un perfecto «otomano», es decir, en un miembro de la clase dominante, era necesario acudir a la escuela. La mejor, evidentemente, era la del palacio imperial, que valía tanto para hombres como para mujeres. En el harén se estudiaba canto, música, danza, religión,

escritura y el difícil arte de la supervivencia en un entorno en el que la competencia era feroz y se debía luchar por la propia vida y la de los hijos. Los niños eran educados a su vez en la escuela de los pajes, donde se estudiaba derecho, literatura y ciencias como las matemáticas y la astronomía. Además, y siguiendo una antigua tradición, todos, incluyendo el sultán, debían ser maestros en las artes manuales, de modo que pertenecer, al menos simbólicamente, a un gremio artesanal, representaba la base de toda la estructura social. El mismo Solimán el Magnífico se convirtió en orfebre, y otros miembros de la estirpe de Osmán

fueron calígrafos, carpinteros y talladores de piedras preciosas.

Para hacerse con un puesto en la alta sociedad otomana era necesario, además, vincularse a algún personaje importante. La relación de patrocinio, llamada *intisab*, preveía de una parte lealtad absoluta y de la otra un generoso apoyo en la carrera del aspirante. El cambio de patrón era considerado una terrible falta de etiqueta, a pesar de que la ruina política de un alto cargo acabara arrastrando consigo a todos los vinculados a él. El *intisab* constituía uno de los tres elementos que formaban parte de la conducta de un perfecto otomano. Los otros dos eran el *hadd*, es decir, el

límite individual impuesto a uno desde el exterior y determinado por un conjunto de factores relacionados con la familia, la posición, la clase y el rango, y el *şeref*, que venía a ser la dignidad personal, ligada a la posición que el individuo ocupaba en el contexto social. Cada ofensa no era sólo una cuestión personal, sino también un ataque al rango. De hecho, se pensaba que una persona podía apropiarse impunemente del derecho de otros si el titular de este no protestaba inmediatamente. Por supuesto, la reacción variaba en función del rango del que había cometido la violación, y en el caso de que la ofensa hubiera sido cometida por alguien de

elevada posición la respuesta podía restringirse a una simple reclamación verbal.

El Estado otomano tradicional no parece tan excesivamente opresor como demasiado a menudo se ha descrito. La administración estaba condicionada por las mismas limitaciones aplicadas a la clase dirigente, estaba descentralizada y sujeta a diversas restricciones, determinadas sobre todo por la existencia de miles de diferentes organizaciones, instituciones y tradiciones locales. Destacados sectores del poder y de las funciones de Gobierno se delegaban en comunidades y gremios organizados, cada uno de los

cuales seguía sus propias leyes y costumbres, sin particular interferencia del Estado.

LAS CEREMONIAS DE ENTRONIZACIÓN

En el mundo islámico, los elementos principales para reconocer quién poseía prerrogativas soberanas eran la recitación de su nombre en la oración del viernes (la *hutba*) y el derecho a acuñar moneda. Según los más antiguos historiadores otomanos, que desarrollaron su actividad a principios

del siglo XV, el nombre de Osmán comenzó a citarse en la *hutba* cuando el sultán selyúcida le concedió la soberanía sobre Karacahisar, acompañada de los signos correspondientes: la bandera, el tambor, el caballo y la espada. Nada se sabía a su vez sobre el derecho de acuñar moneda hasta 1983, cuando los arqueólogos descubrieron una moneda con la inscripción «acuñada por Osmán, hijo de Ertoğrul».

En cambio, pertenecía al mundo turco-mongol el derecho a entregar objetos, llenos de significados simbólicos, por parte de un soberano hacia su subordinado, como forma de

testimoniar la cesión de una parte de la soberanía. Así, en 1402, Timur infeudó, es decir, convirtió en su vasallo, al hijo del señor del Karaman, de nombre Mehmed, dándole un caftán y un cinturón, y al príncipe otomano Musa, hijo de Bayaceto I, con un hábito de honor, cinturón, espada, carcaj con incrustaciones de piedras preciosas y un diploma con el sello estampado en tinta de color rojo. En 1413, algunos comandantes abandonaron a Musa y «ataron sus lomos» al servicio de Mehmed, según narra un historiador otomano, tal vez en referencia a una dotación obtenida mediante la entrega de un cinturón. En 1436, Murad I envió al

príncipe del Karaman una bandera y una espada, y de nuevo en 1657, el atamán de los cosacos pidió al sultán otomano ser infeudado simbólicamente mediante la entrega de un gorro de oro, una cola de caballo y una bandera, aunque su petición fue denegada, no por razones ceremoniales, sino por miedo a desagradar al kan de los tártaros, quien ya disfrutaba de tal honor.

Si ciertos objetos como la espada, el carcaj o incluso la cola de caballo estaban claramente relacionados con el mundo militar, el vestido, el sombrero y el cinturón, en cambio, precisan de una explicación más extensa. El vestido, en primer lugar, como los alimentos y el

dinero, siempre está relacionados con el concepto del sustento material. Por ejemplo, era costumbre que un soberano anfitrión consignase a los embajadores del sultán que se habían presentado ante él ropa, alimentos y dinero. Un comportamiento diferente habría sido considerado por los otomanos como una falta de etiqueta, sin importar que dicho anfitrión fuera un soberano europeo con otras costumbres diplomáticas que no implicaran ese tipo de regalos. Sombrero y cinturón, sin embargo, indicaban la admisión en un grupo, ya fuera una hermandad sufí, un gremio artesanal o la nueva familia de la novia.

La entronización de los soberanos

cambió con el paso del tiempo, olvidándose poco a poco de cualquier simbología que implicara sumisión a otros gobernantes más poderosos. La ceremonia se simplificó determinando, en primer lugar, que el nuevo señor se sentara en el trono (*cülüs*) para recibir el *bay'a*, es decir, el juramento de fidelidad, un juramento que en el mundo islámico se entendía tradicionalmente como una promesa común establecida entre el soberano y sus súbditos. Sólo entonces era posible proceder al entierro del difunto predecesor.

En los primeros tiempos, el trono otomano era un cofre sobre el que se sentaban con las piernas cruzadas y en el

que se guardaban los documentos más importantes del Estado. Sólo durante la época de Solimán se empezaron a utilizar imponentes sillas de estilo occidental, en ocasiones con incrustaciones de piedras preciosas, colocadas bajo una cúpula apoyada por cuatro columnas que simbolizaba el cielo. La idea del trono tiene, en este contexto, un origen probablemente nómada, relacionándose con aquella alfombra sobre la que, como recordaba el fraile dominico francés Simon de Saint-Quentin en su *Histoire des tartares* (½ s. XIII), los kanes mongoles se sentaban en el momento de ser proclamados y a la vez elevados

simbólicamente hacia el dios-cielo. En el mundo árabe-islámico, sin embargo, el soberano era considerado el centro de la sociedad, y sus súbditos estaban situados a su mismo nivel. No se elevaban a causa de su poder, sino que caminaban hacia él.

En los tiempos modernos, otro elemento pasó a destacar en el acto de entronización otomano, hasta el punto de convertirse en el más importante. Se trataba de la ceremonia de la espada, que le era colocada después de sentarse en el trono y antes de recibir el *bay'a*. Su origen era bastante antiguo, hacía referencia a cuando Bayaceto I, a finales del siglo XIV, se hacía ceñir una espada

en el momento de partir hacia la guerra de manos del *şeyh* Buhari, también llamado *emir sultan* (uno de los títulos concedidos al jefe de los derviches *mevlevî*, por considerarse que con él se reafirmaba dicho cargo). Según una tradición, Bayaceto habría obtenido tal honor durante una ceremonia de reconocimiento como sultán de parte del califa-títere de El Cairo. Buhari realizó el mismo gesto con Mehmed I, el siguiente gobernante. La descripción de la entronización de Selim I por su padre, obligado a abandonar el trono, narrada por un embajador de Venecia en 1512, demuestra que los rituales relacionados con la marcha hacia la guerra se estaban

convirtiendo en los mismos que los de la entronización:

> El día 24 [de mayo], Selim fue a la Puerta acompañado universalmente por todos los esclavos en armas y una enorme multitud. A continuación, besó la mano de Su Excelencia su padre, quien le confirmó la concesión del dominio dándole una espada y haciéndole sentar para ser saludado como príncipe. Después de eso, Selim bey salió fuera y regresó a su pabellón, donde de inmediato comenzó a hacer Puerta y ejercer su señorío.

Incluso Solimán I, después del fallido levantamiento del príncipe Bayaceto, otorgó a su otro hijo, Selim, una amplia autoridad e implícitamente el

título de heredero al trono enviándole una túnica y entregándole la espada, en una solemne ceremonia que tuvo lugar el 29 de junio de 1559. A partir del siglo XVII, el nuevo soberano era ceñido con una y, en ocasiones, hasta con dos espadas, una llamada «de Osmán» —el ilustre antepasado del soberano entronizado— y la otra denominada «de Muhammad». El hecho de que se conservaran desde 1517 en Estambul las reliquias del Profeta formadas por su capa, su capote, sus dientes, el pelo de la barba y su huella —pero ninguna espada—, se planteó la hipótesis de que esta segunda espada habría sido propiedad de otro Muhammad,

seguramente el sultán Mehmed I. En el siglo XIX, el sultán pasó a ser ceñido primero por el muftí de Estambul, pronto remplazado por el *agà* de los jenízaros, vinculado a los *bektashi*. Tras la desaparición del cuerpo de jenízaros (1826) y la marginación de dicha hermandad, fue el *şeyh* de los derviches *mevlevî* el encargado del simbólico gesto.

Desde 1617, la ceremonia de la espada se llevó a cabo en la mezquita de Eyüp (Ebu Eyyub), con presencia de muy pocas personas y, sobre todo, lejos de los ojos de los occidentales, a los que no se les permitía la asistencia. A continuación, el soberano, antes de

regresar al palacio, visitaba las tumbas de sus antepasados. Un ritual que también estaba vinculado a la partida hacia la guerra, como atestiguan las ceremonias acaecidas en 1514, 1521, 1526 y 1596. Se ha sugerido que, en los primeros momentos del imperio, cada soberano iniciaba su reinado con una campaña militar, y cuando esta costumbre se perdió, ambas ceremonias se fusionaron. Que la peregrinación a las tumbas constituyera un acto destinado a propiciar la buena fortuna se hace evidente, ya que, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, todo gran almirante, antes de salir de Estambul para la campaña estival, visitaba la tumba del

gran Hayreddín Barbarroja.

Desde la época de Mehmed II en adelante, la ceremonia de la entronización concluye con el llamado «regalo del glorioso advenimiento», es decir, una suerte de soborno en forma de dinero que el sultán entregaba a los soldados. Este elevado desembolso debía contribuir a calmar a las tropas en un momento delicado como era el cambio de soberano, sin tener en cuenta la situación de las finanzas del Estado. Por esta razón, lar arcas reales podían llegar incluso a entrar en crisis cuando los cambios de monarcas se producían en el plazo de pocos años.

LOS FUNERALES DEL SOBERANO

Los funerales del soberano otomano estaban vinculados a la ceremonia de entronización. Por ello, y debido a razones claramente políticas, no se tenía demasiado respeto por cumplir con el uso islámico de lavado y entierro del cuerpo, envuelto en una mortaja blanca, dentro de las veinticuatro horas de la muerte. Antes se hizo necesario esperar al advenimiento del sucesor para oficiar a continuación la ceremonia en Estambul, aunque la muerte se hubiera producido lejos de la capital. Así

sucedió que el cuerpo de Mehmed II se mantuvo insepulto durante varios días y ni siquiera se encendieron velas en la habitación donde se le depositó, de forma que acabó provocando un fuerte olor a podredumbre, hasta el extremo de que nadie quiso lavarlo. Esta tarea, finalmente, la ejecutó el secretario de los alabarderos acompañado de un sirviente. Para evitar tales inconvenientes, en otras ocasiones, y siguiendo la costumbre turca y selyúcida, el cuerpo fue embalsamado y eviscerado. Así sucedió con Mustafá, hijo de Mehmed II, que había muerto lejos de la capital. Su cadáver fue rellenado con miel y cebada,

posteriormente cocido y, por fin, introducido en un ataúd sellado con brea, mientras que sus vísceras eran guardadas en una caja llena de sal, de forma que todo ello pudiera transportarse sin problemas hasta Estambul. En cambio, las entrañas de Solimán se dejaron en la localidad húngara de Szigetvár donde había fallecido, mientras que su cuerpo embalsamado fue colocado bajo una carpa para que luego fuera llevado a Estambul. Selim II, en cambio, fue conservado en hielo, como también se procedió con el cadáver de Solimán en 1691.

Según la costumbre otomana, se

simulaba que el soberano seguía con vida hasta la llegada de su sucesor y, por lo general, cuando el padre fallecido no había designado sucesor, el primero de los hijos que llegaba a Estambul y lograba sentarse en el trono se convertía en el nuevo sultán. Seguían entonces las oraciones por el alma del difunto, la salida de la procesión del palacio imperial, el saludo a las mujeres del harén, inmediatamente transferidas al viejo serrallo y, finalmente, las ceremonias públicas de dolor por parte de los jenízaros.

Funerales del sultán Solimán el Magnífico celebrados en 1566. Miniatura otomana de 1579 procedente del libro *Historia del sultán Solimán*, redactado por el cronista oficial Luqman a instancias de Murad III, nieto de aquel soberano. Se conserva en la Biblioteca Chester Beatty de Dublín. El cuerpo del sultán fue trasladado en un solemne cortejo desde su lugar de fallecimiento en Hungría hasta Estambul, aunque su corazón, el hígado y otros órganos fueron enterrados en Turbék, el asentamiento militar que los otomanos establecieron cuando asediaban Szigetvár.

Un historiador otomano relata que

durante el funeral de Mehmed II los miembros de ese cuerpo se quitaron el sombrero, remplazándolo con tocados duros y gruesos, se vistieron de negro, esparcieron polvo en su cabeza, lloraron, se golpearon el pecho y se rascaron la cara. A la vista de semejante procesión, las mujeres acabaron comportándose de la misma manera, cortándose incluso el pelo. Un centenar de arqueros rompieron sus arcos y pintaron sus flechas de negro, así como las manos y los capuchones de los halcones. También cortaron la cola del caballo imperial. Finalmente, transportaron el cadáver a una de las mezquitas que el fallecido sultán había

ordenado construir —la llamada mezquita de Fatih—, donde fue enterrado en el suelo con el arco y la espada, distribuyéndose limosnas entre los pobres y ofreciéndose la carne de un millar de animales sacrificados. Si colocarse un gorro simbolizaba la manera de entrar en un grupo, el gesto contrario, es decir, lanzar al suelo o al aire el gorro venía a significar que el grupo había dejado de existir. Del mismo modo, cortarse el pelo y rasgarse la cara hacía rememorar costumbres muy antiguas. Ya en los funerales de Atila, sus servidores se habían afeitado el cráneo y se habían arañado el rostro.

A tales manifestaciones de dolor no

escapaba ni siquiera el heredero al trono, que solía llorar «como un iris», tal como hizo, por ejemplo, Bayaceto II. Incluso Selim I, que había derrocado a su padre del trono y acaso lo había envenenado, derramó abundantes lágrimas. Solimán I, en cambio, fue algo más sobrio, mientras que su hijo Selim II se lamentó, acompañado de los principales funcionarios del Estado, exclamando: «¡Hey, hey! Hey, sultán Solimán kan», demostrando de ese modo a los soldados que su padre, cuya muerte había sido ocultada durante un tiempo, realmente había fallecido. Sin embargo, después de él, ningún otro soberano volvió a llorar durante los funerales de

su predecesor.

Para los otomanos, como para los occidentales, el color del luto era el negro. Cuando murió Mehmed II, su hijo Bayaceto II eligió ese color para su ropa, como a continuación hizo Selim I portando un gorro y un velo negros. En cambio, a la muerte de Selim II en 1574 su hijo Murad III cambió por el *dolaman* (el vestido empleado bajo el caftán) con solapas negras y púrpura y una tela del mismo color en el turbante. Su sucesor, Mehmed III, llevó primero un vestido y un velo negros, que luego se transformaron en un manto de terciopelo púrpura con bordes dorados. En ese momento, no encontrando un turbante

negro apropiado, se prefirió otro color para el duelo.

FIESTAS Y PROCESIONES

Fue a través de los festivales y los desfiles que el poder se convirtió en algo tangible para el pueblo. Junto con la ceremonia de la entronización y los funerales, símbolos de la legitimidad de la dinastía, los otomanos también organizaban otros eventos destinados a transmitir visualmente el mensaje imperial. Entre estos se encontraban, en primer lugar, los relacionados con el

concepto de renovación de la familia imperial, como las circuncisiones y las bodas de los príncipes y princesas. Debido a la elevada mortalidad infantil, no había, en cambio, fiestas que celebraran el nacimiento, sino más bien el paso a la edad adulta.

Otras fiestas se organizaban con motivo de algún acto de carácter internacional, como la ratificación de un acuerdo de paz o la recepción de algún príncipe o embajador o la partida del ejército a la guerra. Luego estaban las festividades relacionadas con el calendario religioso, o incluso las que celebraban la elaboración del censo en la capital.

Las fiestas de carácter eminentemente público se utilizaban principalmente como válvula de escape a las tensiones sociales y, por lo tanto, contenían elementos carnavalescos: procesiones con personajes de mitos y leyendas, participación de los gremios, banquetes públicos, actuaciones de acróbatas, bailarines, músicos, poetas, animales, juegos de guerra y muchos fuegos artificiales, especialmente apreciados por el pueblo. Tales fiestas servían, además, para ridiculizar a los enemigos y luego convertirlos en inofensivos a los ojos de la población: los safávidas fueron a menudo representados como figuras cabalgando

hacia atrás como locos a lomos de mulas, representadas por una especie de marionetas vestidas al estilo europeo y rellenas de petardos a las que se prendía fuego, etc. Participaban, al mismo tiempo, animales de diversas especies, bailarines y artistas de otros países, como actores de la *Commedia dell'Arte*, danzantes judíos, *momarie* (mascaradas) venecianas, todo ello destinado a recordar el dominio que el sultán ejercía en la tierra. Por último, se llegaron a celebrar incluso discusiones entre eruditos, a menudo en presencia del sultán. De esta forma, todo otomano quedaba representado en el escenario de un día festivo.

Plano del Estambul otomano. En la parte superior derecha se aprecia el hipódromo. Miniatura de 1533 incluida en el manuscrito llamado *Beyan-i Menazil-i Sefer-ul Irakeyn* (Crónica de las etapas de la campaña de Irak y Persia), obra de Matrakçi Nasuh, humanista de la corte de Solimán I.

En Estambul, el lugar público de las ceremonias era el hipódromo bizantino (*Al Meydan*), pero otras celebraciones más secretas tenían lugar en el palacio imperial. Las mujeres del sultán ejercían un doble papel: participaban no sólo en la parte pública de las fiestas, situadas en pabellones levantados específicamente para ellas, sino también en la parte más privada y secreta, vinculada a la sacralidad del harén imperial y a su papel en la continuación de la dinastía. Sobre todo, contribuían, lógicamente, en las circuncisiones de los príncipes y en los matrimonios de las princesas. El mismo soberano, que en los tiempos más antiguos colaboraba

sobre todo en las ceremonias públicas, en contacto directo con sus súbditos, se fue separando gradualmente de ellas a la vez que adquiría un carácter cada vez más sagrado, limitándose a participar en las ceremonias del harén. Después de 1582, por ejemplo, dejó de asistir a los banquetes organizados por los visires, los ulemas u otros personajes importantes del Estado. Sin embargo, las fiestas más destacadas adquirían principalmente una dimensión urbana, involucrando a toda la ciudad, desde el palacio imperial al espejo de las aguas del Bósforo hasta alcanzar los suburbios, donde a menudo se organizaban carreras ecuestres. También

en otras localidades del Estado tenían lugar festivales públicos. En particular, se puede recordar un evento anual de especial importancia celebrado en El Cairo que consistía en la partida de la caravana de peregrinación. Entonces, el gobernador de Egipto actuaba como un representante del sultán, quien, mediante una celebración similar, reiteraba la protección ejercida sobre los lugares sagrados y señalaba así la legitimidad de su poder.

Las fiestas otomanas constituyeron un medio por el que la clase dominante transmitía un mensaje de grandeza y potencia del Estado. Estaban destinadas también a impresionar a los extranjeros,

por lo que, al mismo tiempo, eran un elemento tanto de su política interior como exterior. Como sucedió con frecuencia un poco en todas partes, las más hermosas ceremonias tuvieron lugar en los momentos de crisis, cuando el mensaje desempeñaba un papel aún más importante que en tiempos más tranquilos. Los preparativos representaban en ocasiones un desafío tan grande como el de una campaña de guerra, como sucedió en 1582, cuando tuvo lugar la fiesta de la circuncisión de los príncipes más grande jamás organizada. Las cocinas imperiales se comprometieron entonces a proporcionar comida para miles de

personas durante todos los días que duró la fiesta, como testimonio de la generosidad de un soberano, Murad III, que además pagó las deudas de los súbditos encarcelados, que de esta forma pudieron abandonar su prisión. Famosas fueron también las esculturas de azúcar, presentes tanto en las procesiones como en los regalos concedidos, y que, contrariamente a las que se realizaban en la Europa moderna, eran siempre comestibles.

Si en las fiestas más antiguas no había representación oficial de los artesanos, desde la segunda mitad del siglo XVI la presencia de los gremios en las procesiones se hizo cada vez más

patente, como testimonio de la importancia adquirida por estos grupos en la vida ciudadana. Las corporaciones pudieron entonces lanzar mensajes de propaganda, como hicieron, por ejemplo, en 1582, los vendedores de café para desmentir a los que les acusaban de ser vendedores de una droga. Y lo hicieron organizando una especie de representación teatral. El tema del artesano castigado por violar las leyes relacionadas con su profesión estaba a menudo presente, demostrando así que las clases sociales eran libres de criticar a las demás e incluso a sí mismas, si la finalidad era, esencialmente, la de divertirse.

Danzarines otomanos. Ilustración del manuscrito conocido como Códice Vindobonense n.º 8626. Fue pintado entre 1586 y 1591 por un artista desconocido del sur de Alemania, en el entorno del Bartolomeo di Pezzana, embajador del emperador Rodolfo II de Habsburgo ante la Sublime Puerta. En él se recogen

numerosos tipos captados por el artista en las calles de Estambul. Se conserva en la Biblioteca Nacional de Austria (Viena).

Incluso las hermandades sufíes organizaban desfiles de sus miembros. Precisamente eran estas fiestas las que más impactaban a los visitantes europeos, extrañados de que personas dedicadas a la religión gritaran, bailaran, jugaran y realizaran actos inusuales para sus ojos.

Entre los siglos XVI y XVIII estos espectáculos vivieron ciertos cambios. En primer lugar, se fueron haciendo cada vez más violentos e irreverentes. En su organización aparecieron nuevos

personajes como los *tulumcu*, cómicos ambulantes, a menudo con largas narices, que debían entretener a la gente con escenas obscenas y, al mismo tiempo, calmar a la frenética multitud bañándola con odres de agua o aceite, o bien empujándola con todas sus fuerzas. Durante el período de fiesta era suspendido cualquier juicio moral, a pesar de las reiteradas protestas de la clase de los ulemas, que, en este caso, no eran escuchadas. Incluso se procuraba no intervenir durante los disturbios que se pudieran crear durante las celebraciones, a menos que la situación se hiciera excesivamente peligrosa. Sólo entonces se buscaba el

remedio más expeditivo, como en 1582, cuando se tuvo que intervenir por culpa de una pelea entre jenízaros y *sipahis* que causó algunos muertos.

Las mujeres, por lo general, no eran visibles en los primeros momentos de la fiesta, y se limitaban a observar las procesiones, junto a sus hijos, desde calles laterales u ocultas detrás de las persianas. Sin embargo, a medida que avanzaba la fiesta y la atmósfera se volvía relajada, eran entonces admitidas entre los espectadores, como lo atestiguan diversas miniaturas del siglo XVI. En ellas, observamos, en primer lugar, a mujeres con el rostro oculto por velos, que en escenas posteriores

desaparecen y dejan ver sus caras al descubierto. También hay pruebas de que algunas actuaban personalmente en las ceremonias, a pesar de que estuviera prohibido. Incluso las había que se disfrazaban de hombres, como una mujer de la alta sociedad que lo hizo vistiéndose de halconero para arengar a la multitud, u otra de condición plebeya que, vestida de militar, fue descubierta y encerrada en prisión durante una noche. Aunque en este caso el castigo no se debió al hecho de haberse disfrazado de varón, sino por haber usado un uniforme.

Las narraciones sobre festividades se refieren sobre todo a circuncisiones de príncipes y matrimonios de

princesas, dos ceremonias similares que significaban la entrada en la edad adulta. Ambas ceremonias eran denominadas con la palabra «boda» (*sur*), y en ellas se realizaban procesiones con grandes palmas adornadas con frutas, flores, pájaros y otros animales, todos símbolos de fertilidad.

La descripción más antigua que se conserva sobre tales celebraciones narra la organizada en 1529 por Solimán I, destinada a sus hijos y a aliviar los ánimos de sus súbditos tras la fracasada campaña contra los muros de Viena. En esa ocasión rodearon al sultán los príncipes derrotados, situados en exóticos pabellones levantados a

propósito en la plaza del hipódromo. Se produjeron entonces homenajes a la familia del soberano por parte de gobernadores, embajadores extranjeros y vasallos que entregaron al sultán valiosos regalos como terciopelo veneciano, porcelana china, pieles tártaras y caballos árabes y turcomanos, así como jóvenes esclavos griegos, eslavos, etíopes y húngaros. Se organizaron asimismo combates ficticios en los que se ganaron o perdieron castillos. Los vencedores obtuvieron como botín unas cuantas muchachas. Memorable resultó también la fiesta organizada en 1539 con motivo de la circuncisión de los príncipes Bayaceto y

Cihangir, donde se exhibieron animales exóticos como leones, tigres, leopardos, panteras, linces, lobos y jirafas. Otra celebración acaecida en 1582 duró cerca de cincuenta días y, para revestirla, se desplazaron a Venecia delegados que compraron cortinas, lujosas telas y oro trabajado en lingotes. En 1675, después de una nueva derrota, se organizó la circuncisión de un príncipe y el matrimonio de una princesa. Además de las ceremonias habituales se hicieron correr entre la multitud perros, osos y los burros con calzados, destinados a divertir a los grandes del Estado. Incluso se celebró una carrera de adictos al opio, que tuvo

lugar entre un enorme griterío. A menudo, la circuncisión de un príncipe constituía la oportunidad para llevar a cabo la misma operación en otros jóvenes, que de esta forma participaban directamente en la fiesta de la familia imperial. Así, en 1675 fueron circuncidados tres mil muchachos recién llegados a Estambul mediante el sistema de la *devşirme*.

En las bodas de las princesas constituía un momento importante de la ceremonia la procesión de los bienes de la novia, llevados solemnemente a la casa del marido y que podían ser tanto objetos como esclavos y eunucos. En el mundo otomano, lo que entendemos

como dote (*kebin*) era entregada por el marido a su esposa, que se convertía en propietaria de todo lo recibido. Por último, la princesa-novia era acompañada por un cortejo solemne, oculta bajo un dosel y sentada en la silla de montar de un caballo. Símbolo de su poder sobre su futuro esposo era el puñal que llevaba al cinto. De hecho, para gozar del honor de emparentar con el sultán, el novio debía renunciar a sus otras esposas y comprometerse a permanecer monógamo durante el tiempo de su matrimonio con la princesa. Una leyenda occidental, tal vez surgida con fines denigratorios, afirmaba que los hijos de las princesas

imperiales eran asesinados al nacer, dejándoles abierto el cordón umbilical. Si el matrimonio se había acordado sólo para honrar a un pachá y la novia era una niña, tras la ceremonia se devolvía a la jovencita de nuevo al harén imperial para que continuara junto a su madre, y sólo al alcanzar la pubertad regresaba junto a su marido. En ocasiones, como ocurrió en 1675, este tipo de matrimonios estaban destinados a engrosar las arcas del Estado, ya que, en caso de que la niña falleciera antes de la consumación del matrimonio, situación bastante frecuente debido a la elevada mortalidad infantil, el viudo debía pagar la dote e incluso pagar una gran suma al

tesoro imperial.

LAS MUJERES OTOMANAS

Cuando en Occidente pensamos en el harén oriental, de inmediato acuden a nuestra mente imágenes colmadas de lujuria. Fue sobre todo a partir de finales del siglo XVII cuando, después del último sitio de Viena, el Imperio otomano dejó de provocar terror entre sus enemigos seculares, extendiéndose en Europa la imagen del turco ocioso rodeado de múltiples esposas, objeto de la execración de los predicadores,

aunque a la vez provocando cierta envidia entre los europeos. Sin embargo, y esto es algo no apreciable a los ojos de los viajeros europeos, las mujeres otomanas disfrutaban de ciertos privilegios impensables en el ámbito de la Europa occidental. En primer lugar, disponían de mayor autonomía para administrar y utilizar su propio dinero, no controlado por sus esposos como acostumbraba a suceder en Europa (especialmente en España) hasta no hace demasiados años. En el momento del matrimonio, recibían un dinero del marido del que podían disponer libremente, como podía suceder en algún caso particular como el de la

república de Venecia. En el mundo musulmán, el repudio no era considerado una práctica escandalosa, y por regla general la mujer abandonada, que en ocasiones llegaba a pagar al marido para que la repudiara, podía casarse de nuevo. Incluso las concubinas de un sultán que no había engendrado hijos, si se conservaban jóvenes o disponían de suficiente dinero acumulado, tras la muerte del soberano podían llegar a constituir un buen partido para aquellos que pretendían vincularse personalmente al palacio imperial.

En cuanto a la situación económica general, las mujeres de las clases más

humildes solían verse obligadas a trabajar fuera del hogar, al igual que sus esposos e hijos. Los niños, ya desde muy corta edad, eran enviados a trabajar, ya que el exclusivo salario de un artesano raramente permitía mantener a una familia. En estos casos, lo normal, y por evidentes razones económicas, era que los matrimonios fueran monógamos. Las mujeres de la clase media, en cambio, solían utilizar su propio dinero para comerciar, alquilar, comprar o vender. Uno de los negocios más rentables era precisamente la compra de esclavas jóvenes, las cuales, tras haber sido adiestradas en diversas artes, podían revenderse a precios elevados

que permitían un beneficio sustancial. Una vez enriquecidas, esas mujeres originariamente de clase media eran capaces de convencer a sus maridos para que estos las repudiaran incluso renunciando tanto a la parte de la dote a la que eran acreedoras como al mantenimiento que debían sufragar sus maridos antes de volver a casarse, ya que, por ley, una mujer repudiada debía esperar unos meses antes de volver a casarse, tiempo durante el cual eran mantenidas por su anterior marido. Por esta razón, a menudo los varones trataban de demorar el mayor tiempo posible el pago de las dotes correspondientes.

Mujeres otomanas. Ilustración del mencionado manuscrito conocido como Códice Vindobonense n.º 8626. La seda y el terciopelo constituían, entre los otomanos, los principales tejidos de las clases pudientes. Fue en el siglo XVI cuando el

Gobierno otomano comenzó a dedicarse a la regulación y a la tributación de la industria de la seda, cuyo centro era la ciudad de Bursa. Allí se producían la mayoría de los brocados de seda y terciopelos destinados a la corte otomana. Sin embargo, tanta era la devoción de las altas autoridades por el buen vestir que también se crearon talleres en el primer patio del palacio de Topkapi.

Respecto a las mujeres vinculadas al harén imperial, encontramos a tías, hermanas o hijas del sultán que ejercían ciertas funciones en el palacio, así como secretarias, maestras, criadas e incluso médicas. Estas solían tener una familia

fuera de los muros del harén, y disfrutaban de cierto estatus social, ya que podían contactar sin intermediarios con los máximos detentadores del poder.

Si a los cuatro años, cuatro meses y cuatro días las mujeres comenzaban a aprender los fundamentos de la escritura y, por tanto, del Corán, la transición a la edad adulta, que en los hombres se producía tras la circuncisión, llegaba con el matrimonio. Por esta razón, cuando un niño heredaba el trono era circuncidado de inmediato para que, al menos oficialmente, fuera considerado un adulto. Entre los muros más ocultos del palacio de Topkapi, tras la tercera puerta, el único hombre que podía

encontrarse allí era el sultán. Por ello, los pajes sólo podían seguir en esa parte del palacio hasta que les nacía la barba, aunque a Ibrahím, el favorito de Solimán, se le permitiera vivir cerca del sultán hasta los veintiocho años, cuando llevaba ya mucho tiempo afeitándose. Llegada la vejez, y con ella la incapacidad para procrear, las mujeres pasaban a ser consideradas guardianas y protectoras de la familia. Su influencia se extendía a los niños y, en general, a los que podrían ser por edad sus hijos. La madre del sultán reinante, conocida como *valide*, era, por tanto, la guardiana de la dinastía. Esto fue un problema cuando Turhan, con sólo veintidós años,

vio en 1648 a su hijo Mehmed IV alcanzar el trono. Como mujer joven que era, no se le consideró capaz de ejercer aquel papel, que acabó siendo detentado por la abuela del sultán niño, la vieja Kosem, asesinada dos años después por una conjura de palacio orquestada por la propia Turhan. Fue la única manera que encontró la madre de Mehmed de ocupar el puesto que tanto deseaba, a pesar de que siguiera siendo muy joven para detentarlo.

Por último, si en Occidente se teorizó, como lo hizo por ejemplo Immanuel Kant (*Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, 1764), sobre el ideal de mujer hermosa

y a la vez estúpida, afirmando que aquellas que empleaban su inteligencia acababan perdiendo cualquier belleza física, en Estambul no se temía a las mujeres inteligentes. Una chica hermosa aunque tonta difícilmente hubiese atraído al dueño del harén, habida cuenta de que debía actuar en un entorno donde la competencia se ejercía en el cultivo de la danza, la música, la poesía y el ingenio. Aquella que habitaba en el palacio imperial ponía en juego día tras día su vida y la de sus propios hijos, de forma que sólo gracias a la inteligencia podía evitarse acabar dentro de un saco y lanzada a las aguas del Bósforo. La fuente de inspiración para estas mujeres

era, sin duda, Sherezade, la inteligente novia de *Las mil y una noches*, capaz de psicoanalizar a su marido enfermo para después curarlo.

Los harenes imperiales fueron suprimidos en Turquía en 1909, y lo mismo sucedió con la poligamia veinte años después. Las mujeres alcanzaron el voto, ya con la república, en 1930 para las elecciones locales y en 1934 para las generales, tres años después que en España y once antes que en Francia.

6

Del Sultanato de las Mujeres a la Época de los Tulipanes

Selim II (1566-1574): Chipre, la Liga Santa antiotomana y Lepanto

A la muerte del gran Solimán, solamente quedaba con vida uno de sus hijos, Selim, que ascendió al trono sin

oposición. La lucha por la sucesión se había desatado y había concluido ya años atrás. Entre los posibles herederos se encontraba, en primer lugar, el príncipe Mehmed, quien al parecer murió de viruela o acaso por envenenamiento de una madrastra rival, madre del príncipe Mustafá, en 1543, seguido en 1553 por el primogénito, Mustafá, falsamente acusado de traición y ejecutado. El jorobado Cihangir acabó suicidándose al conocer la noticia de la trágica muerte de su querido hermano. La lucha estalló, por tanto, entre los dos supervivientes, Bayaceto y Selim. Este último, ciertamente menos dotado, se encontraba bajo la protección de su

madre Hürrem, fallecida en 1558. Bayaceto, sin embargo, temiendo por su vida y la de sus hijos, se levantó en armas. Una rebelión que le obligó a buscar refugio en las posesiones del sah, el enemigo tradicional de los otomanos, quien no obstante, y para apaciguar al sultán, asesinó al príncipe Bayaceto y sus descendientes en 1561.

Selim, apodado *Sarhoş* ("borracho") subió al trono a pesar de ser el más incompetente de los hijos de Solimán. Su primer acto de poder fue volver a confirmar en el cargo al gran visir Sokollu Mehmed Pachá, un hombre brillante que gobernaría el imperio, de hecho, hasta 1579, después de la muerte

de Selim, cuando fue apuñalado por un fanático. En lo referente a la frontera oriental del imperio, Sokollu consolidó las posiciones otomanas en Yemen (1568-1569), retomó el viejo proyecto de construcción de un canal que uniera el Volga con el Don, destinado a permitir la comunicación entre el mar Negro y el Caspio y facilitar el transporte de tropas hasta Astracán. Incluso en 1568 pensó en la posibilidad de conectar el mar Rojo con el Mediterráneo cortando el istmo de Suez, como ya habían propuesto los comerciantes venecianos a los sultanes mamelucos en 1504, y se había hablado también en las altas instancias otomanas

entre 1531 y 1532 y, ya más tarde, en 1586. Por último, también se interesó, aunque con escaso éxito, por el lejano sultanato de Aceh, en la isla de Sumatra, entonces amenazado por los avances portugueses.

Sin embargo, la campaña militar más importante del período de Selim II fue la conquista de la isla veneciana de Chipre, a la que se opuso precisamente Sokollu. De acuerdo con la tradición historiográfica occidental más aceptada, la guerra recibió un fuerte apoyo del sultán, quien soñaba con una gran empresa bélica destinada a emular los triunfos de su antecesor relativos a la política expansionista. Tal aspiración se

vio fomentada por las ambiciones de un poderoso judío portugués, aunque de familia originaria de Castilla, llamado Joseph Nassi, favorito de Selim antes ya de su ascenso al trono. Este destacado personaje, «rey» o «cabeza» de todos los judíos otomanos, fue un gran enemigo de la república de Venecia, promoviendo incluso una red internacional de espías destinados a perjudicar a la Serenísima. Algunos le atribuyeron también el incendio del Arsenal de Venecia acaecido en 1569, precisamente en vísperas de la guerra chipriota. Otras voces lo convierten en defensor del proyecto destinado a crear un asentamiento judío en Tiberíades o en

su ducado de Naxos, o incluso en alguna isla que pudiera obtenerse o conquistarse a los venecianos como pudiera ser la misma Chipre. En realidad, Nassi no parece que fuera lo suficientemente influyente como para empujar a todo el aparato militar otomano a una guerra, aunque sí estuviera estrechamente vinculado al grupo de poder integrado por los opositores al gran visir Sokollu.

Según la historiografía otomana, en cambio, en el origen del conflicto chipriota había más razones geopolíticas que cuestiones personalistas. Como base logística para corsarios y piratas cristianos, la isla representaba un grave

peligro para la seguridad del estado otomano. Tanto es así que en cada campaña militar era necesario destinar una parte de la flota para contrarrestar cualquier ataque organizado desde la isla. Además, parece que el fracaso en Malta había cambiado el punto de vista de la Sublime Puerta, ahora más centrado en unos objetivos estratégicos prioritarios. Ya no se trataba de mantener el control del Mediterráneo conquistando primero cualquier base de importancia primordial, sino más bien proceder de una manera más sistemática y exhaustiva de este a oeste. Y, en esta estrategia, Chipre constituía entonces un enclave cristiano en un mar musulmán,

lo que la convertía en la primera isla que se debía conquistar. También hay que tener en cuenta que en aquel tiempo las galeras constituían las naves de guerra más empleadas en el Mediterráneo. Eran barcos con una numerosa tripulación y limitada capacidad de carga, por lo que su forma natural de proceder era la de evitar largas travesías, llevando a cabo cortos trayectos mediante una navegación de cabotaje destinada a abastecerse de comida y agua cada dos o tres días como máximo. En este contexto, arrebatar Chipre a los infieles significaba desposeer a las naves corsarias de un punto de abastecimiento, especialmente

de agua potable, de vital importancia, limitándoles enormemente con ello su capacidad de navegar en la parte oriental del Mediterráneo.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que el trayecto que enlazaba Estambul con Alejandría, tocando los puertos existentes a lo largo de las costas de Palestina, constituía desde 1517 una de las rutas comerciales interiores más destacadas del imperio, a través de la cual también transitaban muchos productos del lejano Oriente, de China, de la India y de Irán, destinados en parte también a los mercados europeos. En la segunda mitad del siglo XVI, este comercio seguía activo, a

pesar de la competencia portuguesa. También esta ruta era una de las principales para los musulmanes que querían ir a La Meca. Con la conquista de Chipre, el sultán se convertiría, por lo tanto, en defensor del comercio, tanto a nivel nacional como internacional, y a la vez en patrón de las rutas de peregrinación que debía proteger.

Antes de iniciar una guerra contra una república con la que se mantenía un acuerdo de paz desde 1540, Selim II solicitó la aprobación del *şeyhülislam* Ebussuud, quien dictó una *fetva* en la que se recordaba que Chipre había sido musulmana durante unos treinta años, en los albores del islam (entre 653-654 y

680-683 de nuestra era), por lo que era lícito que el soberano pretendiera combatir para recuperarla. En Estambul se enfrentaron dos opiniones contrastadas: la del gran visir, contrario a la guerra al temer que esta provocaría una gran alianza de los cristianos; y la de los partidarios de combatir, entre los que se encontraba el mismo *şeyhülislam*, el preceptor del sultán y compatriota de Sokollu llamado Lala Mustafá Pachá, el tercer visir Pialí Pachá —el gran almirante que había fracasado en el asedio de Malta de 1565, pero que había logrado tomar la isla de Quíos al año siguiente—, el también visir Pertev Pachá y muchos

otros dignatarios. En la decisión final prevaleció la opinión del sultán, quien aceptó las indicaciones de Ebussuud, y, procediendo con arreglo a la ley, envió un embajador a Venecia con la solicitud de que Chipre le fuera entregada pacíficamente. La Serenísima se negó, aunque entre los senadores de la república hubo alguien que se mostró partidario de vender la isla por una elevada suma antes que complicarse en una guerra incierta y costosa.

LA CONQUISTA DE CHIPRE POR LOS OTOMANOS

Tras la muerte de Solimán el Magnífico en 1566, el gran visir Sokollu Mehmed colocó en el trono a su suegro Selim II, que estaba casado con su hija Ismihan Sultán. Al principio nada pareció cambiar y, al año siguiente, el nuevo sultán ratificó la paz con Venecia firmada en 1540. Sin embargo, tras acordar el Imperio otomano la paz con el emperador Maximiliano II de Habsburgo (1568), concentró sus recursos bélicos en la costa turca al norte de Chipre. El gran muftí de Estambul, Ebussuud, bendijo el proyecto recordando que el propio Mahoma había roto un tratado con los infieles para arrebatarles La Meca en beneficio del

islam, y justificó la conquista de Chipre por el hecho de que en el pasado había estado sometida a su religión. Como se ha dicho ya, proclamó entonces una *fetva*, convirtiendo la empresa en una guerra santa.

Venecia logró por parte de Felipe II de España la promesa de que le enviaría sesenta galeras al mando del genovés Andrea Doria. Estas se reunirían en Mesina con la flota aliada, que incluía naves pontificias y maltesas, destinadas a defender Chipre. En cuanto a las fuerzas venecianas, Marco Quirini había partido con veinticinco galeras hacia Creta para unirse a las veintidós que le esperaban allí; el capitán general

Girolamo Zane salió de la República rumbo a Zara (Croacia) con ochenta galeras, y Sebastián Venier embarcó rumbo a Corfú como primera escala hacia Chipre, para asumir el mando de gobernador general de la isla junto con Astor Baglione.

Las fuerzas otomanas eran muy poderosas. Entre marzo y mayo de 1570 partieron más de ciento cincuenta galeras, doce fustas, ocho mahomas y cuarenta barcos de transporte para caballos, además de bastimentos y aparatos de guerra. Al mando de la operación terrestre iba Lala Mustafá, mientras que Pialí Pachá era el comandante de la flota. El ejército

otomano sumaba unos cien mil hombres.

Astor Baglione llegó a Nicosia en mayo de 1570. Reclutó a todos los hombres capaces de luchar y preparó la ciudad para el asedio. El capitán dejó como responsable de la capital al noble chipriota Eugenio Singlitico, conde de Rochas, y a Nicolás Dandolo, marchando a Famagusta. Allí se encontraba Marcantonio Bragadin como jefe de la guarnición local, y ambos mandaron reforzar las murallas, ahondar los fosos y acumular armas, municiones y vituallas, quemando también los alrededores y envenenando las fuentes.

En julio, Lala Mustafá desembarcó en Pafos, aunque su guarnición rechazó a

los atacantes. La flota continuó hacia Lárnaka, donde pudo desembarcar sin resistencia debido a la estrategia empleada por Dandolo y Rochas, que no deseaban ninguna confrontación en campo abierto.

La población grecochipriota, poco afecta a los católicos, llegó en ocasiones a entregarse pacíficamente, gracias en parte a las hábiles gestiones de los agentes enviados desde Estambul. Las autoridades venecianas no supieron cómo reaccionar y en algunas plazas hubo escaramuzas y castigos ejemplares, como es el caso de Lefkara, donde su rendición sin combatir provocó que las autoridades venecianas enviaran una

fuerza de castigo de setecientos hombres que ejecutó a unos cuatrocientos ciudadanos. Esta circunstancia propició aún más la predisposición favorable de la población local ante los invasores otomanos.

A finales de julio, Lala Mustafá pasaba revista a casi cien mil efectivos ante los muros de Nicosia. La ciudad resistió hasta el 9 de septiembre, día en el que un brutal asalto obligó a los venecianos a refugiarse en el palacio del gobernador, donde se acordó su rendición. Sin embargo, los atacantes no cumplieron la promesa de evitar el saqueo, y aquel día murieron veinte mil personas. El propio Miguel de

Cervantes recordaría tal desastre en su novela ejemplar *El amante liberal*, publicada a comienzos del siglo XVII, y en cuyo comienzo invoca lo siguiente:

> —¡Oh, lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, apenas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si como carecéis de sentido, le tuviérades ahora, en esta soledad donde estamos, pudiéramos lamentar juntas nuestras desgracias, y quizá el haber hallado compañía en ellas aliviara nuestro tormento. Esta esperanza os puede haber quedado, mal derribados torreones, que otra vez, aunque no para tan justa defensa como aquella en que os derribaron, os podéis ver levantados. Mas yo, desdichado, ¿qué bien podré

esperar en la miserable estrecheza en que me hallo, aunque vuelva al estado en que estaba antes deste en que me veo? Tal es mi desdicha, que en la libertad fui sin ventura, y en el cautiverio ni la tengo ni la espero.

Estas razones decía un cautivo cristiano, mirando desde un recuesto las murallas derribadas de la ya perdida Nicosia; y así hablaba con ellas, y hacía comparación de sus miserias a las suyas, como si ellas fueran capaces de entenderle: propia condición de afligidos, que, llevados de sus imaginaciones, hacen y dicen cosas ajenas a toda razón y buen discurso.

Cervantes imagina más que cuenta una realidad, ya que las murallas de la ciudad apenas sufrieron daños. No

obstante, la población civil sufrió enormemente, pues a los muertos durante la conquista se sumaron otras dos mil personas que acabaron esclavizadas. En los días sucesivos se rindieron Pafos, Limassol y Lárnaka, quedando solamente Famagusta. Como oferta de rendición a dicha ciudad, un mensajero de Lala Mustafá dejó sobre una pica, a la vista de todos, la cabeza de Dandolo. Pasados unos días, Mustafá dio su primera orden: debían construir una fortificación desde la que setenta y cuatro cañones, cuatro basiliscos e innumerables piezas de artillería de variado tipo empezarían a bombardear la localidad. En ese momento, las

patrullas costeras trajeron la noticia de la cercanía de la flota cristiana. Pialí embarcó todas sus tropas para dirigirse a su encuentro, concediendo a Bragantino y Baglione un plazo para reforzar sus posiciones. Sin embargo, ante la incredulidad de todos, la flota cristiana se bate en retirada.

Llega el invierno y Mustafá tiene que posponer sus planes. En enero de 1571, doce galeras mandadas por Marco Quirini acuden a Famagusta, logrando desembarcar mil seiscientos hombres y una carga de alimentos, además de saquear varios barcos turcos. Al cabo de un mes, Quirini debe embarcar para Creta, llevándose consigo a las gentes

no aptas para el combate y los objetos de valor. Los beyes de Rodas y Quíos, encargados de patrullar las costas, pagarán su negligencia ante Selim II, el primero con su rango y el segundo con su cabeza.

En marzo llegan refuerzos otomanos al mando de Uluç Alí: ochenta galeras y dieciocho mil soldados. Mustafá estrecha el cerco y trae quince cañones de Nicosia. Desesperado, Bragadin expulsa de la ciudad a ocho mil civiles, que sorprendentemente son respetados por Mustafá. Dentro sólo quedan los siete mil venecianos y chipriotas capaces de luchar.

El jefe otomano pone a cavar a

cuarenta mil soldados en la parte sur de la ciudad con la intención de crear un laberinto de pasajes cubiertos que la artillería veneciana no pueda alcanzar.

A finales de mayo, la noticia de que la recién creada Liga Santa cristiana no está operativa llega a los asediados, por lo que una nueva oferta de rendición es respondida negativamente. Durante el mes de junio, el fuego de desgaste mantiene ocupados a los asediados, que no pueden contrarrestar a los zapadores. Llega a derrumbarse el bastión norte, defendido únicamente por dos compañías de soldados chipriotas. Aunque el sector se refuerza, no hay tropas suficientes para cubrir la zona

meridional. Unas jornadas más tarde, la artillería otomana consigue demoler la puerta de Limassol y comienzan los asaltos directos al recinto. Los defensores luchan ferozmente y las murallas se reconstruyen con sus escombros. Los otomanos fuerzan el cinturón de murallas en seis de sus once puntos fuertes, pero aún queda la ciudadela. Además, al contrario que en Nicosia, los venecianos realizan salidas por sorpresa que humillan a las tropas de asedio. Pero Bragadin se encuentra ante la cruda realidad: un año de asedio ha llevado a la población de la ciudad al hambre y a la extenuación. El jefe veneciano pide dos semanas para enviar

una fragata a Creta en busca de apoyo.

Mustafá reitera su oferta de rendición, pero los capitanes osan contestarle que la ciudadela será defendida palmo a palmo. Los asediados sólo ascienden a novecientos, la mitad heridos. La pólvora escasea, y ante la ausencia de noticias, el 1 de agosto de 1571 se iza la bandera blanca. Ese mismo día se firma el pacto: la guarnición veneciana saldrá con sus armas y equipajes y será transportada a Creta en barcos; los chipriotas serán libres de quedarse o marcharse, y sus vidas serán respetadas.

La tarde del día 5 de agosto de 1571, Bragadin sale montado a caballo

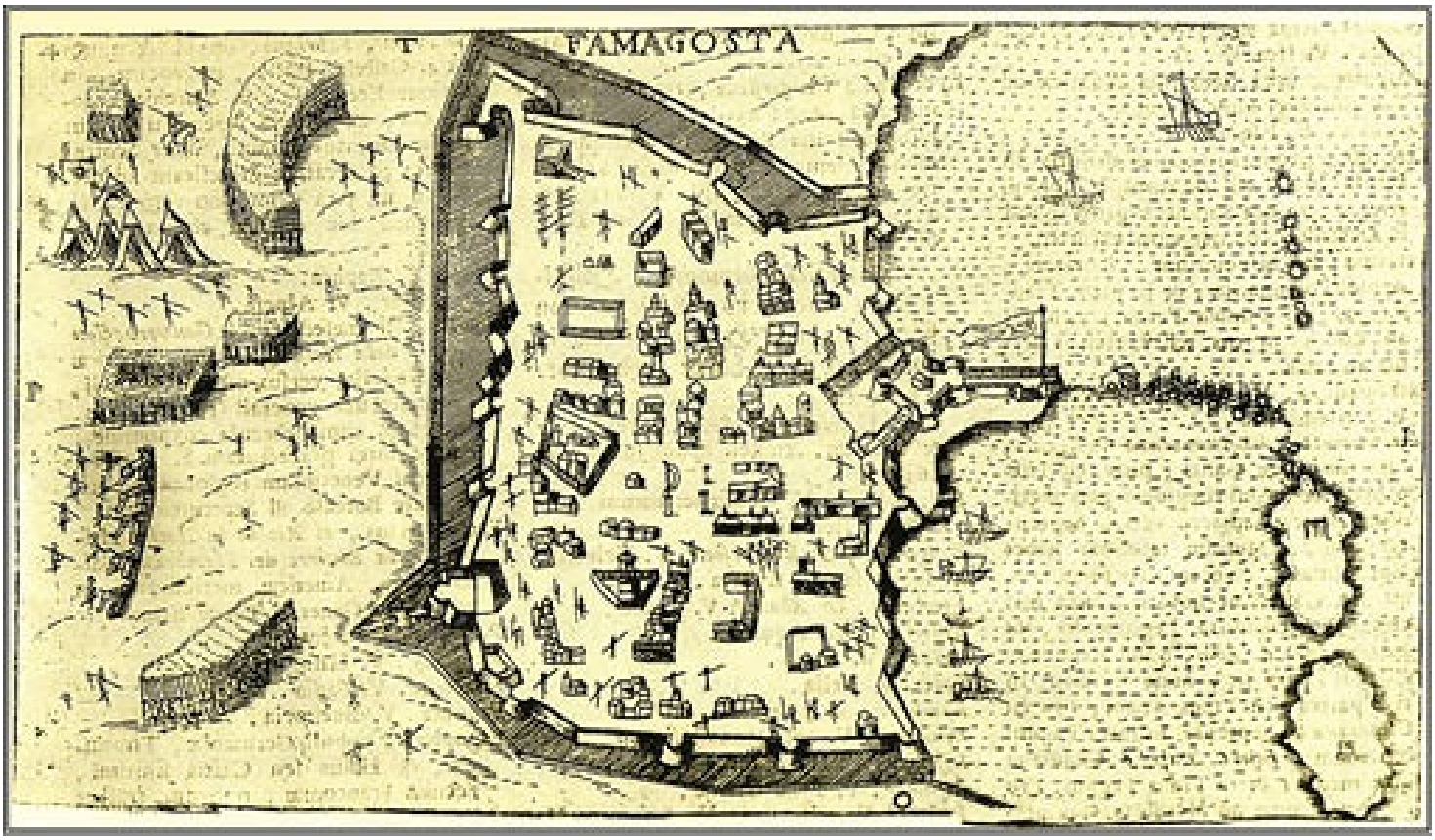
junto a sus jefes y 40 hombres para entregar las llaves de la ciudad al visir. Mustafá pregunta por los prisioneros otomanos que tenían en poder los venecianos, y Bragadin contesta que unos se hallan en Famagusta y otros en Venecia. Mustafá, bien informado de que el capitán había ordenado asesinarlos la noche anterior, se ve libre para castigar a los venecianos de una manera ejemplar. Todos los capitanes son apresados y con su propia daga Mustafá le corta a Bragadin la oreja derecha, ordenando que le cercenen la izquierda y la nariz. Él también será quien decapite a Baglione.

Pero a Bragadin le espera un final

más atroz. El día 17, durante la transformación en mezquita de la catedral de San Nicolás, Mustafá hace traer al capitán veneciano y le obliga a trasladar sacos llenos de piedras y a besar el suelo por donde él pasa. Casi desfallecido, conducen a Bragadin al puerto para ser izado en el mástil de un navío y luego lo llevan a la plaza de Famagusta, donde lo desuellan vivo. Tras media hora de suplicio, el capitán expira. Su cuerpo es despedazado, dejan expuesta su cabeza en la picota de la plaza; el resto, se reparte en los bastiones.

Chipre queda así definitivamente en manos otomanas. El 4 de octubre de

1571, la flota de la Liga Santa, mandada por Juan de Austria, conoce la caída de la ciudad en Cefalonia. Toman entonces la decisión de enfrentarse a la flota otomana. El choque se producirá el 7 de octubre en la batalla de Lepanto, donde la alianza cristiana obtiene la victoria y el futuro escritor Miguel de Cervantes queda manco.



Asedio de Famagusta en 1571. Plano que se encuentra en el libro publicado por el veneciano Giacomo Franco (1550-1620) titulado *Viaggio da Venetia a Constantinopoli per Mare*, publicado en Venecia en 1598. El autor, no obstante, fue el geógrafo asimismo véneto Giuseppe Rosaccio. Tras la conquista de Famagusta, Chipre quedó definitivamente en manos

otomanas hasta 1878. De hecho, todavía hoy existe al norte de la isla una entidad política no reconocida por ningún país excepto Turquía denominada República Turca del Norte de Chipre (en turco, *Kuzey Kıbrıs Türk Cumhuriyeti*).

La guerra contra Venecia tuvo dos momentos esenciales: la captura de Famagusta (5 de agosto de 1571) y la batalla de Lepanto (7 de octubre de 1571). La primera, ya mencionada, dejó como principal recuerdo en el occidente cristiano la horrible tortura que Lala Mustafá Pachá mandó aplicar sobre el comandante Marcantonio Bragadin. Los autores italianos atribuyeron la culpa de

tan trágico final al comandante otomano, traidor a la palabra dada, mientras que los turcos justificaron su atroz ejecución a la matanza ordenada por el comandante veneciano, tras la firma de la rendición, de cincuenta peregrinos musulmanes capturados algún tiempo antes de que Lala hubiera jurado la liberación de su futura víctima. La leyenda se enriqueció a comienzos del siglo XIX cuando Giustina Renier Michiel, en un libro titulado *Origine delle feste veneziane*, mencionó la pasión antinatural de Lala Mustafá por un joven noble capturado junto a otros prisioneros cristianos.

La batalla del golfo de Lepanto

representó la obra maestra de la diplomacia europea y del papado, que logró aunar distintas fuerzas hostiles a los otomanos en un gran ejército al mando de don Juan de Austria, hermanastro de Felipe II, brazo armado de la denominada Liga Santa, creada el 25 de mayo de 1571 e integrada por la Monarquía Hispánica, el papado, las repúblicas de Venecia, Génova y Lucca, los caballeros de Malta, el gran ducado de Toscana y los ducados italianos de Urbino, Parma, Ferrara, Mantua y Saboya. Las galeazas venecianas, armadas con una poderosa artillería, causaron grandes estragos entre las naves enemigas que, siguiendo las

tácticas empleadas hasta el momento en las batallas mediterráneas, buscaban lanzarse al abordaje. El gran almirante Müezzinzâde Pachá murió en el combate, mientras que el *serdar* Pertev Pachá tuvo que huir a nado. Sólo el comandante berberisco Uluç Alí, comprendiendo la estrategia de la flota enemiga y del comandante Andrea Doria, a quien tenía enfrente, logró escapar. Intentó huir hacia mar abierto para, después, aprovechar de inmediato el espacio creado entre las naves genovesas y el centro de la batalla. Regresó a Estambul con dos galeras maltesas capturadas y le fue otorgado el mando supremo de la flota, que fue

reconstruida inmediatamente, aunque se necesitaron bastantes más años para formar nuevos almirantes capaces. En recuerdo de su hazaña, pasó a ser llamado *Kiliç Ali* ("Alí la Espada").

Galeras otomanas a comienzos del siglo XVII en el puerto de Estambul. Este grabado es una vista panorámica de Constantinopla en 1616 y forma

parte de la colección de paisajes urbanos y pliegos sueltos que una vez perteneció al estadista sueco, el conde Magnus Gabriel de la Gardie (1622-1686). Debajo del grabado de la ciudad, cuyo autor es Pieter van den Keere, que también aparece escrito como Petrus Kaerius, hay un retrato del emperador Constantino. Se conserva en la biblioteca de la universidad de Lund (Suecia).

La batalla de Lepanto fue cantada en panfletos y poemas, reproducida en grabados y pinturas y triunfalmente exaltada en las cortes de Europa. En Estambul, la *singin donanma* ("flota dispersa"), como sería recordada, pasó

casi desapercibida, debido a que la noticia de la derrota se conoció en la capital el mismo día en que llegaron los barcos con el botín de Chipre. La guerra contra Venecia había sido ganada de todos modos conquistando la anhelada isla. De hecho, poco después, en 1573, la república de Venecia abandonó a sus aliados y de nuevo se vio obligada a firmar una paz por separado con los otomanos.

El eco de la épica batalla en el mar se perdió en los riachuelos de la historia. Más allá del mito, la batalla de Lepanto y la guerra de Chipre representan las empresas más inteligentes y arriesgadas de Sokollu

Mehmed Pachá. El único contrario a la guerra fue capaz de utilizar las propias situaciones alternas del conflicto para eliminar de una vez a sus enemigos políticos. Más allá de la batalla en sí y de su uso retórico, puede afirmarse que, en última instancia, el vencedor absoluto fue, sin duda, el sexagenario gran visir.

Poco después, en 1574, Selim II murió en un accidente al resbalar en el suelo de su nuevo *hamam* ("baño"). Fue sucedido por su hijo Murad III, que dejó el poder en las manos de la madre, la *valide* Nur Banu, y del gran visir Sokollu.

EL ESTAMBUL DE MURAD III VISTO POR UN CAUTIVO ESPAÑOL

En 1589, el joven Diego Galán, con trece o catorce años (nació hacia 1575, hijo de Pedro Galán y de María Escobar), abandona su Consuegra natal en busca de fortuna. En su recorrido hacia un mundo ignorado, cruzó por Sierra Morena. Atravesándola se encontró con otro muchacho de parecida edad y semejantes inquietudes, procedente de Fuensalida, que dijo llamarse Felipe. Ambos, haciéndose compañía, se encaminaron primero a Jaén y después a Málaga. En esta ciudad, mientras vagaban por el puerto, fueron engañados para alistarse como soldados con destino

a Orán. Nada más embarcarse para dicha ciudad, Diego Galán contrajo tercianas que lo llevaron al límite de la muerte. En su semiinconsciencia escuchará cómo sus compañeros piden al pagador que lo desembarque, a lo que este se niega y exclama: «Si se muere, échenle al mar». Pronto será capturado por galeras de corsarios moros y llevado al mercado de esclavos de Argel. Allí, aparte de exhibirlo durante varios días en plazas y zocos, lo intentarán convencer para que se convierta a la religión de Alá como estrategia de supervivencia. Diego Galán, al contrario que su compañero Felipe, se negará reiteradamente, lo que le supondrá malos trabajos y peor trato. Felipe, el mozo de Fuensalida, llamado de

converso Mostafá, murió a su vez torturado.

En uno de los primeros intentos de huida, Diego Galán fue apresado por una delación. Se libró de la tortura de milagro: «Luego mandó que me desnudasen y desnudo, con sólo los valones de lienzo, me tendieron en el suelo bocabajo y me ataron a cada mano y a cada pie un ramal de cordel, y llamaron a cuatro cautivos para que tirase cada uno de su cordel, que no me pudiese mover con los azotes que habían de dar». Un renegado, invitado del bajá local, tuvo piedad de él y, sin recibir ni un solo azote, Diego fue comprado por el equivalente a unos trescientos escudos españoles.

Sirviendo a diferentes amos, llega a

Estambul y recorre gran parte del Imperio otomano, lo que le permite acceder a un mundo totalmente desconocido y fascinante. Regresará a su tierra natal tras once años de cautiverio y contará sus vivencias a todo aquel que quiera escucharlas, vivencias que quedarán recogidas en unas memorias manuscritas, en forma de diálogo, tituladas *Cautiverio y trabajos de Diego Galán, natural de Consuegra y vecino de Toledo* (publicadas por la Universidad de Castilla-La Mancha en 2001) y la *Relación del Cautiverio y libertad de Diego Galán, natural de Consuegra y vecino de la ciudad de Toledo* (publicadas por la Diputación de Toledo en 2001). El primer manuscrito se conserva en la

Biblioteca Pública de Toledo, y el segundo en la Biblioteca del monasterio de El Escorial.

Uno de sus dueños en Argel, Heder Bajá, gobernador local, se lo lleva en su séquito de vuelta a Estambul en la primavera de 1591. Allí será vendido a Mamí Napolitano y alternará el servicio a su amo con el remo en una galera otomana. Señala Galán que en la capital otomana «le cobraron tanto afecto el amo y su familia que tenía libertad de ir fuera de la casa a lavar la ropa donde quisiese sin llevar grillo ni guardas».

Cuando Diego Galán llega a Estambul, hacía un siglo y medio que estaba en poder de los otomanos. Durante este tiempo habían desaparecido numerosos

edificios bizantinos y algunas iglesias fueron convertidas en mezquitas. Los nuevos dueños de la urbe transformaron en cal las estatuas de mármol, y con las de bronce fabricaron cañones o acuñaron monedas. De las calles rectas con casas de piedra con columnas y estatuas, propias de las urbes clásicas, habían pasado a las casas de madera y a un trazado laberíntico de calles estrechas y tortuosas. A pesar de todo esto, el siglo XVI corresponde con la edad de oro de la ciudad otomana, y es en este momento cuando se construyen las principales mezquitas imperiales gracias a Solimán el Magnífico y su arquitecto Sinán, que llevó a su cúspide el arte otomano.

Si bien no se han conservado censos

del Imperio otomano, algunos documentos de los años 1520 y 1530 estiman que Estambul tenía una población de cuatrocientos mil habitantes, de los cuales 58% eran musulmanes, y el resto cristianos o judíos. A mediados de 1550, el médico de Sinán Bajá afirmaba que la población oscilaba entre 410 000 y 520 000 habitantes, con un porcentaje similar. A finales del siglo XVI, Estambul tenía unos setecientos mil habitantes, lo que la convertía en una de las ciudades más pobladas de Europa. Era la capital de uno de los mayores imperios del momento cuyos territorios se extendían por tres continentes, así como uno de los centros comerciales y de consumo más importantes del mundo.

Los cristianos de Estambul, en el testimonio de Diego Galán, son los cautivos, los griegos o los armenios, además de los representantes de las naciones que habían pactado con los otomanos y los religiosos europeos. Durante el Imperio otomano, los grupos confesionales estaban agrupados según el sistema de *millet* o nación. Los griegos formaban el *rum milleti*, que en un principio agrupaba a los diferentes grupos cristianos presentes en el imperio. Cada *millet* tenía un cierto autogobierno, aunque estaba sujeto al poder central, tal y como lo expone Diego Galán, «los griegos y turcos están mezclados, aunque los turcos, como señores, administran justicia, con que los tienen muy sujetos».

A los cautivos cristianos se les permitía mantener su fe y practicarla. El barrio de Pera-Gálata, poblado inicialmente por genoveses y venecianos, tenía varios conventos católicos cuyos sacerdotes, franceses o italianos, visitaban a los cautivos. Mamí Napolitano, aunque había adoptado el islam, era bastante permisivo con los cristianos, como relata Diego Galán: «En el baño permitía el amo que tuviésemos altar en que se dijese misa por darnos gusto, y como no teníamos ningún sacerdote cautivo como en la casa del primer amo, íbamos a San Francisco y pedíamos a un fraile que nos fuese a decir misa, llevándole acompañado de un jenízaro porque no le maltratasen por la calle. Esto se hacía en algunas fiestas y la

pascua de Navidad en esta forma».

La relación del cautiverio y libertad de Diego Galán es un texto donde el narrador es el único personaje presente del principio al final de la obra. Su punto de vista es el único que hay, los personajes secundarios son escasos y sus voces apenas participan en la narración. A pesar de todo existen algunos personajes secundarios en el texto de gran importancia como Sinán Cigala o el sultán. Este residía normalmente en Estambul, y Diego Galán tuvo ocasión de verlo en varias ocasiones. A su llegada ocupaba el trono Murat III. Fue precisamente en esta época cuando se produce un importante cambio en la monarquía otomana: el soberano deja de interesarse por los asuntos

de gobiernos y serán los visires y, sobre todo, las favoritas y las sultanas madres, los que tomen las riendas del poder. Diego Galán ofrece un interesante documento sobre la vida en Estambul en 1591, cuando Murat III llevaba casi veinte años reinando y tuvo numerosas ocasiones de verlo en el *selamlik* o parte del palacio imperial destinada a los varones. Así, gobernadores, militares y religiosos preceden al sultán, que aparece al final de un cortejo marcado por el lujo en las indumentarias, el despliegue militar y el de las reliquias islámicas expuestas, como la del estandarte del profeta. El retrato textual del soberano se enmarca en este contexto, al ser tanto sultán como califa. Murat III se mostraba de esta

manera a su pueblo según el cautivo toledano:

> El Gran Turco era hombre de buen rostro blanco y colorado, vestido de brocado de maravillosos colores con un gran turbante que parecía de nieve, y en él tres manojitos de plumas negras muy bajas, la barba larga y peinada como la usan allí la gente grave y de república, porque todos los soldados y la gente moza la usan rapada con sólo el mostacho. Al tiempo que pasaba el Gran Turco toda la gente bajaba la cabeza hasta el suelo en lugar de cortesía, dando voces como siempre, diciendo: «Señor poderoso,

cada día se vuelva en mil, y Dios te dé victoria contra los cristianos». Y luego alzaban las cabezas y le miraban, y él en señal de agradecimiento hacía una señal de cortesía bajando la cabeza en general muy escasamente.

Diego Galán trata también de las salidas del sultán por mar, a cazar a los bosques circundantes, o simplemente a pasear por el Bósforo o por sus jardines. El soberano se deslizaba a bordo del caique imperial compuesto por entre otros, quince remos llevados cada uno por dos personas, dos eunucos y un timonel. Al igual que en el *selamlik*, le saludaban las multitudes que le gritaban: «Dios te dé victoria contra los cristianos» y

les contestaba con una leve inclinación de cabeza.

Murat III falleció el 16 de enero de 1595 y le sucedió Mehmed III. Una de las primeras medidas que Diego Galán nos cuenta que tomó este nuevo soberano fue exterminar a sus diecinueve hermanos. Hasta finales del siglo XVI, el heredero al trono vivía fuera de la capital. El resto de sus hermanos varones permanecían en Estambul al lado de su padre, tal y como lo cuenta Diego Galán:

> A vueltas de nuestra pascua de Navidad del año de mil y quinientos y noventa y cinco murió el Gran Turco Soltán Morat y heredó el imperio Soltán Mahamet, su hijo mayor, que estaba apartado

> en un lugar en el Asia que se llama Borsa, a donde siempre asiste el primogénito que ha de suceder en el imperio. Y los demás los tiene su padre consigo hasta que él muere y el mayor viene a reinar y hace dar la muerte a todos los demás.

Diego Galán logrará huir por tierra y por mar, a través de los Balcanes y las islas del Mediterráneo oriental, hasta llegar a Valencia vía Italia. En la capital levantina se encontraba entonces Felipe III celebrando sus bodas con Margarita de Austria (1599). Concluía así un cautiverio que él mismo afirmó que había durado diez años y quince días. De su vida posterior sólo sabemos que,

ya en Toledo, como anónimo narrador y escritor, vivió hasta el año 1648. Fue enterrado, según consta en una nota del siglo XVIII, en la Magdalena, por ser año de pestilencia y no caber los cuerpos en la iglesia de Santa Justa. Se produjo la inhumación el 5 de junio del mencionado año.

El Sultanato de las Mujeres

El período que va desde la muerte de Solimán I hasta mediados del siglo XVII

es conocido por los historiadores otomanos como el Sultanato de las Mujeres (*kadınlar saltanatı*). Esta expresión fue acuñada a principios del siglo XX por el historiador y poeta Ahmed Refik, un intelectual turco ciertamente misógino que consideró todos los reinados inmediatamente posteriores al del Magnífico como momentos de decadencia, debido precisamente a la presencia de mujeres en la cima del poder. Según la teoría historiográfica inaugurada por Refik, ya Solimán se habría doblegado a la voluntad de su amada esposa Hürrem y, después de él, los demás soberanos continuadores de la dinastía se dejaron

arrastrar por los deseos de esposas y madres. Selim II (1566-1574) quedó así bajo el dominio de su poderosa favorita Nur Banu († 1583), con la que también se casó; su hijo Murad III (1574-1595) habría obedecido primero a la madre y luego a su favorecida Safiye († 1603), que también se las arregló para ser su esposa. El hijo de esta, Mehmed III (1595-1603), hombre frívolo y ocioso, dejó el gobierno del imperio en manos de su madre. Después de estas féminas, y desde las estancias más secretas del harén, habrían controlado el estado primero Handan († 1605), madre de Ahmed I (1603-1617), y después, durante mucho más tiempo, aunque con

interrupciones, Kösem (†1651), primero como la favorita de este y luego como *valide* de dos hijos (Murad IV e Ibrahím I) y un nieto (Mehmed IV). Kösem perdió el poder por las intrigas de su nuera Turhan Hatice († 1683), madre de Mehmed IV (1648-1687). La jovencísima sultana, convencida finalmente de la necesidad de que un hombre fuerte gobernara el estado, poniendo con ello fin a la anarquía en la que estaba inmerso debido a la dominación femenina, llamaría para ocupar el gran visirato al viejo Mehmed Köprülü, quien, detentando los poderes propios del soberano, logró restaurar el poder imperial.

De hecho, en este período la dominación de las mujeres del harén imperial se hizo sentir notablemente en Estambul, sobre todo por la presencia en el trono de sultanes demasiado jóvenes o mentalmente inestables. De acuerdo con la tradición otomana, el papel de las sultanas era sobre todo el de custodias de la dinastía, y su deber era intervenir incluso en la alta política cuando el soberano era incapaz de reinar. Su presencia en la cúspide del estado formaba parte, pues, de las costumbres imperiales, y no constituía ninguna aberración, como preconizaba Ahmed Refik. De hecho, Nur Banu, Safiye, Kösem y Turhan ejercieron un

considerable poder, la primera sólo como esposa y *valide*, aunque Safiye lo hizo ya como jefa del partido del harén, uno de los grupos de presión más destacados entonces en la capital. La verdadera matriarca fue, sin embargo, Kösem, que acabó finalmente asesinada en 1651 debido a una conspiración organizada por Turhan.

El período del Sultanato de las Mujeres coincidió con una serie de problemas internos en el estado, principalmente debido a la inestabilidad del trono. Si Ahmed I, hijo de Mehmed III, se convirtió en sultán en 1603 con sólo trece años, su hermano Mustafá I, que reinó dos veces entre 1617-1618 y

1622-1623, era un neurótico retrasado mental. Su primer sucesor Osmán II (1618-1622), un joven dotado de muy buenas cualidades, fue el primer gobernante que tuvo la idea de *turquizar* el estado otomano. Sin embargo, chocó con los grupos de poder que entonces controlaban la situación en Estambul y acabó asesinado en el curso de una conspiración con tan sólo dieciocho años. Su hermanastro Murad IV (1623-1640), hijo de Kösem y Ahmed I, ascendió al trono también muy joven, y sólo después de varios años logró hacerse directamente con las riendas del poder, alejando durante un tiempo a la poderosa Kösem, hasta entonces madre

y *valide* a la vez, y utilizando métodos brutales para imponerse, de forma que llegó a ser recordado como el Nerón otomano, tal y como lo calificó el orientalista austriaco Joseph Freiherr von Hammer-Purgstall en su voluminosa *Historia del Imperio otomano*, publicada entre 1827 y 1833. Sin embargo, su labor permitió una mejora de la administración del estado que, de hecho, comenzó a recuperarse tanto desde el punto de vista financiero como militar. También el otro hijo de Kösem, Ibrahím (1640-1648), fue un perturbado mental, siendo por ello apodado *deli*, "loco", un término también utilizado para describir a los soldados que

actuaban despreciando la muerte. Su única empresa digna de mención fue la de perpetuar la casa de Osmán, dedicándose por lo demás a sus placeres y locuras hasta el extremo de dilapidar las finanzas del estado, cuya dirección seguía todavía en manos de la vieja Kösem.

Murad IV, el Nerón otomano, con su corte. Miniatura de la primera mitad del siglo XVII que se conserva en el Palacio Topkapi de Estambul. Las fuentes otomanas de la época lo describen como un hombre corpulento y alto, gran practicante del deporte de lucha y un temible guerrero. Su fuerza, según afirmaban, era casi sobrehumana. Sobre todo era conocido por sus oponentes, a quienes sostenía por encima de su cabeza empleando tan sólo una mano. Asimismo utilizó un mazo enorme que pesaba 50 kilogramos y una gran espada, un mandoble de ese mismo peso, armas que pueden admirarse aún en el museo del palacio de

Topkapi.

Durante este complicado período, en las provincias se fue extendiendo la costumbre de transmitir latifundios a los herederos (*çiftlik*) a expensas del sistema de *timar*, incapaz ya de proporcionar los medios financieros para servir al sultán en sus campañas militares. Las armas de fuego habían hecho ahora obsoleta la caballería *sipahi*, de forma que una presencia constante de *timariotas* en las tierras otomanas asignadas podía resultar más rentable que el simple cobro anual de tributos. Pero la continua ausencia de estos elementos armados en los campos

de batalla determinó a menudo la confiscación de concesiones, aunque la negativa a abandonar sus tierras acabara convirtiéndolos en una suerte de bandidos organizados que practicaban el saqueo. Los campesinos, a su vez, impulsados por el hambre y la inflación, comenzaron a abandonar las tierras para incrementar las filas de un inquieto proletariado urbano. Los más fuertes, no obstante, lograron tomar posesión de las propiedades abandonadas, transformando el antiguo *timar* en pertenencias familiares transmisibles a los herederos.

Frente a una situación interna tan confusa, es comprensible que durante

este período se interrumpiera la política de expansión. Las formaciones militares más potentes, es decir, los cuerpos de jenízaros y de *sipahioğlan* de Estambul, se encontraban ahora empeñadas en una lucha política en la que a menudo intervenía el elemento religioso. En diversas provincias estallaron algunos disturbios y las actividades marineras se dejaron en manos de los piratas berberiscos, especialmente los argelinos. Gracias a ello, las conquistas anteriores pudieron, al menos, estabilizarse.

Entre los conflictos más destacados del período debemos mencionar la guerra desarrollada contra Persia en el

frente oriental. A las victorias alcanzadas entre 1576 y 1590 les siguieron derrotas entre 1603-1604, de forma que aquello que se había ganado se perdió. En 1593 estalló un conflicto con el emperador Rodolfo II de Habsburgo, en el que después de algunas derrotas se logró conquistar la plaza húngara de Eger (1596) y, finalmente, llegar a la paz de Szitvatorok (1606). Entre 1605 y 1608, el centro de Anatolia se vio sacudido por las revueltas de los rebeldes Celali. La paz con Persia alcanzada en 1612 dejó la frontera entre ambos estados en la misma línea establecida ya en 1555. En el ámbito del comercio, hubo avances de los ingleses,

los holandeses y los franceses, todo ello a expensas de los antiguos protagonistas del comercio levantino, es decir, los venecianos. Las guerras con la Persia safávida continuaron en los años siguientes: en 1624, el sah tomó Bagdad; la contraofensiva otomana se desencadenó en los años 1625 y 1626, aunque la ciudad sólo se recuperó en 1638. Después de otras revueltas en las provincias árabes, en Crimea, Rumelia, e incluso en Estambul, en 1633-1634 estalló una guerra contra Polonia. Por último, en 1636, se perdió definitivamente Yemen, un suceso comúnmente considerado el inicio de la caída del Imperio otomano,

caracterizado por la sangría constante de sus territorios.

Mientras que el sultanato se encontraba con estas dificultades, Europa era, a su vez, asolada por una serie de guerras que afectaron a sus territorios occidentales y que tuvieron como consecuencia un notable avance en las técnicas armamentísticas. Gracias a ello, los europeos fueron ya capaces de superar las diferencias que, desde el punto de vista militar, los convertían en inferiores frente al Imperio otomano. También hubo luchas dentro de la misma cristiandad entre católicos y protestantes, que acabaron con el reconocimiento del derecho a la

convivencia en la paz de Westfalia de 1648 y llevaron a considerar la necesidad de separar en el ámbito nacional e internacional la esfera política de la religiosa. Se disolvía así el ideal de una Europa unida bajo los auspicios del papado y el imperio, en aras de distintas entidades menores cuyos ciudadanos, fueran católicos o protestantes, se mantenían unidos al ser reconocidos tanto el derecho a la independencia como a su propia existencia. Los orígenes del estado secular y nacional hay que buscarlos, pues, en la paz de Westfalia. Nada parecido se vivió en el mundo otomano hasta el siglo XIX, cuando el imperio se

vio obligado a hacer frente a la desestabilizadora ideología.

A mediados del siglo XVII, la situación en Estambul degeneró aún más. En 1645 estalló la guerra por la conquista de la veneciana isla de Creta. El conflicto lo iniciaron los propios otomanos, más para alejar las tensiones internas que amenazaban con socavar el propio estado que por razones geopolíticas, y se alargó hasta comienzos del siglo XVIII, cuando cayeron los últimos reductos venecianos en la isla. Comenzó con ciertos reveses para los otomanos, ya que la Serenísima llegó a establecer el bloqueo naval de los Dardanelos en 1648 y, más tarde,

entre 1656 y 1657, cuando la explosión accidental de la santabárbara de la nave insignia veneciana dispersó inesperadamente su flota. Fue precisamente el temor a acciones similares lo que provocó cambios drásticos tanto en la línea política como en la cúspide del estado otomano.

Así, en 1648, Ibrahím I fue destronado. Le sucedió Mehmed IV (1648-1687), de sólo seis años, quien pasó a la historia como *Avci* (el Cazador). La ya anciana Kösem explotó la juventud de la nuera para seguir en el poder, aunque una nueva conjura acaecida en 1651 acabó definitivamente con ella. La *valide* Turhan se alió

entonces con los eunucos del harén, inaugurando lo que pasaría a llamarse el Sultanato de los *Agàs* (1648-1651), donde los jefes militares ejercieron una gran influencia. No obstante, esta nueva situación no llegó a restaurar la tranquilidad en el Gobierno. El gran visir Tarhuncu Ahmed Pachá trató de reorganizar la administración diseñando un presupuesto preventivo destinado a calcular los costes en función de los ingresos, pero no logró nada positivo. Su política fiscal provocó una gran oposición y, finalmente, en 1653 fue depuesto y ejecutado. A esto se añadió la presencia de la flota veneciana que desde los Dardanelos amenazaba la

propia capital. En 1656 se produjo una situación similar que llevó a la población a inquietarse como nunca lo había hecho, ni siquiera tras la derrota de Lepanto. Turhan decidió entonces llamar para el Gobierno al viejo, aunque hábil, hombre de estado Mehmed Köprülü Pachá, un funcionario alistado mediante la *devşirme* que ya había dado buena muestra de su eficacia en el pasado. Para aceptar el cargo, puso como condición gozar de un poder absoluto. De esta forma, se pasó de un visirato ejecutivo a un visirato de delegación, con el que se daba inicio a un nuevo período.

LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII

De acuerdo con la historiografía tradicional sobre el Imperio otomano, después del magnífico momento vivido en el siglo XVI se asistió a un lento proceso de decadencia que llegó a su fase extrema a principios del siglo XX con la deposición del sultán y califa. Si nos fijamos, no obstante, en los datos más objetivos, como por ejemplo los momentos de devaluación monetaria, a la hora de dibujar un gráfico de la evolución económica y política del imperio nos damos cuenta de que

realmente hubo épocas de crisis, pero también momentos de fuerte recuperación. En especial se dieron tres grandes momentos de pérdida de valor de la moneda que no coincidieron con la curva negativa imaginada por algunos historiadores:

1. Entre 1450 y 1480, en tiempos del conquistador de Constantinopla.
2. Entre 1580 y 1640, durante el Sultanato de las Mujeres.
3. Entre 1808 y 1839, bajo el Gobierno reformador de Mahmud II, tiempo en el que se vivió la más grave y rápida

devaluación e inflación de toda la historia otomana.

Sin embargo, la segunda mitad del siglo XVII, cuando comenzó efectivamente el abandono de territorios balcánicos, representó, desde un punto de vista económico, un momento feliz. Se diseñaron previsiones de gastos y en 1660-1661 se llegó a equilibrar el presupuesto. De esta forma, durante estos años se establecieron las bases financieras que luego permitieron, en las tres primeras décadas del siglo XVIII, el florecimiento de la espléndida Época de los Tulipanes.

Poco después, en 1669, tras casi

treinta años de aquella guerra comenzada en 1645 contra los venecianos, casi toda la isla de Creta quedó en manos de los otomanos. Si la república de San Marcos perdió su último reino, quizá más importante por el título que le otorgaba que por las rentas que proporcionaba, el Imperio otomano pasó a controlar la última gran isla del Mediterráneo oriental. Esta guerra tuvo un efecto benéfico para la economía en general, y quizá por ello los otomanos prefirieron no implicarse por completo en ella, optando por alargarla el mayor tiempo posible. La presencia de tantas escuadras navales en aquella zona del Mediterráneo,

formadas sobre todo por galeras que prácticamente cada día debían fondear en alguna rada o bahía para abastecerse de alimentos y agua, favoreció las actividades comerciales en las poblaciones costeras. Los militares encontraron en el conflicto una forma de aumentar sus ingresos. Tras unos primeros años en que los marineros se mostraron reacios a embarcarse para la campaña de verano, la guerra comenzó a considerarse, sobre todo en Egipto, un trabajo seguro y libre de riesgos que permitía mantenera la familias e incluso obtener ciertos beneficios.

Como en tantas ocasiones ocurrió a lo largo de la historia del imperio, la

guerra de Creta tuvo otro aspecto positivo, pues obligó a los otomanos a modernizar su flota para enfrentarse no sólo a los venecianos, sino para contrarrestar también a las marinas más agresivas de ingleses, franceses y holandeses que ahora frecuentaban el Mediterráneo. De cada derrota (o victoria, como era el caso) siempre se podía aprender algo. Y así como después de Lepanto se produjo una reacción efectiva e inmediata, durante la guerra de Creta se modernizó la flota al aplicar las últimas novedades técnicas occidentales también a la navegación por el mar Negro, donde ya comenzaba a destacar un nuevo y poderoso enemigo:

el Imperio ruso.

La guerra posterior que se desarrolló en el frente europeo siguió la misma evolución que en el conflicto anterior, es decir, pasó de unos primeros augurios bastante oscuros a una cierta recuperación posterior. El enfrentamiento con el imperio de los Habsburgo fue preparado por el nuevo gran visir Kara Mustafá Pachá, perteneciente al círculo de la familia Köprülü. Para cubrirse las espaldas, en 1681 se reconocía al zar como gobernante de Rusia, y dos años después el ejército otomano se puso en marcha para atacar Viena. El sitio de la capital imperial se prolongó entre el 14 de julio

y el 12 de septiembre, y concluyó con la primera gran derrota, extremadamente humillante, del ejército de tierra otomano. Se dice que, durante esos meses, los vieneses empezaron a confeccionar dulces en forma de la media luna turca, los famosos cruasanes, y que después de la huida de los sitiadores, el delegado imperial, el polaco Georg Franz Koltschitzky, tomó como botín un buen puñado de sacos de café, con los que pudo abrir la primera cafetería de Europa en Viena. Al igual que ocurrió con Lepanto, el fracasado asedio de Viena sirvió para transformar las mentes de los europeos. El gran enemigo otomano había sido finalmente

derrotado y ahora se le podía contemplar incluso con desdén. No es casualidad que en 1699 saliera a la luz la primera traducción latina, correcta y completa, del Corán, editada por el arabista italiano Ludovico Maracci, de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios. El siguiente siglo se estrenó también con la traducción francesa de *Las mil y una noches*, realizada por Antoine Galland. De esta forma, para los literatos, el imperio musulmán de los califas y los otomanos se convertía en un mundo de fantasía.

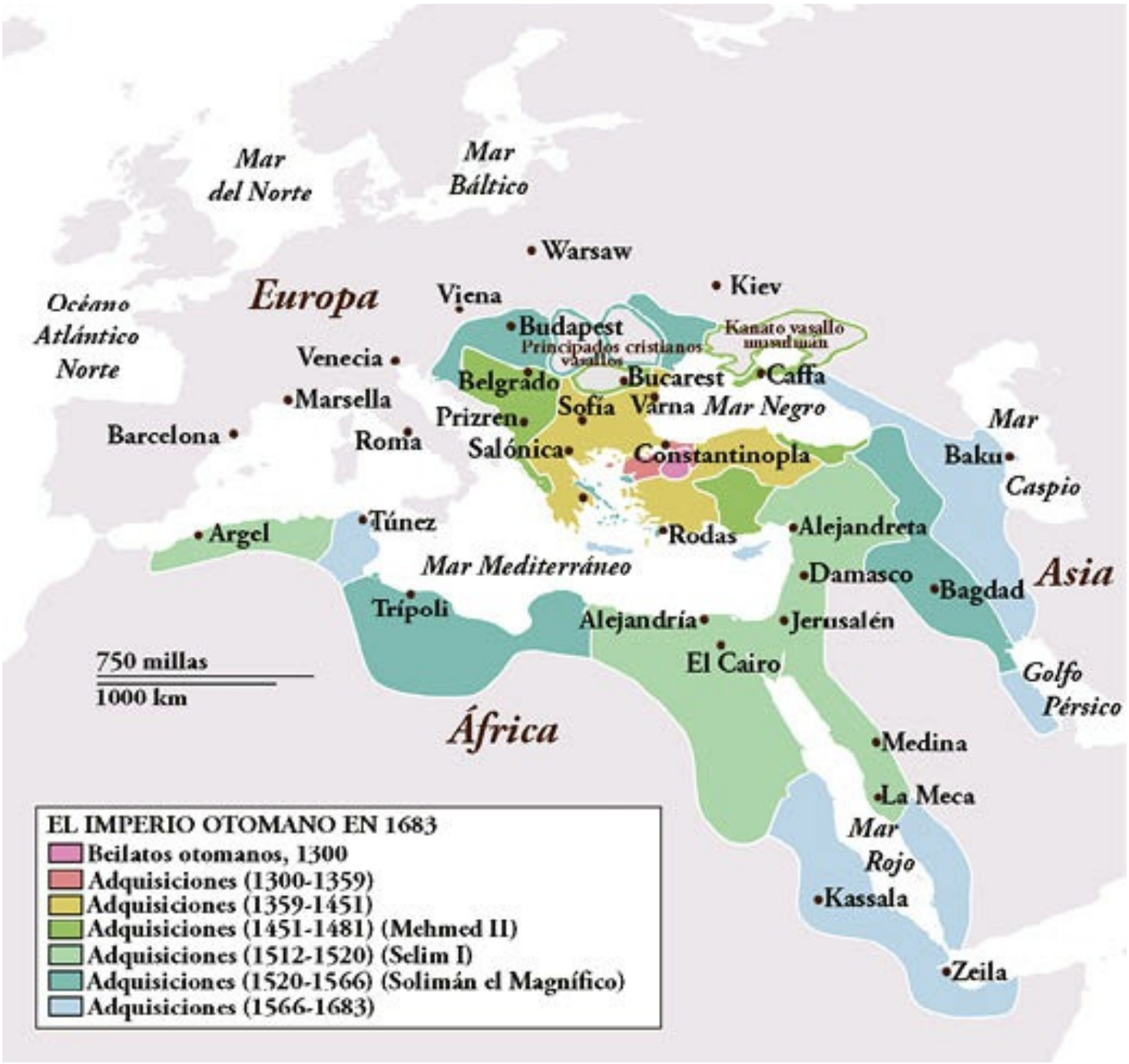
Batalla de Kahlenberg. Esta batalla tuvo lugar entre los días 11 y 12 de septiembre de 1683 en las afueras de Viena, y con ella concluyó el asedio de dicha ciudad por los otomanos, que acabaron derrotados. Pintura del flamenco Frans Geffels (h. 1624-1694) que se conserva en el Museum Karlsplatz de Viena.

A la derrota frente a Viena siguieron

las pérdidas de Buda y Morea, esta última región griega ganada por los venecianos durante la guerra que sostuvieron con los otomanos entre 1684 y 1699. A los enemigos imperiales y polacos que habían acabado con el poder de Kara Mustafá, pues su derrota significó su posterior ejecución en Belgrado el 25 de diciembre de 1683, se habían unido ahora los venecianos y los rusos. La guerra que conocemos como de la Liga Santa o, según la terminología veneciana, de Morea, fue para los otomanos «la gran guerra». Las derrotas iniciales llevaron a remplazar al incapaz Mehmed IV por su hermano Solimán II (1687-1691), quien en 1689 acompañó a

su ejército hasta Sofía. Con él, los sultanes empezaron a preocuparse de nuevo por los asuntos de estado. El ejército otomano vivió a continuación algún éxito significativo cuando ascendió al trono Mustafá II (1695-1703), quien, en agosto de 1696, también participó en la batalla de Ulaş, desarrollada cerca de la ciudad rumana de Timişoara, cuyo sitio fue levantado por los ejércitos habsbúrgicos al saber que se aproximaba el propio soberano de sus enemigos. Por supuesto, la presencia de tan augusto personaje no garantizaba la victoria. El mismo Mustafá II participó en la batalla de Zenta (Hungría, 1697) y acabó

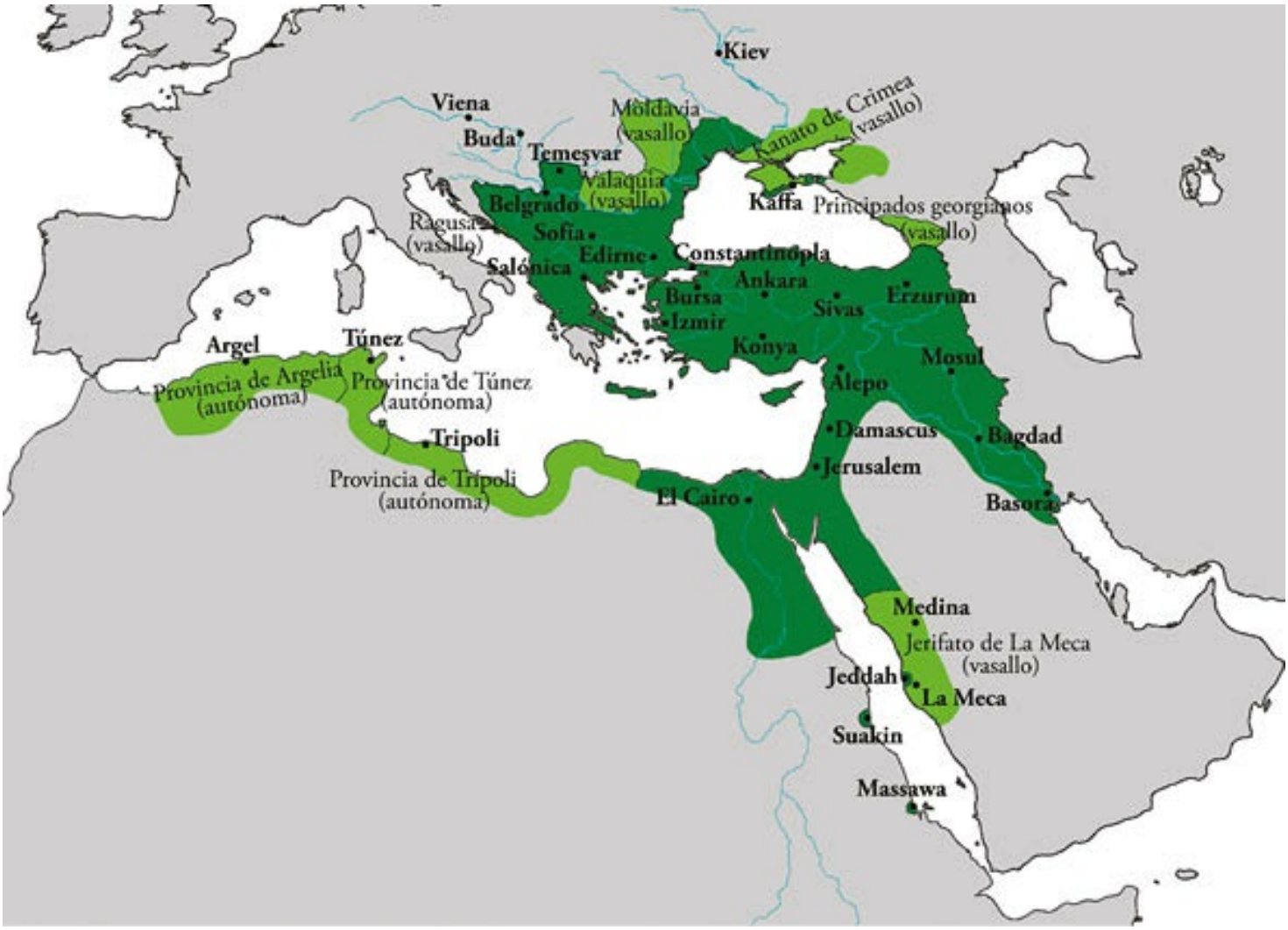
derrotado, perdiendo la vida el gran visir y cuatro ministros y viendo cómo caían cautivas diez mujeres del harén imperial que habían acompañado al sultán. Esta derrota otomana se debió, principalmente, a la táctica adoptada por el príncipe Eugenio de Saboya, que destruyó a cañonazos el puente sobre el que estaban cruzando sus enemigos. Los artilleros otomanos se vieron entonces presos del pánico, mostrándose incapaces de colocar adecuadamente sus piezas para contrarrestar el ataque.



El Imperio otomano, a partir de la fatídica fecha de 1683 (año de su estrepitosa derrota frente a Viena), comenzó a perder territorios hasta quedar prácticamente reducido a

La guerra continuó entre victorias y derrotas, aunque la tendencia resultó cada vez más favorable a los otomanos. El tratado de paz de Karlowitz (1699), sin embargo, significó la pérdida de vastos territorios. La causa de ese desastre hay que buscarla principalmente en el hecho de que los ejércitos del sultán acabaron combatiendo simultáneamente en varios frentes. Sus enemigos eran cuatro poderosos estados (Venecia, el Imperio de los Habsburgo, Polonia y Rusia) en estrecho contacto diplomático. Además,

sus armas y sus tácticas de combate, resultado de muchos años de guerra en Europa, eran ahora superiores a las de los otomanos, que hasta finales del siglo XVI siempre destacaron en artillería y, especialmente, en la logística. Sin embargo, Karlowitz no significó una completa derrota. Durante los primeros años de la guerra, los otomanos habían solicitado infructuosamente la paz en varias ocasiones, y esta sólo se les concedió cuando los ejércitos del sultán cosecharon los primeros éxitos y las diferencias entre ambos contendientes se habían reducido considerablemente.



El Imperio otomano tras el Tratado de Karlowitz (1699).

La segunda mitad del siglo XVII también coincidió con el nacimiento de nuevas instituciones comerciales, extremadamente perjudiciales para las finanzas imperiales. El llamado

«régimen de capitulaciones» condujo a una posición privilegiada de algunos comerciantes europeos, aquellos que firmaron acuerdos (capitulaciones) con la Sublime Puerta. En este período, el comercio imperial estaba cada vez más en manos de extranjeros; al mismo tiempo, el aumento de las importaciones y la disminución de las exportaciones, junto a la decadencia de las manufacturas tradicionales, perjudicaron la balanza comercial. A estos problemas se añadieron otros, ligados a la lenta transformación de las instituciones estatales. Las provincias se convirtieron en entidades cada vez más independientes bajo la guía de los

potentados, manteniendo con el poder central únicamente ciertos lazos formales. En algunos territorios, como los situados en el Magreb, se llegaron a formar verdaderos estados soberanos, capaces de establecer acuerdos internacionales de paz y reconociendo únicamente una lejana y simbólica dependencia respecto al sultán.

En otros campos como el de la religión, sin embargo, la situación era bastante más tranquila. Ya desde comienzos de siglo las hermandades religiosas islámicas y los *millet*, formados por las minorías protegidas, se organizaron para cobijar a sus miembros y cuidar de sus intereses. Los *millet*, en

concreto, vivieron cambios considerables que llevaron a patriarcas y rabinos a convertirse en líderes reconocidos y poderosos dentro de sus comunidades, enmarcadas, ya durante el siglo XVIII, en la estructura administrativa del estado. La única sublevación de carácter religioso destacada del siglo XVII fue la protagonizada por Shabtai Tzvi (Esmirna, 1626 - Ulcinj, 1676), un rabino judío que afirmó ser el Mesías. Inspirador de uno de los movimientos mesiánicos más importantes de la historia judía, fue el fundador de la secta turca de los sabateos. Tras haber estudiado la Cábala y el Talmud, en

1647 aseguró ser el Mesías que esperaban los judíos. Expulsado de Esmirna hacia 1651, vagó durante muchos años por Grecia, Tracia, Palestina y Egipto. En 1665 acudió en busca de una cura para su alma atormentada y se presentó ante el carismático teólogo hebreo Nathan de Gaza, que le convenció todavía más de que realmente era el Mesías. A partir de entonces se manifestó como tal y pronto ganó un ferviente apoyo en Palestina y entre los judíos de la diáspora. Encarcelado por las autoridades otomanas en 1666, se convirtió al islam para escapar de la ejecución, tomando el nombre de Aziz Mehmed Effendi.

Shabtai Tzvi dejó, tras su conversión, un estado de desánimo y desconcierto entre sus miles de seguidores, quienes creyendo en su santidad habían dejado todos sus bienes materiales al suponer que el Mesías convertiría en inútiles tales bienes. Algunos de estos seguidores acabaron convirtiéndose también al islam. Ese fue el caso de unas trescientas familias que fueron conocidas como los *dönme* (en turco, "conversos"), destacadas sobre todo en la zona de Tesalónica, y que siguieron conservando muchas ceremonias de su antigua religión. Shabtai Tzvi murió exiliado en Ulcinj (actual Montenegro).

La Época de los Tulipanes

A principios del siglo XVIII, y bajo el reinado de Ahmed III (1703-1730, hermano del depuesto Mustafá II), el estado otomano vivió un período conocido como Época de los Tulipanes (*Lale devri*), que significó un momento de renovado esplendor de la corte y el imperio (el tulipán fue el símbolo tradicional del Imperio otomano, y hoy en día un símbolo nacional de la República de Turquía; venía a representar la perfección). Fue en este tiempo cuando el rey de Suecia Carlos XII, después de haber sido derrotado

por el zar Pedro el Grande en Poltava (1709), se vio obligado a huir a Estambul, donde permaneció unos cinco años, desarrollando un sutil enredo diplomático antiruso. El zar, que buscaba capturar al rey sueco, reclamó al sultán su prisionero. Ante la negativa de Ahmed III, Pedro I invadió Moldavia. Entre 1710 y 1711, los otomanos lucharon contra los rusos, alcanzando la victoria en la batalla del río Prut, cerca de la ciudad rumana de Huşi, donde el ejército del zar se vio rodeado por las tropas del gran visir Baltaji Mehmed Pachá y Pedro se vio obligado a negociar. Se firmó entonces el llamado Tratado del Prut (23 de julio de 1711),

por el que Pedro entregaba la fortaleza de Azov a los otomanos y se comprometía a demoler, entre otras, la fortaleza de Taganrog, así como a no inmiscuirse en los asuntos internos de la mancomunidad de Polonia-Lituania y a asegurar el viaje de regreso de Carlos XII. El acuerdo fue renovado por el Tratado de Edirne (1713).

El siguiente conflicto fue con Austria y Venecia (1716-1718), que terminó con la paz de Passarowitz (actual Požarevac, al sureste de Belgrado) y la ampliación de los territorios de los Habsburgo, sobre todo en el área de la actual Serbia. Venecia confirmaba la posesión de Dalmacia, las islas Jónicas y las

ciudades de Préveza y Arta, pero perdía definitivamente Morea y sus últimas plazas de Creta. Como consecuencia del tratado, se confirmó la preponderancia de Austria en los Balcanes y la región del Danubio, marcando el final de la hegemonía otomana en la región, que había sido indiscutible en el período anterior.

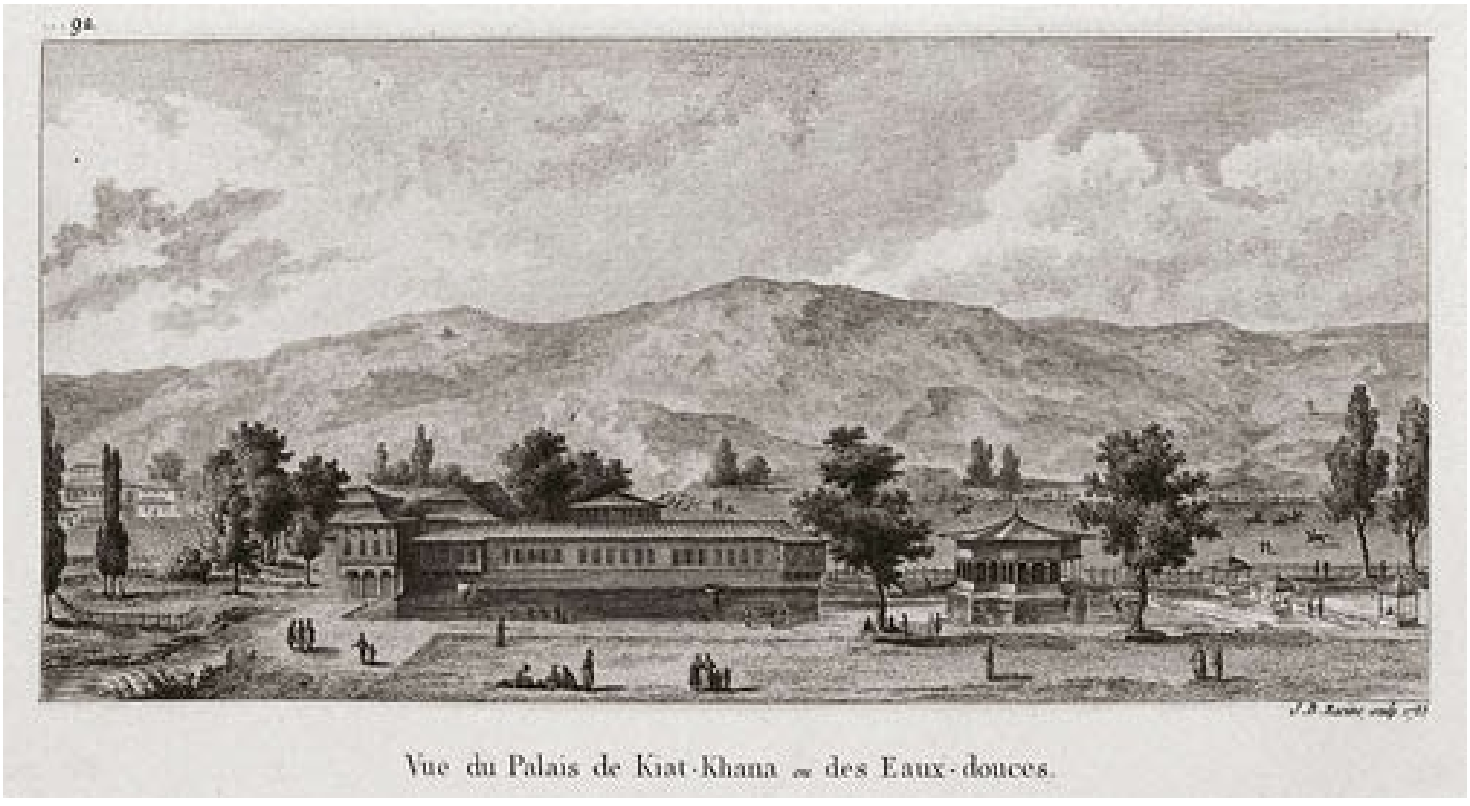
Después de estas guerras, la Puerta trató de mantenerse alejada de los conflictos con los estados europeos, insistiendo en el fortalecimiento de las relaciones diplomáticas incluso mediante el despliegue de observadores y embajadores. El espléndido palacio de verano de Saadabad (hoy desaparecido)

fue construido fuera de las murallas de Estambul a imitación de Versalles, y para su obra se emplearon numerosos artesanos extranjeros. Entre 1727 y 1745 estuvo activa la primera imprenta con caracteres árabes del imperio, creada por el húngaro Ibrahím *Müteferrika* con la ayuda de Said *çelebi*, hijo del embajador Mehmed *efendi* (llamado *Yirmisekiz çelebi*, es decir, «señor Veintiocho» por haber servido en el 28.º batallón de jenízaros), que había acompañado a su padre a París.

En esta misma época comenzaron a organizarse grandiosas fiestas en el Bósforo, dilapidándose enormes sumas procedentes de las finanzas estatales.

También se inició una pasión por los tulipanes, casi una continuación de la locura colectiva que había surgido en los Países Bajos hacía unos cincuenta años, y que llevó, a finales del mes de febrero de 1637, a una caída repentina de los precios y a la quiebra de muchos de los que habían invertido en esos bulbos. También en Estambul las plantas de tulipán llegaron a alcanzar precios de vértigo, mientras que las personas destacadas se dedicaron a su cultivo y el gran visir llevaba un registro oficial de todas las nuevas variedades que iban surgiendo. Una explicación a esta moda podría argumentarse en el hecho de que la flor del tulipán simbolizaba la

perfección divina, ya que el anagrama de la palabra *Allah* escrito en caracteres árabes recuerda a dicha flor. También se creía que los jardineros alcanzaban siempre la salvación, pues en el más allá continuarían su labor cultivando en el paraíso o jardín del Edén.



Grabado del palacio de Saadabad
en Estambul, hoy desaparecido.
Del libro de Marie Gabriel

Florent Auguste de Choiseul-Gouffier titulado *Voyage pittoresque de la Grèce* (París, 1822). Mandado construir por Ahmed III, este palacio fue también conocido como el palacio de las Aguas Dulces debido a sus numerosas fuentes, alimentadas con arroyos desviados al efecto.

El final de la espléndida Época de los Tulipanes llegó con la guerra desencadenada por el sah persa Tahmasp II, decidido a recuperar las tierras perdidas en tiempos anteriores frente a los otomanos. Las expediciones enviadas a tan lejano frente provocaron un descontento generalizado entre los

militares, que estalló en 1730 con la sublevación de los jenízaros dirigida por Patrona Halil, un marino y jenízaro de origen albanés que durante un tiempo se convirtió en el verdadero amo de Estambul. Ahmed III se vio obligado a ceder el trono a Mahmud I (1730-1754), hijo de Mustafá II, quien logró convencer a los rebeldes para que abandonaran su actitud e hizo asesinar a Halil. En 1736 los rusos tomaron posesión de Azov, mientras que los imperiales se aliaron con ellos y comenzaron a avanzar por los Balcanes. En 1739 llegó, con la mediación de Francia, la paz que debía durar hasta 1743 con Rusia y hasta 1788 con los

Habsburgo. Entre 1743 y 1746 estalló otra guerra con Persia, mientras que el frente occidental se mantuvo en calma, principalmente a causa de los conflictos internos habidos en Europa.

Más allá del esplendor artístico alcanzado, el período de tulipanes representó especialmente el nacimiento de una nueva mentalidad. Se tomó nota, una vez más, del atraso que se arrastraba tanto en los aspectos relativos a la técnica militar como a los administrativos, y se inició el intento de superarlos. Mahmud I confió la dirección de su ejército al conde de Bonneval (1675-1747), un militar francés que había servido a Luis XIV y

al príncipe Eugenio de Saboya. Convertido al islam, tomó el nombre de Kumbaraci ("Bombardero") Ahmed Pachá, y comenzó la creación de un nuevo cuerpo de bombarderos y artilleros; a continuación, instituyó una escuela de ingenieros que sería, no obstante, cerrada tras su muerte debido a la hostilidad de los jenízaros y los ulemas. Los tiempos no estaban todavía maduros para los drásticos cambios necesarios para ponerse al día con los estados europeos.

7

Las reformas decimonónicas

El inicio de la Cuestión de Oriente

Desde mediados del siglo XVIII en adelante, el Gobierno de la Sublime Puerta intentó por todos los medios renovar sus propios cuadros administrativos para colocarse al mismo nivel que el de los demás estados

europeos. Estos, a su vez, se dedicaron a apoyar a las fuerzas más reaccionarias precisamente para evitar una recuperación efectiva, y sólo jugaron la carta otomana cuando la necesitaron para evitar las ambiciones expansionistas de sus otros rivales en Europa. En este tiempo decae la imagen del Imperio otomano en el ámbito internacional, que comienza con la derrota bajo los muros de Viena en 1683.Tiene su momento destacado en el desastroso Tratado de Küçük Kaynarca (1774) y culmina más tarde al no invitar a los diplomáticos otomanos al Congreso de Viena de 1814-1815. Los estados europeos dejaron, pues, al

margen al imperio de los sultanes, a la vez que lo sometieron a una presión económica cada vez mayor. Al mismo tiempo, en las provincias se iba afianzando con fuerza la idea de eludir una dependencia directa de Estambul, aunque por otro lado se incrementara la influencia religiosa del sultán, ahora definitivamente convertido de forma oficial en el califa de los musulmanes.

En 1768, Polonia solicitó ayuda a los otomanos para enfrentarse a la zarina Catalina II, lo que dio lugar a un nuevo y devastador conflicto. Esta guerra fue una consecuencia inesperada de la tensa relación que se vivía en Polonia, donde varios nobles se rebelaron contra el

Gobierno del rey Estanislao II, antiguo amante y títere de la emperatriz Catalina II de Rusia. Estos nobles, reunidos en la llamada Confederación de Bar, atacaron a las tropas rusas desplegadas en Polonia en apoyo de Estanislao II y luego se retiraron a los países vecinos para protegerse de las represalias rusas. En 1768, un grupo de cosacos al servicio de Rusia persiguió a una banda de confederados hasta la ciudad de Balta, en la actual Ucrania, que por entonces formaba parte del kanato de Crimea. Los crimeos acusaron a los cosacos de matar a varios de sus conciudadanos, hecho que Rusia negó, y pidieron ayuda a su señor, el sultán

otomano Mustafá III. Debido a esta petición, dicho soberano declaró la guerra a Rusia el 25 de septiembre de 1768 y estableció una alianza con los rebeldes polacos. Por su parte, Rusia se ganó el apoyo de Gran Bretaña, lo que le garantizaba un acceso sin problemas al mar Mediterráneo, así como algunos consejeros navales.

A pesar de que el Imperio otomano fue el primero en declarar la guerra, no fue capaz de llevar la iniciativa en toda la contienda, mostrando así que carecía de una estrategia real. Esto permitió al general Aleksandr Suvórov maniobrar sin problemas en Polonia, donde capturó Cracovia en 1768 a los sublevados y

luego aplastó la rebelión en el resto del país. Mientras tanto, la flota rusa del Báltico penetró en el Mediterráneo y arribó en febrero de 1770 a Morea (sur de Grecia), donde los rusos tenían agentes secretos desde años antes. Allí estimuló una rebelión popular contra los otomanos que, sin embargo, no se extendió al resto del país. Aun así, esto forzó a los otomanos a enviar refuerzos a Grecia en detrimento de Ucrania, labor que se vio complicada con la posterior derrota y destrucción de su flota en la batalla de la bahía de Çeşme, que tuvo lugar entre el 5 y el 7 de julio de ese año frente a la isla egea de Quíos.

Batalla de Çeşme. Pintura del prusiano Jacob Philipp Hackert (1737-1807) que se conserva en el Museo Naval Central de San Petersburgo. Çesme se encuentra en la costa anatólica, frente a la isla de Quíos. En 2006 se inauguró en dicha ciudad un museo consagrado a la batalla legendaria que tuvo lugar entre

las armadas rusa y otomana. La exposición se alberga en una fortaleza del siglo XV que sobresale sobre la ciudad y da a la bahía, escenario del enfrentamiento naval en el que los rusos obtuvieron la victoria.

El mismo día que el almirante Orlov derrotaba a la escuadra otomana en Çeşme, el mariscal de campo Piotr Rumyántsev penetró en la Ucrania otomana y derrotó a los turcos y sus aliados tártaros en dos batallas sucesivas sobre el río Larga, tras las cuales los rusos ocuparon la mayoría de las fortalezas existentes en la región. También ofrecieron a los crimeos

cambiar de bando y aliarse con ellos contra los otomanos, a lo que el kan Sahib II Giray se negó. Sin embargo, un ataque sorpresa sobre la península de Crimea le obligó a recapacitar, por lo que envió a su sobrino y sucesor, el príncipe Şahin Giray, a San Petersburgo para que negociara una paz con la emperatriz Catalina II en persona. Crimea abandonó entonces la guerra y con ello su largo vasallaje al Imperio otomano. En 1773, Suvórov dio la campaña de Polonia por finalizada y se marchó a Ucrania para combatir a las fuerzas otomanas que aún quedaban allí. Ganó una batalla tras otra, dando pie a su posterior fama de general invencible.

El Imperio otomano solicitó la paz en 1774, al comprobar que la zarina alentaba también una sublevación en Egipto.

El 21 de julio de ese año, Rusia y el sultán firmaron el Tratado de Küçük Kaynarca, en la actual Bulgaria, que ponía fin a la guerra. De acuerdo con dicho pacto, el más gravoso de los hasta entonces firmados por el Imperio otomano, este reconocía la independencia de un reducido kanato de Crimea, hecho que lo convertía *de facto* en un estado satélite de Rusia, y se comprometía a pagar cuatro millones y medio de rublos como indemnización de guerra. Rusia ganaba además el derecho

a construir dos puertos en el mar Negro, posibilidad que hasta entonces le había estado vedada. Finalizaba así el monopolio otomano sobre ese mar y se abría la posibilidad de que se produjera un ataque naval ruso, en el futuro, sobre la misma Estambul.

Por su parte, el kanato de Crimea sobrevivió a la guerra, pero quedó sumido en la ruina y dividido entre facciones fuertemente enfrentadas que apoyaban a Rusia o a Turquía. Usando como pretexto la guerra civil que por esta causa desangraba el país, los rusos ocuparon Crimea en 1783 y depusieron al último kan, Şahin Giray, el mismo que años atrás había sido recibido por

Catalina II. Exiliado al Imperio otomano en 1787, fue finalmente apresado y ejecutado por traición por orden del nuevo sultán, Abdul Hamid I, que no le perdonó su papel en la negociación de la paz con Rusia y el consiguiente abandono de su imperio en la guerra. De hecho, el Imperio otomano no aceptó formalmente la anexión de Crimea a Rusia en 1783, por lo que la visita de Catalina II a la península —convertida en *óblast* (provincia rusa) de Táurida— en 1787 fue utilizada como pretexto para desencadenar la nueva guerra ruso-otomana que estalló ese año. Este conflicto se alargó hasta 1792 y se saldó con el Tratado de Iași (Moldavia) de

1792, un enésimo quebranto para los otomanos, que se vieron obligados a reconocer la anexión de Crimea a Rusia, a la que tuvieron que ceder Yedisán, al sudoeste de Ucrania. El río Dniéster se convirtió en una nueva frontera internacional entre ambos estados.

El período que va de 1774 a 1923, es decir, entre los tratados de Küçük Kaynarca y Lausana, se conoce como el momento de la Cuestión de Oriente. En estos años asistimos al desmembramiento progresivo del imperio y a la rivalidad de las grandes potencias europeas, interesadas en aprovechar tal desintegración. Los rusos apoyan a los ortodoxos griegos y

eslavos, mientras que los británicos y los franceses ya no ven a la Puerta como un aliado. Los primeros querían proteger su comercio con la India, mientras que los segundos se presentaban como protectores de los cristianos que tenían intereses en el Levante. Incluso los austriacos entraron en liza para oponerse a los rusos en los Balcanes, mientras que los alemanes estaban descubriendo el enorme potencial del Próximo Oriente.

En tales circunstancias, los líderes otomanos recurrieron una vez más al arma de la renovación política y militar, necesaria aunque, al mismo tiempo, peligrosa para la supervivencia de un

imperio multiétnico. El sultán Abdul Hamid I (1779-1789) impulsó una nueva artillería y una nueva marina. Llamó para renovar la primera al barón de Tott, un húngaro que había servido en Francia. Se crearon nuevos cuerpos gracias a la determinación de un escocés llamado Campbell, que se convirtió al islam y pasó a ser conocido como Ingiliz Mustafá, es decir, Mustafá el Inglés. El francés Aubert, a su vez, organizó una fundición de cañones y una nueva escuela de ingenieros. En cuanto a la flota de guerra, al gran almirante Cezayirli Gazi Hasan Pachá se le unieron los ingenieros franceses Le Roi y Durest. Se intentó renovar también el

cuerpo de jenízaros, cuyas glorias pasadas ya se habían olvidado, sometiéndolo a un adiestramiento constante. En cuanto a los *sipahi*, intentaron obligarlos a vivir en sus propias tierras.

El primer gran reformador del momento fue Selim III (1789-1807). Este empezó de cero creando nuevos cuerpos de infantería llamados *nizam-i cedid* ("nueva organización"), bajo el mando de oficiales británicos, franceses y alemanes. También reformó la marina y, sobre todo, el cuerpo diplomático, creando las primeras embajadas permanentes en Londres, Berlín y Viena. Envió jóvenes secretarios al exterior

con el objetivo de aprender las principales lenguas extranjeras y otros aspectos culturales. Sin embargo, para imponer estas reformas hacían falta dinero y el personal necesario capaz de sacrificarse por el bien del estado, elementos difíciles de conseguir habida cuenta de que en las provincias las rebeliones se multiplicaban. Entre otras, comenzó a extenderse una en la actual Arabia Saudí, donde surgió el movimiento wahabí. Este había sido fundado por Abd al-Wahhab (1703-1793), cuyas intenciones se fundieron con las ambiciones expansionistas de Muhammad Ibn Saud († 1765), emir de la ciudad de Al-Diriyah (cerca de la

actual Riad) y su hijo Abd al-Aziz († 1803), considerados los dirigentes del primer estado saudí, destruido por los otomanos en 1818. Fue precisamente el gobernador de Egipto, Mehmed Alí, quien logró acabar con aquel movimiento secesionista. Especialmente en los Balcanes, donde se había permitido la supervivencia de identidades étnicas diferentes, se reactivaron los anhelos de las minorías. Apoyado por el nuevo ideal del estado-nación, estos grupos trataron de obtener no sólo su propio espacio de actuación, sino también la independencia.

Ceremonia de entronización de Selim III. Pintura del artista de origen griego Konstantin Kapidagli realizada hacia1789, y que se conserva en el palacio de Topkapi (Estambul). El talento y la energía con los que Selim estaba dotado hicieron que el pueblo depositara sus esperanzas

en su ascensión al trono. Fue largamente persuadido de la necesidad de una reforma en su estado. Pero Austria y Rusia no le dieron tiempo a acometer otra tarea que no fuera la de defenderse, y no sería hasta la firma de la paz con los rusos en 1792 cuando podría respirar en Europa. Sin embargo, poco después Napoleón invadió Egipto y Siria, lo que hizo que el imperio se viera obligado a realizar nuevos esfuerzos, pues durante un tiempo la antigua alianza con Francia quedó hecha añicos.

En los años 1798-1801, con la llegada de Napoleón a Egipto, comenzó

la primera invasión europea de tierra islámica a gran escala después de las cruzadas. El joven general francés, al servicio de la república revolucionaria, había logrado en 1797 someter a Austria y Venecia obligándolas a firmar el Tratado de Campoformio, por el que Francia se apoderaba de las posesiones venecianas en las islas Jónicas. Este expansionismo francés hacia aguas otomanas provocó la entrada del sultán en la segunda coalición antifrancesa y, como consecuencia, la expedición napoleónica en Egipto, destinada a perjudicar los intereses británicos en la India y a castigar al nuevo enemigo.

Las nuevas ideas comenzaron a

extenderse entre los intelectuales musulmanes, que por primera vez entraban en contacto con un credo secular y no con una ideología basada en la religión, cualquiera que esta fuese. El mismo Napoleón utilizó como propaganda en Egipto una serie de categorías mentales novedosas para los musulmanes, como la de afirmar no ser un cristiano, haber apresado al papa, haber suprimido numerosas iglesias y estar dispuesto a respetar la religión islámica y el Corán. De hecho, Napoleón se había percatado de que el principal obstáculo para la creación de una atmósfera de mutua confianza era la cuestión religiosa y, por lo tanto, había

tratado de superar el problema tal vez sin darse cuenta de que, para un musulmán, todo el que no seguía su religión era un infiel. La aventura de Napoleón concluyó rápidamente sin aportar ningún fruto a la doctrina de la tolerancia, aunque sí promoviendo en Europa no sólo el nacimiento de un interés científico por todos los aspectos de las civilizaciones del Próximo Oriente (el entonces llamado Orientalismo), sino también despertando una serie de apetitos políticos que no tardarían en dar como resultado el colonialismo y el imperialismo.

La respuesta otomana a la invasión francesa se centró de nuevo en las

reformas, pero una rebelión nacida entre las filas de los jenízaros dio lugar a la deposición de Selim III que fue sustituido por su primo Mustafá IV (1807-1808), el cual rápidamente renunció a cualquier innovación. Eso no le salvó tampoco de otra conspiración, que puso en el trono otomano a su hermano Mahmud II (1808-1839), quien reanudó las reformas. De acuerdo con una divulgada tradición, este soberano era hijo de Aimée de Rivery, prima de Josefina de Beauharnais, la primera esposa de Napoleón. Aimée habría sido secuestrada por los piratas de Berbería y donada al sultán Abdul Hamid I (1774-1789), desarrollando en la corte

una destacada política filofrancesa. Mahmud II fue el verdadero renovador del imperio, aunque el período de las llamadas «reformas» (Tanzimat) no llegaría hasta la subida al trono de su sucesor. En 1808, Mahmud II creó la tropa de los *cedid segban-I* ("nuevos guardianes de perros") que, sin embargo, fueron eliminados físicamente en 1815 por los jenízaros, conscientes de la amenaza que representaba para sus privilegios la formación de estas nuevas unidades. El sultán hizo recomponer el cuerpo e incluso situó su cuartel junto al de sus enemigos, con la intención específica de provocarlos a una nueva rebelión. Como estaba previsto, esta

estalló en 1826, aunque ahora el Gobierno se encontraba preparado para el nuevo escenario y lo utilizó abiertamente, con el consenso de todos, para llevar a cabo lo que había planeado. Todas las unidades de jenízaros, tanto de la capital como de las provincias, fueron suspendidas de sus funciones, y sus miembros atacados y en muchos casos asesinados, suceso que se conoció como «el feliz acontecimiento» (*Vaka-i Hayriyye*). La antigua caballería *sipahi* corrió la misma suerte. En poco tiempo fueron también condenados a muerte los principales dirigentes de la hermandad *bektaşi*, considerada la inspiradora del levantamiento. Los

reformadores tuvieron a partir de entonces las manos libres para la creación de un nuevo ejército, creándose nuevas escuelas militares a imitación de los modelos europeos. Se produjo, no obstante, un momento de crisis al no haberse formado todavía los cuadros de mando para esta nueva tropa, ocasión que aprovecharon las potencias europeas enemigas. Así, el zar declaró en 1828 una guerra que concluyó al año siguiente. Fue un conflicto derivado del apoyo que el zar Alejandro II prestó a los independentistas griegos y que provocó que el encolerizado sultán cerrara los Dardanelos al tráfico de barcos rusos. La guerra finalizó con el

nuevo Tratado de Edirne y supuso una importante victoria de Rusia y un paso más en la decadencia del Imperio otomano. Rusia obtuvo la mayor parte de la costa oriental del mar Negro y la desembocadura del Danubio. El sultán reconoció la soberanía rusa sobre Georgia y parte de la actual Armenia. A Rusia se le permitía ocupar Moldavia y Valaquia hasta que los otomanos pagasen una enorme indemnización. También Serbia vio reconocida su autonomía. Para colmo, en 1830, cuatro años después del «feliz acontecimiento», los franceses entraron en Argelia, mientras que Grecia, rebelde desde 1824, proclamó su independencia

bajo los auspicios de Francia y Gran Bretaña. Mientras tanto, el gobernador de Egipto, Mehmed Alí, se sublevó a su vez. Después de diversos enfrentamientos, intervenciones europeas y acuerdos llegó, en 1840, el reconocimiento del derecho de hereditariedad sobre el Gobierno de la región, cuyo dirigente recibió el título de *kedive* (“virrey”), acuñado para la ocasión.

Mahmud II abandonando la mezquita de Bayaceto en Estambul. Pintura realizada por el francés Auguste Mayer (1805-1890) en 1837. Colección particular. Frente a la mezquita se observa la puerta de acceso a los nuevos cuarteles creados por el sultán en 1826. Mahmut II reformó las instituciones

administrativas y el propio ejército, influido por un proceso de occidentalización. Ordenó la disolución de los jenízaros en 1826, según unos por la muerte de su visir y amigo Alemdar Mustafá Pachá, y según otros para deshacerse de un cuerpo militar que no respondía a las necesidades militares de los tiempos modernos.

Las reformas de los años 1830-1839 fueron, en primer lugar, militares, pero pronto se extendieron a las esferas administrativa y civil. En cuanto al Gobierno central, el gran visir vio transformado su título por el de *baş vekil*, o sea, primer ministro. No se trató

únicamente de un cambio en la denominación. El Gobierno se dividió en ministerios y departamentos gobernados por los *vekil*, es decir, los ministros. Estos se ocupaban de los asuntos de estado anteriormente en manos del gran visir, como la diplomacia internacional, que incluía una escuela específica anexa, las finanzas o los asuntos internos, creándose además consejos de comercio y agricultura, así como todo un consejo de ministros y un consejo de la Sublime Puerta encargado de examinar los proyectos de ley. Concluyó así el tradicional control de los asuntos de estado por parte del sultán y del gran

visir, y los ministros se convirtieron en responsables de sus ministerios, mientras que el consejo de estado ya no tenía tan sólo una función consultiva, sino también deliberativa.

En la administración de las provincias se procedió, en primer lugar, a elaborar un censo de población y propiedades y a la creación de un sistema de catastro basado en la distribución equitativa de los impuestos, de la que se encargarían funcionarios del Gobierno central. Dejó así de recurrirse a los arrendatarios privados, que exigían a los agricultores y comerciantes el pago de los tributos de modo bastante arbitrario. Las

guarniciones locales quedaron bajo la autoridad directa de mandos ubicados en la capital.

Estas reformas se fueron aplicando progresivamente, procurando no perturbar a la población ni provocar cambios excesivamente radicales. El personal de la administración central se dividió en tres categorías: la civil (*kalemiye*), responsable de las relaciones con el primer ministro; la jurídico-religiosa (*ilmiye*), dependiente del *şeyhülislam* y, finalmente, la militar (*seyfiye*), bajo las órdenes del *serasker* ("comandante en jefe"). Dejó ya de hablarse de *kul* ("esclavos") para referirse a los *memur* ("funcionarios"),

asalariados que gozaban de un estatuto propio y de una legislación especial a la hora de ser juzgados. En cuanto al ejército, se acudió a expertos prusianos, entre los que destacó el que luego sería mariscal Helmuth Karl Bernhard Conde Von Moltke. También organizaron nuevas escuelas de medicina, ingeniería, marina de guerra y ciencia militar.

LA GUERRA DE CRIMEA

El 3 de noviembre de 1839, Abdülmecid I (1839-1861), hijo de Mahmud II, recién llegado al trono, emitió un

documento clave para la política de reformas. Se trataba del *hatt-i şerif* de Gülhane (parque situado junto a las murallas del palacio de Topkapi), un decreto imperial que tomó su nombre del lugar donde fue firmado y cuyo carácter era jurídico, financiero, administrativo y militar. En él se afirmaba que todos los súbditos del sultán eran iguales, independientemente de su religión o nacionalidad (en contraposición, por lo tanto, con el pensamiento islámico, que distingue entre musulmanes e infieles), que todos debían ser juzgados de acuerdo con la ley y tras la correspondiente investigación de sus presuntos delitos,

que todos debían pagar directamente al estado sus impuestos sin excepciones y, finalmente, que cada localidad debía aportar un contingente militar. De esta manera, el imperio abandonaba por completo el antiguo ideal de un estado multiétnico, en el que sus diversos componentes se fundían armoniosamente bajo la guía del elemento otomano, formado por aquellos que, a través de la educación y el conocimiento de la etiqueta, habían superado sus orígenes étnicos. Con el texto de Gülhane se acogían las ideas occidentales dirigidas a crear un estado secular y nacional y, en última instancia, turco.

Las grandes potencias europeas,

portadoras de este mensaje destinado a romper con el pasado, no aplaudían sin embargo iniciativas de este tipo, como tampoco el alineamiento de la clase dominante otomana a sus posiciones ideológicas. Desde su punto de vista, era preferible utilizar el alcance iconoclasta del mensaje democrático y nacionalista para elevar a los intelectuales, y a continuación a las masas, contra el Gobierno otomano, presentado como retrógrado y despótico. Aunque de momento no convenía liquidar a un vecino todavía destacado, necesario además para equilibrar a las propias fuerzas europeas en juego. El Imperio otomano era considerado por

muchos como un posible aliado militar, dado su indudable potencial demográfico y también por la extensión de sus fronteras, la magnitud de sus mercados como reclamo comercial y la importancia de sus materias primas para los países europeos, que las importaban, las manufacturaban y luego las revendían a los mismos otomanos obteniendo pingües beneficios. La misma política económica del imperio facilitaba este mecanismo, ya que favorecía las importaciones sobre las exportaciones, con la creación de inevitables desequilibrios negativos en su balanza de pagos. Frente a semejante dúplice necesidad, los teóricos de la

política comenzaron a sostener la idea de la superioridad de Occidente en comparación con Oriente, la «carga del hombre blanco» (*white man's burden*, según un poema de Rudyard Kipling), destinado por la naturaleza a una misión civilizadora. En un primer momento se afirmó también que la supervivencia del Imperio otomano no era necesaria para equilibrar los estados. Estos configuraban una constelación de entidades europeas, mientras que dicho imperio sólo era considerado como algo que formaba parte de Asia y, por tanto, ajeno a Europa. Sin embargo, la guerra de Crimea de mediados de centuria obligaría a revisar esta última

afirmación, en cuanto que franceses y británicos comprobaron que se trataba de un aliado necesario para equilibrar el dominio ruso.

El sultán Abdülmecid I según un dibujo de la época. Cuando subió al trono, los asuntos del imperio estaban en un estado crítico. En el momento en que su padre

murió, la noticia de que el ejército otomano había sido derrotado en Nizip por el ejército del virrey egipcio rebelde Mehmed Alí llegó a Estambul. Al mismo tiempo, la flota imperial se dirigía a Alejandría, donde fue entregada a Mehmed por su comandante Ahmed Fevzi Pachá, con el pretexto de que los consejeros del joven sultán se habían unido a Rusia. Sin embargo, a través de la intervención de las potencias europeas, Mehmed se vería obligado a aceptar un acuerdo que le impidió extender su poder sobre Siria, Líbano y Palestina. Los términos de dicho acuerdo fueron establecidos en la convención de Londres de 1840.

La guerra, propiciada por el zar Nicolás, estalló en 1853 por un motivo fútil, relacionado con la custodia de las llaves de la iglesia de la Natividad de Belén, que se la disputaban tanto el clero latino —tradicionalmente bajo protección francesa—, como el ortodoxo. Rusia se puso inmediatamente del lado de este último, a pesar de un intento de mediación de los otomanos, por otro lado soberanos de la tierra donde se ubicaban los Santos Lugares, aprovechando la todavía precaria situación de Napoleón III. Este se encontraba todavía consolidando su poder imperial en Francia, mientras que el Imperio austriaco, todavía sacudido

por los levantamientos de 1848, no se encontraba en su mejor momento para intervenir en un conflicto armado. La intención de Rusia era, en realidad, aprovechar su posición de apoyo a los ortodoxos para apropiarse de la mayor cantidad posible de territorios otomanos y lograr por fin el acceso directo al Mediterráneo a través de los Dardanelos. Sin embargo, Francia y Gran Bretaña surgieron como valedoras del sultán, preocupadas ante la posibilidad cada vez más factible de que el Imperio ruso se convirtiera en un estado excesivamente fuerte y poderoso. Por ello ofrecieron su apoyo a la Sublime Puerta, aunque exigiendo como

contrapartida las reformas necesarias que abrieran aún más sus mercados a Occidente.

Gracias a los corresponsales de guerra y al uso de las nuevas técnicas fotográficas, la opinión pública occidental fue ampliamente informada de lo sucedido en el frente oriental, donde además ya operaron las enfermeras dirigidas por la británica Florence Nightingale. Fue una guerra que ya podemos considerar moderna, que vivió la matanza de miles de hombres (caso de la toma de Sebastopol) y, por tanto, fue muy estudiada por los teóricos militares (como el general español Juan Prim, que

acudió al frente como observador).

La guerra propiamente dicha comenzó cuando el zar envió a un diplomático, el príncipe Ménshikov, en una misión especial ante el Gobierno turco. Por tratados previos, el sultán Abdülmecid I estaba comprometido a «defender la religión y la Iglesia cristiana», pero Ménshikov intentó negociar un nuevo tratado por el cual Rusia podría intervenir cuando considerara inadecuada la protección del sultán. Al mismo tiempo, el Gobierno británico envió un emisario llamado Starford, quien se enteró al llegar a Estambul de las demandas de Ménshikov. Mediante la diplomacia,

lord Starford convenció al sultán de que rechazara el tratado, el cual comprometía la independencia de los otomanos. Poco después de informarse del fracaso de su negociador, el zar mandó a su ejército a Moldavia y a Valaquia, territorios vasallos de los otomanos en los que Rusia se consideraba guardiana de la Iglesia ortodoxa, tomando como excusa la falta de soluciones por parte del sultán para proteger los lugares sagrados. Nicolás I creyó que las potencias europeas no se opondrían a la anexión, especialmente porque Rusia había ayudado a sofocar las revoluciones de 1848, pero se equivocaba. De hecho, estos acabaron

siendo los motivos considerados oficiales del conflicto.

Cuando el zar envió sus tropas a Moldavia y Valaquia, el Reino Unido buscó proteger la seguridad de su aliado el Imperio otomano, y para ello mandó una flota hacia los Dardanelos, donde se le unió una flota francesa. Mientras tanto, las potencias europeas esperaban una solución diplomática. Los representantes de las cuatro grandes potencias neutrales —Reino Unido, Francia, Austria y Prusia— se reunieron en Viena, donde elaboraron una propuesta que suponían aceptable para el Imperio ruso y el Imperio otomano. La propuesta contaba con el apoyo del

zar Nicolás I, pero fue rechazada por el sultán, quien se quejó de que la redacción del documento podía dar lugar a diferentes interpretaciones. Reino Unido, Francia y Austria propusieron entonces conjuntamente modificaciones para satisfacer a Abdülmecid, pero sus sugerencias fueron ignoradas en la corte de San Petersburgo. Reino Unido y Francia abandonaron la idea de continuar negociando, aunque Austria y Prusia no consideraron que el rechazo justificara el abandono de las negociaciones.

El sultán decidió entonces responder a la agresión rusa, atacando a las tropas rusas cerca del Danubio. Nicolás I envió

entonces naves de guerra que destruyeron la flota otomana en la batalla de Sinope (costa anatólica del mar Negro), en el puerto homónimo, el 30 de noviembre de 1853. Con ello los rusos pudieron desembarcar y abastecer a su ejército en las costas otomanas sin ningún problema. La destrucción de la flota del sultán y la amenaza de una expansión rusa alarmaron definitivamente a Francia y al Reino Unido, quienes acudieron en defensa del Imperio otomano. En 1854, Rusia ignoró el ultimátum anglofrancés para retirarse del Danubio, por lo cual el Reino Unido y Francia le declararon la guerra. Más tarde se incorporaría a su lado también

el reino del Piamonte.

Soldados otomanos durante la guerra de Crimea. Fotografía de la época. Se acepta que la fotografía de guerra se inició en

Crimea. Y la historiografía considera al británico Roger Fenton el primer reportero fotográfico, aunque con su trabajo se hablara de reportaje de la «falsa guerra», pues no aparecían muertos en las imágenes que se publicaron.

Nicolás I supuso que Austria estaría de su lado o, al menos, sería neutral para corresponder a la ayuda prestada durante las revoluciones de 1848. Sin embargo, Austria se vio amenazada por las tropas rusas en los principados del Danubio. Cuando Reino Unido y Francia reclamaron a Rusia que retirase sus tropas de esos principados, Austria los apoyó y, a pesar de que no declaró

inmediatamente la guerra a Rusia, se negó a manifestarse neutral. Por ello, Rusia aceptó una nueva demanda de Austria que le hizo retirar sus tropas en el verano de 1854, cuando la guerra estaba en pleno apogeo en Crimea.

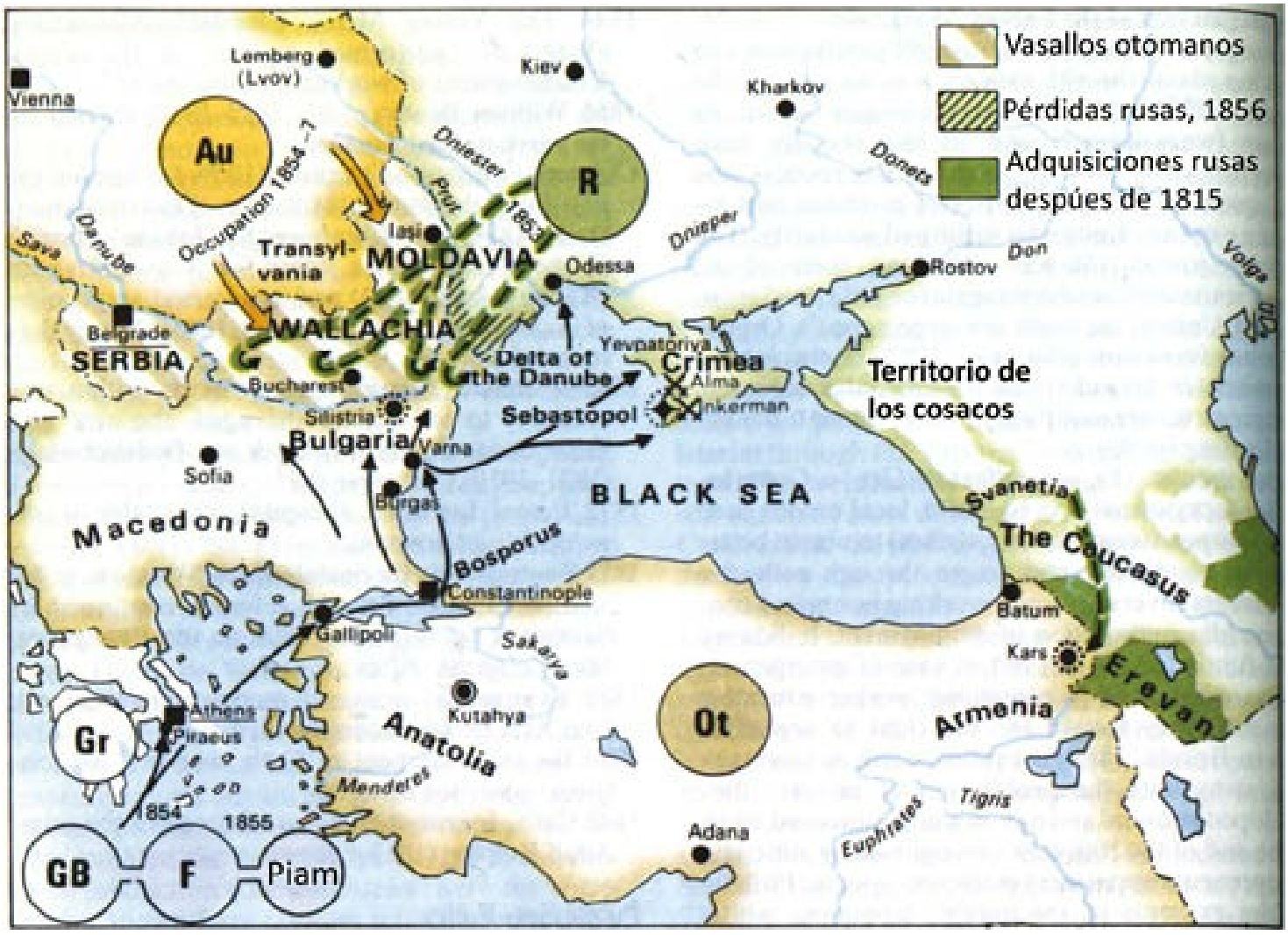
Estampa de la época que representa el ataque de las tropas otomanas al fuerte ruso de Shefketil (Georgia). Durante la guerra de Crimea, en la noche del 15 al 16 de octubre de 1853, una fuerza otomana superior integrada por entre tres y cinco

batallones asaltó la fortaleza, defendida por compañías de infantería rusa y una milicia georgiana local. Aunque logró su captura, las atrocidades cometidas por los irregulares otomanos irritaron a los georgianos musulmanes locales, que inicialmente habían acogido con satisfacción el avance otomano. Las bajas rusas ascendieron a cerca de 1000 muertos y 80 prisioneros, mientras que las atacantes sufrieron 32 muertos y 59 heridos. La batalla abrió el frente del Cáucaso de la guerra de Crimea.

El 10 de abril de ese año, la flota franco-británica bombardeó Odesa e

intentó realizar un desembarco, sin éxito. El 25 de octubre de 1854 tuvo lugar la famosa batalla de Balaclava (Crimea), de resultado indeciso, ya que una carga de la caballería británica obligó a los rusos a abandonar sus posiciones, a costa de 615 bajas; días después, los ejércitos aliados empezaban el sitio de Sebastopol. El 5 de noviembre se libró la decisiva batalla de Inkermán, que terminó con una grave derrota rusa. El 9 de septiembre de 1855, Sebastopol cayó en manos de las tropas franco-británicas después de once meses de asedio. Tras esta derrota, Rusia se vio forzada a pedir la paz. El 30 de marzo de 1856, el Tratado de

París puso fin al conflicto. Un tratado que tardó en llegar porque se requería primero que los otomanos saldasen sus deudas con los aliados, y que supuso un duro revés para la influencia rusa en la región. Según el acuerdo, Moldavia y Valaquia permanecerían bajo soberanía otomana, aunque les serían concedidas constituciones y asambleas nacionales, que deberían ser supervisadas por las potencias vencedoras. A su vez, Moldavia recibió el sur de Besarabia. Rusia fue forzada a abandonar sus aspiraciones de proteger a los cristianos del Imperio otomano, al igual que Francia.



Mapa de la guerra de Crimea.

Coincidió el año de la paz con un nuevo decreto reformista imperial por el que se garantiza el respeto a la tradicional inmunidad de los no musulmanes, la libertad de culto y el derecho a una administración propia, al

tiempo que se reafirmaba que todos los habitantes del imperio eran iguales con respecto a los impuestos, la justicia, la educación, el servicio militar, pudiendo ser este último, sin embargo, eximido mediante el pago de un impuesto especial, el llamado *bedel*. También la administración provincial fue reformada y se establecieron las bases para incrementar la influencia occidental en el imperio. Los estados europeos pasaron a reconocer al Imperio otomano como parte de su propio mundo, un elemento indispensable para el equilibrio político. Se afirmó que la Sublime Puerta era independiente, aunque, al mismo tiempo, las grandes

potencias se consideraran con derecho a intervenir en caso de necesidad. Un imperio reconocido, sí, pero a la vez considerado como el «enfermo de Europa», de acuerdo con la definición atribuida al zar Nicolás I.

EL TANZIMAT (1839-1876)

El período conocido con el nombre de Tanzimat (literalmente, "reorganización") duró desde 1839 hasta 1876. El programa de reforma se aplicó a las esferas militar, administrativa, social, económica y

religiosa. Aunque el Tanzimat representó más de treinta años de ajustes progresivos, se pueden distinguir durante todo ese tiempo algunas pautas. Con respecto a la organización del Gobierno y la Administración, se creó un omnipotente sistema burocrático muy centralizado, basado en el modelo francés. El Gobierno comenzó a hacer frente a todos los sectores de la vida de sus súbditos, haciendo suyas muchas de las competencias antes detentadas por los *millet* y los gremios de artesanos. Para la recaudación de impuestos y otros servicios se recurrió, como hemos avanzado, a funcionarios asalariados y no al sistema de arriendo de su cobro.

Estos nuevos burócratas debían graduarse en las escuelas de administración creadas al efecto, dando lugar a una separación cada vez mayor entre los que estudiaban en escuelas laicas, ahora más influyentes, y los que lo hacían en las escuelas coránicas o madrasas. Se crearon numerosos consejos o *divan*, lo que complicó bastante la burocracia, cuya eficacia se resintió. Sobre todo por motivos prácticos, el poder ejecutivo se separó del legislativo.

Evolución parecida a la del aparato central fue la que vivió la administración provincial donde, sin embargo, también comenzó a

considerarse el poder de la opinión pública, haciéndose eco de la necesidad de que se aplicara el principio de representación.

En cuanto a la justicia y los derechos humanos, los objetivos de los reformadores fueron esencialmente los de preservar la seguridad, el honor y la propiedad, así como la igualdad de todos los súbditos frente al estado sin importar la raza, la religión o la riqueza de cada uno. La única distinción admitida fue la existente entre la clase dirigente y el resto de los habitantes del imperio, procurando también que se redimensionaran los *millet*. En el ámbito jurídico se redactaron nuevos códigos

que sustituyeron a la antigua legislación religioso-civil, basada únicamente en la *sharia* y el *kanun*, aunque se intentó, en la medida de lo posible, conciliar las nuevas normas con los principios islámicos. Se crearon nuevos juzgados para aplicar estos códigos, mientras que a los antiguos tribunales de la *sharia* se les privó de toda autoridad, excepto en lo referente a las situaciones personales o familiares, es decir, todo lo relacionado con el matrimonio, el divorcio o las herencias. Se aplicaron otras disposiciones judiciales de evidente origen europeo como la creación de nuevos juzgados de apelación, así como tribunales mixtos

destinados a juzgar los casos que afectaran a otomanos y extranjeros. Incluso esta última medida, que parecía estar destinada a beneficiar las relaciones entre súbditos y extranjeros, se convirtió en un arma para los occidentales, ya que dichos tribunales solían estar presididos por extranjeros, y los debates se llevaban a cabo en su idioma, por lo que un súbdito otomano podía acabar condenado sin saber lo que se había hablado durante el juicio.

También se modificó la organización militar. La desaparición de los jenízaros y los *sipahi* provocó un primer momento de crisis, que se manifestó en resultados desastrosos en los campos de batalla del

momento. Con el Tanzimat volvieron a llamar a los instructores europeos, pero también enviaron a los jóvenes oficiales a estudiar a Europa, generalizándose asimismo las escuelas militares. Los soldados comenzaron a recibir una paga, así como ropa militar y alimentos, que en los tiempos anteriores debían adquirir ellos mismos con los donativos y regalos recibidos. Cuando estos no llegaban, el ejército entraba en caos, como ocurrió, por ejemplo, bajo los muros de Viena en 1683, cuando se vio a los hambrientos soldados comiéndose a sus propios caballos. También se crearon comandos regionales separados, cuando en el pasado un gran ejército

sólo podía ser dirigido por el sultán o su representante. Empezaron a alistarse los no musulmanes, acabando con el principio de que el ejército debía estar reservado a los creyentes en el islam. No obstante, en sus inicios, este nuevo sistema de reclutamiento tuvo resultados desastrosos, ya que el servicio se prolongaba durante quince años, dejando muchos campos sin los necesarios brazos para trabajarlos. Por ello se tuvo que establecer que cada familia sólo aportaría un hijo a la leva, limitando el período de servicio directo a cinco años. A continuación, se pasaba a la condición de reservista, mucho menos gravosa y que sólo exigía

ejercicios periódicos. Los estudiantes de las nuevas escuelas quedaron libres de la leva.

El nuevo modelo educativo, aplicado en las escuelas de primaria y secundaria, era esencialmente secular y diseñado para preparar a militares y funcionarios del estado. Su ideal era el de crear una nueva clase de tecnócratas capaces de competir con los europeos, y para conseguirlo los alumnos eran incluso enviados al extranjero para que pasaran diversos períodos de estudio. De esta forma, concluyó el monopolio de la cultura religiosa, impuesta a través de las escuelas coránicas. En las viejas madrasas ya solo quedarían los futuros

opositores al régimen.

A pesar de la presión europea, también se hicieron reformas en la economía, en un intento por mejorar la producción y lograr una mayor competitividad en los mercados. Se instalaron nuevas fábricas y se alentó especialmente la producción minera. También se apoyó la agricultura, que vivió una amplia y alentadora recuperación gracias a una relativa modernización técnica. Se diseñó un nuevo sistema de correos y telégrafos con el apoyo de los gobiernos europeos, que conseguían así favorecer sus propias industrias. Se adquirieron barcos de vapor y se proyectó la

construcción del ferrocarril; la primera línea férrea del imperio la construyó la empresa británica Levant Company y conectaba Aydin con Esmirna, tenía una longitud de ciento treinta kilómetros y fue inaugurada el 23 de septiembre de 1856. Para favorecer la circulación de productos se abolieron los monopolios estatales y se redujeron los impuestos, lo que provocó una gran satisfacción en aquellos que se dedicaban a la exportación en el Imperio otomano.

Inauguración del ferrocarril entre Aydin y Esmirna (1856). Grabado de época. Aunque la inauguración se realizara en 1856, la línea no se completó hasta diez años después. La estación original de Aydin todavía se conserva.

Estos cambios determinaron, en

primer lugar, el nacimiento de una nueva élite occidentalizada de burócratas y, al mismo tiempo, la de una fuerte oposición formada por miembros de la antigua clase dominante, que se veían apartados del poder, los contratistas, los militares y todos aquellos que habían perdido sus antiguos privilegios, incluidos los jefes de las minorías no musulmanas, cuyas comunidades por ellos representadas habían visto reducidos en gran medida sus derechos. Muchos se quejaban también de no disponer de la cantidad necesaria para librarse de la leva, pues aun no siendo musulmanes se veían ahora obligados a realizar el servicio militar. Los

descontentos intentaron buscar apoyos en Europa y comenzaron a difundir las ideas nacionalistas en los distintos *millet*. Parte de la oposición buscó coaligarse incluso con los jóvenes titulados en las nuevas escuelas que no lograban encontrar trabajo al ver su carrera bloqueada por la generación precedente de funcionarios, que ya había ocupado los puestos del poder. Muchos de ellos acabaron encontrando empleo como periodistas y escritores, tomando las riendas de la opinión pública. Este grupo adoptó, imitando a otras organizaciones de la época como la Joven Italia o la Joven Europa —ambas fundadas por el italiano Giuseppe

Mazzini—, el nombre de los Jóvenes Otomanos, aunque en su país los llamaron *Yeni Osmanlılar* (literalmente, «Nuevos Otomanos», surgidos en 1865). Una sociedad en la que la idea de juventud no se relacionaba con la de Gobierno y poder. Las reformas propugnadas por ellos fueron aún más radicales que las que aportó la generación anterior, aspirando a la desaparición del sultanato autocrático y de toda la clase dominante, así como a la creación de una nueva democracia parlamentaria. Se trataba de «musulmanes modernos» que afirmaban que el islam entendido correctamente era compatible con la organización de

una sociedad moderna y con un Gobierno constitucional.

EL INICIO DE LA DESMEMBRACIÓN DEL IMPERIO Y LA CRISIS BALCÁNICA

Paralelamente al momento reformista decimonónico, el imperio continuaba perdiendo uno a uno sus territorios. En 1826 se reconoció el derecho a la protección otorgada por el zar a Moldavia, Valaquia y Serbia. Con el Tratado de Edirne de 1829, al que siguió un año después la conferencia de

Londres, quedó afirmada internacionalmente la independencia de Grecia. Las tropas francesas invadieron en 1830 Argelia, y poco después, entre 1832 y 1835, Tripolitania (Libia) se las arregló para acabar con la administración directa otomana. En 1840, después de una guerra, la Puerta se vio forzada por la intervención de las potencias extranjeras a reconocer a Mehmed Alí como gobernante hereditario de Egipto, empleando el título de *kedive*. La isla de Creta, que entre 1830 y 1840 quedó bajo la protección de Mehmed Alí, vivió una serie de revueltas que culminaron con la gran rebelión fracasada de 1866-1869.

La crisis del Líbano la provocó a su vez el conflicto con Egipto. Las tropas egipcias ocuparon la región impulsando un enfrentamiento religioso apoyado a su vez por ingleses y franceses. En 1861, el Líbano acabó convirtiéndose en una provincia autónoma bajo la protección de Francia. Mientras tanto, en 1848, los vientos de la revolución que sacudieron a Europa también aterrizaron en Rumanía, llevando a un inestable acuerdo golpeado inmediatamente por la guerra de Crimea, tras la que el sultán tuvo que reconocer de nuevo la soberanía de los principados rumanos, aunque con una serie de restricciones derivadas de los derechos concedidos a

las potencias europeas. Poco tiempo después, en 1861, la Puerta se vio obligada a reconocer la unión de Valaquia y Moldavia bajo el cetro del príncipe moldavo Alexandru Ioan Cuza. En los mismos años (1860-1868), Serbia también se deshizo de la ya residual protección del imperio, que sólo conservó el derecho a ver ondear su bandera, junto a la serbia, en la ciudadela de Belgrado, como testimonio de una vasallaje solo formal. En el mismo período, en Montenegro (que siempre había sido un pequeño territorio virtualmente independiente de los otomanos, aunque considerado bajo su soberanía por el sultán) y en Bosnia y

Herzegovina estallaron los disturbios, de una forma u otra reprimidos, aunque ya hacia 1875 la situación comenzó de nuevo a deteriorarse.

La crisis de los Balcanes tuvo una gran influencia en Estambul, que ya vivía una crisis económica de gran alcance. Las matanzas de musulmanes y la quiebra financiera del estado (1875) sacudieron a la opinión pública, que presionó para lograr un cambio de Gobierno. El trono de Abdülaziz I (1861-1876), que había sucedido a su hermano Abdülmecid I, estaba muy lejos de ofrecer firmeza. De hecho, en 1876 el *şeyhülislam* pronunció una *fetva* fatal en la que se afirmaba que, desde un punto

de vista religioso, nada se oponía a la deposición del soberano. Por tanto, Abdülaziz acabó derrocado por un poderoso grupo de oficiales reformistas y fue sustituido por su sobrino Murad V (hijo de Abdülmecid), quien obtuvo el juramento de fidelidad del ejército, aunque su reinado sólo durara noventa y tres días. Pocos días después de su nombramiento, su tío Abdülaziz fue hallado desangrado y muerto, sin que pudiera determinarse si su fallecimiento se debía a un homicidio o a un suicidio. Murad V, soberano culto, francmasón y liberal, pronto mostró signos de incapacidad mental, por lo que también lo sustituyeron por su hermano Abdul

Hamid II (1876-1909). Mientras tanto, la crisis de los Balcanes se había radicalizado. Austria y Rusia estaban dividiéndose la región en zonas de influencia, y la actividad militar otomana en la región empujó a Rusia a lanzar un ultimátum que exigía un armisticio en Serbia y Montenegro. Francia e Inglaterra decidieron intervenir, apelando a una conferencia internacional bajo la amenaza de entrar en la guerra. El nuevo concierto europeo estaba ahora integrado por Rusia, Gran Bretaña, Francia, Austria-Hungría, Alemania e Italia, todos interesados en sacar el máximo beneficio de los acuerdos que preveían la independencia

de Bosnia y Herzegovina y el establecimiento de una Gran Bulgaria.

Ataque otomano al monasterio cretense de Arkadi. La heroica aunque infructuosa defensa de este monasterio por parte de los rebeldes cretenses en 1866 se

convirtió en un hecho muy divulgado por la prensa europea, interesada en mostrar las atrocidades de los otomanos. Esta imagen apareció en el periódico británico *The illustrated London News*.

La respuesta otomana en el marco de su situación interior sería, de forma inesperada, la promulgación de una constitución (1876), eliminando así la principal justificación de los opositores para intervenir. Cada una de sus propuestas fue a chocar con la afirmación de que el nuevo régimen de libertad e igualdad no permitiría su puesta en práctica. No se podían ceder

territorios, otorgar privilegios a los cristianos, crear tribunales especiales para los no musulmanes ni permitir a otros estados intervenir en lo que se estaba haciendo por controlar la delicada situación del imperio.

Esta situación había llevado al estado otomano a un momento de caos. En 1875, sus arcas se declararon en bancarrota y sus acreedores europeos no tardaron en imponer sanciones económicas al Gobierno del sultán. En 1876, los otomanos tuvieron que hacer frente a la creciente hostilidad de la opinión pública europea, dado que la prensa occidental había estigmatizado la violenta eliminación de los separatistas

búlgaros al hablar de los «horrores búlgaros». El ex primer ministro liberal británico William Gladstone pasó a encabezar la condena británica de la conducta otomana, y por si fuera poco, se estaba gestando una guerra con Rusia. La presión pasó factura al trono otomano que, como hemos visto, cambió de usuario en tres ocasiones durante 1876. Este fue el poco propicio telón de fondo sobre el que se produciría el mencionado ascenso al poder del joven Abdul Hamid II, que contaba treinta y tres años el 31 de agosto de 1876, fecha de su entronización. Los poderosos ministros del gabinete presionaron al nuevo sultán, obligándole a presentar

una constitución liberal y a instaurar un parlamento electo integrado por musulmanes, cristianos y judíos, considerando que dichas medidas evitarían que los europeos continuaran interviniendo en los asuntos internos otomanos. Si Abdul Hamid accedió a las demandas de los reformistas de su Gobierno fue más por pragmatismo que por convicción. La constitución, redactada bajo la influencia de los Jóvenes Otomanos, preveía un parlamento bicameral, la Asamblea General, consistente en un senado nombrado por el sultán y una cámara de diputados de carácter electivo (aunque no de forma directa, pues los votantes

seleccionaban a unos delegados que, a su vez, elegirían a los diputados), renovada cada cuatro años. El texto apenas limitaba el poder del sultán, que seguía manteniendo el derecho a declarar la guerra, nombrar a los ministros y aprobar las leyes. Fue promulgado el 23 de diciembre de 1876 y el 19 de marzo de 1877 se declaraba abierta la primera sesión del parlamento electo otomano. Sin embargo, transcurrido poco más de un mes de esa primera reunión parlamentaria, el imperio se enzarzaba en una devastadora guerra con Rusia.

Postal otomana de 1895 donde se saluda a la constitución de 1876. Ante el sultán Abdul Hamid II se arrodilla una mujer que representa la Libertad. Los diferentes *millet* del imperio quedan a sus espaldas (turcos con banderas rojas, árabes con banderas verdes, armenios y griegos). El ángel que sobrevuela

la escena porta una enseña donde
se lee en griego y en francés
«Libertad, Igualdad y
Fraternidad».

A finales del año 1876, surgieron disturbios en Serbia y Bulgaria que proporcionaron a Rusia la oportunidad de librar una nueva guerra expansionista. En abril de 1877, fracasado el intento de una conferencia internacional, y tras asegurarse de que Austria iba a permanecer neutral y conseguir que Rumanía permitiera que las fuerzas rusas cruzaran su territorio, Rusia declaró la guerra a los otomanos. Las fuerzas del zar Alejandro II conquistaron rápidamente nuevos

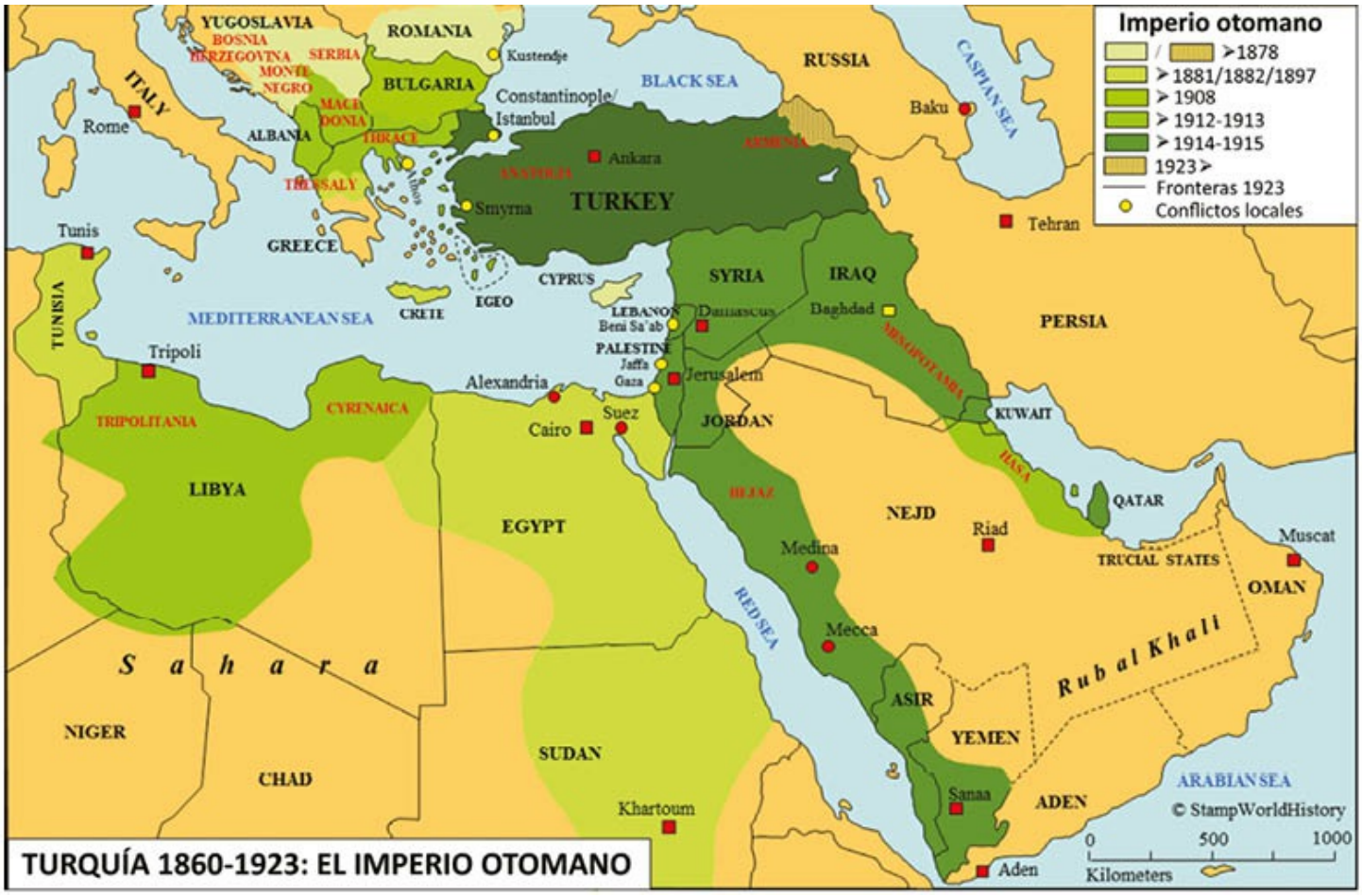
territorios a sus enemigos en los Balcanes y también, con un ataque por el Cáucaso, en la Anatolia oriental, aplastaron en su arrollador avance en dos frentes a los campesinos turcos y musulmanes. La embestida rusa provocó una indignación pública en los dominios otomanos. El sultán Abdul Hamid II utilizó su prestigio en el mundo islámico para obtener el apoyo popular en la guerra contra Rusia. Esgrimió el Sagrado Estandarte del profeta Mahoma, que obraba en poder de los otomanos desde que el imperio ocupara las tierras árabes a comienzos del siglo XVI, y declaró la yihad a los rusos. El pueblo otomano cerró filas tras el sultán

presentándose voluntariamente para el servicio militar y contribuyendo económicamente al esfuerzo bélico, de modo que las fuerzas armadas se las arreglaron para detener el avance de los rusos en territorio otomano.

Pese a que Abdul Hamid se había ganado el apoyo del pueblo en el empeño bélico, lo cierto es que algunos de los miembros del parlamento empezaron a mostrarse cada vez más críticos con el modo en que el Gobierno estaba manejando la situación. A finales de 1877, a pesar de la yihad del sultán, los rusos lograron reanudar su progresión, llegando a las puertas de Estambul en los últimos días de enero

de 1878. En febrero, el sultán llamó a consultas a los parlamentarios, convocándolos para debatir acerca del mejor modo de dirigir la guerra. Uno de los miembros del parlamento, que era también el jefe del gremio de panaderos, reprendió al sultán diciéndole: «Es demasiado tarde para solicitar nuestra opinión. Debería habernos consultado cuando todavía resultaba posible evitar el desastre. La cámara declina toda responsabilidad en una situación en cuya génesis no ha tenido nada que ver». Al parecer, la intervención del panadero convenció al sultán de que el parlamento contribuía más a obstaculizar la causa nacional que a promoverla. Al día

siguiente, Abdul Hamid disolvió la cámara y puso bajo arresto domiciliario a varios de los parlamentarios más críticos. De este modo, suspendida la constitución y anulado el parlamento, Abdul Hamid comenzó a controlar de forma directa las cuestiones de estado. No obstante, llegadas las cosas a este punto, la situación militar se había vuelto irremediable, de modo que en enero de 1878 el joven sultán se vio obligado a aceptar un armisticio al tener a las fuerzas rusas a las puertas de su capital.



Las pérdidas territoriales otomanas entre 1860 y 1922.

Una de las consecuencias de la derrota ante Rusia de 1878 fue que los otomanos hubieron de sufrir unas tremendas pérdidas territoriales al firmar el tratado de paz acordado en el congreso de Berlín, celebrado entre los

meses de junio y julio de ese año. Con Alemania como país anfitrión, y con la asistencia de las potencias europeas —Gran Bretaña, Francia, Austria-Hungría e Italia—, el congreso no se limitaría a tratar de resolver la guerra ruso-turca, sino también los numerosos conflictos de los Balcanes. De acuerdo con los términos establecidos en el Tratado de Berlín, los otomanos se veían obligados a renunciar a las dos quintas partes del territorio del imperio y a un quinto de su población de los Balcanes y la Anatolia oriental. Entre los territorios entregados figuraban tres provincias de la región caucásica de la Anatolia oriental —Kars, Ardahan y Batumi— llamadas a

convertirse en un núcleo territorial turco-musulmán que no podían resignarse a perder, a pesar de incluir una elevada población cristiana armenia.

Además de los territorios cedidos por el Tratado de Berlín, los otomanos también habrían de encajar la pérdida de más regiones, debiendo entregárselas en esta ocasión a las potencias europeas. En 1878, Gran Bretaña consiguió convertir a Chipre en una colonia, mientras Francia ocupaba Túnez en 1881. Además, tras intervenir en la crisis egipcia de 1882, Gran Bretaña impuso a esa provincia otomana autónoma la férula colonial. Todas estas

pérdidas debieron de convencer al sultán Abdul Hamid II de que si quería impedir nuevos desmembramientos a manos de las ambiciosas potencias europeas no le quedaba más remedio que regir el Imperio otomano con mano de hierro. Ha de atribuírsele así el mérito de haber impedido una ulterior disgregación de los dominios otomanos entre los años 1882 y 1908. Sin embargo, si la integridad territorial del estado se conservó, fue a expensas de los derechos políticos de sus ciudadanos.

8

Los Jóvenes Turcos y las guerras previas a la Primera Guerra Mundial

El Sultanato Rojo (1896-1909)

El carácter autocrático de la gobernación de Abdul Hamid terminaría dando lugar al surgimiento de un movimiento de oposición crecientemente

organizado, que llegó a calificar al gobernante como el Sultán Rojo o el Sanguinario.

En realidad, Abdul Hamid desarrolló una actitud muy prudente ante los grandes poderes, concediendo especial importancia a la unidad y la integridad del estado. Buen administrador y, al mismo tiempo, amante de la moderación y la simplicidad, bien considerado debido a ello por buena parte de la población, siempre se mostró temeroso, no obstante, de posibles ataques contra su persona. Supo mantener en sus manos un poder realmente absoluto, reinando y gobernando mediante una serie de

malabarismos que le hacían apoyar ahora a uno y luego a otro de los distintos grupos que se disputaban el poder.

Para frenar la oposición y la difusión del nacionalismo apoyado por los europeos, el sultán recurrió a tres ideas bien diferentes:

1. La patria, concepto para el que empleó el recurso del llamado «otomanismo», argumentando la igualdad de todos los individuos ante el estado.
2. Uso el panislamismo en el exterior, centrado en la idea de que el sultán era el califa de

todos los musulmanes.

3. Y, para oponerse a los objetivos expansionistas de Rusia en las zonas habitadas por pueblos turcos, recurrió al panturquismo, que promovía la unión de todos estos pueblos bajo los auspicios de la Sublime Puerta.

Al mismo tiempo, los estados occidentales ampliaron sus intereses financieros, económicos y culturales dentro del imperio. La solución al problema de la deuda surgida con la quiebra de 1875 fue la creación de una deuda pública, que evitó al estado otomano acabar como acabaron las

insolventes provincias autónomas de Túnez y Egipto, es decir, bajo control directo europeo. Al mismo tiempo, se ampliaron las facultades de los funcionarios que cobraban impuestos, convertidos casi en un estado dentro del estado. Esta burocracia fiscal, junto con el Banco Otomano y el capital extranjero, sobre todo francés y del Deutsche Bank, implantado en 1888, ejercieron un completo control de la situación financiera. El capital europeo comenzó a fluir hacia la construcción de ferrocarriles, puertos y faros, favoreciendo por tanto las infraestructuras, el transporte y las empresas, aunque dejando de lado el

sector industrial. Este hecho dio lugar a una dependencia de las importaciones llegadas de esos mismos mercados. En este momento, sin embargo, los líderes otomanos todavía no eran conscientes de los peligros asociados a la afluencia de capital extranjero.

Caricatura de una publicación francesa sobre el viaje realizado por el káiser alemán Guillermo II en 1898 por el Imperio otomano.

Imagen aparecida en el rotativo francés *Le Petit Journal* con evidentes intenciones satíricas, habida cuenta de que Alemania era una enemiga tradicional de Francia.

El problema, no obstante, siguió centrándose en las pérdidas territoriales. A la ocupación de Túnez y Egipto se añadieron disturbios internos entre la población armenia (1894-1895). En 1897, una guerra con Grecia llevó a la autonomía de Creta. En 1882, con la fundación de una primera colonia agrícola en Palestina, nació el movimiento sionista. Este hecho constituyó todo un presagio de la futura

desestabilización de la zona, ya que el imperio apoyó las posiciones árabes, mientras Alemania y Rusia alentaron la nueva inmigración judía. A su vez, se produjo un cambio gradual de las alianzas tradicionales. Gran Bretaña y Francia fueron sustituidas por Alemania, cuyo káiser Guillermo II realizó en 1898 una visita memorable al sultán. Después de este viaje se comenzó la construcción de la nueva vía férrea de Bagdad y quedó establecido el acercamiento germano-otomano, destinado a equilibrar las buenas relaciones anglorrusas del momento.

En 1889, periodistas, escritores, editores y agitadores políticos en el

exilio fundaron en París el grupo opositor conocido como los Jóvenes Turcos, grupo de fieles a la dinastía, aunque defensores del retorno a un régimen parlamentario y constitucional, defendido en el interior por oficiales militares, burócratas y profesionales excluidos del poder. A su vez, en 1906 se fundaba en Damasco el comité secreto Patria y Libertad (*Vatan ve Hürriyet*), uno de cuyos primeros miembros fue un joven oficial llamado Mustafá, apodado Kemal (el Perfecto), un hombre destinado a grandes empresas. Su ideología se hizo cada vez más claramente nacionalista panturca, bien distinta a la mantenida por el

sultán.

Los Jóvenes Turcos, espías y rebeldes

El partido de los Jóvenes Turcos era una coalición de formaciones políticas dispares unidas por el común objetivo de acotar el absolutismo de Abdul Hamid, restaurar el Gobierno constitucional y recuperar la democracia parlamentaria. Uno de los partidos más destacados de cuantos se agrupaban bajo el paraguas de los Jóvenes Turcos era el del Comité para la Unión y el Progreso

(CUP), una sociedad secreta integrada por civiles y militares que había sido fundada en 1907. Pese a que el CUP tenía ramificaciones en todas las regiones del Imperio otomano —en los territorios árabes, en las provincias turcas y en los Balcanes—, la mayor represión a la que hubo de enfrentarse dicho movimiento se produjo en las provincias turcas y árabes. En 1908, el centro de operaciones del CUP se encontraba, por tanto, en las posesiones que todavía conservaban los otomanos en los Balcanes, esto es, en Albania, en Macedonia y en Tracia.

En junio de este mismo año, los espías que trabajaban para el sultán

descubrieron la existencia de una célula del CUP en el tercer ejército otomano de Macedonia. Enfrentados al inminente riesgo de un consejo de guerra, los militares decidieron pasar a la acción. El 3 de julio de 1908, uno de los líderes de la célula del CUP, el oficial de campo Ahmed Niyazi, se rebeló, poniéndose al frente de doscientos soldados y civiles bien armados y exigiendo que el sultán restaurase la constitución de 1876. Todos ellos estaban firmemente convencidos de que iban a morir en el empeño. Sin embargo, los rebeldes sintonizaron con el estado de ánimo de la opinión pública y su movimiento comenzó a adquirir fuerza al

ir obteniendo paulatinamente el apoyo de la población en general. En Macedonia hubo ciudades que se alzaron en bloque, rebelándose y declarándose partidarias de la constitución. Un oficial de los Jóvenes Turcos, el comandante Ismaíl Enver —cuya fama posterior determinaría que se le conociera simplemente como Enver —, proclamó la constitución en las poblaciones macedonias de Köprülü y Tikveş, y fue aclamado por la multitud. El tercer ejército otomano amenazó con marchar sobre Estambul para imponer la constitución en la capital del imperio. Tres semanas más tarde, el movimiento revolucionario había adquirido tales

dimensiones que al sultán le resultó imposible contar con la lealtad de su ejército para contener el levantamiento de Macedonia. Esta fue la emergencia que obligó al sultán a convocar a los miembros de su gabinete el 23 de julio de 1908. La reunión tuvo lugar en el palacio de Yildiz, encaramado a una colina que domina el estrecho del Bósforo desde el lado europeo de Estambul. Intimidados por el sultán, que por entonces tenía sesenta y cinco años, los ministros no se atrevieron a plantear la crucial pregunta de si debía restaurarse o no el régimen constitucional. Dedicaron horas a deliberar más sobre la atribución de

responsabilidades que a abordar las cuestiones vinculadas con la ineludible solución de la crisis. Tras pasarse un día entero escuchando las tergiversaciones de sus ministros, Abdul Hamid dio por zanjada la discusión, anunciando al gabinete que seguiría la nueva corriente política y restauraría la constitución. Los aliviados ministros se pusieron inmediatamente manos a la obra siguiendo las instrucciones del sultán y comenzaron a enviar telegramas a todas las provincias del imperio con el fin de anunciar el despertar de un segundo período constitucional.

Enver Pascha
Türkischer Kriegsminister

Ismaíl Enver, oficial de los Jóvenes Turcos y futuro dictador virtual entre 1913 y 1918. Enver nació en el seno de una rica familia de Estambul y estudió en Alemania, donde desarrolló un vivo interés por la organización y tácticas del ejército de ese país. A su regreso se alistó en el ejército otomano, donde ascendió rápidamente, y se convirtió en Pachá (palabra que también indicaba mando superior militar) en 1913, a la edad de 32 años. Probablemente influido por las unificaciones alemana e italiana, Enver se declaró pronto un defensor del panturquismo, consistente en la unificación de todos los pueblos turcos, ya fuera en un único estado bajo la

dinastía otomana o en una federación política.

Debido al éxito obtenido al obligar al sultán a restaurar la constitución, se atribuyó a los Jóvenes Turcos el mérito de haber liderado una revolución. Hubo de pasar algún tiempo antes de que empezara a comprenderse la relevancia de los acontecimientos. Los periódicos refirieron los hechos sin grandes titulares ni comentarios específicos. El hecho de que la opinión pública tardara veinticuatro horas cumplidas en reaccionar a la noticia podría no ser sino un reflejo de otra circunstancia: la de que fueran muy pocas las personas

dispuestas a tomarse la molestia de leer la prensa otomana, sujeta a una férrea censura. El 24 de julio, la multitud se congregaba tanto en los espacios públicos de Estambul como en las poblaciones de otras provincias y ciudades del conjunto del imperio para festejar el retorno del sistema constitucional. El comandante Enver tomó un tren que le llevó a Tesalónica, centro neurálgico del movimiento de los Jóvenes Turcos, y allí fue vitoreado como campeón de la libertad por las masas exultantes. En el andén destinado a recibirle se encontraban sus colegas, el comandante Ahmed Cemal, inspector militar de los ferrocarriles otomanos, y

Mehmed Talat, funcionario de correos. Ambos eran hombres que habían ido ascendiendo los peldaños jerárquicos del Comité para la Unión y el Progreso y que acabaron siendo conocidos, al igual que Enver, por sus respectivos apellidos: Cemal y Talat. A lo largo de los días siguientes, las calles de las ciudades se cubrieron de un festón de banderas rojiblancas engalanadas con el lema revolucionario: «Libertad, igualdad y fraternidad». En las plazas de los pueblos de todo el imperio se fijaron fotos de Niyazi, Enver y otros héroes libertadores pertenecientes al ejército. Al mismo tiempo, los activistas políticos se dedicaban a pronunciar

discursos públicos sobre las bendiciones de la constitución, compartiendo sus esperanzas y aspiraciones con el público en general.

Las ilusiones que vino a suscitar la revolución constitucional hicieron que todas las facciones de la plural población otomana se fusionaran en un temporal abrazo de patriotismo compartido. Así lo consignarían los activistas políticos de la época al señalar que «los árabes se abrazaban a los turcos de todo corazón, persuadidos de que en el estado no había ya ni árabes, ni turcos, ni armenios ni kurdos, sino que todo el mundo se había transformado en otomano, con idénticos

derechos y responsabilidades».

Las festivas celebraciones de las recién recobradas libertades iban a quedar ennegrecidas por la perpetración de actos de represalia contra sospechosos de haber formado parte del aparato represivo de Abdul Hamid. Sometido al yugo del sultán, el Imperio otomano había degenerado hasta convertirse en los años anteriores en un estado policial. Los activistas políticos eran enviados a la cárcel y al exilio, los periódicos y revistas se hallaban sometidos a una fortísima censura, y los ciudadanos se veían obligados a mirar a su alrededor antes de decidirse a hablar, por temor a los omnipresentes espías

que trabajaban para el Gobierno. Con todo, para la mayoría de la gente, la revolución de los Jóvenes Turcos supuso la inyección de una recién estrenada sensación de esperanza y libertad, hasta el punto de resultar poco menos que embriagadora.

Sin embargo, la revolución que tantas esperanzas había sabido suscitar no supo generar en último término sino desencanto. Quienes habían acariciado expectativas de cambio político quedaron frustrados al comprobar que la revolución no había provocado una sola transformación que calara de verdad en el gobierno del Imperio otomano. El CUP decidió dejar en el trono al sultán

Abdul Hamid II. El soberano había conseguido que se le atribuyera una cierta inclinación favorable a la restauración de la constitución, y además las masas otomanas le veneraban en su doble condición de sultán y califa, o guía espiritual, del mundo musulmán. En el año 1908, la destitución de Abdul Hamid habría dado a los Jóvenes Turcos más quebraderos de cabeza que ventajas. Además, los dirigentes del CUP eran efectivamente un puñado de jóvenes turcos. Se trataba en la mayoría de los casos de oficiales de escasa antigüedad en el servicio y de burócratas próximos a la treintena que carecían del aplomo necesario para asir

el poder con sus propias manos. Optaron, en cambio, por dejar el ejercicio del gobierno al primer ministro Said Pachá y su gabinete, asumiendo ellos mismos el papel de un comité supervisor destinado a asegurarse de que tanto el sultán como su Gobierno se ceñían a los principios constitucionales.

Si los ciudadanos otomanos habían creído que la constitución resolvería sus problemas económicos, no iban a tardar en quedar desencantados. La inestabilidad política provocada por la revolución vino a socavar la confianza en la divisa turca. En los meses de agosto y septiembre de 1908, la

inflación se disparó hasta alcanzar el veinte por ciento, sometiendo a una fuerte presión a la clase obrera. Los trabajadores otomanos organizaron manifestaciones para exigir una mejora de sus salarios y condiciones laborales, pero la situación de la hacienda pública no permitía atender las legítimas demandas de los asalariados otomanos. En el transcurso de los seis primeros meses desde el inicio de la revolución los activistas laborales pusieron en marcha más de cien huelgas, circunstancia que no sólo iba a dar lugar a la promulgación de unas leyes más severas, sino que induciría al Gobierno a adoptar medidas muy duras contra los

trabajadores.

Una de las cuestiones cruciales en este proceso fue la vinculada al hecho de que todos aquellos que habían creído que la recuperación de la democracia parlamentaria iba a permitir que el país se granjease el respaldo de Europa, así como el respeto de la integridad territorial del Imperio otomano, iban a sufrir una gran humillación. Los vecinos europeos aprovecharon la inestabilidad que se había generado a raíz de la revolución de los Jóvenes Turcos para anexionarse nuevos territorios otomanos. El 5 de octubre de 1908, Bulgaria, que había sido hasta entonces una provincia otomana autónoma desde

1878, declaró su independencia. Al día siguiente, el Imperio austriaco de los Habsburgo anunciaba la anexión de las provincias otomanas autónomas de Bosnia y Herzegovina. Además, ese mismo día 6 de octubre, Creta proclamaba su unión al territorio griego. El cambio democrático del imperio no había concedido al país un mayor apoyo por parte de las potencias europeas, sino todo lo contrario, ya que había dejado al imperio en una situación aún más vulnerable.

Los Jóvenes Turcos trataron de recuperar el control de la revolución a través del parlamento otomano. El CUP había sido uno de los dos únicos

partidos que se habían presentado a las elecciones, celebradas entre finales de noviembre y principios de diciembre de 1908, y los unionistas (como se conocía a los integrantes del CUP) habían obtenido una abrumadora mayoría en la cámara baja, captando después a muchos independientes y atrayéndolos a sus filas. El 17 de diciembre, el sultán abría la primera sesión del parlamento con un discurso en el que manifestaba su compromiso con la constitución. Tanto los líderes electos de la cámara baja como los designados para ocupar los escaños de la cámara alta respondieron al discurso del sultán con elogios, alabando la prudencia que había

mostrado el monarca al restaurar el Gobierno constitucional. Aquel cruce dialéctico creó la ilusión de que las relaciones entre el sultán y el CUP eran armónicas. Sin embargo, los monarcas absolutos no cambian de la noche a la mañana y Abdul Hamid, que no se avenía a la sujeción que los límites constitucionales imponían a sus atribuciones ni aceptaba de buen grado el control parlamentario, aguardó el momento propicio con la esperanza de saltar sobre la primera oportunidad que le permitiera prescindir de los Jóvenes Turcos.

Una vez desinflado el entusiasmo de la revolución, el CUP comenzó a

enfrentarse a una seria oposición interna, salida de los círculos políticos otomanos y de los elementos más influyentes de la sociedad civil. El islam era la religión del estado y las altas esferas religiosas no tardaron en condenar la cultura promovida por los Jóvenes Turcos, al juzgar que era de carácter laico. En el seno del ejército empezó a constatarse la existencia de claras divisiones entre los oficiales que se habían licenciado en las academias militares y que mostraban cierta propensión a las reformas liberales, y los soldados corrientes, que concedían la máxima prioridad a la lealtad que habían prometido profesar al sultán.

Dentro del parlamento, la facción liberal, que sospechaba de las tendencias autoritarias del CUP, empezó a usar sus contactos con la prensa y los funcionarios europeos —fundamentalmente en la embajada británica— para minar la posición del CUP en la cámara baja. Y desde su palacio, Abdul Hamid II animaba en secreto a todos aquellos elementos que optaran por oponerse al CUP.

La noche del 12 al 13 de abril de 1909 los enemigos del CUP organizaron una contrarrevolución. Un grupo de soldados pertenecientes al primer cuerpo del ejército y leales al sultán Abdul Hamid II se amotinaron,

alzándose contra sus oficiales y haciendo causa común con los eruditos religiosos de las facultades teológicas de la capital. Marcharon juntos en dirección al parlamento en una ruidosa manifestación que en el transcurso de la noche acabaría atrayendo a un creciente número de estudiosos islámicos y soldados rebeldes. Exigían la instauración de un nuevo gabinete, la destitución de un buen número de políticos unionistas y la restauración de la ley islámica, pese a que el país llevara décadas rigiéndose por medio de un conjunto de códigos legales de carácter mixto. Los diputados unionistas, temiendo por su vida, abandonaron

precipitadamente la capital. Los miembros del gabinete presentaron su dimisión. Y el sultán, actuando de forma oportunista, accedió a las demandas de las masas, reafirmando su capacidad de controlar la política del Imperio otomano.

Para Abdul Hamid, esta recuperación del poder iba a revelarse efímera. El tercer ejército otomano de Macedonia consideró que la contrarrevolución de Estambul constituía un ataque contra una constitución que juzgaban esencial para el futuro político del imperio. En Macedonia, los leales a los Jóvenes Turcos movilizaron un contingente de

campaña al que dieron el nombre de «ejército de intervención» y marcharon sobre Estambul a las órdenes del comandante Ahmed Niyazi, uno de los héroes de la revolución de los Jóvenes Turcos. Estas tropas de refuerzo partieron de Tesalónica en dirección a la capital imperial el 17 de abril. A primera hora de la mañana del 24, el ejército de intervención ocupaba Estambul, suprimía la revuelta sin encontrar apenas resistencia e imponía la ley marcial. Las dos cámaras del parlamento otomano volvieron a reunirse, ahora en calidad de Asamblea General de la Nación, votaron el 27 de abril la destitución del sultán Abdul

Hamid II y colocaron en su lugar a su hermano pequeño Mehmed Reshid, que accedería al trono con el nombre de Mehmed V. Con el regreso del CUP al poder, la contrarrevolución quedaría definitivamente derrotada, y todo ello en el breve plazo de dos semanas.

LOS ORÍGENES DEL PROBLEMA ARMENIO

La contrarrevolución había manifestado la existencia de profundas divisiones en el seno de la sociedad otomana, aunque ninguna de ellas era tan peligrosa como

el antagonismo entre turcos y armenios. Inmediatamente después de que el ejército de intervención volviera a aupar al CUP en el poder en Estambul, una masa de musulmanes masacró a miles de armenios en la ciudad de Adana, en el sureste del país. Las inquinas que se hallan en la raíz de este pogromo se remontan a la década de 1870. Y en el transcurso de la Primera Guerra Mundial esa hostilidad habría de cristalizar, convirtiéndose en el primer genocidio del siglo XX.

En 1909, muchos turcos otomanos sospechaban que los armenios constituían una comunidad minoritaria con un plan de acción nacionalista

destinado a promover la secesión del imperio. Los armenios —que no sólo son un grupo étnico singular con una lengua y una liturgia cristiana propias, sino que llevaban siglos organizándose como comunidad en el seno del territorio otomano en su condición de *millet*— contaban con todos los prerrequisitos que el siglo XIX esperaba ver cumplidos en el caso de que se produjera un movimiento nacionalista salvo uno: el relacionado con el hecho de no hallarse concentrados en una zona geográfica concreta. El pueblo armenio se encontraba disperso por los territorios de los imperios ruso y otomano, habitando asimismo en algunos

de los dominios otomanos de la Anatolia oriental, las regiones del litoral mediterráneo y las principales urbes comerciales del imperio. La mayor concentración de armenios era la de la capital, Estambul. Al carecer de una masa crítica poblacional en una zona geográfica particular, los armenios no tenían la menor esperanza de lograr establecerse como estado, a menos, claro está, que pudieran conseguir que una gran potencia apoyase su causa.

Los armenios realizaron su primera reivindicación territorial en el Congreso de Berlín de 1878. Uno de los acuerdos establecidos para zanjar la guerra ruso-turca obligaba a los otomanos a dejar en

manos del Gobierno ruso tres provincias que albergaban una considerable población armenia: Kars, Ardahan y Batumi. El hecho mismo de hacer pasar la gobernación de miles de armenios de manos otomanas a manos rusas sentó la base contextual para que los armenios que vivían bajo dominación otomana reclamaran una mayor autonomía dentro del imperio. La delegación armenia expuso sus ambiciones, reivindicando las provincias otomanas de Erzurum, Bitlis y Van en cuanto a las provincias habitadas por armenios. La delegación trataba de conseguir el reconocimiento de una región autónoma regida por un gobernador cristiano de acuerdo con el

modelo establecido en el Líbano y su explosiva mezcla de comunidades cristianas y musulmanas. Las potencias aliadas respondieron incluyendo un artículo en el Tratado de Berlín por el que se exigía al Gobierno otomano la inmediata puesta en marcha de todas las «mejoras y reformas que exigiera la satisfacción de las aspiraciones locales de las provincias de población armenia», procurándoles además garantías de seguridad destinadas a evitar cualquier ataque de la mayoría musulmana. El tratado instaba a Estambul a remitir periódicamente a las potencias europeas informes sobre las medidas que estaba adoptando para

mejorar la situación de sus ciudadanos armenios.

El hecho de que Europa hubiera prestado anteriormente respaldo a los movimientos nacionalistas cristianos de los Balcanes había determinado que los otomanos se mostraran, comprensiblemente, recelosos respecto de las intenciones extranjeras en otros ámbitos estratégicos para el imperio. El nuevo estatuto que el Tratado de Berlín acordaba asignar a las aspiraciones comunitarias de los armenios radicados en las regiones turcas del interior de Anatolia suponía una clara amenaza para el Imperio otomano. Después de haber entregado a Rusia las tres provincias de

Kars, Ardahan y Batumi en concepto de indemnización bélica, los otomanos no podían contemplar siquiera la posibilidad de ceder nuevos territorios en la Anatolia oriental. Por consiguiente, el Gobierno de Abdul Hamid puso el máximo empeño en suprimir el naciente movimiento armenio y en quebrar sus vínculos con Gran Bretaña y Rusia. A finales de la década de 1880, fecha en que los activistas armenios empezaron a constituir organizaciones políticas para promover sus aspiraciones nacionales, el Gobierno otomano los trató como a cualquier otro grupo de oposición interna, respondiendo a sus iniciativas con la entera panoplia de las medidas

represivas al uso: vigilancia, detención, encarcelamiento y exilio.

Las actividades de las organizaciones políticas armenias no tardaron en exacerbar las tensiones previamente existentes entre los musulmanes y los cristianos de la Anatolia oriental, tensiones que los activistas armenios esperaban que provocasen la intervención de Europa y que los otomanos explotaban para tratar de sofocar lo que, a su juicio, era un movimiento nacionalista emergente. Resultaba inevitable que la explosiva situación causara un baño de sangre.

Entre los años 1894 y 1896, los armenios otomanos sufrieron una

terrible serie de matanzas. La violencia se inició en la región de Sason, al sudeste de Anatolia, durante el verano de 1894, al atacar los nómadas kurdos a los campesinos armenios por negarse a pagar los tradicionales tributos de protección además de los impuestos que ya abonaban a los funcionarios otomanos. Los activistas armenios hicieron suya la causa de los aldeanos armenios, abrumados por los impuestos, y los animaron a iniciar una revuelta. En un intento de restaurar el orden, el Gobierno otomano envió a la zona al cuarto ejército, reforzado por un regimiento de la caballería kurda. La acción se saldó con la liquidación de

miles de armenios, circunstancia que determinaría que Europa hiciera eco a los llamamientos intervencionistas de los grupos políticos armenios, y que tanto habían tratado de evitar los otomanos.

En septiembre de 1895, los integrantes del grupo político armenio Hentchak, surgido en Ginebra en 1887, organizaron una marcha en Estambul para exigir reformas en las provincias de Anatolia oriental, región que los europeos denominaban la Armenia turca. Comunicaron con cuarenta y ocho horas de antelación sus intenciones tanto al Gobierno otomano como al conjunto de las embajadas extranjeras, exponiendo,

al mismo tiempo, sus demandas, entre las que cabe destacar tanto la del nombramiento de un gobernador general cristiano facultado para supervisar la adopción de reformas en Anatolia oriental como el reconocimiento del derecho de los campesinos armenios a portar armas para protegerse de sus vecinos kurdos, armados hasta los dientes. Los otomanos colocaron en torno al complejo gubernamental de la Sublime Puerta un cordón policial para hacer retroceder a la multitud de manifestantes armenios. En el tumulto, tras desencadenarse un motín que finalmente llevó a la enfurecida muchedumbre musulmana a volverse

contra los armenios, resultó muerto un policía. Sólo frente a la Sublime Puerta morirían sesenta personas. Las potencias europeas expresaron su protesta por la muerte de unos manifestantes pacíficos. El 17 de octubre, el sultán Abdul Hamid, viéndose ante una creciente presión internacional, promulgó un decreto en el que prometía acometer reformas en las seis provincias de Anatolia oriental que contaban con población armenia: Erzurum, Van, Bitlis, Diyarbakir, Harput y Sivas.

El decreto de reformas del sultán no consiguió más que aumentar los temores de los musulmanes otomanos de las seis provincias implicadas. Estos veían la

medida como el preludio de la independencia armenia en Anatolia oriental, circunstancia que pondría a la mayoría musulmana en el aprieto de tener que vivir sometida a una autoridad cristiana o resignarse a abandonar sus hogares y aldeas para reasentarse en otro territorio musulmán, como ya se habían visto obligados a hacer miles de musulmanes de Crimea, el Cáucaso y los Balcanes al entregar los otomanos esos territorios y dejarlos bajo dominación cristiana. Los funcionarios otomanos apenas contribuían a disipar esos temores, de modo que pocos días después de que el sultán emitiera el decreto, una nueva y aún más letal

oleada de matanzas vino a barrer los pueblos y aldeas del centro y el este de Anatolia. En febrero de 1896, los misioneros estadounidenses estimaron que se había asesinado al menos a 37 000 armenios y que 300 000 habían sido expulsados de sus hogares. Otras valoraciones situaban la cifra de víctimas armenias, contando muertos y heridos, en una horquilla situada entre las cien mil y las trescientas mil personas. Queda claro que el nivel de violencia ejercido contra los armenios no conocía precedente alguno en toda la historia otomana.

La perpetración de un atentado terrorista en Estambul vendría a marcar

el tercer y último episodio de las atrocidades padecidas por los armenios entre los años 1894 y 1896. El 26 de agosto de 1896, un grupo de 26 activistas armenios, disfrazados de botones, introdujo armas y explosivos en la sede central del Banco Otomano de Estambul, escondiéndolas en sacas de dinero. Mataron a dos guardias y tomaron como rehenes a 150 trabajadores y clientes de la entidad, amenazando con dinamitar el establecimiento y hacerlo saltar por los aires con todos sus ocupantes a menos que se atendieran sus demandas: exigían el nombramiento de un alto comisionado europeo capacitado para imponer

reformas en Anatolia oriental y la promulgación de una amnistía general para todos los exiliados políticos armenios.

A pesar de su denominación, la propietaria del Banco Otomano era una institución extranjera, y casi todas sus acciones se hallaban en manos de compañías británicas y francesas. De este modo, el intento de forzar la intervención de las potencias europeas en los asuntos de otomanos y armenios resultó enteramente contraproducente. Los terroristas se vieron obligados a desocupar el banco sin ver atendidas sus exigencias y a refugiarse en un barco francés para huir del territorio otomano.

Lo que sucedió después no se saldó únicamente con una condena de las acciones de los activistas armenios por parte de las potencias europeas, sino que el frustrado atentado contra la sede bancaria acabó desencadenando un pogromo contra los armenios de Estambul en el que murieron nada menos que ocho mil personas.

Las potencias europeas, divididas en materia política respecto de la cuestión armenia, no forzaron al Imperio otomano a introducir cambios en ese asunto. Para el movimiento armenio, los sangrientos acontecimientos de los años 1894 a 1896 resultaron ser poco menos que una catástrofe. En el transcurso de los años

siguientes, el movimiento armenio modificó sus tácticas y comenzó a trabajar con los partidos liberales para propiciar la reforma del Imperio otomano. Con la revolución de los Jóvenes Turcos, en 1908 la comunidad armenia presentaba a un buen número de candidatos al parlamento otomano, logrando que catorce de ellos fueran elegidos como representantes en la cámara baja. Eran muchas las personas que abrigaban la esperanza de que los objetivos políticos armenios pudieran materializarse en el contexto de la constitución otomana, y de que se concretaran asimismo tanto los derechos civiles que aquella prometía respetar

como las perspectivas de una descentralización administrativa. Dichas esperanzas quedarían arruinadas tras la contrarrevolución de 1909, al producirse el asesinato, entre los días 25 y 28 de abril de ese año, de cerca de 20 000 armenios.

Los Jóvenes Turcos actuaron con toda rapidez y enviaron a Cemal Pachá a restaurar la paz en Adana una vez que los actos de violencia se hubieron aplacado. Los unionistas tenían que recuperar la confianza de los líderes armenios para evitar que estos decidieran solicitar que Europa interviniera en favor de las aspiraciones de su pueblo. Dichos líderes se

mostraron de acuerdo en mantener los lazos de cooperación con el CUP a condición de que el Gobierno detuviese y castigase a todos los responsables de las matanzas de Adana, devolviese a los armenios que habían sobrevivido las propiedades usurpadas, disminuyera sus pesadas cargas fiscales y proporcionara fondos para cuantos habían quedado desamparados. En sus memorias, Cemal afirmaría haber reconstruido en el breve plazo de cuatro meses todas las casas de Adana que habían sufrido daños, ejecutando asimismo a unos treinta musulmanes que habían intervenido en las matanzas. Estas medidas se adoptaron con la doble intención de

tranquilizar a los armenios y de impedir la intervención europea, y de momento permitieron a los Jóvenes Turcos ganar tiempo en relación con la cuestión armenia.

LA PÉRDIDA DE LIBIA

Por la misma época en que se esforzaban en preservar la integridad territorial de su país en la región de la Anatolia oriental, los otomanos hubieron de encarar también una nueva crisis, esta vez en el Mediterráneo. Las provincias de Bengasi y Trípoli, situadas en el

actual estado de Libia, serían las últimas posesiones que los otomanos lograran conservar en el norte de África, pues ya habían tenido que encajar la ocupación de Argelia y Túnez a manos de los franceses, además del protectorado impuesto en Egipto por los británicos. Italia era un estado nuevo —ya que la unificación que acabaría convirtiéndola en un reino peninsular no conseguiría completarse sino en el año 1871— y aspiraba a construir un imperio en África. El Gobierno del rey Víctor Manuel III no tardó en poner sus miras en Libia a fin de satisfacer esas aspiraciones imperiales.

Los otomanos no habían hecho nada

que pudiera haber provocado la guerra que iba a enfrentarles a Italia en 1911. Sin embargo, habiéndose garantizado de antemano la neutralidad de los británicos y los franceses, Roma sabía que nadie podría evitar —al menos mediante una intervención armada— que el país diera curso a sus ambiciones imperiales en el norte de África. El 29 de septiembre, agarrándose al pretexto de que al enviar los otomanos un cargamento de armas y municiones a sus guarniciones libias estas se habían convertido en una amenaza para los ciudadanos italianos residentes en Trípoli y Bengasi, Roma declaró la guerra al Imperio otomano y lanzó una

invasión a gran escala sobre las ciudades del litoral libio.

La posición de los otomanos en Libia era totalmente insostenible. En las guarniciones del conjunto del país se apostaron cerca de 4200 soldados turcos desprovistos de todo apoyo naval que pudiera protegerles del ejército de invasión italiano, compuesto por más de 34 000 hombres. El ministro de la Guerra otomano admitió abiertamente ante sus propios oficiales que resultaba imposible defender Libia. Durante las primeras semanas de octubre de 1911, las poblaciones costeras de las provincias otomanas de Trípoli, en la región occidental de Libia, y Bengasi, en

la zona oriental del país, conocida también con el nombre de Cirenaica, cayeron en manos del triunfante ejército italiano.

El Gobierno otomano y los Jóvenes Turcos adoptaron posiciones radicalmente diferentes respecto de la invasión. El primer ministro y su Gobierno no creían en la posibilidad de salvar Libia, y por ello preferían dar por perdido ese territorio marginal del norte de África en lugar de embarcar a sus fuerzas armadas en una contienda en la que resultaría imposible alzarse con la victoria. Los Jóvenes Turcos, animados por sus convicciones ultranacionalistas, no podían aceptar la pérdida de una

región otomana sin presentar batalla. A principios de octubre de 1911, el mayor Enver viajó hasta Tesalónica para dirigirse a los miembros del Comité Central del CUP. Tras una reunión de cinco horas, Enver logró convencer a sus colegas de que debían organizar una guerra de guerrillas y combatir así a los italianos de Libia. Tras conseguir que el CUP aprobara su plan, Enver partió a Estambul, embarcando de incógnito en un buque con rumbo a Alejandría. Decenas de jóvenes oficiales movidos por un sentimiento de patriotismo seguirían su estela, empleando el territorio egipcio como plataforma de lanzamiento para la guerra de guerrillas

que se disponían a librar contra Italia; entre ellos se encontraba el joven oficial de campo ya mencionado llamado Mustafá Kemal. Otros oficiales penetrarían en Libia por la frontera tunecina. Oficialmente, el propio Gobierno turco renegó de aquellos militares, considerándolos simples aventureros decididos a actuar en contra de sus deseos, aunque, en la práctica, la hacienda otomana realizó pagos mensuales a los comandantes que estaban luchando en Libia.

Nada más entrar en el país, a finales de octubre, Enver se metió de lleno en el conflicto libio con tanta pasión como entrega. Adoptó la vestimenta árabe y

cabalgó a lomos de camello hasta el interior de Libia. Apreciaba muchísimo la austeridad y las privaciones de la vida en el desierto, y admiraba la valentía de los beduinos, con quienes debía comunicarse por medio de un traductor, dado que no hablaba árabe. Por su parte, los hombres de las tribus del desierto mostraban un gran respeto hacia la persona de Enver. La prometida de Enver —la princesa Emine Naciye— era sobrina del sultán Mehmed V. Pese a que en esa época apenas pasara de los trece años de edad —se casarían en 1914, al cumplir diecisiete años la joven— aquellos lazos con la casa imperial facilitaban enormemente la

posición de Enver entre los libios.

Enver circunscribiría sus movimientos a la provincia oriental de Bengasi. Las tropas italianas se hallaban concentradas en las tres ciudades portuarias de la Cirenaica: Bengasi, Derna y Tobruk. La tenaz resistencia de los hombres de las tribus libias había evitado que las tropas italianas pudieran pasar de la llanura costera y penetrar en el interior de Libia. Tras estudiar las posiciones italianas, Enver estableció su campamento en la meseta que domina el puerto de Derna. Los diez mil habitantes de Derna albergaron contra su voluntad a un ejército invasor compuesto por unos quince mil soldados de infantería,

tropas que pasaron a convertirse en el principal objetivo de los ataques de Enver. El oficial reunió a los desmoralizados soldados otomanos que habían logrado evadirse tras haber sido capturados, reclutó efectivos entre las diferentes tribus y entre los integrantes de la poderosa hermandad sanusita, una cofradía religiosa de carácter místico cuya red de logias se extendía por toda Libia, tanto en las áreas urbanas como en las zonas rurales, y comenzó a entrevistarse con otros oficiales pertenecientes a los Jóvenes Turcos en su campamento base de Ayn al-Mansur. Con la labor realizada en Libia —centrada en el reclutamiento de

combatientes locales dirigidos por oficiales otomanos, en el avivamiento de la hostilidad que inspiraba la dominación extranjera en los pueblos islámicos con el fin de trastocar las posiciones de los enemigos europeos y en la creación de una eficaz red de inteligencia—, Enver sentaría los cimientos de un nuevo servicio secreto (la *Teşkilât-i Mahsusa*, u Organización Especial) que acabaría revelándose extremadamente influyente a lo largo de la Primera Guerra Mundial. A juzgar por lo que luego refirió el propio Enver, fueron muchas las tribus árabes de Libia que se unieron a los voluntarios otomanos. Dichas tribus valoraban muy

positivamente la postura que habían adoptado los Jóvenes Turcos al entregarse en cuerpo y alma a la causa del pueblo libio, arriesgando la vida para conseguir la liberación de las tribus sometidas al yugo extranjero. Pese a que no compartieran una misma lengua, el vínculo islámico que unía a los jóvenes oficiales de habla turca con los integrantes de las tribus libias, que empleaban el árabe, demostró ser muy sólido. Enver refiere que los combatientes árabes de Libia eran musulmanes fanáticos, muchos de los cuales mantenían una gran devoción hacia el sultán otomano por su papel como califa o líder espiritual del islam.

Por otra parte, Enver —de cosmovisión laica, como buen miembro de los Jóvenes Turcos— tampoco hizo nada por negar o menguar esta devoción islámica, ya que vio que la religión constituía una potente fuerza movilizadora capaz de lograr que los musulmanes aceptaran unirse en pos del estandarte del sultán, al que seguían como califa, y lucharan para derrotar a sus enemigos tanto en el Imperio otomano como en el mundo musulmán en general. Sean cuales fueren las demás experiencias que Enver tuviera oportunidadde vivir durante su estancia en Libia, lo cierto es que salió firmemente convencido de que el

Imperio otomano se hallaba perfectamente facultado para emplear la fe islámica como ariete contra sus enemigos, tanto internos como externos.

Entre octubre de 1911 y noviembre de 1912, los oficiales de los Jóvenes Turcos y los miembros de las tribus árabes desplegaron con notable éxito sus tácticas guerrilleras contra los italianos. Pese a su superioridad numérica y su moderno armamento, los italianos fueron incapaces de romper el cerco impuesto a las posiciones fortificadas que ocupaban en la llanura costera, resultándoles imposible penetrar en el interior de Libia. Las bandas árabes causaron una gran cantidad de bajas entre las filas

italianas, matando a 3400 soldados e hiriendo a más de 4000 a lo largo del año. La guerra pasó también factura al erario público italiano, mientras que, por el contrario, los otomanos apenas gastaban 25 000 libras turcas al mes para sostener a Enver en su asedio de la ciudad de Derna. Durante un tiempo, se tuvo la impresión de que la apuesta que habían hecho los Jóvenes Turcos en Libia podía verse coronada por el éxito y que los italianos iban a acabar siendo devueltos al mar.

Incapaces de alzarse con la victoria en Libia, los italianos expandieron el conflicto abriendo nuevos frentes. Sabían que la guerra no llegaría a su fin

en tanto el Gobierno otomano no se aviniera a dejar Libia bajo control italiano en un tratado de paz formal. A fin de presionar a Estambul y de obligarle a solicitar la paz, los buques de la armada italiana comenzaron a atacar los territorios otomanos situados a lo largo del Mediterráneo oriental. En marzo de 1912 bombardearon el puerto libanés de Beirut, y en mayo de ese mismo año los soldados italianos ocuparon las islas del Dodecaneso, uno de los archipiélagos del mar Egeo que, dominado por la isla de Rodas, forma actualmente parte de Grecia. En julio, la armada italiana envió lanchas torpederas a los Dardanelos.

Finalmente, los italianos optaron por jugar la baza de los Balcanes. Grecia, Serbia, Montenegro y Bulgaria habían formado distintas coaliciones para hacer frente a su antiguo estado soberano. Todas esas regiones tenían ambiciones territoriales en el resto de las tierras otomanas de los Balcanes, es decir, en Albania, Macedonia y Tracia. La corona italiana tenía lazos matrimoniales con el rey Nicolás I de Montenegro, así que el 8 de octubre de 1912 los italianos animaron a los montenegrinos a declarar la guerra al Imperio otomano. Sólo era cuestión de tiempo que el resto de los estados balcánicos imitaran su ejemplo.

Escena de la guerra italo-otomana de 1911-1912, que tuvo como principal escenario Libia. Soldados italianos rodean a un grupo de cadáveres enemigos.

La inminente amenaza de la guerra en los Balcanes provocó una crisis cuyo alcance abarcaba tanto a Estambul como a Libia. Al defender un par de

provincias tan lejanas como Trípoli y Bengasi, el Gobierno otomano había dejado expuesto el balcánico corazón del imperio. El idealismo no tardó en dejar paso a un renovado espíritu realista. Diez días después de que Montenegro declarara la guerra, el Imperio otomano concertaba un tratado de paz con Italia por el que accedía a dejar las provincias libias en manos italianas. Los oficiales otomanos que habían luchado en la guerra, avergonzados por abandonar a sus camaradas libios, dejaron que la hermandad sanusita continuara la guerra de guerrillas sin apoyo alguno y regresaron apresuradamente a Estambul

para unirse a la lucha por la supervivencia nacional que acabaría conociéndose con el nombre de Primera Guerra Balcánica.

LAS GUERRAS BALCÁNICAS

Los estados balcánicos —Grecia, Serbia, Bulgaria y Montenegro— que se habían independizado de los otomanos a lo largo del siglo XIX mantenían pendientes una serie de reivindicaciones territoriales. Ninguno de esos estados balcánicos estaba satisfecho con los territorios sometidos a su control, ya que

todos ellos aspiraban a gobernar algunas regiones que seguían bajo dominio otomano en Albania, Macedonia y Tracia. Por su parte, los otomanos terminaron desdeñando las reivindicaciones de los pueblos balcánicos que anteriormente habían estado bajo su dominio, subestimando el peligro que podían representar para la gobernación otomana de las últimas provincias europeas que todavía conservaban. La autocomplacencia otomana saltó en mil pedazos cuando los estados balcánicos aprovecharon la oportunidad que les ofrecía la guerra italo-turca para satisfacer sus ambiciones territoriales. En octubre de

1912, Montenegro, Serbia, Grecia y Bulgaria protagonizaron una rápida sucesión de declaraciones de guerra al Imperio otomano, que vendrían a convertirse en la Primera Guerra Balcánica. Quedó claro desde el principio que los aliados balcánicos contaban con una manifiesta superioridad numérica y estratégica sobre sus antiguos soberanos otomanos. La suma de la fuerza conjunta formada por los estados balcánicos se elevaba a 715 000 hombres, mientras que los otomanos sólo pudieron poner sobre el terreno a 320 000 soldados.

Los griegos aprovecharon ventajosamente la supremacía naval de

que disponían respecto de los otomanos. No sólo se anexionaron la isla de Creta y ocuparon un buen número de islas egeas, sino que también recurrieron a su armada para impedir que los otomanos pudieran aportar refuerzos a sus tropas por vía marítima. El 8 de noviembre, las fuerzas griegas se apoderaron de Tesalónica, cuna de la revolución de los Jóvenes Turcos. También ocuparon buena parte de la Albania meridional. Los serbios y los montenegrinos atacaron Macedonia y Albania por el flanco norte, culminando así la conquista de dichos territorios. El 23 de octubre, Kosovo caía en manos serbias. Los búlgaros protagonizaron los más

encarnizados enfrentamientos con los turcos. El 24 de octubre consiguieron quebrar en Kirklareli la primera línea de defensa otomana, desbordando la segunda línea, situada en Lüleburgaz (en la actual Turquía europea), el 2 de noviembre, antes de proseguir su avance y llegar hasta Çatalca, localidad que se encuentra a menos de 65 kilómetros de Estambul. A principios de diciembre de 1912, los defensores otomanos acantonados en Edirne se vieron rodeados y sometidos a un asedio, lo cual obligó a la Sublime Puerta a solicitar un armisticio. Menos de dos meses después de haber entregado Libia a los italianos, el ejército otomano

quedaba completamente derrotado y parecía convencido de la inevitable pérdida de sus últimas provincias europeas.

El Gobierno otomano estaba encabezado por el primer ministro liberal Kamil Pachá. El CUP y los liberales eran viejos rivales, de modo que Kamil Pachá los excluyó deliberadamente de su gabinete. Frente a la posibilidad de una inminente derrota militar, los liberales y los unionistas adoptaron un punto de vista diametralmente opuesto. Los liberales preferían procurar la paz a fin de evitar nuevas pérdidas territoriales y proteger de cualquier riesgo a Estambul. Por su

parte, los unionistas optaron por lanzar llamamientos en favor de una enérgica reanudación de la guerra y lograr así la recuperación de los territorios otomanos más importantes, de entre los que destacaba por encima de todos el de Edirne. Al comenzar los unionistas a criticar el modo en que se estaba llevando a cabo la guerra, Kamil Pachá ordenó la adopción de medidas drásticas contra las distintas ramificaciones del CUP, cerrando sus periódicos y arrestando a un buen número de unionistas de primera fila.

Al regresar a Estambul tras combatir a los italianos en Libia, Enver se vio atrapado en todas estas tensiones

políticas y militares. Realizó unas cuantas visitas al frente de Çatalca y regresó convencido de que la posición de los otomanos era mejor que la de los búlgaros. Como era de esperar, Enver no tardó en convertirse en un abierto defensor de proseguir la guerra a fin de liberar Edirne. Convencido de que Kamil Pachá se hallaba a punto de alcanzar un acuerdo de paz por el que Edirne sería puesta en manos extranjeras, Enver llevó a cabo una acción drástica. El 23 de enero de 1913, diez conspiradores armados recorrían al galope las empedradas calles de Estambul en dirección a los despachos de la Sublime Puerta. Al penetrar como

una exhalación en el gabinete, interrumpiendo la reunión que allí se celebraba, Enver y sus hombres se enzarzaron en un fuego cruzado con los guardas del primer ministro. En el tiroteo murieron cuatro hombres, entre los que se encontraba el ministro de la Guerra, Nazim Pachá, e inmediatamente después Enver presionó el cañón de su pistola contra la sien de Kamil Pachá, exigiendo su dimisión. Después se dirigió al palacio para informar al sultán de sus acciones e intentar nombrar a otro primer ministro. El sultán Mehmed V se vio obligado, bajo presiones de los partidarios del CUP, vencedores en este nuevo golpe de mano, a designar a

Mahmud Şevket Pachá, un veterano estadista y antiguo general, pidiéndole que formara un Gobierno de unidad nacional. Pocas horas después de la incursión, quedaron nombrados los miembros del nuevo gabinete y se les asignó la prioritaria tarea de devolver la estabilidad a la política del Imperio otomano, hecha añicos a causa de la guerra. Los participantes en el ataque no fueron encausados, sino considerados héroes por sus numerosos partidarios.

Pese a que el CUP hubiera encabezado el golpe de mano contra el Gobierno de Kamil Pachá, sus integrantes no quisieron explotar la oportunidad que eso les brindaba para

hacerse con el poder político. Mahmud Şevket Pachá simpatizaba con el CUP, pero no era unionista. Se instó al nuevo primer ministro a formar una coalición de carácter no partidista capaz de fomentar la estabilidad y la unidad necesarias tras la división en facciones y los desastres militares vividos en los últimos tiempos. En su gabinete entraron únicamente tres unionistas, todos ellos moderados. El futuro triunvirato del Imperio otomano —integrado por Talat, Enver y Cemal— permaneció al margen del Gobierno, al menos por el momento. Cemal aceptó el puesto de gobernador militar de Estambul, Talat continuó ejerciendo el cargo de secretario

general del CUP, y Enver partió al frente. Al reanudarse la contienda, el curso de los acontecimientos se reveló adverso para el Imperio otomano. El armisticio expiró el 3 de febrero de 1913 sin que los beligerantes hubieran llegado a ningún acuerdo. Con varias ciudades clave puestas bajo asedio y carentes de líneas de comunicación con las que poder enviarles suministros y refuerzos, los otomanos no podían sino asistir impotentes a la pérdida de sus últimas posesiones europeas, que caían, una por una, en manos de los ambiciosos estados balcánicos. El 6 de marzo los griegos tomaban la ciudad macedonia de Yánina, la llamada Ioánina en la actual

Grecia. Las fuerzas montenegrinas arrinconaron a los defensores otomanos de Işkodra, actualmente perteneciente a Albania con el nombre de Shkodra. Con todo, el golpe más cruel fue el recibido el 28 de marzo al rendir los búlgaros la plaza de Edirne, forzando a sus defensores, extenuados por el hambre, a capitular. Este hecho provocó una profunda crisis nacional en el conjunto del Imperio otomano. Poco después de perder Edirne, Mahmud Şevket Pachá ofreció sin dilación una tregua. A finales de mayo se reanudaron en Londres las negociaciones entre los otomanos y los estados balcánicos, con lo que el 30 de mayo de 1913 se acordaba, por

mediación británica, un tratado de paz en toda regla. Por el Tratado de Londres, el gobierno otomano renunció a más de 155 000 kilómetros cuadrados de territorio, enajenándose asimismo cerca de cuatro millones de habitantes. Con ello terminaba de ceder sus últimas posesiones europeas, salvo una pequeña porción de la Tracia oriental definida por la línea Midye-Enez y situada en los alrededores de Estambul. Como ya ocurriera en la guerra contra Italia, también ahora la derrota otomana había sido total.

La pérdida de Libia no era nada comparada con la cesión de Albania, ahora convertida en un estado

independiente, Macedonia y Tracia. Desde que el Imperio bizantino las conquistara cinco siglos antes, esos territorios europeos habían constituido el corazón económico y administrativo del mundo otomano. Se contaban entre las provincias más prósperas y desarrolladas del imperio. La pérdida de ingresos vendría a sumarse a los elevados costes de la guerra de los Balcanes, agravándose la situación de las arcas otomanas. Había miles de refugiados en busca de un lugar en el que reasentarse, y las enfermedades no tardaron en barrer los miserables campamentos en que se cobijaban. El Gobierno también tuvo que hacer frente

a los tremendos desembolsos vinculados con la reposición de medios que precisaba el ejército otomano tras las pérdidas humanas y materiales sufridas a lo largo de las dos contiendas fallidas. Es posible que el mayor obstáculo que tuvieran que encarar los otomanos fuera el de la moral pública. Ya resultaba bastante malo perder una guerra frente a una potencia europea relativamente avanzada como Italia, pero ni el ejército otomano ni el público en general podían digerir la derrota a manos de los pequeños estados balcánicos que un día formaran parte de su imperio. A lo largo del siglo XIX, el pesimismo europeo se había mofado del Imperio otomano

llamándolo el «enfermo de Europa». Al término de la Primera Guerra Balcánica, ni siquiera los Jóvenes Turcos más optimistas podían excluir la posibilidad de que aquel achacoso paciente terminara falleciendo.

Postal griega que representa a

soldados de ese país derrotando
a los otomanos en la Primera
Guerra Balcánica.

La derrota iba a polarizar la situación política en Estambul. En enero de 1913, el CUP había justificado el golpe de estado contra el Gobierno liberal de Kamil Pachá diciendo que se había tratado de una medida necesaria para evitar la pérdida de Edirne. Ahora que Edirne había caído, los liberales se mostraron decididos a saldar las cuentas pendientes y a expulsar de la política a los unionistas. Cemal, que no sólo era uno de los principales políticos unionistas sino también el gobernador militar de Estambul, desplegó agentes

para vigilar los movimientos de todos aquellos que le parecieran potencialmente sospechosos de urdir una conjura contra el Gobierno. Pese a sus mejores esfuerzos, Cemal fue incapaz de proteger al primer ministro. El 11 de junio —pocos días después de firmar el Tratado de Londres, por el que cedía la plaza de Edirne—, varios pistoleros mataron a tiros a Mahmud Şevket Pachá junto a la Sublime Puerta. Los unionistas lograron sacar una ventaja política de la agitación subsiguiente al asesinato del primer ministro. Cemal puso en marcha una purga para desbaratar, de una vez por todas, el poder de los liberales. Se ordenó la detención de un gran número

de personas, y el 24 de junio se sometía a un juicio sumarísimo a doce dirigentes liberales, que fueron inmediatamente ejecutados. Además, se condenó a muerte *in absentia* a buena parte de las figuras más destacadas de la oposición. Decenas de personas más fueron enviadas al exilio. Una vez eliminados sus oponentes liberales, los unionistas tomaron el poder. Desde la revolución de 1908, los Jóvenes Turcos habían optado invariablemente por permanecer fuera del Gobierno. Llegado el año 1913, se hallaban finalmente resueltos a ejercer la gobernación del país.

En junio de 1913, el sultán invitó a formar nuevo Gobierno a Said Halim

Pachá, un unionista que era además miembro de la familia real egipcia. En el gabinete de Said Halim habrían de salir por primera vez a la palestra, ocupando posiciones de liderazgo nacional, los miembros más influyentes de los Jóvenes Turcos. Enver, Talat y Cemal fueron ascendidos al rango de pachá, esto es, al peldaño más alto de la función pública, tanto civil como militar. Talat Pachá pasó a formar parte del gabinete en calidad de ministro del Interior. Enver Pachá quedó convertido en uno de los generales más poderosos del ejército y fue nombrado ministro de la Guerra en enero de 1914. Cemal Pachá continuó ejerciendo el cargo de

gobernador de Estambul. A partir de 1913, los tres habrían de formar el triunvirato gobernante del Imperio otomano, investidos de un poder superior al del sultán o al de su primer ministro. El CUP obtendría un poder indiscutido en julio de 1913, al recuperar Edirne el Gobierno dirigido por los unionistas. Esta victoria había sido, de hecho, un regalo de los rivales balcánicos, de Bulgaria. El frágil reparto del botín de guerra entre los estados que habían salido triunfadores tras la Primera Guerra Balcánica quedó arruinado al otorgar las potencias europeas reconocimiento oficial a la declaración de independencia de

Albania. Austria e Italia fueron los países que más determinación mostraron en la creación de Albania como parapeto geográfico para contener el ímpetu de Serbia e impedir que se convirtiera en una nueva potencia marítima en el Adriático. Las potencias europeas obligaron a Serbia y a Montenegro a abandonar el territorio albanés que habían conquistado durante la guerra. Los serbios, frustrados por la pérdida de las regiones albanesas, trataron de hallar compensación en el territorio macedonio que se hallaba bajo control de Bulgaria y Grecia. Los búlgaros, convencidos de haber soportado el peso principal de los

combates librados con los otomanos, se negaron a ceder un solo palmo de terreno a los serbios, rechazando los esfuerzos de mediación rusos. Durante la noche del 29 al 30 de junio de 1913, los búlgaros atacaron las posiciones que serbios y griegos mantenían en Macedonia, prendiendo así la mecha de la Segunda Guerra Balcánica.

Los búlgaros se encontraron de pronto enemistados con todos sus vecinos balcánicos, ya que Rumanía y Montenegro se aliaron con Grecia y Serbia para luchar contra ellos. Viendo que habían sobrepasado su capacidad militar, los búlgaros se vieron obligados a modificar el despliegue de sus tropas,

alejándolas de la frontera otomana a fin de contener las pérdidas que estaban sufriendo en su lucha contra Grecia y Serbia. Esa era justamente la brecha que Enver había esperado que se abriera y, aun con todo, el Gobierno de Said Halim Pachá seguiría ofreciendo resistencia, temeroso de que el inicio de nuevas aventuras militares pudiera provocar la desaparición del imperio. Al final, Enver conseguiría que el Gobierno diera las instrucciones pertinentes, de modo que se dispuso a cruzar, al frente de un destacamento de caballería e infantería, la recién establecida frontera que le separaba de Edirne.

El 8 de julio, al aproximarse a Edirne, las fuerzas otomanas se vieron sometidas al fuego graneado de los defensores búlgaros. Convencido de que los búlgaros estaban evacuando la ciudad, Enver contuvo a sus tropas hasta verse en situación de entrar en Edirne al día siguiente sin oposición alguna. Envió una unidad de caballería para perseguir a los búlgaros que se batían en retirada, reforzando, al mismo tiempo, las posiciones que ocupaban los otomanos en la ciudad, devastada por la guerra. El júbilo que produjo la liberación de Edirne quedaría atemperado por la catástrofe humanitaria a la que se vieron enfrentados los

soldados otomanos al entrar en la plaza.

En el transcurso del mes de julio, las tropas otomanas reocuparon la mayor parte de la Tracia oriental, ya que Bulgaria había sufrido varias derrotas a manos de sus vecinos balcánicos. El 10 de agosto, Bulgaria solicitó la paz, dejando las zonas de Edirne y la Tracia oriental firmemente sujetas al control otomano. Enver volvió a ser aclamado como el libertador de Edirne. La respuesta pública se concretó en una oleada de euforia que recorrió la totalidad del imperio. Dado el papel que había desempeñado en la consecución de una victoria tras tantas derrotas humillantes, el CUP se granjeó un apoyo

sin precedentes por parte del público otomano.

Zarandeado por la guerra y la agitación política, el régimen de los Jóvenes Turcos no pudo estar a la altura de los ideales liberales de su revolución de 1908. La respuesta que dieron los unionistas a las amenazas externas y a los desafíos internos consistió en apretar las tuercas a todas aquellas provincias que continuaban de forma indiscutida en manos otomanas. El gobierno adoptó toda una serie de medidas destinadas a combatir las fuerzas centrífugas que pugnaban por desmembrar el imperio, procediendo a una centralización más eficiente de la actividad gubernativa. La

ley —entre cuyas cláusulas figuraban medidas tan impopulares como la recaudación de impuestos y el servicio militar obligatorio— debía aplicarse con idéntico rigor y sin excepción en todas las provincias del imperio. Además, se presionó a todos los otomanos a fin de que emplearan el turco en sus interacciones oficiales con el aparato del estado. Estas medidas centralizadoras iban dirigidas a las provincias árabes, para intentar evitar el surgimiento de movimientos nacionalistas de carácter separatista que pudiesen inducir a los árabes a seguir el ejemplo de los Balcanes y a procurar su independencia. Después del año 1909,

la lengua turca de los otomanos comenzó a desplazar cada vez más al árabe en los colegios, las salas de justicia y las oficinas gubernamentales de las provincias de la Gran Siria e Irak. Los cargos más importantes del Gobierno fueron a parar a manos de oficiales turcos, dejando que los funcionarios árabes de notable experiencia ocuparan puestos de menor relevancia. Como era de esperar, todas estas impopulares medidas determinaron que muchos leales súbditos árabes, descontentos por el autoritario giro que había dado la revolución de los Jóvenes Turcos, empezasen a crear organizaciones en el seno de la sociedad civil a fin de

oponerse a la «turquización». Estas sociedades arabistas anteriores a la Primera Guerra Mundial aún no se habían vuelto nacionalistas, pero deseaban ampliar los derechos culturales y políticos de los árabes en el marco del Imperio otomano. Sin embargo, a lo largo de la Gran Guerra creció el número de activistas árabes que comenzó a aspirar a la plena independencia.

En 1912, en El Cairo, un grupo de emigrantes sirios de similares convicciones creaba el Partido para la Descentralización Otomana. Los arabistas establecidos en El Cairo, que rechazaban de plano las políticas

centralizadoras de los Jóvenes Turcos, argumentaban que el Imperio otomano, dada su diversidad étnica y racial, sólo podía organizarse de acuerdo con un sistema federal capaz de otorgar una autonomía significativa a las provincias. Tomaron como modelo a seguir el descentralizado Gobierno suizo, con sus cantones autónomos. No obstante, el Partido para la Descentralización Otomana defendía la unidad del imperio, regido por el sultanato otomano, y abogaba, al mismo tiempo, por el uso del turco junto con la lengua local de las diferentes provincias. Los unionistas no tardaron en considerar con creciente intranquilidad la proliferación de

sociedades arabistas. Estando la guerra de los Balcanes en su máximo apogeo, los Jóvenes Turcos no estaban de humor para asumir compromisos destinados a satisfacer las demandas de descentralización o los deseos de instaurar una monarquía doble. En febrero de 1913, al publicarse un manifiesto en el que se lanzaba un llamamiento a favor de la descentralización administrativa, las autoridades otomanas tomaron medidas drásticas. El 8 de abril de 1913, la policía cerró las oficinas de una sociedad arabista de Beirut (la Sociedad Reformista) y ordenó el desmantelamiento de la organización.

Los miembros más influyentes de dicha sociedad promovieron una huelga en toda la ciudad y se coordinaron para recabar y enviar peticiones al gran visir y protestar por el cierre. Varios integrantes de la sociedad fueron arrestados por agitación. Beirut entró en una fase de intensa crisis política que se prolongó durante una semana, hasta que finalmente liberaron a los encarcelados y se puso fin a la huelga. Sin embargo, la Sociedad Reformista de Beirut no volvió a abrir sus puertas, ya que sus miembros, obligados a reunirse en secreto, pasaron a la clandestinidad.

Al verse enfrentados a la creciente oposición otomana, los arabistas

trasladaron su causa a la comunidad internacional. Los integrantes de la sociedad Al-Fatat de París decidieron convocar una reunión en la capital francesa para debatir libremente y sin temor a la represión otomana las cuestiones políticas que les interesaban y conseguir que la comunidad internacional respaldara sus demandas. Se enviaron invitaciones a las sociedades arabistas del Imperio otomano, Egipto, Europa y América. Pese a los notables esfuerzos del embajador otomano en Francia, que pretendía forzar la clausura de la reunión, llegaron a París para participar en el Primer Congreso Árabe 23

delegados venidos de todas las provincias árabes del imperio, once musulmanes, once cristianos y un judío. El 18 de junio de 1913, el congreso abrió sus puertas a un público integrado por ciento cincuenta observadores. En los seis días que duraron las sesiones, el congreso acordó diez resoluciones, con las que dio forma a su programa reformista. Los integrantes de la reunión exigían el reconocimiento de los derechos políticos árabes y la activa participación de los mismos en la administración del Imperio otomano, objetivo que debía materializarse mediante la puesta en marcha de un proceso de descentralización.

Demandaban que se admitiera el árabe como lengua oficial del imperio y que los diputados árabes pudieran dirigirse a los miembros del parlamento en su lengua materna. Querían circunscribir la prestación del servicio militar a las provincias de residencia de los reclutas, salvo en circunstancias totalmente excepcionales. El congreso aprobó asimismo una resolución en la que los delegados manifestaban simpatizar con las demandas que solicitaban los armenios otomanos sobre la base de la descentralización, afirmación que no podía sino suscitar preocupación en Estambul. Los delegados decidieron compartir sus resoluciones tanto con la

Sublime Puerta como con los gobiernos que mantenían relaciones amistosas con el Imperio otomano. El congreso se clausuraría en la noche del 23 de junio.

El congreso no podía haber elegido un peor momento para abrir negociaciones con los Jóvenes Turcos. Los otomanos acababan de firmar el Tratado de Londres (el 30 de mayo), dando así por terminada la Primera Guerra Balcánica. Además, el 11 de junio había sido asesinado el primer ministro Mahmud Şevket Pachá. En el momento en que los miembros del congreso levantaban la sesión en París, los unionistas no sólo se hallaban inmersos en la materialización de una

purga de sus adversarios liberales, a los que querían hacer desaparecer del Gobierno, sino que accedían al poder por vez primera. Con todo, la reunión de París planteaba una amenaza demasiado grande como para pasarla por alto. Si los otomanos optaban por no responder al envite, era prácticamente seguro que los arabistas lograrían poner de su parte a las potencias europeas, y no era ningún secreto que Francia había manifestado que tenía intereses en Siria y el Líbano.

Los Jóvenes Turcos enviaron a su secretario general, Midhat Şükrü, en una misión destinada a limitar los daños y a tratar de lograr para ello que los delegados del congreso accedieran a

negociar y a establecer un programa consensuado de reformas. Los mediadores otomanos se las arreglaron para concluir un acuerdo de reforma parcialmente orientado a abordar las resoluciones del congreso árabe. El acuerdo de París ofrecía la posibilidad de ampliar la participación árabe en todos los niveles del Gobierno otomano y de ampliar el uso de la lengua árabe, confirmando, al mismo tiempo, que los soldados podían realizar sus deberes militares en los países vecinos. La Sublime Puerta invitó a los delegados del congreso árabe a Estambul a fin de festejar el acuerdo de París. Los tres delegados que aceptaron la invitación

fueron recibidos calurosamente en la capital imperial, entrevistándose con el sultán Mehmed V, el príncipe heredero, el primer ministro Said Halim Pachá y el triunvirato gobernante (Enver, Talat y Cemal). Los banquetes oficiales y los discursos corteses no podían enmascarar el hecho de que el gobierno otomano no estaba tomando ninguna medida para llevar a la práctica el programa de reformas que se había acordado aplicar en los territorios árabes. En septiembre de 1913, los delegados regresaron a Beirut con las manos vacías. Las ambiciones arabistas, espoleadas por una actividad frenética, iban a quedar en último término frustradas. Los

organizadores del congreso árabe eran ya, en realidad, hombres marcados. Antes de que transcurrieran tres años desde su celebración, varios de sus integrantes iban a encontrar la muerte en la horca a causa de su política arabista.

En el breve plazo de cinco años, el Imperio otomano había sufrido una revolución, tres grandes guerras contra potencias extranjeras y un notable número de desórdenes internos, desde masacres sectarias hasta levantamientos separatistas. Y cada uno de esos episodios de agitación intestina había supuesto, además, la amenaza de una nueva intervención extranjera. Sería difícil exagerar la magnitud de las

pérdidas que hubieron de encajar los otomanos a lo largo de esos cinco años. El imperio no sólo se había visto obligado a ceder las últimas posesiones que aún conservaba en el norte de África y los Balcanes, también había sido despojado de millones de súbditos, teniendo que dejarlos bajo gobernación europea. La situación de emergencia resultante llevó a los reformistas otomanos a abandonar su liberalismo, en un desesperado intento de impedir que el imperio se derrumbara por completo. El impulso constitucional de 1908, que había desafiado el absolutismo del sultán, evolucionó a lo largo de una sucesión de crisis hasta transformarse, a

finales de 1913, en una gobernación todavía más autocrática liderada por tres unionistas imbuidos de ideales: Enver, Talat y Cemal. La liberación de Edirne había renovado las esperanzas del Imperio otomano de un futuro mejor. El ejército otomano había probado su capacidad para recuperar un territorio perdido. Por lamentables que resultaran los quebrantos territoriales del norte de África y los Balcanes, el Imperio otomano había salido del envite convertido en una masa geográfica ininterrumpida en la que hallaban cabida tanto las provincias turcas como las árabes. Un imperio musulmán y asiático de ese tipo poseía una consistencia y una

lógica que muy bien pudiera resistir mejor que el viejo Imperio otomano los desafíos internos y externos.

Los unionistas albergaban la esperanza de un futuro mejor, pero veían amenazas tanto dentro como fuera de las fronteras otomanas. Les preocupaba que los árabes pudieran sucumbir a la tentación de organizar un movimiento nacionalista propio y consideraban que las ambiciones armenias constituían una amenaza para la existencia misma del Imperio otomano. Las provincias de la Anatolia oriental que habían sido foco de las demandas de reforma armenias, respaldadas por las potencias europeas, eran la médula territorial de las

provincias turcas. Además, la interacción entre las comunidades armenias radicadas al otro lado de la frontera ruso-turca venía a exacerbar el peligro que representaba el separatismo armenio para el Imperio otomano. Los Jóvenes Turcos juzgaban que Rusia era la única gran amenaza que todavía ponía en entredicho la supervivencia otomana. Dadas sus ambiciones territoriales en la Anatolia oriental, en los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, así como en la propia capital otomana, Rusia revelaba que perseguía abiertamente la desaparición del Imperio otomano. Los otomanos no lograrían contener las ambiciones de las grandes potencias

más que estableciendo una alianza con alguna nación europea amiga. El fatídico año de 1914 sorprendería al Imperio otomano en plena búsqueda de esa asociación defensiva. Y, en último término, habría de ser justamente ese empeño el que acabara zambullendo a los otomanos en la Gran Guerra.

9

La Primera Guerra Mundial y el fin del Imperio

EL IMPERIO ENTRA EN LA GUERRA MUNDIAL

Al iniciarse la Gran Guerra, los dirigentes otomanos se debatían entre la alianza con el Imperio alemán o la unión a la entente franco-ruso-británica. Pero el temor a Rusia, su enemiga tradicional,

unido al desdén mostrado por el Reino Unido en sus relaciones bilaterales y, sobre todo, a la asistencia militar y económica germana, llevaron al Imperio otomano al bando de los Imperios Centrales, declarando su participación en el conflicto el 1 de noviembre.

Fue esta declaración la que confirió a la Primera Guerra Mundial una dimensión global. El Cáucaso, Mesopotamia, Palestina, Egipto, Arabia, Persia… todo el Oriente Medio se convirtió en zona de guerra. Para el Imperio otomano, el frente más importante fue la frontera con Rusia en el Cáucaso, siendo Armenia la zona principal de la lucha y donde se

desarrollaron los combates en unas condiciones climáticas atroces. El ejército ruso consiguió hacerse, al principio, con el control de extensas zonas, manteniéndose en territorio turco hasta finales de 1917. Mientras las fuerzas otomanas luchaban contra la marea rusa, el gobierno imperial decidió realizar una política de tierra quemada en la zona y expulsar a la minoría armenia, sospechosa de connivencia con los rusos. El conocido como «genocidio armenio» se prolongaría más allá del fin de la Primera Guerra Mundial.

Tras su aplastante derrota en la batalla de Sarikamiş, fracasada incursión otomana en la frontera ruso-

turca entre diciembre de 1914 y enero de 1915 en la que los otomanos tuvieron entre setenta mil y ciento cincuenta mil bajas, según las fuentes, Enver Pachá escribió un despacho al obispo armenio de Konia, monseñor Karekin Khatchadurian, con fecha 26 de enero de 1915, en el que elogió la conducta de los soldados armenios bajo su mando. Sin embargo, a finales de abril de ese año el gobierno de los Jóvenes Turcos consideró que afrontaba una sublevación popular de corte nacionalista dentro de los límites de su imperio siguiendo el modelo eufemístico de Grecia, Serbia y Bulgaria, y optó por deportar a sectores importantes de la población armenia

hacia Anatolia suroriental. El día 24 de ese mes ordenó el arresto de doscientos cincuenta intelectuales armenios que fueron deportados y en su mayoría asesinados en el camino. A esto siguieron poco después, a partir del 11 de junio de 1915, órdenes para la deportación de cientos de miles, tal vez más de un millón, de armenios de todas las regiones de Anatolia —excepto zonas de la costa oeste—, a Mesopotamia y lo que actualmente es Siria. Muchos acabaron en la ciudad siria de Dayr az-Zawr y el desierto circundante. El gobierno otomano no puso los medios para proteger a los armenios durante su deportación, ni

tampoco en su lugar de llegada.

De hecho, tras el reclutamiento de la mayoría de los hombres y los arrestos de ciertos intelectuales, se produjeron masacres generalizadas a lo largo de todo el imperio. En la ciudad anatólica de Van, el gobernador Cevdet Bey ordenó a las tropas irregulares cometer crímenes para forzar a los armenios a rebelarse y justificar así el cerco de la ciudad por el ejército otomano. Según el mercenario venezolano Rafael de Nogales, que sirvió en el ejército imperial, Cevdet Bey mandó asesinar a todos los varones armenios de la ciudad. Según los autores turcos, en Van lo que aconteció no fue sino una revuelta

armenia y la posterior represión de la misma por las tropas otomanas durante las mismas fechas.

Se calcula que existieron unos veintiséis campos de concentración para confinar a la población armenia (Dayr az-Zawr, Ra's al-'Ain, Bonzanti, Mamoura, Intili, İslahiye, Radjo, Katma, Karlik, Azaz, Akhterim, Mounboudji, Bab, Tefridje, Lale, Meskene, Sebil, Dipsi, Abouharar, *Hamam*, Sebka, Marat, Souvar, Hama, Homs y Kahdem), situados cerca de las fronteras de Siria e Irak. Según fuentes armenias, algunos de ellos pudieron haber sido únicamente lugares de emplazamiento de fosas comunes y otros lugares de

confinamiento donde sus compatriotas murieron debido a las epidemias y la inanición.

Existe un enorme desacuerdo en cuanto al número de muertes. Las fuentes alemanas dieron las mayores estimaciones de bajas armenias durante la guerra, a pesar de que se trataba de los aliados del Imperio otomano. Es posible que el acceso de personal germano en las zonas del exterminio ofreciera mayor certeza en las cifras. Un informe del embajador interino de Alemania en el imperio, Wilhelm von Radowitz, fechado el 4 de octubre de 1916, habla de un millón y medio de armenios asesinados. El comandante

alemán Carl F. Endres, que sirvió en el ejército otomano, estimó el número de bajas armenias en 1,2 millones. Los medios oficiales turcos, interesados en rebajar la cifra, establecerían más tarde que el número de víctimas pudo situarse entre doscientas mil y seiscientas mil.

Mapa del genocidio armenio

iniciado en 1915.

Siguiendo en el frente caucásico, como consecuencia de la desintegración del imperio de los zares provocada por la Revolución Rusa de 1917, las fuerzas otomanas fueron capaces de reconquistar los territorios perdidos y avanzar hasta el mar Caspio, pero distrayendo fuerzas necesarias de otros frentes, principalmente de Palestina. Desde allí, el ejército otomano había intentado estrangular —apoderándose del canal de Suez— las rutas de abastecimiento del Reino Unido. Las fuerzas británicas y de todo su imperio —sobre todo indios, más los

contingentes australianos y neozelandeses— desbarataron las sucesivas ofensivas turcas para posteriormente pasar al ataque.

En lo referente al frente del Mediterráneo oriental, el ataque franco-británico al estrecho de los Dardanelos constituiría el único golpe estratégico de la Primera Guerra Mundial en la zona, y fue una operación proyectada por Winston Churchill, entonces Lord del Almirantazgo del Reino Unido, a principios de enero de 1915. Su idea era no sólo liberar el paso para abastecer al Imperio ruso de cañones y municiones y permitir a estos, a su vez, exportar cereales, mejorando su balanza

comercial y el valor del rublo, además debía inducir a que Rumanía y Bulgaria se posicionaran en el bando de los aliados, proporcionando ayuda directa a Serbia y, así, crear un tercer frente contra el Imperio austrohúngaro.

El 28 de enero, el gobierno británico adoptó el proyecto de Churchill. Este se había basado en la información conseguida de almirantes a los que había consultado, y se convenció de que el ataque podría tener éxito. Creía que la artillería de quince acorazados y cruceros destruiría los fuertes otomanos, y que los dragaminas liberarían el estrecho. El jefe naval de la armada británica, el almirante Fisher, objetó que

la, a su juicio, excéntrica operación alejaría del mar del Norte a gran parte de las fuerzas británicas, pero, tras múltiples discusiones, acabó aceptando. Mientras tanto, el gobierno francés prometió la cooperación de su flota y dejó el mando a un almirante británico.

El plan fue establecido en detalle el 2 de febrero por el almirantazgo británico. El ministro de Marina francés consideró el plan prudente y previsor. No se consultó en exceso, ya que se consideraba que era un plan de batalla netamente naval. Sin embargo, acabaría convirtiéndose en una gran operación militar marítimo-terrestre que absorbería infructuosamente unos

cuantiosos y muy necesarios efectivos.

De hecho, la conocida como batalla de Galípoli, llevada a cabo en la península homónima otomana que bordea el estrecho de los Dardanelos en su parte europea, fue una auténtica carnicería. Los británicos tuvieron 250 000 bajas, con más de 50 000 muertos; los franceses, 50 000 bajas, con 5000 muertes; y los turcos otras 250 000 bajas, con más de 85 000 muertos. Se inició el 19 de febrero con un bombardeo naval que, pese a aniquilar algunas guarniciones otomanas, no logró sus objetivos. La costa minada constituyó uno de los escollos a los que se enfrentaron. En marzo se consiguió

avanzar, pero el canal se estrechaba y los barcos eran blanco fácil de las defensas turcas. Por ello se pasaría al segundo acto, el desembarco terrestre, iniciado el 25 de abril. El general británico Ian Hamilton, al mando de 300 000 hombres de diversas nacionalidades —británicos, australianos, neozelandeses, indios, franceses…—, dirigiría las operaciones en tierra. La tropa inicial de desembarco estaba formada por 75 000 soldados, que no encontraron gran resistencia.

Soldados otomanos durante el alto el fuego del 24 de mayo de 1915 (campaña de Galípoli). En esa jornada, los otomanos pudieron enterrar a sus muertos en la tierra de nadie que mediaba entre las trincheras de ambos contendientes. Debido al calor de aquellos días, los cuerpos habían empezado a pudrirse y el

olor resultaba nauseabundo.

Las tropas otomanas, el quinto ejército desplegado en la zona, estaban al mando del general alemán Otto von Linders, junto al que colaboró el general turco Mustafá Kemal. Los atacantes obtuvieron unas primeras victorias en Sari Bair y el monte Chunuk Bair, que permitieron dominar estratégicos enclaves. Hamilton se lamentaba, no obstante, de la lentitud de las operaciones y, ante un posible parón que le llevara a una guerra de trincheras, ordenó el avance hacia el interior de la península. El objetivo fue el monte Achi Baba, y en la conocida como batalla de

Krithia los aliados perdieron entonces once mil hombres frente a unos defensores que mantuvieron la posición, aunque sufrieron enormes bajas en sus filas. La situación se estancó, y la opinión pública británica y francesa comenzó a cuestionarse la necesidad de aquel sacrificio.

El 19 de mayo, los otomanos atacaron las posiciones aliadas lanzando treinta mil hombres. Durante dos días se luchó desesperadamente. El día 20 habían muerto diez mil atacantes, frente a sólo seiscientos de los aliados. Los otomanos se retiraron y se estableció una tregua para enterrar a los muertos. El 4 de junio, los aliados volvían a

atacar Achi Baba, sin éxito en la operación.

Los enfrentamientos continuaron, aunque la situación parecía cada vez más estancada. En julio, los otomanos seguían controlando Achi Baba. Los aliados continuaban empecinados en llegar hasta Estambul. En Suvla, el punto más septentrional de la península, en agosto se lanzaron al ataque ciento veinte mil soldados aliados sobre las posiciones otomanas, que resistieron encarnizadamente y así alcanzaron un punto muerto.

Hacia el final de la campaña, Hamilton fue remplazado por Charles Monro, quien se encargó de la retirada

final. El 15 de noviembre, Churchill dimitió de su puesto. Todo culminaba en un verdadero desastre. Para diciembre, cuando la situación alcanzó una enorme gravedad para los otomanos, en aprietos a causa del desabastecimiento y las enfermedades, se ordena la evacuación aliada. La operación duró varios días y para el 9 de enero de 1916 los últimos soldados empezaron a abandonar Helles, mientras los defensores intentaban una contraofensiva. Sin embargo, la estrategia aliada de retirada logró en ese momento salvar a la mayoría de sus soldados.

En el frente árabe, entre finales de 1917 y 1918, los británicos, dirigidos

por el general Allenby, se habían hecho con el control de todo Oriente Próximo, desde el Sinaí hasta el Éufrates, conquistando Jerusalén y Damasco. El esfuerzo de guerra aliado se vio ayudado tanto por la distracción de las tropas otomanas hacia el Cáucaso como por los efectos de la revuelta árabe. Instigados por agentes británicos —entre ellos el famoso Lawrence de Arabia—, que mezclaron ayuda militar y económica con estímulos políticos, las tribus árabes se levantaron contra el control otomano, atacando las rutas de suministro y haciéndose con el control, entre 1916 y 1917, de prácticamente toda la costa del mar Rojo para,

posteriormente, colaborar en la derrota final otomana. En Mesopotamia —o Irak —, la lucha por controlar los estratégicos recursos petrolíferos provocó la intervención británica. A la mal planteada ofensiva de 1915-1916, siguieron otras más exitosas en 1917 y 1918, asegurándose el dominio del petróleo iraquí. Así, para el verano de 1918, el debilitamiento otomano era evidente; los ataques británicos coordinados en Palestina e Irak y los efectos de la revuelta árabe habían desmoralizado y acabado con el poder del ejército otomano, a lo que tenemos que añadir la crisis social y económica provocada por la larga contienda. Por

ello, meses antes de que la guerra concluyera en Europa, los otomanos, exhaustos, pedían condiciones de paz a los aliados. El 30 de octubre se firmó en el puerto de Mudros, isla griega de Lemnos, el armisticio. La delegación otomana estaba dirigida por el ministro de Asuntos Marinos Rauf Bey, que se encontró con el almirante aliado Somerset Gough-Calthorpe en el HMS *Agamemnon*, un buque de guerra británico.

PAZ HUMILLANTE Y FIN DEL IMPERIO

Mehmed V falleció el 3 de julio de 1918, ahorrándose con ello el protagonismo en la amarga derrota. Le sucedió su hermano Mehmed VI, el que sería el último sultán del Imperio otomano.

Fueron varios los elementos del armisticio pactado en Mudros los que suscitaron la preocupación de los otomanos, ya que esbozaban el surgimiento de problemas futuros. En el texto se mencionaba en dos ocasiones a los armenios, circunstancia que recordaba a las autoridades otomanas que se les exigirían cuentas por la comisión de crímenes contra la humanidad durante la guerra. Además,

se insinuaba la sombra de un venidero proceso de partición, al pedir a los otomanos, por ejemplo, que retiraran las tropas que tenían acantonadas en Cilicia, una región que Francia había reivindicado para sí; al obligar a los vencidos a reconocer que los aliados tenían derecho a ocupar cualquier punto estratégico que pudieran considerar necesario para su seguridad; y al afirmarse que los aliados se hallaban legitimados para tomar cualquiera de las regiones que todavía formaban parte de los seis valiatos armenios en caso de que se produjeran desórdenes. Al firmar el documento, los delegados otomanos prácticamente se estaban viendo

obligados a conceder a los armenios un derecho al control de las seis provincias de la Anatolia oriental más sólido que el que se les reconocía ahora a ellos mismos.

De acuerdo con lo establecido en el armisticio, a las doce del mediodía del 31 de octubre de 1918 cesaban las hostilidades. La guerra de los otomanos llegaba así a su fin casi un año después de la retirada de Rusia del escenario bélico y a sólo once días de que se produjera a su vez la rendición alemana, el 11 de noviembre. Los otomanos habían asombrado al mundo al lograr sobrevivir hasta los últimos días de la contienda, pero su tenacidad no les

había permitido sacar nada en limpio. La dilatada duración de la guerra no había servido más que para hacerles padecer unas penalidades cada vez mayores y aumentar su desesperación al verse obligados a aceptar la amarga derrota.

Efectivamente, los otomanos acababan de perder la Primera Guerra Mundial. Era una catástrofe nacional, pero no carecía de precedentes. Desde el año 1699, habían perdido la mayor parte de las guerras en las que habían intervenido y, a pesar de todo, el imperio había sobrevivido. No obstante, los otomanos no habían tenido que enfrentarse nunca a una constelación de

intereses tan compleja como la que se habían visto obligados a asumir al negociar la paz tras la Gran Guerra. Atrapados en la red de encontradas exigencias de las potencias victoriosas y de los nacionalistas turcos, si finalmente hubo de venirse abajo el imperio no fue tanto a causa de los términos del tratado de paz como a consecuencia de la terrible magnitud de su derrota.

El 13 de noviembre de 1918, una flotilla aliada se internaba cautelosamente en los recién despejados campos de minas de los Dardanelos para dirigirse después a toda máquina, una vez superado el paso, hacia Estambul. La capital otomana, que había

conseguido evitar caer en manos extranjeras desde el inicio mismo de la contienda, yacía ahora indefensa ante las potencias vencedoras. Formando un convoy encabezado por el acorazado *Agamemnon*, cuarenta y dos buques realizaron la singladura hasta el palacio de Dolmabahçe, desde el que se domina todo el paseo marítimo del Bósforo. Para completar el espectáculo, una escuadrilla de biplanos pasó volando sobre los barcos de guerra británicos, franceses, italianos y griegos. Acompañado por el resto de sus oficiales, el almirante Somerset Gough-Calthorpe desembarcó para tomar posesión de la ciudad. Los soldados

aliados marchaban por las calles de la capital al compás de las bandas militares. Los habitantes cristianos de Estambul les dieron la acogida que se reserva a los héroes. Días antes, el 1 de noviembre, en mitad de la noche, la cúpula dirigente del partido de los Jóvenes Turcos había embarcado en el más absoluto secreto en un buque de la armada alemana con la intención de huir del territorio otomano. Mehmed Talat, Ismaíl Enver y Ahmed Cemal, acompañados por cuatro de sus más estrechos colaboradores, pusieron rumbo a Odesa, recorriendo después por tierra la distancia que separa las costas del mar Negro de la ciudad de Berlín.

Mustafá Kemal. Nacido en Tesalónica en 1881, su padre era

oficial de aduanas. Al nacer fue nombrado sólo como Mustafá. Fue en el liceo militar donde un profesor le dio el apodo de Kemal (el Perfecto). Y en 1934 la Asamblea Nacional turca le otorgó el título de Atatürk, "Padre de los Turcos".

Una de las personas que se hallaban confundidas el día de la llegada de los aliados a Estambul era el general Otto Liman von Sanders. Antes había pasado por Anatolia, y en la ciudad de Adana, Liman había entregado el mando de las fuerzas otomanas que todavía permanecían en pie al general turco Mustafá Kemal Pachá, el héroe de Galípoli. Después, Liman había

regresado a la capital otomana para supervisar la repatriación de las tropas alemanas que, de acuerdo con lo establecido en el armisticio, debían abandonar el Imperio otomano.

Mientras los cristianos de Estambul exultaban de júbilo, la mayoría musulmana contemplaba en silencio a los soldados aliados que tomaban posesión de la ciudad. Por su parte, los periódicos otomanos no tardarían en hacerse eco de la indignación pública que había provocado la fuga de un triunvirato del CUP, al que no parecía importar el haber abandonado a su suerte a la nación turca, que debía enfrentarse ahora a las consecuencias de

las políticas y las atrocidades bélicas que habían perpetrado los unionistas y, muy particularmente, a la exigencia de responsabilidades por las masacres de armenios. De inmediato estalló con toda su virulencia, tanto en la cámara del parlamento otomano como en la prensa turca, un controvertido debate sobre las masacres de armenios. No existía entonces consenso alguno —ni tampoco ahora, como ya sabemos— respecto a la cifra de armenios asesinados al amparo de las medidas bélicas impulsadas por el gobierno. En sus deliberaciones, los miembros del parlamento otomano esgrimían cifras muy dispares, ya que si unos hablaban de 800 000 civiles

armenios masacrados, otros situaban su número en un millón y medio de almas. Con independencia de que se optara por considerar válida la estimación más alta o la más baja, o aun cualquier otra cifra intermedia, lo que estaba claro era que ese genocidio iba a arrojar una sombra muy alargada sobre las negociaciones de paz con las victoriosas potencias aliadas.

Estas potencias condenaron abiertamente al gobierno otomano por las masacres de armenios. Estados Unidos y Gran Bretaña se mostraron particularmente francos al exigir que se aplicaran medidas de justicia retributiva a los autores de los crímenes de lesa

humanidad que habían cometido los turcos durante la guerra. Con el fin de no tener que aceptar un acuerdo de paz de términos draconianos, el nuevo gobierno otomano decidió crear una serie de tribunales militares para juzgar a todos aquellos sobre los que pesara la acusación de haber tenido alguna responsabilidad en la aniquilación de la comunidad armenia. Con ello, el gobierno esperaba centrar la condena internacional en la cúpula dirigente de los Jóvenes Turcos y conseguir que fuera a ellos a quienes se considerase artífices del genocidio, evitando la extensión de la repulsa al conjunto del pueblo turco.

Entre enero y marzo de 1919, las autoridades otomanas ordenaron el arresto de trescientos funcionarios turcos. Entre los detenidos figuraban varios gobernadores provinciales y diputados unionistas, además de algunos servidores públicos locales de rango menos elevado. Pese a que la policía actuó sin previo aviso, procediendo a los arrestos en plena noche, fue necesario juzgar *in absentia* a muchos de los encausados, como sucedería por ejemplo con los integrantes del triunvirato y sus asesores, que habían huido ya al exilio. El tribunal militar central se formó en Estambul. Las vistas fueron públicas, y tanto las pruebas

incriminatorias como las decisiones de la corte se divulgaron por medio de la gaceta oficial del imperio, el *Takvîm-i Vekâyi*. La formulación de cargos atribuyó toda la responsabilidad del asesinato en masa de los civiles armenios a los líderes de los Jóvenes Turcos. Los abogados de la acusación afirmaron que «estas masacres se llevaron a cabo en cumplimiento de las órdenes dadas por Talat, Enver y Cemal, y teniendo estos pleno conocimiento de los hechos subsiguientes». El testimonio de uno de los testigos presenciales revela cómo se organizó este asesinato en masa: una vez llegadas a su destino las órdenes oficiales impresas en las

que se decretaba la deportación de los armenios, se daba a los encargados de llevarla a efecto, de palabra, la instrucción de eliminar a los deportados. Se presentaron pruebas que demostraban que se había sacado de la cárcel a un buen número de asesinos convictos, movilizándolos después en bandas constituidas para operar como carniceros. Los abogados de la acusación lograron reunir una persuasiva documentación mediante la que se establecía el vínculo existente entre el servicio secreto de inteligencia de Enver, la *Teşkilât-i Mahsusa*, y la formación de esos pelotones asesinos. También acumularon una gran cantidad

de pruebas relativas a los asesinatos en masa, aportando datos de individuos que se habían reconocido responsables de la muerte de miles de personas y de provincias que referían haber procedido a la deportación de cientos de miles de civiles.

Tras varios meses de deliberaciones, los tribunales condenaron a muerte a dieciocho de los acusados por el papel que habían desempeñado en la masacre de los armenios. De este modo, Talat, Enver y Cemal se vieron condenados a la pena capital, junto con varios de los cabecillas del CUP, como los doctores Bahaeddin Şakir y Mehmed Nazim, que

les habían acompañado al exilio. Al ser juzgados en rebeldía quince de los condenados, finalmente sólo subieron al patíbulo tres de los funcionarios de segundo orden procesados. El 10 de abril de 1919 moría ahorcado Mehmed Kemal, vicegobernador de Yozgat, al parecer responsable de la matanza de 42 000 armenios. El comandante de la gendarmería de Erzincan, Hafiz Abdullah Avni, fue ejecutado el 22 de julio de 1920. La tercera y última ejecución se llevó a efecto el día 5 de agosto de 1920, con el ahorcamiento de Behramzade Nusret, jefe del distrito de Bayburt.

En agosto de 1920 estaba ya

meridianamente claro que el tribunal militar no iba a hacer justicia con los principales culpables de las masacres de armenios. También resultaba evidente que el proceso penal no iba a ahorrarle al Imperio otomano la imposición de un tratado de paz de términos realmente severos. Los tribunales militares dejaron de realizar diligencias al comprobarse que ya no tenían razón de ser. No obstante, las actas de los juicios constituyen la mayor colección de pruebas que jamás hayan alcanzado a reunir las autoridades turcas en relación con la organización y la perpetración de la masacre de los armenios. Dichas actas, publicadas en turco otomano, son

del dominio público desde el año 1919, y vienen a poner en ridículo cualquier intento encaminado a negar el papel que desempeñó el gobierno de los Jóvenes Turcos como fuente de las órdenes y el programa de exterminio de la comunidad armenia otomana.

No estando dispuestos a quedarse de brazos cruzados viendo cómo los dirigentes de los Jóvenes Turcos en el exilio escapaban a la acción de la justicia, un grupo de militantes armenios decidió tomarse la justicia por su mano. Entre marzo de 1921 y julio de 1922, estos activistas ordenaron el asesinato de varios cabecillas de los Jóvenes Turcos, de acuerdo con un plan que sería

conocido con el nombre de Operación Némesis. Los asesinos asestaron su primer golpe en Berlín, ciudad en la que habían hallado refugio muchos de los más destacados líderes de los Jóvenes Turcos. El 15 de marzo de 1921, un joven de veinticinco años llamado Soghomon Tehlirian, que había sobrevivido al genocidio perpetrado en Erzincan, abatía a tiros a Talat Pachá. El asesino fue arrestado y el tribunal alemán encargado de juzgarle dictó su absolución basándose en la idea de que su responsabilidad en los hechos quedaba reducida a causa del trauma psicológico y de las pérdidas personales que el encausado había sufrido a

consecuencia de la masacre de los armenios. El 17 de abril de 1922, Arshavir Shiragian, un muchacho de veinte años nacido en Estambul —y que ya había asesinado en Roma al antiguo gran visir Said Halim Pachá, el 5 de diciembre de 1921—, tomó parte en un segundo atentado en el que tanto el doctor Bahaeddin Şakir como Cemal Azmi, el Sanguinario gobernador de la provincia de Trabzon, recibieron un balazo mortal. Los dos triunviros que todavía conservaban la vida, Cemal y Enver, encontrarían la muerte en el Cáucaso y en el Asia Central. Los vengadores armenios consiguieron encontrar la pista de Cemal Pachá,

gobernador general de Siria durante la guerra, dieron con su paradero en la ciudad georgiana de Tiflisy le asesinaron allí el 25 de julio de 1922. Del antiguo triunvirato gobernante, sólo Enver logró evitar que le asesinaran. El dirigente de los Jóvenes Turcos libró su última batalla en agosto de 1922, en las inmediaciones de Dusambé, una ciudad situada por entonces en la región fronteriza que media entre Tayikistán y Uzbekistán, y murió a manos de una milicia musulmana en un choque contra los bolcheviques. En 1926 habían perecido ya diez de los dieciocho hombres que los tribunales militares de Estambul habían sentenciado a muerte

por su participación en el genocidio armenio.

En cuanto a los términos de la paz, los otomanos no pudieron hacer nada para dulcificar los términos del tratado que los aliados les impusieron en la conferencia de Paz de París. Gran Bretaña, Francia y Rusia habían estado negociando la futura partición de los dominios otomanos desde el inicio mismo de la guerra. Pese a que Rusia hubiera dejado sin efecto sus reivindicaciones tras la revolución bolchevique, había que satisfacer ahora a los nuevos aliados que se habían sumado a la coalición vencedora. Italia y Grecia, países que no se habían

presentado como beligerantes en el frente otomano sino en una fase ya relativamente avanzada de la contienda (Italia le declaró la guerra a Turquía en agosto de 1915, y Grecia esperó incluso hasta junio de 1917), no habrían de mostrar una avidez de territorios otomanos menor que la manifestada en su día por el gobierno del zar. En abril de 1919, los italianos procedían a desembarcar tropas en el puerto de Antalya, en el Mediterráneo, y el 15 de mayo las fuerzas griegas ocupaban la ciudad portuaria de Izmir (o Esmirna).

En junio de 1919, fecha en la que se presentaron ante el Consejo Supremo de la conferencia de Paz de París, los

delegados otomanos no debían de confiar demasiado en verse ante una audiencia que simpatizara con ellos. Tras apelar a la duodécima cláusula establecida en los célebres Catorce Puntos del presidente norteamericano Woodrow Wilson, en la que se hacía un llamamiento tendente a procurar que la «porción turca del actual Imperio otomano» disfrutara de una soberanía sólida, los delegados expusieron su visión de los perfiles que debía adoptar el Imperio otomano una vez superada la contienda. En esencia, lo que perseguían era conservar la totalidad de los territorios contenidos en las fronteras vigentes en 1914, dividiéndolas en

cuatro zonas: dos de ellas gobernadas de forma directa por los turcos (Anatolia y Tracia) y dotadas las otras dos de una gobernación de carácter autónomo con una elevada capacidad de gestión local, aunque siempre bajo bandera otomana (en el caso de las provincias árabes y de las disputadas islas del Egeo).

El 28 de junio de 1919, es decir, cinco días después de que la delegación otomana remitiera su memorando, los países aliados firmaban con Alemania el Tratado de Versalles. Si alguien quería medir el grado de dureza de los términos que las naciones victoriosas estaban dispuestas a imponer a los Imperios Centrales vencidos, estaba claro que el

tratado ponía el listón de la severidad muy alto, pues Alemania tuvo que aceptar unas condiciones extremadamente duras. Y lo mismo sucedió con Austria (Tratado de Saint-Germain, firmado el 10 de septiembre de 1919), Bulgaria (Tratado de Neuilly, 27 de noviembre de 1919) y Hungría (Tratado de Trianón de 4 de junio de 1920).

De hecho, ya el Tratado de Versalles que se había firmado con Alemania incluía entre sus numerosas cláusulas el llamado pacto de la Sociedad de Naciones, con el que se obtenía la sanción del derecho internacional para organizar un sistema de mandatos

concebido explícitamente para permitir la partición del Imperio otomano. El artículo 22 de dicho pacto decía lo siguiente: «Ciertas comunidades que antes pertenecían al Imperio otomano han alcanzado tal grado de desarrollo que su existencia como naciones independientes puede ser reconocida provisionalmente a condición de que los consejos y la ayuda de un mandatario guíen su administración hasta el momento en que sean capaces de manejarse solas».

Una vez que la delegación otomana hubo regresado a Estambul, las potencias vencedoras iniciaron una última ronda de negociaciones con el fin

de acordar la repartición definitiva del territorio otomano. En abril de 1920, los primeros ministros de Gran Bretaña, Francia e Italia se reunieron en la turística localidad de San Remo con el fin de hallar una solución para las contradicciones que existían entre los diversos tratados redactados a lo largo de la guerra, relativos a la forma en que se trataría al enemigo otomano tras la victoria.

Uno de estos textos era la llamada Correspondencia Husayn-McMahon, una serie de cartas que intercambiaron, entre el 14 de julio de 1915 y el 30 de enero de 1916, el jerife de La Meca Husayn ibn Ali y el alto comisario británico en

El Cairo, Henry McMahon. La correspondencia, integrada por diez cartas, tenía como objeto preparar la rebelión árabe contra el Imperio otomano a cambio del reconocimiento aliado de un estado árabe en la zona. El segundo texto era el Acuerdo Sykes-Picot, la negociación secreta llevada a cabo entre Reino Unido y Francia entre noviembre de 1915 y marzo de 1916. La condujeron, sobre todo, el general británico Mark Sykes y el diplomático galo François Marie Denis Georges-Picot, que acordaron repartirse los territorios árabes del Imperio otomano entre sus respectivos países. Por último estaba la Declaración Balfour, fechada

el 2 de noviembre de 1917, una manifestación formal del gobierno británico, realizada a través de una carta firmada por el ministro del Foreign Office Arthur James Balfour, dirigida al barón Lionel Walter Rothschild, un líder de la comunidad judía en Gran Bretaña. En dicha carta, el gobierno británico afirmaba su intención de apoyar la creación de un hogar judío en Palestina.

Tras seis días de debates, las tres potencias —junto con Japón, que actuaba en calidad de observador imparcial— acordaban dejar en manos de Gran Bretaña el ejercicio de un mandato tanto en Palestina, en la que se incluía la región de Transjordania, como

en Mesopotamia, ocupándose Francia de hacer otro tanto en Siria, en la que se incluía el Líbano. El Gobierno italiano dejaría en suspenso la aprobación formal del acuerdo en tanto no se hubieran satisfecho los intereses que el país había declarado tener en Anatolia.

Una vez puestos de acuerdo los aliados respecto a la partición de los territorios árabes, las potencias vencedoras pasaron a ocuparse de las últimas cláusulas del tratado de paz, reuniéndose en este caso con los representantes del Imperio otomano. Los términos que se presentaron a la Sublime Puerta en mayo de 1920 no podían haber sido más adversos para los

turcos. Además de poner el control de todas las provincias árabes en manos europeas por la vía del mandato, el borrador del acuerdo de paz exigía la partición de Anatolia y el reparto de los territorios de población mayoritariamente turca entre dos tipos de nuevos adquirentes, ya que debían entregarse, por un lado, a un conjunto de pueblos anteriormente vasallos de los otomanos y cederse, por otro, a un grupo de vecinos hostiles a los turcos.

Los armenios y los kurdos debían repartirse la Anatolia oriental. Se determinó que las provincias nororientales de Trabzon, Erzurum, Bitlis y Van tenían que quedar incluidas

en la esfera de influencia kurda. Estas cuatro provincias disfrutaban de plena libertad para independizarse del Imperio otomano y pasar a formar parte de la República Democrática de Armenia del Cáucaso, con capital en Ereván, creada en 1918 tras la disolución del imperio de los zares. A los kurdos se les ofreció un territorio de menor extensión situado junto a la frontera meridional de la zona armenia y centrado en torno a la ciudad de Diyarbakir. De acuerdo con los términos del tratado, los kurdos también tenían total libertad para separarse del Imperio otomano y crear un estado independiente.

En la Anatolia occidental, tanto el

puerto mediterráneo de Esmirna (o Izmir) como las tierras del interior que la circundan quedaron bajo administración griega. Las instrucciones que recibió el gobierno de Grecia le instaban a ayudar a la comunidad griega local a elegir un parlamento, añadiéndose además que sus miembros debían poseer la autoridad jurídica precisa para legislar la futura incorporación de Esmirna al reino de Grecia. La mayor parte de la Tracia turca, incluyendo la ciudad de Edirne, también fue cedida a los griegos. Los otomanos perdieron incluso el control de las estratégicas vías navegables que comunican el mar Negro con el

Mediterráneo. El Bósforo, los Dardanelos y el mar de Mármara debían quedar bajo dominio de una comisión internacional en la que no se permitiría ingresar a Turquía más que en caso de ser admitida en la Sociedad de Naciones.

Pero la partición de Anatolia no iba a terminar aquí. Mediante un acuerdo establecido de forma independiente entre Gran Bretaña, Francia e Italia, franceses e italianos debían repartirse las regiones mediterráneas de Anatolia. Se determinó que la costa cilicia, a la que se añadía además una amplia porción adyacente que penetraba profundamente en el interior hasta llegar

a la ciudad de Sivas, debía quedar bajo influencia francesa. También se concedió carta de naturaleza a las reivindicaciones de los italianos, satisfaciéndose su aspiración al control del suroeste de Anatolia, incluyendo el puerto de Antalya y la ciudad de Konya, ya en el interior. Y pese a seguir siendo, nominalmente, parte integrante del Imperio otomano, el litoral mediterráneo de Turquía terminaría viéndose informalmente sometido al régimen colonial de Francia e Italia.

El borrador del tratado de paz dejaba muy escasos territorios a los turcos. En la práctica, el Imperio otomano quedó reducido a aquellas

regiones de la Anatolia central que nadie más quería: Bursa, Ankara y Samsun, en la costa del mar Negro, que seguirían teniendo a Estambul como capital. E incluso Estambul les era concedida en precario a los turcos. Si los otomanos no cumplían los compromisos que adquirían a raíz del tratado, los aliados les amenazaban con retractarse y retirar la cláusula por la que se entregaba la ciudad de Estambul al Estado turco surgido tras el fin de la contienda.

Los términos del acuerdo provocaron una enorme oposición en todo el Imperio otomano. La presencia de ejércitos extranjeros en suelo turco

ya había sido causa de un hondo sentimiento de rencor. En mayo de 1919, Mustafá Kemal, que no sólo gozaba del prestigio reservado a los héroes, sino que era también el dirigente militar más respetado de toda la nación, había sido enviado a Samsun para asegurarse de que la desmovilización de las tropas otomanas se efectuara de acuerdo con los términos establecidos en el armisticio. Tras la ocupación italiana y griega de Cilicia y de Izmir, en abril y mayo de 1919 respectivamente, Mustafá Kemal decidió desobedecer las órdenes de desmovilizar al ejército, organizando, en cambio, un movimiento de resistencia contrario a la invasión de

Anatolia. Estableció su base de operaciones en la ciudad de Ankara, en el centro de Anatolia, rivalizando cada vez más desde allí con el Gobierno otomano de Estambul, ya que el Movimiento Nacional Turco que acababa de poner en marcha había comenzado a disfrutar de un apoyo creciente como auténtico representante de las aspiraciones políticas del pueblo turco.

Entre julio y septiembre de 1919, el Movimiento Nacional Turco efectuó dos congresos, uno en Erzurum y otro en Sivas, y plasmó sus principios en un documento conocido con el nombre de Pacto Nacional. Este texto trataba de

conciliar la aceptación de una paz justa y duradera con la existencia de un sultanato otomano estable, y procedía para ello a una meridiana declaración de principios. Los artífices del Pacto Nacional aceptaban la pérdida de las provincias árabes y estaban dispuestos a llegar a acuerdos para garantizar la libre utilización de las vías navegables que pasaban por los estrechos turcos, pero rechazaban de plano toda partición de los territorios habitados por una población turca de mayoría musulmana, unida por su religión, su raza y sus objetivos, argumentando que dichos territorios constituían un todo indivisible. En una de sus últimas

deliberaciones, el parlamento otomano de Estambul optó por vincular su suerte a la del Movimiento Nacional Turco de Ankara, y aprobó el Pacto Nacional por abrumadora mayoría en enero de 1920.

Por muy elevado que fuera el grado de popularidad de que disfrutaban las políticas nacionalistas entre los parlamentarios turcos, lo cierto es que la Sublime Puerta juzgaba que el Movimiento Nacional Turco instalado en la Anatolia central constituía una peligrosa amenaza para su autoridad. Sumido en la crisis nacional que se desató en mayo de 1920, tras darse a conocer los términos del acuerdo de paz que proponían los aliados, el gobierno

del sultán creyó que no le quedaba más remedio que cooperar con las potencias vencedoras. La esperanza de la Sublime Puerta pasaba por la hipótesis de que el hecho de aceptar a corto plazo los durísimos términos que le imponían los países vencedores pudiera permitirle conseguir unas condiciones mejores a largo plazo. Por su parte, el Movimiento Nacional Turco creía que una vez cedidos sus territorios y su soberanía mediante la aceptación de todo cuanto se les exigía en el tratado de paz, los otomanos jamás recuperarían ni lo uno ni lo otro. Mustafá Kemal y sus partisanos lanzaron, por tanto, un llamamiento en el que se instaba a la

población a rechazar las severas condiciones que se les pretendían imponer y a resistirse a toda partición de Anatolia.

Dada la situación de absoluto quebranto en que se encontraban tanto el ejército como la economía otomanas, la Sublime Puerta creía que la confrontación que planteaban Mustafá Kemal y el Movimiento Nacional Turco no podían conducir más que a la catástrofe. De hecho, según las cláusulas del terrible tratado, la resistencia podía costarles incluso la pérdida de Estambul. El gobierno otomano acusó de alta traición a Mustafá Kemal y a otros dirigentes nacionalistas, de modo que,

en mayo de 1920, el mismo tribunal militar que había llevado a cabo los juicios por los crímenes de lesa humanidad perpetrados en las masacres de armenios sentenció a muerte en rebeldía al héroe de Galípoli.

La historia se encargaría de demostrar que el primer ministro Damat Ferid Pachá y su gabinete se equivocaban: lo único que podía preservar la soberanía turca era, efectivamente, la resistencia al tratado de paz, y desde luego Mustafá Kemal no era ningún traidor. Comprometido con la preservación de la realidad otomana, Mustafá Kemal había diseñado la totalidad de sus acciones con el

propósito de mantener el estado que todavía regía el sultán. De hecho, al describir la situación en que se hallaba el país, el Pacto Nacional había preferido emplear incluso la palabra «otomano» antes que la voz «turco». Para los partidarios de Mustafá Kemal, el punto de ruptura se produjo en el momento en que el gobierno otomano forzó a la nación turca a aceptar las implacables condiciones del tratado de paz, aviniéndose incluso a la partición de Anatolia y a su ocupación por dos potencias extranjeras. Al firmar el tratado de paz con los aliados (Tratado de Sèvres) el 10 de agosto de 1920, la Sublime Puerta rompió de forma

irreparable con el Movimiento Nacional Turco. A partir de esa fecha, los partidarios de Kemal comenzaron a poner todo su empeño no sólo en derribar el tratado, sino en derrocar al gobierno otomano que se había atrevido a firmarlo.

En 1922, y tras una intensa guerra en tres frentes —contra los armenios en el Cáucaso, los franceses en Cilicia, y los griegos en la Anatolia occidental—, los seguidores de Mustafá Kemal consiguieron una victoria total sobre todos los ejércitos extranjeros apostados en Turquía. Después de pactar un armisticio con Grecia —el 11 de octubre de 1922—, la Gran Asamblea

Nacional Turca votaba el primero de noviembre la abolición del sultanato otomano. El 17 de ese mismo mes, el sultán Mehmed VI partía rumbo a Malta —y al exilio— a bordo de un buque de guerra británico. Sin embargo, en ese mismo mes de noviembre, la misma Asamblea Nacional nombraba califa otomano a Abdülmecid Efendi, Abdülmecid II, primo hermano de Mehmed VI, que quedaba como una figura con exclusiva dimensión religiosa y sin poder temporal.

En julio de 1923, el gobierno nacionalista turco firmaba en Lausana, Suiza, un nuevo tratado de paz con las potencias que habían vencido en la Gran

Guerra. En él se reconocía la independencia de Turquía y se aceptaban unas fronteras situadas poco más o menos en los límites que hoy conocemos. El 29 de octubre de 1923, al calor de ese reconocimiento internacional, quedaba proclamada la República Turca en Ankara (centro de Anatolia), y se designaba a Mustafá Kemal como primer presidente del nuevo país, convirtiendo a dicha ciudad en la nueva capital. Andando el tiempo, el parlamento turco concedería a Kemal el sobrenombre de Atatürk (cuyo significado literal es el de "Padre de los Turcos"), reconociendo con ello el liderazgo que había ejercido en la

creación de la actual Turquía.

Edificio de Ankara donde en 1923 la Asamblea Nacional proclamó la República Turca. Tras la derrota otomana en la Primera Guerra Mundial, la capital otomana, Estambul, y gran parte de la península de Anatolia quedaron ocupadas por

los aliados. Según el Tratado de Sèvres de 1920 firmado por Reino Unido, Francia, Italia y Grecia, los territorios del Imperio otomano se repartirían entre ellos, dejando para los turcos Estambul y parte de Asia Menor. En respuesta a esto, el líder del movimiento nacionalista turco, Mustafá Kemal, estableció el cuartel general de su movimiento de resistencia en Ankara, una ciudad de origen antiquísimo. Tras la guerra de independencia, los nacionalistas remplazaron el Imperio otomano con la República Turca el 29 de octubre de 1923.

Pronto las autoridades laicas del

país repararon en que el califato no era sino una rémora para las muchas reformas que Kemal deseaba acometer. La tensión entre la autoridad civil y la autoridad religiosa va en aumento, y el 22 de enero de 1924, Kemal acusó a Efendi de adoptar actitudes propias de un sultán y de que su persona ponía en riesgo la existencia de la República de Turquía.

El 3 de marzo de 1924, cincuenta y tres diputados presentaban ante la Gran Asamblea Nacional Turca la ley de Abolición del Califato y exilio de la dinastía otomana de Turquía. El ministro de justicia Seyyid Bey presentaba los argumentos a favor, y el primer ministro

Ismet Inönü cerró el debate con estas palabras: «El amor que se siente hacia Turquía en el mundo musulmán no deriva del hecho de que sea la sede del califato, sino de los servicios provistos al mundo musulmán». La ley fue aprobada, derogando el califato y ordenando la deportación de los miembros de la dinastía califal «para toda la eternidad», lo que afectaba a la descendencia tanto de hombres como de mujeres de la dinastía otomana. Por su parte, Abdülmecid Efendi, el último califa, que apenas lo había sido poco más de un año, fallecería en París el 23 de agosto de 1944.

De haberse sumado el gobierno del

sultán al movimiento de Atatürk y plantado cara a los términos que pretendían imponer las potencias vencedoras en Sèvres, es muy posible que el Imperio otomano hubiera logrado sobrevivir en los límites de lo que hoy es la República de Turquía. Por catastrófica que fuera la derrota sufrida en la Gran Guerra, lo cierto es que el factor que precipitó la caída de los otomanos fue la aceptación de los implacables términos establecidos en el tratado de paz.

Bibliografía

ÁGOSTON, Gábor y MASTERS, Bruce. *Encyclopedia of the Ottoman Empire*. Nueva York: Facts on File, 2009.

BICHENO, Hugh. *La batalla de Lepanto*. Barcelona: Editorial Ariel, 2005.

CROWLEY, Roger. *Imperios del mar. La batalla final por el Mediterráneo, 1521-1580*. Barcelona: Ático de los Libros, 2013.

—, *Constantinopla. El último gran*

asedio, 1453. Barcelona: Ático de los Libros, 2015.

DE BUNES IBARRA, Miguel Ángel. *El Imperio otomano (1451-1807)*. Madrid: Editorial Síntesis, 2015.

FAROQHI, *Suraiya. Approaching Ottoman history. An introduction to the sources*. Cambridge: University Press New York-Melbourne, 1999.

—, *Subjects of the sultan: culture and daily life in the Ottoman Empire*. Nueva York: I. B. Tauris, 2007.

—, *The Ottoman Empire and the world around it*. Londres-Nueva York: I. B. Tauris, 2004.

—, *The Ottoman Empire. A short history*. Princeton: Markus Wiener Publishers, 2009.

FIGES, Orlando. *Crimea. La primera Gran Guerra*. Barcelona: Edhasa, 2012.

FINKEL, Caroline. *Osman's dream: The story of the Ottoman Empire, 1300-1923*. Nueva York: Basic Books, 2007.

GOODWIN, Jason. *Los señores del*

horizonte. Una historia del Imperio otomano. Madrid: Editorial Alianza, 2005.

GOOFMAN, Daniel. *The Ottoman Empire and early modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.

HITZEL, Frédéric. *L'Empire Ottoman. XVe-XVIIIe siècles*. París: Les Belles Lettres, 2001.

IMBER, Colin. *The Ottoman Empire, 1300-1650: the structure of power*. Basingtoke y Nueva York:

Palgrave Macmillan, 2002.

ÍÑIGO FERNÁNDEZ, Luis E. *Breve historia de la batalla de Lepanto*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2015.

KINROSS, Patrick. *Atatürk*. Barcelona: Editorial Grijalbo, 1974.

MANTRAN, Robert (editor). *Histoire de l'Empire ottoman*. París: Les éditions Fayard, 1989.

MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando. *La guerra del turco: España contra el Imperio otomano.*

El choque de dos gigantes. Madrid: Editorial Edaf, 2010.

MCCARTHY, Justin. *The Ottoman Turks: an introductory History to 1923*. Londres-Nueva York: Longman, 1997.

MURPHEY, Rhoads. *Ottoman warfare. 1500-1700*. Londres: Taylor & Francis e-Library, 2001.

QUATAERT, Donald. *The Ottoman Empire: 1700-1922*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.

REID, James J. *Crisis in the Ottoman Empire: prelude to collapse 1839-1878*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 2000.

ROGAN, Eugene. *La caída de los otomanos. La Gran Guerra en el Oriente Próximo*. Barcelona: Editorial Crítica, 2015.

RUNCIMAN, Steve. *La caída de Constantinopla, 1543*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1973.

SOMEL, Selcuk Aksin. *Historical*

dictionary of the Ottoman Empire. Oxford: Scarecrow Press, Inc, 2003.

TERNON, Yves. *Empire Ottoman, le déclin, la chute, l'effacement*. París: Édition du Félin, 2002.

TURNBULL, Stephen. *Ottoman Empire. 1362-1699*. Oxford: Osprey Publishing, 2003.

UYAR, Mesut y ERIKSON, Edward. *A military history of the Ottomans: from Osman to Atatürk*. Santa Barbara (California): ABC-CLIO,

2009.

VEIGA, Francisco. *El turco: diez siglos a las puertas de Europa*. Barcelona: Editorial Debate, 2006.